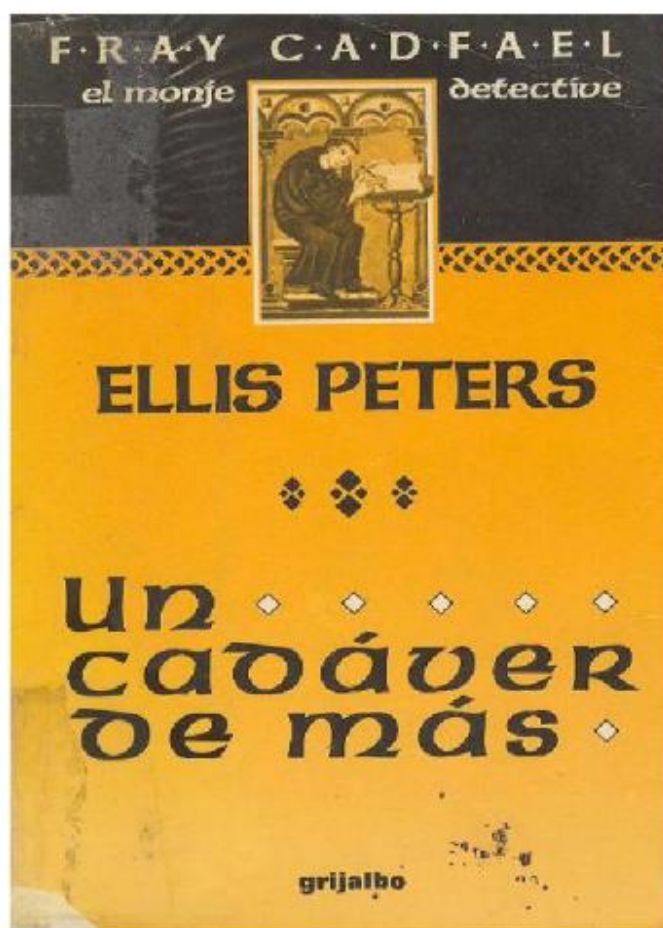


Un cadáver de más

Ellis Peters



Hyspastes



Un cadáver de más 02

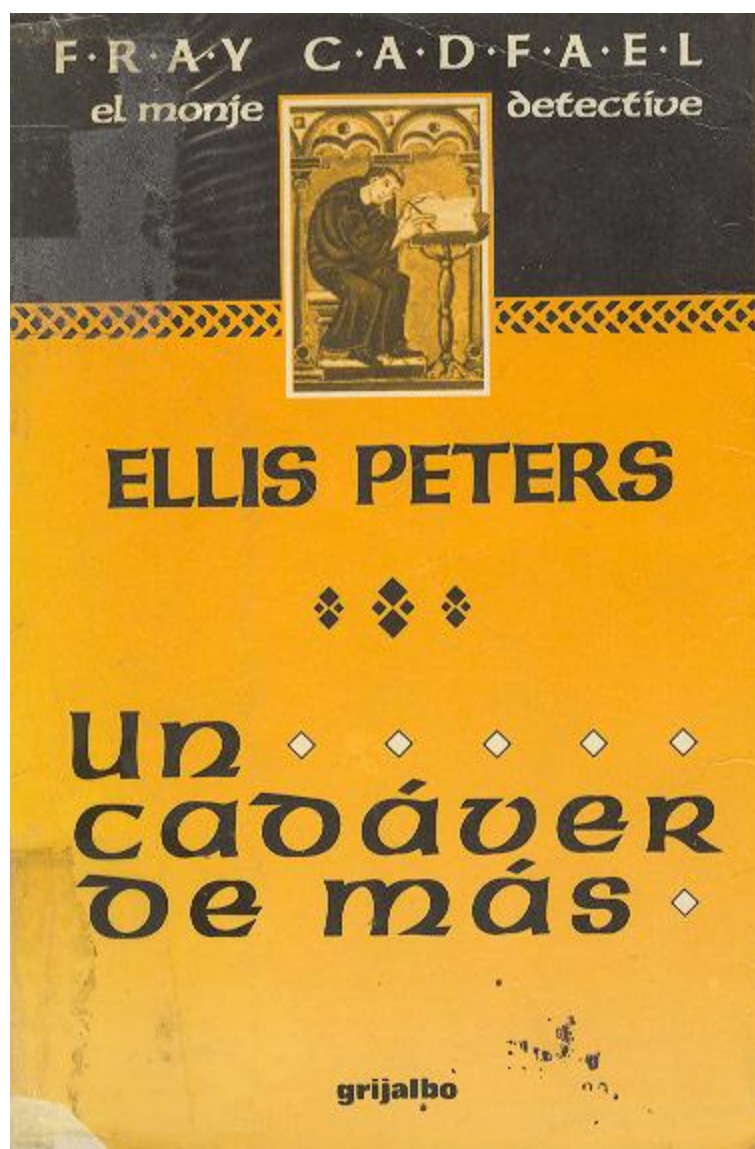
Sobrecubierta

Tags: historico

Fray Cadfael, que en su juventud fue a las Cruzadas y vivió multitud de aventuras, vive ahora retirado en la abadía benedictina de Shrewsbury, cerca de Gales. Gran conocedor de las plantas y sus propiedades, y experto en la preparación de remedios con las mismas, es el encargado del herbario y del huerto. Hombre inteligente, observador y dotado de un gran sentido común, tendrá que utilizar todas estas cualidades para resolver los casos que se le presentan.

En 1138, en el transcurso de la guerra civil inglesa, el rey Enrique toma la fortaleza de Shrewsbury. No habrá clemencia con los vencidos: el rey ordena ahorcar a todos los defensores. Entre tantas muertes sólo fray Cadfael es capaz de detectar un cadáver que no encaja con los demás; se encuentra entre los ajusticiados, pero no ha muerto a consecuencia del decreto real. Ha sido asesinado.

OceanofPDF.com



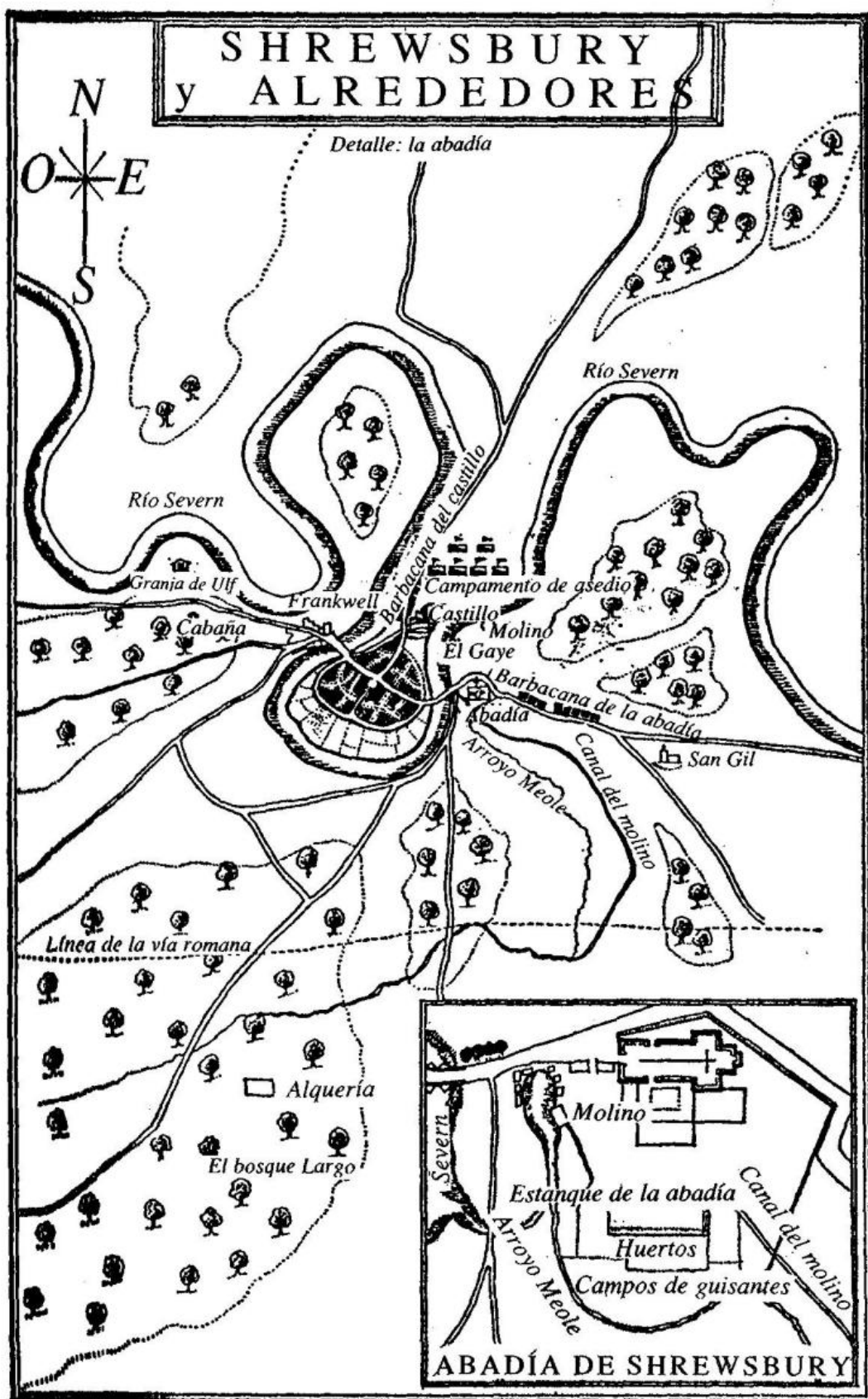
Un cadáver de más

Ellis Peters

Índice

MAPA.....	3
1	4
2	21
3	33
4	47

<u>5</u>	<u>60</u>
<u>6</u>	<u>75</u>
<u>7</u>	<u>91</u>
<u>8</u>	<u>105</u>
<u>9</u>	<u>118</u>
<u>10</u>	<u>132</u>
<u>11</u>	<u>146</u>
<u>12</u>	<u>161</u>
<u>CONTRAPORTADA</u>	<u>173</u>



MAPA

1

Fray Cadfael estaba trabajando en el pequeño huerto de la cocina, junto a los estanques de peces del abad, cuando le llevaron por primera vez al muchacho. Era un caluroso mediodía de agosto y, de haber contado con los ayudantes necesarios, a aquella hora todos hubieran estado roncando a la sombra en lugar de sudar bajo el sol. Sin embargo, uno de sus auxiliares habituales, aún sin terminar el noviciado, había decidido abandonar su vocación monástica y reunirse con su hermano mayor, que combatía en el bando del rey Esteban en la guerra civil por el trono de Inglaterra; el otro se había asustado ante la proximidad del ejército real, pues su familia pertenecía a la facción de la emperatriz Matilde, y su mansión del condado de Chester le pareció un lugar mucho más seguro que la abadía de Shrewsbury bajo asedio. Por ello ahora Cadfael tenía que encargarse de todo, aunque en sus tiempos había trabajado bajo soles mucho más ardientes que aquél, y estaba firmemente dispuesto a que sus dominios no se llenaran de maleza, tanto si el mundo exterior se sumía en el caos como si no.

En aquellos primeros días de verano del año 1138, la lucha fratricida, hasta entonces más bien desigual, ya había cumplido dos años, pero nunca se había acercado tanto a Shrewsbury. Ahora su amenaza se cernía sobre el castillo y la ciudad como la sombra de la muerte. Pese a ello, la mente de fray Cadfael estaba enteramente entregada a la vida y el crecimiento, no a la destrucción y la guerra. Jamás hubiera podido imaginar que otra forma de muerte, furtiva o ilegal incluso en tiempos tan revueltos como aquellos, rompería muy pronto la calma de la existencia que había elegido.

En circunstancias normales, en el mes de agosto no solía haber mucho trabajo en el huerto, aunque para un hombre solo era más que suficiente. La única ayuda que le ofrecieron fue fray Atanasio, sordo y medio lelo, y de quien no podía esperarse que supiera distinguir entre una hierba útil y una mala hierba, por lo que Cadfael rechazó el ofrecimiento enérgicamente. Mejor arreglárselas solo. Tenía que preparar un lecho para trasplantar repollos tardíos y sembrar las semillas de la variedad que crece en invierno, así como recoger guisantes y eliminar los rastrojos de la primera cosecha para dedicarlos a forraje y cama de los animales. Por si fuera poco, en un cobertizo de madera del herbario, que era su mayor orgullo, tenía una docena de preparaciones en vasijas de cristal y morteros colocados en

estantes, las cuales exigían atención por lo menos una vez al día, aparte los vinos de hierbas que burbujeaban sin cesar en aquella fase del proceso. Era el momento culminante de la cosecha de hierbas, y todas las medicinas para el invierno exigían sus cuidados. No obstante, Cadfael no era un hombre dispuesto a permitir que una parte de su reino se le escapara de las manos, por muy encarnizadas que fueran las

luchas entre los regios primos Esteban y Matilde por el trono de Inglaterra más allá de los muros de la abadía. Cuando levantaba la cabeza e interrumpía la tarea de abonar el lecho de los repollos, podía ver las columnas de humo, cerniéndose sobre los tejados de la abadía, la ciudad y el castillo situado a lo lejos, y aspirar el acre residuo de las hogueras de la víspera. Aquella sombra y aquel olor cubrían Shrewsbury como un sudario desde hacía casi un mes. El rey Esteban efectuaba violentas incursiones desde su campamento más allá de la barbacana del castillo, que era el único camino a pie enjuto para entrar en la ciudad, a no ser que pudiera apoderarse de los puentes. En el interior de la fortaleza, Guillermo FitzAlan apenas podía resistir el asedio y contemplaba con inquietud la mengua de sus provisiones, dejándole los truenos del reto a su incorregible tío Arnulfo de Hesdin que nunca había aprendido a templar el valor con la discreción. Los habitantes de la ciudad mantenían las cabezas gachas, atrancaban las puertas, cerraban sus talleres y, si podían, se dirigían al oeste, hacia el País de Gales, junto a sus antiguos y cordiales enemigos, menos temibles que Esteban. Los galeses se alegraban de que los ingleses temieran a los ingleses (si Matilde y Esteban podían considerarse ingleses) y dejaran al País de Gales en paz, por lo que no se negaban a tender la mano a los fugitivos con tal de que la guerra siguiera por sus fueros.

Cadfael enderezó la espalda y se secó el sudor de la tonsura, bronceada por el sol hasta adquirir el color de las avellanas maduras. Vio que el limosnero fray Oswaldo se acercaba presuroso por el camino con los faldones ondeando al viento. Empujaba por el hombro a un mozo de unos dieciséis años, vestido con una áspera túnica de estameña y unos calzones cortos de verano que dejaban al descubierto las piernas, pero decentemente calzado con sandalias. El muchacho tenía todo el aspecto de haberse aseado y arreglado para una ocasión especial, y caminaba mirando humildemente al suelo. Otra familia que procura alejar a sus hijos para no tener que ceder a las presiones de uno u otro bando, pensó

Cadfael sin el menor sentimiento de reproche.

—Fray Cadfael, creo que necesitáis ayuda y este joven dice que no le asusta el trabajo duro. Una buena mujer de la ciudad lo trajo al portero, y pidió que lo admitieran e instruyeran como siervo lego. Dice que es su sobrino de Hencot y que sus padres han muerto. Tiene una dote de un año. El prior Roberto ha dado licencia para que se quede y hay sitio en el dormitorio de los jóvenes. Asistirá a las clases con los novicios pero no hará los votos a menos que lo desee. ¿Qué os parece, queréis quedaros con él?

Cadfael observó al muchacho con interés y lo aceptó sin la menor vacilación, alegrándose de poder contar con alguien joven, sano y dispuesto a trabajar. El mozo era delgado, pero vigoroso, tenía los pies firmes y parecía muy ágil. Cuando levantó los ojos bajo una maraña de bucles castaños, el monje vio unos astutos e inteligentes ojos azul oscuro, orlados de largas pestañas, su porte era humilde y decoroso, pero no parecía intimidado.

—Gustosamente te aceptaré —dijo Cadfael—, siempre y cuando estés dispuesto a trabajar al aire libre conmigo. ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Godric, señor —contestó el mozo con la voz ronca, observando a Cadfael con el mismo interés con que es te le observara a él.

—Muy bien, pues, Godric, tú y yo nos llevaremos muy bien. Primero, si quieres, recorrerás conmigo los huertos para que veas lo que tenemos entre manos y le acostumbres a vivir entre estos muros. Me imagino que te parecerá

un poco extraño, pero es mucho más seguro que la ciudad; seguramente por eso tu buena tía te trajo aquí.

Los brillantes ojos azules se iluminaron de repente, pero en seguida volvieron a empañarse.

—Procura asistir al rezo de vísperas con fray Cadfael —le dijo el limosnero—. Fray Pablo, el maestro de novicios, te enseñará tu cama y te indicará las obligaciones que deberás cumplir después de la cena. Presta atención a lo que te diga fray Cadfael y obedécele como es debido.

—Sí, señor —le contestó, virtuosamente, el mozo.

Por debajo del acento humilde, una burbuja de risa parecía a punto de estallar. Cuando fray Oswaldo se alejó a toda prisa, los ojos azules le miraron hasta que se perdió de vista y después se fijaron en Cadfael. En aquel modesto rostro ovalado, la boca ancha y bien dibujada parecía hecha a propósito para la risa aunque en aquellos momentos mostraba una

expresión de sombría gravedad. Los tiempos eran difíciles incluso para las personas de carácter jovial.

—Ven a ver la clase de tareas que tendrás que cumplir —dijo alegremente Cadfael, dejando la pala para acompañar a su nuevo pupilo en un recorrido por el huerto.

Le mostró las hortalizas, las hierbas que llenaban el aire del mediodía con su embriagadora fragancia, los estanques de los peces, y las plantaciones de guisantes que llegaban casi hasta el arroyo. El primer campo estaba seco y amarillo bajo el sol, con toda la cosecha ya recolectada, y hasta los guisantes más tardíos parecían inclinarse a causa del peso, con las vainas a punto de reventar.

—Ésos tenemos que recogerlos entre hoy y mañana. Con este calor, se estropean en un día. Estos otros ya secos se tienen que desbrozar. Ya puedes empezar. No los arranques, toma la hoz y córtalos a ras del suelo; las raíces son buenas para la tierra —Cadfael hablaba en tono despreocupado para eliminar los residuos de añoranza y extrañeza que pudiera sentir el muchacho ante aquel cambio tan brusco—. ¿Cuántos años tienes, Godric?

—Diecisiete —contestó la ronca voz a su lado. Era más bien bajito para tener diecisiete años, pensó Cadfael. Más tarde lo pondría a cavar; esa tierra era

muy pesada de cultivar—. Puedo trabajar duro —añadió el mozo como si hubiera adivinado el pensamiento y estuviera ofendido—. No sé mucho, pero haré lo que me mandéis.

—Muy bien, pues, ya puedes empezar con los guisantes. Amontona lo seco aquí, lo usaremos para las camas de las bestias en los establos. Y las raíces volverán a la tierra.

—Como la humanidad —dijo, rápido, Godric.

—Sí, como la humanidad —demasiados volvían a la tierra prematuramente en aquella guerra fratricida. Cadfael observó que el muchacho volvía casi involuntariamente la cabeza y miraba más allá del recinto y los tejados de la abadía, hacia donde las torres almenadas del castillo se elevaban al cielo, envueltas en un sudario de humo—. ¿Tienes algún pariente allí, hijo mío? —le preguntó con dulzura.

—¡No! —se apresuró a contestar el joven—. Pero no puedo evitar pensar en ellos. En la ciudad dicen que eso no puede durar mucho..., que podría caer mañana. ¡Pero ellos simplemente han cumplido con su deber! Antes de morir, el rey Enrique obligó a sus barones a reconocer a la

emperatriz Matilde como su heredera, y ellos juraron lealtad. Era su única hija viva y *tenía que* ser reina. Y, sin embargo, cuando su primo el conde Esteban se apoderó del trono y se hizo coronar rey, muchos lo aceptaron dócilmente y olvidaron su juramento. Eso no es justo. Y permanecer fielmente al lado de la emperatriz no puede ser malo.

¿Cómo pueden justificar su cambio de bando? ¿Cómo pueden justificar la pretensión del conde Esteban?

—Justificar no es la palabra más idónea, pero algunos señores, muchos más de los que sostienen el punto de vista contrario, prefieren tener por amo a un hombre antes que a una mujer. Puestos a elegir a un hombre, Esteban era el más cercano al trono. Es tan nieto del rey Guillermo como Matilde.

—Pero no es hijo del último rey. Y, en cualquier caso, a través de su madre, que era mujer como Matilde. ¿Dónde está la diferencia? —la voz juvenil había olvidado su prudente tono moderado y ahora hablaba con claridad y vehemencia—. La diferencia está en que el conde vino a toda prisa y se apoderó

de lo que quería mientras Matilde se encontraba en Normandía sin sospechar nada. Y, ahora que la mitad de los barones ha recordado su juramento y se muestra favorable a ella, ya es tarde. ¿Qué saldrá de todo ello sino derramamiento de sangre y muertes? Ha empezado aquí, en Shrewsbury pero esto no es más que el principio.

—Hijo mío —dijo Cadfael con gran delicadeza—, ¿no exageras un poco en la confianza que me manifiestas?

El mozo, que había tomado la hoz y estaba blandiéndola en su mano a modo de prueba, se volvió a mirarle con sus grandes ojos azules súbitamente

indefensos.

—Pues, sí —contestó.

—Y bien puedes hacerlo. Pero procura mantener la boca cerrada con los demás. Aquí estamos en el campo de batalla tanto como en la ciudad. Nuestras puertas nunca se cierran a nadie. Aquí se mezclan toda clase de hombres y, en tiempos difíciles, algunos pueden intentar comprar favores contando historias. Otros pueden incluso ganarse la vida recogiendo tales historias. Tus pensamientos están a salvo en tu cabeza, mejor que te los guardes ahí. El mozo retrocedió e inclinó la cabeza, sintiéndose tal vez reprendido. ¡Pero tal vez no!

—Te devolveré confianza por confianza —dijo Cadfael—. A mi juicio, hay poco que elegir entre ambos monarcas, pero mucho a favor del hombre leal que cumple su palabra. Y ahora, déjame ver cómo trabajas. Cuando termine de plantar los repollos, vendré a echarte una mano.

Cadfael observó que el muchacho ponía manos a la obra con gran entusiasmo. La áspera túnica le venía excesivamente holgada, probablemente porque la había heredado de algún pariente fornido. Amigo mío, pensó

Cadfael, con el calor que hace no podrás mantener ese ritmo mucho tiempo,

¡después, ya veremos!

Cuando se reunió de nuevo con su ayudante en el campo seco de agostados tallos de guisantes, el mozo estaba acalorado y sudoroso y jadeaba a cada golpe de hoz, pero no había aminorado sus esfuerzos. Cadfael tomó un montón de rastrojos y lo dejó en el borde del campo al tiempo que le decía, con la cara muy seria:

—Esto no es un castigo, muchacho. Desnúdate de cintura para arriba y ponte cómodo.

Después, él mismo se despojó de la parte superior de su hábito, que ya lo tenía subido hasta las rodillas, y dejó al descubierto sus poderosos hombros morenos, con los faldones colgando del cinto.

El efecto fue complejo, pero no del todo concluyente. El joven interrumpió

momentáneamente su tarea y dijo:

—¡Ya estoy bien como estoy!

Pronunció las palabras con admirable compostura, pero varios tonos por encima del áspero nivel adolescente y viril de sus anteriores frases. Al mismo tiempo reanudó su tarea, mientras una clara oleada de intenso rubor le subía desde la clavícula hasta el cuello delicado y la curva de sus mejillas.

¿Significaba aquello necesariamente lo que parecía significar? Tal vez había mentido sobre su edad y la voz acababa de cambiarle. Quizá no llevaba camisa bajo la túnica corta y temía revelar sus carencias ante un desconocido. En fin,

quedaban todavía otras pruebas. Mejor cerciorarse cuanto antes. En caso de que fuera cierto lo que Cadfael sospechaba, la cuestión exigiría una cuidadosa reflexión.

—¡Otra vez la garza que nos roba los peces! —gritó súbitamente Cadfael, señalando hacia el arroyo Meole donde la confiada ave vadeaba la corriente tras haber cerrado sus inmensas alas—. ¡Arrójele una piedra para asustarla, muchacho, tú que estás más cerca que yo!

La garza era una inocente desconocida, pero, si Cadfael no estaba en un error, era improbable que el mozo le causara el menor daño. Godric miró hacia el riachuelo, tomó una piedra de gran tamaño y la levantó; echó el brazo hacia atrás y hacia adelante, impulsándolo por abajo con el cuerpo, y arrojó la piedra hacia los bajíos del otro lado del arroyo. Las salpicaduras indujeron a la garza a levantar el vuelo, aunque a bastante distancia de donde él se encontraba.

—¡Bien, bien! —dijo Cadfael en voz baja, y se dispuso a reflexionar sobre el asunto.

En su campamento de asedio, instalado sobre la explanada que se extendía frente a la barbacana del castillo, entre unos amplios recodos del río Severn, el rey Esteban, nervioso y enfurecido, celebraba la presencia de los pocos salopianos leales (¡leales a él, naturalmente!) que habían acudido a ponerse a sus órdenes, y rumiaba su venganza contra los muchos desleales que no se habían presentado.

Era un hombre alto y ruidoso, de apariencia agradable y cabello muy rubio, totalmente desconcertado por la colisión entre su bondad natural y el intenso dolor de su orgullo herido. Decían que no era muy listo, pero, cuando murió su tío Enrique sin más heredera que una hija que estaba en Francia, casada con un hombre de la casa de Anjou, y a pesar de que los vasallos de su tío se habían inclinado servilmente aceptando a su prima como reina, Esteban, por una vez en su vida, actuó con admirable rapidez y precisión. Sorprendió a sus súbditos potenciales, convenciéndoles de que lo aceptaran antes de que tuvieran tiempo de considerar sus propios intereses y tanto menos de recordar sus renuentes juramentos de lealtad. ¿Por qué aquel golpe tan afortunado se había trocado de pronto en amargura? Jamás llegaría a comprenderlo. ¿Por qué la mitad de sus más influyentes súbditos, aparentemente tranquilos durante algún tiempo, se habían rebelado ahora contra él? ¿Escrúpulos de conciencia? ¿Antipatía hacia el rey que les había sido impuesto? ¿Supersticioso temor a la influencia del rey Enrique cerca de Dios?

Obligado a tomar posiciones en serio y a recurrir a las armas, Esteban abrió

el camino que le pareció más lógico, golpeando con fuerza donde debía y manteniendo gozosamente la puerta abierta para que los arrepentidos regresaran. ¿Y cuál fue el resultado? Tuvo compasión y los demás se aprovecharon y le despreciaron por ello. Les invitó a someterse sin castigo mientras avanzaba hacia el norte contra las plazas rebeldes, y los barones locales se apartaron de él con desprecio. Bien, pues, el ataque del próximo amanecer decidiría el destino de la guarnición de Shrewsbury y serviría de ejemplo de una vez por todas. Si aquellas gentes de las regiones centrales del país no respondían pacífica y lealmente a su invitación, tendrían que huir como ratas para salvar el pellejo. En cuanto a Arnulfo de Hesdin... Le obligaría a lamentar amarga, aunque brevemente, los insultos y desafíos que le había lanzado desde las torres de Shrewsbury.

El rey estaba despachando a última hora de la tarde, en su tienda plantada en mitad de un prado, con su principal ayudante y primer alguacil de Salop, Gilberto Prestcote, y con el capitán de sus mercenarios flamencos, Guillermo Ten Heyt. Era aproximadamente la hora en que fray Cadfael y el mozo Godric estaban lavándose las manos y aseando la ropa para acudir al rezo de vísperas. El hecho de que los nobles locales no hubieran puesto a su disposición sus ejércitos en apoyo de su causa había obligado a Esteban a confiar en los flamencos, los cuales eran intensamente odiados tanto por su calidad de forasteros como por su carácter despiadado, capaces no sólo de embriagarse sino también de incendiar una aldea, o de ambas cosas a la vez llegado el caso. Ten Heyt era alto y bien proporcionado, tenía el cabello pelirrojo y unos poblados mostachos, y, aunque contaba apenas treinta años, ya podía considerarse un soldado veterano. Prestcote era un reposado y lacónico caballero de cincuenta y tantos años, experto y formidable en la batalla, prudente en los consejos y poco inclinado a las soluciones extremas, si bien, en aquel caso, hasta él exigía severidad.

—Vuestra Alteza ya ha probado con la generosidad, y ésta ha sido aprovechada vilmente en contra de vuestros intereses. Ha llegado el momento de sembrar el terror.

—Primero —dijo Esteban—, hay que tomar el castillo y la ciudad.

—Eso Vuestra Alteza ya puede darlo por hecho. Mañana Shrewsbury estará

en vuestras manos. Después, si sobreviven al ataque, Vuestra Alteza podrá

hacer lo que desee con FitzAlan, Adeney y Hesdin; los plebeyos de la guarnición no valen gran cosa, pero también convendría sentar precedente con ellos.

El rey se hubiera conformado con vengarse de los tres cabecillas de la rebelión. Guillermo FitzAlan le debía a Esteban su puesto de alguacil de Salop y, sin embargo, defendía el castillo en nombre de su rival. Fulke Adeney, el más destacado vasallo de FitzAlan, había participado en la traición y apoyaba con

todas sus fuerzas a su señor. Y Hesdin se había condenado repetidamente a través de los insultos surgidos de su arrogante boca. Los demás eran simples peones, útiles, pero sin la menor importancia.

—Se dice en la ciudad, y yo mismo lo he oído —añadió Prestcote—, que FitzAlan ha mandado salir a su mujer y a sus hijos antes de que cerremos el camino del norte. Pero Adeney también tiene una hija y dicen que aún se encuentra dentro de los muros del castillo. Han sacado muy pronto a las mujeres del castillo —Prestcote era también un hombre del condado y conocía, por lo menos de nombre y de fama, a los barones de la comarca—. La hija de Adeney está prometida en matrimonio desde niña al hijo de Roberto Berengario de Maesbury en Oswestry. Tenían tierras colindantes en aquella región. Os lo digo porque ése es el hombre que os pide audiencia ahora, Hugo Berengario de Maesbury. Utilizadle como gustéis, Alteza, pero, hasta hoy, yo diría que ha sido el hombre de confianza de FitzAlan, vuestro enemigo. Recíbidle y juzgadle vos mismo. Si ha cambiado de parecer, santo y bueno, porque tiene muchos hombres bajo su mando, pero yo que vos no le aceptaría demasiado fácilmente. El oficial de la guardia acababa de entrar en el pabellón y aguardaba a que le invitaran a hablar; Adam Courcelle era uno de los principales lugartenientes de Prestcote, su mano derecha y un valeroso soldado a pesar de sus treinta años de edad.

—Vuestra Alteza tiene otra visita —anunció cuando el rey se volvió hacia él—. Una dama. ¿Queréis recibirla primero? Aún no tiene alojamiento aquí, y dada la hora... Afirma llamarse Aline Siward y dice que su padre, al que acaba de dar sepultura, fue siempre uno de vuestros hombres más leales.

—El tiempo apremia —dijo el rey—. Que pasen los dos, pero primero atenderemos a la dama.

Courcelle la condujo, tomada de la mano, ante la presencia del rey, haciéndola objeto de toda clase de deferencias y atenciones, cosas de las que la muchacha era justamente acreedora. Se trataba de una tímida y esbelta joven, cuya edad no debía superar los dieciocho años; la austeridad de su duelo, la toca blanca y el velo de los que se escapaban unos mechones de cabello dorado que enmarcaban sus mejillas, contribuían a conferirle una apariencia todavía más tierna y conmovedora. La muchacha poseía una tímida y orgullosa dignidad infantil. Sus ojos, del color de los lirios, se abrieron asombrados al ver la impresionante figura del rey, ante quien se inclinó en profunda reverencia.

—Señora —dijo Esteban, extendiendo la mano—, lamento vuestra pérdida, de la cual acabo de enterarme en este momento. Si mi protección os puede servir de algo, mandadme lo que queráis.

—Vuestra Alteza es muy amable —contestó la joven con voz asustada—. Ahora soy huérfana y la única persona de mi familia que os puede ofrecer la debida lealtad. Hago lo que mi padre hubiera deseado hacer. De no haber sido

por su enfermedad y su muerte, él mismo hubiera venido, o yo hubiera venido más temprano. Hasta que Vuestra Alteza llegó a Shrewsbury no tuvimos la oportunidad de entregaros las llaves de los dos castillos que se encuentran en nuestro poder. ¡Ahora os las entrego!

Su doncella, una discreta joven que debía llevarle por lo menos diez años, la había seguido al interior de la tienda y aguardaba a cierta distancia. Desde allí

se adelantó para entregarle las llaves a Aline y ésta las depositó ceremoniosamente en la mano del rey.

—Podemos reunir para Vuestra Alteza a cinco caballeros y a más de cuarenta soldados, que, en este momento, están destinados a las guarniciones de mi casa. Podrán ser muy útiles a Vuestra Alteza —Aline citó por su nombre a sus castellanos y sus propiedades. Fue como oír a un niño, recitando una lección aprendida de memoria, pero su dignidad y seriedad eran semejantes a las de un capitán en el campo de batalla—. Hay algo que debo deciros con toda claridad, para mi inmenso dolor. Tengo un hermano que hubiera tenido que cumplir este deber y este servicio —la voz de la joven se quebró levemente, pero en seguida se recuperó—. Cuando Vuestra Alteza asumió la corona, mi hermano Gil se pasó al bando de la

emperatriz Matilde y, tras una amarga disputa con nuestro padre, se fue de casa para unirse a sus huestes. No sé

dónde está ahora, aunque hemos oído rumores de que se encuentra en Francia. No podía dejar a Vuestra Alteza en la ignorancia de esta disensión que me aflige tanto como os debe de afligir a vos. Espero que no rechacéis mi ofrecimiento y que lo uséis libremente, tal como hubiera deseado mi padre y yo misma deseo.

La muchacha suspiró profundamente, como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

El rey parecía encantado con ella hasta el punto que, en determinado momento, la tomó de la mano y la besó en la mejilla. A juzgar por la expresión de su rostro, Courcelle le envidió aquella oportunidad.

—No permita Dios, hija mía —agregó el rey—, que yo añada ni un ápice a vuestros dolores o que me abstenga de aliviarlos en lo que pueda. Acepto de todo corazón vuestra lealtad, tan querida para mí como la de un conde o un barón, y os agradezco las molestias que os habéis tomado para ayudarme. Y

ahora, decidme en qué puedo servirlos porque en este campamento militar no hay alojamiento apropiado para vos y tengo entendido que aún no habéis resuelto esta cuestión. Pronto caerá la noche.

—Yo había pensado —dijo tímidamente la joven—, que podría alojarme en la hospedería de la abadía, si pudiéramos encontrar una embarcación que nos llevara a la otra orilla del río.

—Os ofreceremos una escolta que os acompañe en la travesía del río, con nuestra petición al abad de que ponga a vuestra disposición una de las casas

pertenecientes a la abadía, donde podáis gozar de intimidad y protección hasta que otra escolta pueda conducirlos a vuestra mansión —el rey miró a su alrededor, buscando a un mensajero adecuado, y no le pasó por alto el vehemente interés de Courcelle. El joven que tenía un lustroso cabello castaño y unos ojos del mismo color ardiente, contaba con el fervor de su rey—. Adam,

¿queréis acompañar a la señora de Siward y cuidar de que sea cómodamente alojada?

—De mil amores, Alteza —contestó Courcelle con entusiasmo, ofreciéndole una mano ardiente a la dama.

Hugo Berengario vio pasar a la joven, guiada por una fuerte mano morena, sus ojos mirando al suelo, su rostro dulce y la noble frente cansada y triste, tras haber cumplido fielmente su misión. Desde fuera de la tienda real, lo había oído todo. Ahora la muchacha parecía a punto de echarse a llorar, como una chiquilla desvalida tras superar una dura prueba, o como una niña novia, vestida para exhibir sus riquezas y su linaje y enviada después a su cuarto, una vez asegurada la transacción. El oficial del rey caminaba a su lado como un conquistador conquistado, y así era.

—Ven, el rey te espera —dijo la gutural voz de Guillermo Ten Heyt. Él se volvió a mirarle y agachó la cabeza para atravesar el dosel de entrada de la tienda. La relativa oscuridad ocultaba en parte la presencia imponente y rubia del rey.

—Aquí estoy, mi señor —dijo, inclinándose profundamente ante él—. Hugo Berengario de Maesbury al servicio de Vuestra Alteza con todo cuanto me pertenece. Mis posesiones no son muchas, seis caballeros y unos cincuenta soldados, la mitad de ellos arqueros muy hábiles. Todos son vuestros.

—Vuestro nombre, Berengario, nos es conocido —contestó el rey secamente—. Vuestra situación, también. Que fuerais partidario de nuestra causa, no tanto. Me han dicho que, hasta hace poco, habíais estado asociado con FitzAlan y Adeney nuestros traidores. Llevo unas cuatro semanas en esta comarca sin haber tenido noticias vuestras.

—Alteza —dijo Berengario sin parecer molesto ante aquella fría acogida—, crecí de niño considerando a quienes vos tenéis comprensiblemente por traidores como compañeros y amigos míos, y debo decir que su amistad nunca me falló. Vuestra Alteza es lo bastante ecuánime como para reconocer que, para alguien como yo, que hasta ahora no ha jurado lealtad a nadie, la elección de un camino en este momento puede exigir una considerable reflexión, tratándose de algo definitivo.

»Que las pretensiones de la hija del rey Enrique son razonables, está fuera de toda duda y yo no puedo llamar traidor a un hombre por haber elegido esa causa, aunque sí puedo reprocharle el haber roto el juramento que os hiciera. En cuanto a mí, vine a mis tierras hace apenas unos meses y, hasta ahora, a nadie le he jurado lealtad. He preferido decidir con calma a quién quiero servir. Aquí

estoy. Los que acuden a vos sin pensarlo puede que más tarde se alejen con la misma ligereza.

—¿Y vos no lo haréis? —preguntó el rey con escepticismo, analizando con crítico interés a aquel joven tan locuaz y atrevido. Era delgado, no superaba la estatura media y no parecía muy fuerte, aunque sus movimientos eran seguros y equilibrados. Tal vez compensaba con su rapidez y agilidad lo que le faltaba de peso y vigor. Debía de tener unos veintidós o veintitrés años, era moreno y poseía facciones delicadas y pobladas cejas oscuras. Por su rostro no cabía adivinar lo que había detrás de aquellos ojos profundamente hundidos en las órbitas. Sus palabras podían ser sinceras o calculadas. Parecía lo suficientemente astuto como para haber sopesado el carácter de su soberano y haber llegado a la conclusión de que la audacia no sería mal recibida.

—No lo haré —contestó el muchacho con firmeza—. Pero no tenéis por qué

fiaros de mi palabra. Podéis ponerme a prueba. Estoy a la disposición de Vuestra Alteza.

—¿No habéis traído vuestras fuerzas?

—He venido sólo con tres hombres. Hubiera sido una locura dejar desguarnecido o poco guarnecido un buen castillo, y un flaco servicio a Vuestra Alteza pedirlos que alimentarais otros cincuenta hombres sin que antes se hubiera autorizado este incremento. Basta con que Vuestra Alteza me diga dónde quiere que le sirva, y así se hará.

—No tan rápido —dijo Esteban—. Otros también pueden necesitar tiempo y reflexión antes de unirse a vos, joven. Hace algún tiempo fuisteis muy amigo y gozasteis de la confianza de FitzAlan.

—Lo fui. Y sigo sin tener nada contra él, aparte el hecho de que él haya elegido un camino y yo el otro.

—Tengo entendido que estáis comprometido en matrimonio con la hija de Fulke Adeney.

—No sé qué responder a eso. ¡Lo estoy! o ¡lo estaba! Los tiempos han alterado muchos planes previamente acordados, tanto en mi caso como en el de otros muchos. En estos momentos, ignoro dónde está la joven y si el pacto sigue en pie.

—Dicen que ya no hay mujeres en el castillo —señaló el rey, observándole detenidamente—. Es muy posible que a esta hora, la familia de FitzAlan ya esté

muy lejos, tal vez incluso fuera del país. En cambio, dicen que la hija de Adeney

permanece oculta en la ciudad. No me disgustaría —añadió, subrayando suavemente sus palabras— tener en salvaguardia a una dama tan valiosa en caso de que mis planes también sufrieran alguna alteración. Vos que pertenecíais al bando de su padre conoceréis sin duda los lugares donde posiblemente se aloja. Cuando el camino esté expedito, vos, mejor que nadie, podréis encontrarla.

El muchacho le miró con rostro inescrutable. Sus astutos ojos oscuros dieron a entender que lo había comprendido todo, pero nada más, ni anuencia ni resistencia, como tampoco el menor reconocimiento de que le encomendaban una tarea de la que podía depender la aceptación y el favor. Con semblante inexpresivo y tono inocente, el joven contestó:

—Ése es mi propósito, Alteza. Vine de Maesbury pensando también en ello.

—Bien —dijo Esteban, cautamente satisfecho—, podéis aguardar hasta la caída de la ciudad. No tenemos ninguna tarea inmediata que encomendaros aquí. Si tuviera ocasión de llamaros, ¿dónde os podría encontrar?

—Si hay sitio, en la hospedería de la abadía.

El muchacho Godric asistió al rezo de vísperas entre los pupilos y los novicios, en la parte de atrás de la iglesia, donde estaban los moradores menos importantes de la abadía y cerca de los lugareños que vivían fuera de los muros monásticos, pero en esta orilla del río, por lo que todavía tenían acceso a aquel refugio sagrado. Cuando volvió la cabeza para mirarle, fray Cadfael pensó que parecía muy pequeño y desvalido, y que su rostro, audaz y descarado en el herbario, había asumido una expresión extremadamente solemne en la iglesia. Ya estaba a punto de caer la noche, la primera que él pasaría en el monasterio. En fin, sus asuntos se resolverían mucho mejor de lo que esperaba y, si las cosas iban bien, no tendría que inquietarse por las pruebas que le esperaban, tanto menos aquella noche. Fray Pablo, el maestro de novicios, tenía otros jóvenes a su cuidado y se alegraba de que uno de ellos hubiera sido encomendado a otra persona.

Cadfael llamó a su protegido después de la cena, en cuyo transcurso observó complacido que Godric comió con buen apetito. El mozo tenía sin lugar a dudas temple suficiente para luchar contra los temores y escrúpulos que lo dominaban, y un sentido común que le impulsaba a fortalecer la carne para poder enfrentarse mejor con las luchas del espíritu. Lo más

tranquilizador fue verle mirar con alivio y gratitud a Cadfael cuando éste apoyó la mano sobre su hombro en el momento de abandonar el refectorio.

—Ven conmigo, estamos libres hasta completas y en el huerto se está fresco. No hace falta permanecer aquí dentro, a menos que lo desees.

El mozo Godric no lo deseaba y se alegró de poder salir a la noche estival. Bajaron despacio hasta los estanques de los peces y el herbario. El muchacho se puso a brincar y silbar de contento hasta que, de pronto, se detuvo bruscamente.

—Dijo el limosnero que el maestro de novicios hablaría conmigo después de la cena. ¿Es correcto que me haya ido con vos de esta manera?

—Todo está aprobado y permitido, hijo mío, no tengas miedo. He hablado con fray Pablo, tenemos su palabra. Estás a mi cargo y soy responsable de ti. Ambos entraron en el huerto cerrado e inmediatamente se vieron envueltos por las fragancias del romero, el tomillo, el hinojo, el eneldo, la salvia, la lavanda y todo un mundo de secretas dulzuras. El calor del sol perduraba todavía en el fresco anochecer, mezclado con los embriagadores perfumes. Sobre sus cabezas, los vencejos evolucionaban en el aire, llenándolo con sus extasiados chillidos.

Habían llegado al cobertizo de madera, cuyas tablas untadas con aceite aún irradiaban calor. Cadfael abrió la puerta.

—Éste es tu cuarto de dormir, Godric.

En un extremo de la estancia había un lecho bajo, esmeradamente arreglado. El mozo lo miró y su mano se estremeció en la de Cadfael.

—Estoy elaborando todas estas medicinas y hay varias que necesitan atención constante, algunas de ellas desde muy temprano ya que, de lo contrario, se estropearían. Te enseñaré todo lo que tienes que hacer, no es una tarea muy difícil. Aquí tienes tu cama y una reja que puedes abrir para que entre el aire —el mozo había dejado de temblar, y sus grandes ojos azul oscuro miraban implacablemente a Cadfael. Parecía estar a punto de sonreír, pero en su semblante se advertía una leve sombra de orgullo herido. Cadfael se volvió

hacia la puerta y señaló la gruesa tranca que la cerraba por dentro e impedía que pudiera abrirse desde fuera—. Puedes excluirnos al mundo y a mí hasta que estés preparado para reunirte con nosotros.

El mozo Godric, que tenía muy poco de niño, miraba ahora con expresión acusadora, medio ofendido, medio radiante y totalmente aliviado.

—¿Cómo lo adivinasteis? —preguntó, adelantando una beligerante barbilla.

—¿Cómo te las hubieras arreglado en el dormitorio? —replicó suavemente Cadfael.

—Me las hubiera arreglado. Los mozos no son muy listos, hubiera podido engañarles. Bajo estos muros —dijo, tomando unos pliegues de su amplia túnica— todos los cuerpos parecen iguales, y los hombres son ciegos y estúpidos —de pronto, el joven se echó a reír ante la sagacidad de Cadfael, y se convirtió en una mujer sorprendentemente hermosa—. ¡Vos, *no!* ¿Cómo lo

adivinasteis? Me disfracé con tanto esmero que creí poder superar todas las pruebas. ¿En qué me equivoqué?

—Lo hiciste muy bien —contestó Cadfael en tono tranquilizador—. Pero, hija mía, pasé cuarenta años recorriendo el mundo de uno a otro extremo antes de tomar la cogulla y venir a este dulce y verde final. ¿En qué te equivocaste?

No te lo tomes a mal sino como un sabio consejo de un aliado, si yo te respondo. Cuando discutiste y te acaloraste sin darte cuenta, levantaste la voz sin quebrarla ni un solo momento para disimular el cambio. Eso se puede aprender, ya te lo enseñaré cuando tengamos tiempo. Después, cuando te animé a que te pusieras cómoda y te desnudaras de cintura para arriba... Ah, nunca te ruborices, hija mía, ¡entonces ya no me cupo ninguna duda!... Por supuesto que me desconcertaste. Y, finalmente, cuando te pedí que arrojaras una piedra al arroyo, lo hiciste como las niñas, balanceando el brazo, no por arriba sino por abajo. ¿Cuándo viste a un mozo haciendo un lanzamiento semejante? No permitas que nadie te tienda esta trampa, hasta que domines el arte. Es algo que te delataría en seguida.

Cadfael guardó paciente silencio al ver que la joven se había sentado en la cama, cubriéndose el rostro con las manos, primero para llorar, después para reír y, al final, para hacer ambas cosas a la vez. No quiso decirle nada porque la vio tan perpleja como un hombre que se debatiera entre ventajas e inconvenientes, sin saber qué determinación adoptar. Ahora ya le parecía más probable que tuviera diecisiete años. Era una mujer en ciernes, y por cierto muy hermosa.

Una vez tranquila, la joven se secó los ojos con el dorso de la mano y esbozó

una sonrisa tan radiante como la luz del sol a través de un arco iris.

—¿Lo dijisteis de veras? —preguntó—. ¿Eso de que sois el responsable de mi persona? ¡Os *dije* que confiaba en vos hasta el extremo!

—Hija querida —replicó Cadfael en tono paternal—, ¿qué otra cosa podría hacer ahora sino servirte lo mejor que pueda y ayudarte a salir de aquí para que consigas regresar a donde desees?

—Ni siquiera sabéis quién soy —dijo la moza, asombrada—. ¿Quién es el que confía demasiado ahora?

—¿A mí qué más me da, hija mía, conocer tu nombre? Una moza abandonada aquí para que capee el temporal y pueda reunirse de nuevo con los suyos..., ¿no te parece suficiente? Lo que quieras decir, ya me lo dirás, no necesito más.

—Me parece que deseo decíroslo todo —dijo humildemente la muchacha, mirándole con unos ojos tan grandes y puros como el cielo—. Mi padre, o está

en este momento en el castillo de Shrewsbury con la vida pendiente de un hilo, o bien fuera de él, tratando de salvar el pellejo con Guillermo FitzAlan, en un

intento de alcanzar las tierras de la emperatriz en Normandía. Corre peligro de que, de un momento a otro, lancen una jauría en su persecución. Soy una carga para cualquiera que me demuestre amistad y puedo convertirme en una codiciada rehén en cuanto me echen en falta en el castillo. Hasta para vos, fray Cadfael, podría ser peligrosa. Soy la hija del principal amigo y aliado de FitzAlan. Mi nombre es Godith Adeney.

El cojo Osbern, que nació con ambas piernas marchitas y se desplazaba con increíble rapidez con las manos metidas en unos zuecos de madera, arrastrando a su espalda las rodillas encogidas sobre un carrito de ruedas, era el más humilde seguidor del campamento real. Normalmente, solía sentarse junto a las puertas del castillo en la ciudad, pero había abandonado a tiempo aquellos lugares ahora tan peligrosos, prefiriendo trasladar su esperanzada lealtad hasta el mismo límite del campamento de asedio, lo más cerca posible de la guardia principal donde los grandes entraban y salían a su antojo. El rey era manifiestamente generoso, excepto con sus enemigos, y las ganancias eran buenas. A veces, los principales capitanes estaban demasiado ocupados como para perder el tiempo o dar limosna a un pordiosero, pero algunos de los que llegaban con retraso a suplicar el favor real, tras haber calibrado de qué lado parecía inclinarse la fortuna, solían entregar limosnas al pobre para congraciarse con Dios, y los arqueros

comunes e incluso los flamencos, cuando estaban alegres y disponían de tiempo libre, le arrojaban a Osbern algunas monedas o bien los restos de sus raciones.

El mendigo tenía el carrito bien apoyado, al amparo de unos arbustos cerca del puesto de guardia para que les fuera más fácil arrojarle un mendrugo de pan o darle algo de beber mientras él disfrutaba del brillo de las hogueras del campamento por la noche. Cuando alguien sólo podía cubrirse con unos andrajos, hasta las noches estivales podían ser frías después de una calurosa jornada de agosto. Las hogueras estaban parcialmente apagadas para que sólo iluminaran lo suficiente como para ver quién llegaba con retraso. Cerca de la medianoche Osbern se despertó de un agitado sueño y, aguzando el oído, percibió el susurro de las hojas de los arbustos que tenía a su espalda, a la izquierda, hacia la barbacana del castillo pero lejos del camino. Alguien se aproximaba desde la ciudad, pero no desde las puertas principales sino más bien dando un rodeo para que no le vieran desde la orilla del río. Osbern conocía la ciudad como la rugosa palma de su mano. O bien era alguien que regresaba de efectuar un reconocimiento (pero, en tal caso, ¿a qué venía tanto sigilo en la misma entrada del campamento?) o bien alguien que había abandonado subrepticamente la ciudad o el castillo por el único camino que quedaba en la muralla de aquel lado, es decir, el portón que conducía al río.

Una figura en sombras, visible más como movimiento que como materia en una noche sin luna, emergió entre los arbustos y corrió agachada hacia el puesto de guardia. Al oír la voz del centinela se detuvo de inmediato y se quedó inmóvil. Osbern vio un cuerpo cimbrenño, envuelto en una capa negra que sólo permitía distinguir el brillo de un pálido rostro. La voz que respondió

al santo y seña era joven, estridente, asustada y apremiante.

—Suplico audiencia... No llevo armas. Condúceme hasta tu capitán. Tengo algo que decir... en beneficio del rey...

Le permitieron acercarse y le registraron para cerciorarse de que no llevaba armas. Osbern no oyó lo que le dijeron, pero comprendió que la anónima figura se había salido con la suya. Pasó al interior del campamento y allí se perdió de vista.

Osbern ya no pudo conciliar de nuevo el sueño porque, a aquellas horas de la noche, el frío se filtraba a través de los andrajos. ¡Una capa como ésa quisiera yo que me enviara el buen Dios!, pensó el mendigo temblando. Sin

embargo, el propietario de aquella hermosa prenda también temblaba y su voz se quebraba de miedo, aunque también de ansiosa esperanza. Un curioso incidente, que de nada le serviría a un desventurado mendigo. Mejor dicho, de nada hasta que Osbern vio salir a la misma figura entre los oscuros caminos del campamento y detenerse una vez más a la entrada. Ahora caminaba con paso más firme y seguro y su porte era menos furtivo y temeroso. Llevaba algún salvoconducto suficiente para permitirle salir tal como había entrado, sin sufrir el menor daño. Osbern oyó algunas palabras:

—Tengo que regresar pues no conviene que recelen... ¡He recibido órdenes!

En agradecimiento por la merced recibida, el visitante tal vez estuviera dispuesto a dar algo. Osbern se adelantó con su carrito y tendió una mano suplicante.

—¡Por el amor de Dios, señor! ¡Si él ha sido benévolo con vos, sed vos benévolo con el pobre!

Vio el brillo de un rostro pálido y sereno, oyó unos profundos suspiros de alivio y esperanza. Un destello de luz brilló en la compleja forma de la pieza metálica que ajustaba la capa a la garganta. De entre los pliegues, emergió una mano que arrojó una moneda sobre la palma extendida.

—Reza una oración por mí mañana —dijo un leve susurro mientras el desconocido se alejaba tal como había venido, perdiéndose entre los árboles antes de que Osbern hubiera terminado de darle las gracias por la limosna.

Antes del amanecer Osbern despertó de nuevo de su agitado sueño y se retiró hacia los arbustos para que nadie le viera. De momento, sólo había la promesa de un claro amanecer, pero el campamento real ya estaba en movimiento, si bien con tanto sigilo que el pordiosero adivinó más que oyó la revista de los hombres, la ordenación de las filas y la comprobación de las armas. El aire matutino pareció vibrar con las pisadas de los soldados, aunque apenas se escuchaba el menor sonido. Desde una a otra curva del río Severn, al otro lado de la franja de tierra que permitía aproximarse a pie enjuto a la ciudad, se oyó un incesante y jubiloso murmullo de actividad cuando el ejército del rey Esteban salió en orden de batalla para el asalto final contra el castillo de Shrewsbury.

2

Mucho antes del mediodía todo terminó con las puertas incendiadas y derribadas, los obstáculos eliminados uno a uno, los últimos arqueros perseguidos en las murallas y las torres y un humo denso y pegajoso

cubriendo toda la fortaleza y la ciudad como un sudario. En las calles no se movía ninguna criatura humana, ni siquiera había perros. En cuanto se produjo el primer asalto, todos los hombres se arrojaron al suelo con sus mujeres, su familia y sus animales, tras las puertas cerradas y atrancadas, mientras escuchaban aterrados el fragor y los gritos de la batalla. Todo fue muy breve. La guarnición estaba agotada, falta de suministros y debilitada por las deserciones producidas mientras hubo alguna posibilidad de huir. Todos estaban seguros de que el siguiente ataque provocaría la caída de la ciudad. Los mercaderes de Shrewsbury esperaban con el corazón encogido los inevitables pillajes, y lanzaron un suspiro de alivio al enterarse de que el rey los había impedido, no porque quisiera privar a sus flamencos del botín sino porque no deseaba que se alejaran de su persona. Un rey era tan vulnerable como cualquier otro hombre y aquélla era una ciudad enemiga, todavía sin pacificar. Además, el asunto más urgente era la guarnición del castillo y, sobre todo, FitzAlan, Adeney y Arnulfo de Hesdin.

Esteban avanzó entre el humo y la sangre y entró en la sala del castillo, enviando a Courcelle, Ten Heyt y sus hombres con órdenes expresas de aislar a los cabecillas y conducirlos a su presencia. A Prestcote quiso tenerlo a su lado; las llaves estaban en manos del nuevo lugarteniente y ya se habían tomado medidas para abastecer a la guarnición real.

—Al final —dijo Prestcote en tono levemente crítico—, Vuestra Alteza ha pagado un precio muy bajo. En pérdidas, sin la menor duda. En dinero..., las demoras fueron muy costosas, pero el castillo está intacto. Tendrán que efectuarse algunas reparaciones en los muros..., construir nuevas puertas. Esta plaza no tenéis que perderla nunca más. Considero muy valioso el tiempo que nos costó ganarla.

—Ya veremos —contestó Esteban muy serio, pensando en los insultos que le había lanzado Arnulfo de Hesdin desde las torres. ¡Se hubiera dicho que cortejaba la muerte!

Entró Courcelle, que se había quitado el yelmo y exhibía todo el esplendor de su cabello castaño. Un joven muy prometedor, siempre alerta, inmensamente fuerte en el combate cuerpo a cuerpo y experto en el mando de tropas. Esteban le tenía en gran aprecio.

—Bien, Adam, ¿ya les tenemos? No creo que FitzAlan se haya escondido en los graneros como un criado cobarde, ¿verdad?

—¡No, Alteza, de ninguna manera! —contestó Courcelle tristemente—. Hemos recorrido la fortaleza desde los tejados a las mazmorras, y os

aseguro que no hemos dejado nada por registrar. ¡Pero FitzAlan se ha escapado! Dadnos tiempo, y descubriremos el día, la hora, el camino que siguieron, los planes que ellos tenían...

— ¿Ellos? —preguntó el rey, enfurecido al percatarse del plural.

—Adeney se fue con él. No cabe duda de que han huido. Lamento tener que dar a Vuestra Alteza esta noticia, pero la verdad es la verdad —contestó el joven, atreviéndose a proclamarla—. A Hesdin sí lo tenemos. Está herido, pero no de gravedad, unos simples arañazos. Lo tengo prisionero para más seguridad, aunque no creo que sea tan arrogante como cuando mandaba aquí

dentro y vos estabais fuera.

—Traedlo ante mi presencia —ordenó el rey, muy disgustado por el hecho de que dos de sus principales enemigos se le hubieran escapado de las manos. Arnulfo de Hesdin entró cojeando y arrastrando las cadenas que le aherrojaban los tobillos y las muñecas. Era un hombre corpulento de unos sesenta años, desfigurado por el polvo, el humo y la sangre. Dos flamencos le obligaron a arrodillarse ante el rey. Parecía asustado, pero en sus ojos brillaba todavía un cierto desafío.

—¿Cómo, estáis domado? —le preguntó el rey, exultante de gozo—.

¿Dónde está vuestra insolencia ahora? Hace apenas uno o dos días teníais muchas cosas que decir. ¿Os habéis quedado mudo? ¿O es que acaso ahora habláis otro idioma?

—Alteza —contestó Hesdin sin apenas disimular el odio que sentía—, sois el vencedor y estoy a vuestra merced y a vuestros pies. He luchado en buena lid y confío en recibir un trato honroso. Soy un noble de Inglaterra y Francia. Vos necesitáis dinero. Yo valgo el rescate de un conde y puedo pagarlo.

—Demasiado tarde para hablarme de buenas lides, vos que fuisteis tan arrogante y mal hablado cuando unas murallas se interponían entre nosotros. Juré entonces arrebatáros la vida, y ahora os la arrebataré. El rescate de un conde no la podrá pagar. ¿Queréis que os diga mi precio? ¿Dónde está

FitzAlan? ¿Dónde está Adeney? Decidme inmediatamente dónde puedo echar el guante a esos dos, y será mejor que recéis para que lo consiga, y entonces es posible, ¡sólo *posible*! , que os permita conservar vuestra miserable vida. Hesdin levantó la cabeza y miró al rey a los ojos.

—Vuestro precio me parece demasiado alto —dijo—. Sólo una cosa os diré

con respecto a mis compañeros: no huyeron de vos hasta que todo estuvo perdido. Tanto si vivo como si muero, eso es lo único que conseguiréis de mí.

¡Proseguid vuestra noble cacería!

—¡Ya veremos! —replicó el rey, enfurecido—. ¡Ya veremos si no logramos obtener algo más de vos! Mandad que se lo lleven, Adam, y entregadlo a Ten Heyt, a ver qué se puede hacer con él. Hesdin, tenéis tiempo hasta las dos de la tarde para decirnos todo lo que sabéis con respecto a su huida, de lo contrario, os haré colgar de las almenas.

¡Lleváoslo!

Se lo llevaron a rastras, todavía de rodillas. Esteban permaneció sentado, mordiéndose los nudillos.

—¿Pensáis que es cierto lo que ha dicho, Prestcote? ¿Que huyeron sólo cuando el combate ya estaba perdido? En tal caso, es muy posible que todavía se encuentren en la ciudad. ¿Cómo podrían escapar? Por la puerta fortificada, atravesando nuestras filas, por supuesto que no. Las primeras compañías se dirigieron inmediatamente hacia los dos puentes. Deben de permanecer ocultos en la ciudad. ¡Buscadlos!

—No es posible que alcanzaran los puentes —dijo Prestcote—. Sólo hay otro camino para salir, y es el portón que conduce al río. Dudo que hubieran podido cruzar a nado el Severn sin ser vistos, y estoy seguro de que no disponían de una embarcación. Lo más probable es que estén ocultos en algún lugar de la ciudad.

—¡Registradlo todo! ¡Encontradlos! No habrá saqueo hasta que les tenga en mi poder. Buscad por todas partes, y encontradlos.

Mientras Ten Heyt y sus flamencos reunían a los prisioneros y colocaban la nueva guarnición bajo las órdenes de Prestcote, Courcelle y otros, junto con sus compañías, recorrieron la ciudad, confirmaron la seguridad de los dos puentes y empezaron a registrar todas las casas y los talleres situados dentro de las murallas. El rey, con la conquista ya asegurada, regresó al campamento con su guardia y esperó noticias sobre los dos fugitivos. Courcelle se presentó ante él, pasadas las dos de la tarde.

—Alteza —dijo sin preámbulos—, lamento no traer más que un fracaso. Hemos buscado por todas las calles de la ciudad, interrogado a todos los funcionarios y mercaderes y registrado todas las casas. La ciudad no es muy

grande y, a no ser por un milagro, me parece imposible que hayan podido salir del interior de las murallas sin ser vistos. Sin embargo, no hemos encontrado a FitzAlan ni a Adeney no hay la menor huella ni se sabe nada de ellos. Por si hubieran cruzado el río a nado y se encontraran más allá de la barbacana de la abadía, he enviado una patrulla rápida. Con todo, dudo de que ahora podamos averiguar algo sobre ellos. Hesdin sigue en sus trece. No le han sacado ni una sola palabra, pese a que Ten Heyt ha hecho todo lo posible. No conseguiremos nada de él. Conoce su condena. Las amenazas no servirán de nada.

—Recibirá lo que le prometimos —dijo Esteban, frunciendo el ceño—. ¿Y

los demás? ¿Cuántos prisioneros hicimos en la guarnición?

—Aparte Hesdin, noventa y tres hombres armados —Courcelle estudió el bello rostro del monarca; por muy disgustado y enfurecido que estuviera, no era probable que el rencor anidara mucho tiempo en su corazón. Llevaban semanas diciéndole que no debía mostrarse compasivo—. Alteza, la clemencia ahora sería tomada por debilidad —añadió enérgicamente Courcelle.

—¡Ahorcadlos! —dijo Esteban, dando rápidamente la orden antes de que tuviera tiempo de arrepentirse.

—¿A todos?

—¡A todos! Inmediatamente. Expulsadlos de este mundo antes del amanecer.

Encomendaron la desagradable tarea a los flamencos. Para eso estaban los mercenarios. El trabajo les mantuvo ocupados todo el día, lejos de las casas de la ciudad, que, de otro modo, hubieran sido saqueadas. Aquel siniestro intervalo permitió a los gremios, los magistrados y los alguaciles reunir apresuradamente una delegación de lealtad al rey y conseguir de él, por lo menos, un escéptico y renuente gesto de gracia. Aunque el monarca no creyera en su repentina fidelidad, sí valoró la urgencia con que le fue ofrecida. Prestcote desplegó su nueva guarnición y puso en orden el castillo mientras Ten Heyt y sus compañías despachaban a la antigua guarnición desde las almenas. El primero en morir fue Arnulfo de Hesdin. El segundo fue un joven señor feudal al mando de una pequeña tropa; tenía un miedo atroz y fue arrastrado a la muerte, protestando y gritando que le habían prometido respetar su vida. Los flamencos apenas entendían el inglés y las súplicas les hicieron mucha gracia hasta que el dogal interrumpió su

diversión. Adam Courcelle se alegró de no tener nada que ver con aquella matanza y prosiguió su búsqueda hasta los confines de la ciudad, cruzando los puentes para registrar los arrabales. Pero no encontró el menor rastro de Guillermo FitzAlan ni de Fulke Adeney.

Desde la primera alarma de la mañana hasta la continua carnicería nocturna, un murmullo de sobrecogido horror recorrió la abadía de San Pedro y San Pablo. Los rumores eran tan densos como los enjambres de abejas; nadie sabía lo que ocurría, pero todos estaban seguros de que era algo terrible. Los monjes siguieron con sus costumbres de siempre, los oficios, el capítulo, la misa y las horas de trabajo, en la creencia de que la vida sólo se podría preservar impidiendo que la guerra, las catástrofes o la muerte la desbarataran. A la misa

celebrada después del capítulo asistió Aline Siward con su doncella Constanza, pálida, angustiada y heroicamente serena. Tal vez, como consecuencia de ello, asistió también Hugo Berengario, el cual vio pasar a la dama desde la casa que le habían cedido junto a la barbacana de la abadía, cerca del molino principal. Durante el oficio religioso, el joven prestó más atención al turbado y adolescente perfil cubierto por el velo blanco de luto, que a las palabras del celebrante.

La muchacha mantenía las manos devotamente entrelazadas y sus labios delicados se movían en silencio, rezando por los moribundos y los que estaban sufriendo mientras ella permanecía arrodillada allí. La protectora presencia de la doncella Constanza la vigilaba celosamente, pero no podía alejar de ella las calamidades de la guerra.

Berengario la siguió de lejos hasta que la vio entrar de nuevo en su casa. No intentó darle alcance y tampoco hablar con ella. Cuando la joven desapareció, despidió a sus servidores y recorrió el muro de la puerta fortificada hasta el final del puente. La parte levadiza estaba todavía levantada para aislar el monasterio de la ciudad, pero, a su derecha, donde se levantaba el castillo envuelto en humo al otro lado del río, el clamor y los gritos de la batalla ya casi se habían extinguido.

Aún tendría que esperar a fin de conseguir cumplir la promesa de buscar a su prometida. En caso de que los signos no le engañaran, el puente volvería a bajar y se abriría. Entretanto, él se iría tranquilamente a almorzar. No tenía ninguna prisa.

Los rumores corrieron por la hospedería como en todas partes. Los que tenían negocios honrados que atender en otros lugares corrieron a hacer el

equipaje para marcharse cuanto antes. Todos estaban seguros de que el castillo había caído y que el precio sería muy alto. A partir de aquel momento, convendría respetar los decretos del rey Esteban, que era quien estaba allí y se había alzado con el triunfo, dado que la emperatriz Matilde, por muy legítimas que fueran sus aspiraciones, se encontraba muy lejos, en Normandía, y no era probable que pudiera ofrecerles demasiada protección. También corrían rumores de que FitzAlan y Adeney, en el último momento, habían escapado de la trampa. De lo cual muchos se alegraban, en silencio. Cuando Berengario volvió a salir, el puente ya estaba bajado y abierto, y los centinelas del rey vigilaban la entrada. Éstos examinaron con todo detalle sus credenciales y, al comprobar que todo estaba en regla, le franquearon el paso respetuosamente. El rey Esteban debía de haber dado órdenes con respecto a él. Berengario cruzó el puente y llegó a la puerta fortificada de la muralla, vigilada pero abierta. La calle era empinada porque la ciudad se asentaba en una loma. Berengario la conocía muy bien y sabía a dónde tenía que ir. En lo alto de la colina se extendía la hilera de los tenderetes y las casas de los carniceros,

silenciosa y desierta.

La tienda de Edric Flesher era la mejor de la hilera, pero estaba cerrada y en silencio como las demás. Sólo se asomó alguna que otra cabeza, pero muy furtivamente, y en seguida se ocultaban tras las puertas atrancadas. A juzgar por el aspecto de la calle, los pillajes aún no habían llegado hasta allí. Berengario se detuvo ante una puerta cerrada y, cuando oyó unos ligeros movimientos en su interior, levantó la voz:

—¡Abridme, soy Hugo Berengario! Edric... Petronila... ¡Dejadme entrar, vengo solo!

Ya se imaginaba que la puerta estaría cerrada como una tumba y que los moradores de la casa no abrirían la boca, cosa que él no les reprochaba. De pronto, se abrió la puerta y apareció Petronila, con los brazos extendidos y con una radiante sonrisa como si fuera su salvador. Se estaba haciendo vieja, pero todavía era hermosa, succulenta y amable, lo más bello que él había visto en aquella ciudad asediada. Llevaba el cabello gris pulcramente recogido bajo la cofia blanca y sus vivos e inteligentes ojos grises le miraron con afecto, dándole una cordial bienvenida.

—Mi señor Hugo..., ¡qué alegría ver aquí un rostro conocido y de confianza! —Berengario comprendió de inmediato que no confiaba

plenamente en él—. ¡Pasad, y bienvenido seáis! Edric, es Hugo... ¡Hugo Berengario!

En seguida apareció el marido, corpulento, rubicundo y competente, el mejor maestro de su oficio en aquella ciudad, a cuyo concejo pertenecía. Ambos esposos le franquearon la entrada y atrancaron la puerta, cosa que Berengario observó y aprobó. Sin más preámbulos, el joven dijo lo propio de un enamorado:

—¿Dónde está Godith? He venido en su busca, para ofrecerle lo que necesite. ¿Dónde se esconde?

Los esposos estaban muy ocupados asegurándose de que los postigos estuvieran bien cerrados y de que no se oyeran pisadas hostiles en la calle, por lo que no prestaron demasiada atención a lo que él decía. Además, tenían muchas preguntas que hacer, antes de responder a las del muchacho.

—¿Os persiguen? —preguntó Edric con cierta inquietud—. ¿Necesitáis un lugar donde ocultaros?

—¿Estabais en la guarnición? —inquirió Petronila, palpándole con expresión preocupada en busca de heridas. Como si hubiera sido su nodriza y no la de Godith, y como si le hubiera visto todos los días de su vida, en lugar de sólo dos o tres veces desde que se concertara el infantil compromiso de matrimonio. ¡Demasiada solicitud! ¡Y una brevísima pausa mientras ambos esposos consideraban qué decirle y qué no decirle!

—Ya han venido a registrar por aquí —explicó Edric—. Dudo que vuelvan, lo revolvieron todo de arriba abajo, buscando al alguacil y al señor Fulke. Sois bienvenido en esta casa si la necesitáis. ¿Os persiguen acaso?

Berengario comprendió que ya estaban informados de que nunca estuvo en el interior del castillo ni jamás se alió con FitzAlan. Aquella astuta y vieja criada y su marido gozaban de la plena confianza de Adeney y sabían muy bien quién era su aliado y quién no había querido comprometerse.

—No, no se trata de eso, no corro peligro y no necesito nada. He venido sólo en busca de Godith. Dicen que su padre decidió demasiado tarde enviarla con la familia de FitzAlan. ¿Dónde puedo encontrarla?

—¿Os ha enviado alguien en su busca? —preguntó Edric.

—No, no, no me envía nadie... Pero ¿en qué otro lugar hubiera podido dejarla su padre? ¿Quién podría ser más digno de confianza que su nodriza?

¡Como es natural, lo primero que he hecho es venir a veros! ¡No me digáis que no está aquí!

—Estuvo —contestó Petronila—. Hasta hace una semana. Pero ya se fue, Hugo, llegáis demasiado tarde. Su padre envió a dos caballeros que no quisieron revelarnos adonde la llevaban. De este modo, no sabiendo nada, nada podríamos obligarnos a confesar. Creo que se la llevaron a tiempo muy lejos de la ciudad y que ahora debe de estar a salvo. ¡Dios lo quiera!

No cabía duda del fervor de aquella oración. La nodriza hubiera estado dispuesta a luchar y morir por su niña. ¡Y también a mentir por ella, en caso necesario!

—Pero, por el amor de Dios, amigos míos, ¿no podéis ayudarme a encontrarla? Soy su futuro esposo. Soy responsable de ella si su padre muriese, tal como bien puede haber ocurrido a estas horas...

Estas palabras permitieron que el joven averiguara algo. La fugaz mirada que ambos esposos intercambiaron antes de exclamar al unísono «¡No lo quiera Dios!», le hizo comprender que sabían muy bien que FitzAlan y Adeney no habían muerto ni habían sido hechos prisioneros. No tenían certeza de que estuviera a salvo, pero apostaban sus vidas y su lealtad por ello. Ahora ya sabía que él, un renegado, no conseguiría sacarles nada más. Por lo menos, de forma directa.

—Lamento no poder ofreceros mejor consuelo —dijo Edric Flesher en tono apesadumbrado—, pero así están las cosas. Tranquilizaos y pensad que ningún enemigo le ha puesto las manos encima. Por nuestra parte, pedimos a Dios que ninguno de ellos lo haga jamás.

Eso podría ser una velada alusión a mi persona, pensó Berengario.

—En tal caso, debo irme para intentar enterarme de algo en otra parte

— dijo el joven con gesto abatido—. No quiero ponerlos en peligro. Abre la puerta, Petronila, y mira si la calle está vacía.

La mujer obedeció y dijo que estaba tan vacía como la palma de la mano de un pordiosero. Berengario estrechó la mano de Edric y besó a su mujer, que reaccionó a su gesto con un culpable rubor en las mejillas.

—Rezad por ella —les dijo. Eso, por lo menos, no se lo negarían. Después salió por la puerta entreabierta y oyó que la cerraban a su espalda. Sin hacer demasiado ruido, para demostrar que caminaba con cautela, pero procurando que le oyeran, se alejó rápidamente hasta la esquina de la casa. Una vez allí, dio media vuelta y regresó de puntillas para acercar el oído a la ventana.

—¡Buscando a su prometida! —le oyó decir a Petronila—. ¡Y un buen precio que estaría dispuesto a pagar, siendo ella el señuelo para el regreso de su padre, ya que no para el de FitzAlan! Ahora ya se ha congraciado con Esteban, y mi niña es su mejor arma.

—Tal vez somos demasiado duros con él —dijo Edric, más benévolo—. ¿Quién podría afirmar que no desea sinceramente que la moza esté a salvo?

Reconozco que hemos hecho bien en no decirle nada. Que la busque por su cuenta.

—¡Nunca podrá saber —añadió la esposa con orgullo— que oculté a mi corderita en el único sitio en el que ningún hombre en su sano juicio la buscaría!

—la mujer se rió al pronunciar la palabra «hombre»—. Ya habrá tiempo de sacarla de allí más tarde, cuando estos trastornos estén olvidados. Ahora rezo para que su padre ya se encuentre a muchas leguas de aquí. Y para que esta noche aquellos dos chicos de Frankwell consigan escapar hacia el oeste con el tesoro del alguacil. ¡Que lleguen sanos y salvos a Normandía y sirvan lealmente a nuestra emperatriz, que Dios bendiga!

—¡Cállate, amor mío! —dijo Edric en tono de reproche—. Hasta detrás de las puertas cerradas...

Ambos esposos se retiraron hacia una estancia interior y cerraron la puerta. Hugo Berengario se alejó y bajó sin prisas el largo y curvado sendero de la colina hasta llegar a la puerta de la ciudad y el puente, silbando muy contento por el camino.

Había obtenido más información de la que esperaba. O sea que pretendían sacar a FitzAlan con su tesoro y dirigirse al oeste, hacia el País de Gales, aquella misma noche. En medio de la desesperada situación en que se encontraban, habían tenido el acierto de guardarlo fuera de las murallas de la ciudad, en algún lugar del arrabal de Frankwell. De este modo, no tendrían que atravesar ninguna puerta ni cruzar ningún puente. En cuanto a Godith, Berengario tenía ahora una vaga idea del lugar donde podría encontrarla. ¡Con la *chica* y el

dinero, pensó, un hombre podría comprar el favor de personas mucho menos corruptibles que el rey Esteban!

Una hora antes de vísperas, Godith se encontraba en la dependencia del herbario, agitando, diluyendo y mezclando sustancias, tal como le habían enseñado a hacer. Su corazón estaba angustiado y su mente se debatía entre

la esperanza y la desesperación. Tenía el rostro tizado de tanto enjugarse las lágrimas con una mano manchada de tierra del huerto, y sus ojos estaban rodeados por unas profundas ojeras causadas por el dolor y la tensión. Unas lágrimas escaparon de sus esfuerzos por contenerlas mientras sus manos estaban ocupadas, y cayeron en un brebaje que no debía diluirse. Godith lanzó

un juramento que había aprendido hacía tiempo en el lugar donde estaban las jaulas de los halcones, cuando los halconeros regañaron a un descarado e imprudente aprendiz a quien ella tenía en mucho aprecio.

—Pronuncia más bien una bendición —le aconsejó la amable voz de fray Cadfael a su espalda—. Seguramente será la mejor tisana para los ojos que jamás he preparado. No dudes de que Dios te estaba mirando —la muchacha volvió hacia él su tizado y conmovedor rostro, y se consoló al oír sus palabras—. Me he llegado hasta la caseta de vigilancia, el molino y el puente. Las noticias son todavía muy malas, y en seguida rezaremos por las almas de los que abandonan este mundo. Sin embargo, ése no es el peor de los males porque al final, todos tenemos que abandonarlo.

»Pero hay una buena noticia. Por lo que he oído a este lado del Severn y también en el puente (entre los que montan guardia, hay un arquero que estuvo conmigo en Tierra Santa), tu padre y FitzAlan no están muertos ni tampoco heridos o prisioneros, y, a pesar de todos los registros que se han hecho en la ciudad, no han conseguido encontrarles. Está claro que ya están muy lejos, Godric, muchacho. Dudo que ahora Esteban pueda atraparlos, por mucho que los busque.

»Y ahora ya puedes dedicar tu atención a aquel vino que estás aguando y ejercitarte en tu fingida personalidad de varón hasta que podamos sacarte de aquí y conducirte junto a tu padre.

Por un instante, la joven derramó tantas lágrimas como agua contiene el deshielo primaveral, pero en seguida brilló con tanto fulgor como el sol de primavera. Tenía tantas cosas por las que afligirse y tantas por las que alegrarse, que no sabía qué hacer primero, por lo que decidió ensayar ambas a la vez, tal como sucede en abril. Sin embargo, su edad era abrilena y salió triunfante el sol de la esperanza.

—Fray Cadfael —dijo, un poco más tranquila—, me gustaría que mi padre

os hubiera conocido. Y, sin embargo, es evidente que vos no pertenecéis a su mismo bando, ¿verdad?

—Hija querida —contestó Cadfael—, mi monarca no es ni Esteban ni Matilde, y, durante toda mi vida, sólo he luchado por un rey. No obstante, aprecio la lealtad y la fidelidad, y dudo que los defectos del objeto tengan importancia. Lo importante es lo que eres y lo que haces. Tu lealtad es tan sagrada como la mía. Ahora lávate la cara, báñate los ojos y échate a dormir media hora antes de vísperas... Pero, no, ¡eres demasiado joven para poseer este don!

La muchacha no poseía el don que se adquiere con la edad, pero sí el cansancio nacido del esfuerzo juvenil, por lo que en cuestión de segundos se quedó dormida en la cama, tranquilizada por el jarabe del alivio. Cadfael la despertó a tiempo para el rezo de vísperas. Ella le siguió discretamente, con sus apretados rizos peinados sobre la frente para disimular sus ojos todavía enrojecidos.

Impulsados por el miedo y el terror, todos los ocupantes de la hospedería, entre ellos Hugo Berengario, se dirigieron a la iglesia. El joven tal vez no lo hizo por miedo sino atraído por el delicado anzuelo de Aline Siward, la cual acababa de salir de su casa junto al molino, con los ojos entornados y el corazón afligido. Pese a ello, a Berengario no le pasó por alto nada de lo que sucedía a su alrededor. Al ver las dos figuras contrastadas procedentes del huerto, el joven se puso a pensar. Un monje corpulento de mediana edad, de rostro bronceado por el sol y andares de marinero, apoyaba una mano protectora sobre el hombro de un mozo vestido con una túnica holgada quizá heredada de algún pariente más fornido, que caminaba a grandes zancadas con sus piernas desnudas y miraba a hurtadillas a través de unos bucles castaños. Berengario sonrió, pero tan hacia adentro que la sonrisa apenas se adivinó en sus labios. Godith procuró dominar su gesto y sus pasos y no dio la menor muestra de haberle reconocido. Una vez en la iglesia, se reunió con sus compañeros, e incluso intercambió con ellos algunas sonrisas y codazos. En caso de que él aún estuviera mirándola, quería sorprenderle, hacerle dudar y cambiar de parecer. Llevaba más de cinco años sin verla. Por mucho que lo sospechara, no podría estar seguro. La joven vio que Berengario miraba hacia otro lado. Sus ojos se pasaron casi todo el rato clavados en una dama desconocida, vestida de luto. Godith empezó a respirar más tranquila e incluso se permitió observar a su prometido casi con la misma atención con la que él miraba a Aline Siward. La última vez que le vio, era un muchacho desgarbado de dieciocho años, todo codos y rodillas, que todavía no

dominaba por completo su cuerpo. Ahora mostraba un porte más bien frío, arrogante y despectivo. Reconoció que era bastante bien parecido, pero ya no le interesaba y no poseía ningún derecho sobre ella. Las circunstancias podían alterar las situaciones. Se alegró al ver que ya no volvía a mirarla.

Sin embargo, se lo contó a fray Cadfael tan pronto como se reunieron en el huerto después de la cena, una vez finalizada la lección nocturna con sus compañeros. Cadfael analizó el asunto con seriedad.

—¡Conque ése es el joven con quien tenías que casarte! Llegó aquí directamente del campamento del rey, y está claro que se ha unido a su bando. Según fray Dionisio, que recoge todos los rumores que circulan entre los huéspedes, aún no ha sido plenamente aceptado y tiene que demostrar lealtad antes de que le otorguen algún puesto de mando — Cadfael se rascó la chata nariz y reflexionó un momento—. ¿Te pareció que te reconocía? ¿O que te miraba con insistencia, como si le recordaras a un conocido?

—Al principio creo que miraba con insistencia, como si dudara un poco. Pero después ya no volvió a mirarme ni mostró el menor interés. No, creo que no me reconoció. En cinco años he cambiado mucho, y vestida de esta manera...

Dentro de un año —añadió Godith, asombrada y casi alarmada ante aquella posibilidad— hubiéramos tenido que casarnos.

—¡Eso no me gusta nada! —dijo Cadfael, preocupado—. Procuraremos que no te vea. Si logra ganarse el favor del rey, se irá de aquí con él más o menos dentro de una semana. Hasta entonces, no te acerques a la hospedería ni a los establos, y tampoco a la caseta de vigilancia o cualquier otro lugar donde puedas encontrártelo. Procura evitar por todos los medios que te vea.

—¡Ya lo sé! —exclamó Godith con voz temerosa—. Si me encuentra, podría entregarme para hacer méritos ante el rey. ¡Lo sé! Aunque mi padre ya estuviera embarcado, regresaría y se entregaría para salvarme. Y entonces le matarían como han matado a todas esas pobres almas... —la muchacha no se atrevió a mirar hacia las torres del castillo, horrendamente adornadas. Algunos de los hombres todavía estaban moribundos, aunque ella lo ignoraba. La tarea se había prolongado hasta el anochecer—. Le evitaré como si fuera la peste —

añadió con vehemencia—, y rezaré para que se marche pronto.

El abad Heriberto era un hombre viejo, cansado y amante de la paz. La decepción provocada por los malos tiempos que corrían, combinada con el vigor y la ambición del prior Roberto, le habían inducido a apartarse del mundo y a hundirse cada vez más en los consuelos del espíritu. Además, sabía que no gozaba del favor del rey, al igual que todos aquellos que no habían corrido a rendirle pleitesía y manifestarle su inquebrantable apoyo. Sin embargo, enfrentado con un ineludible y horrendo deber, todavía tuvo el valor de estar a la altura de las circunstancias. Había noventa y cuatro muertos o moribundos a los que se estaba eliminando como si fueran bestias, pese a que todos poseían un alma inmortal y tenían derecho a un entierro digno, por muy graves que hubieran sido sus delitos y errores. Los benedictinos de la abadía eran los

defensores naturales de tales derechos, y el abad Heriberto no estaba dispuesto a permitir que los felones del rey Esteban fueran arrojados anónimamente y al azar a una fosa común. Aun así, la tarea le horrorizaba, por lo que miró

alrededor en busca de alguien más experimentado que él en las duras cuestiones de la guerra y los derramamientos de sangre. La persona más idónea era naturalmente fray Cadfael, quien había atravesado el mundo en la primera cruzada y después había pasado diez años como patrón de barco en aguas de Tierra Santa, donde los combates eran incesantes.

Después de completas, el abad Heriberto mandó llamar a Cadfael a sus aposentos privados.

—Hermano, esta misma noche pienso ir a pedirle al rey Esteban su licencia para dar cristiana sepultura a todos los prisioneros ajusticiados. Si el rey accede, mañana recogeremos sus pobres cuerpos y los prepararemos decentemente para el sepulcro. Es posible que algunos sean reclamados por sus familias; a los demás, los enterraremos como es debido y con los ritos que correspondan. Hermano, vos habéis sido soldado. ¿Queríais encargarnos de esta misión en caso de que obtenga la venia del rey?

—No de buen grado, pero, a pesar de todo, lo haré con todo mi corazón, padre —contestó fray Cadfael.

3

—Así lo haré —dijo Godith—, si de ese modo os puedo ser más útil. Sí, acudiré a la lección de la mañana y a la de la noche, cenaré sin hablar ni mirar a nadie y después me encerraré aquí, entre las pótimas. Sí, atrancaré la puerta en caso necesario, y esperaré hasta que oiga vuestra voz antes de

volver a abrirla. Haré lo que me mandéis, pero desearía poder acompañaros. Son los hombres de mi padre y los míos, y quisiera prestarles un último servicio.

—Aunque pudieras acompañarme sin peligro —contestó Cadfael con firmeza—, cosa que desgraciadamente no es cierta, no te lo permitiría. La maldad que el hombre es capaz de cometer contra el hombre podría arrojar una sombra entre tu conciencia y la certeza de la justicia y misericordia que Dios puede concederle en el más allá. Hace falta media vida para alcanzar el lugar desde el que la eternidad es siempre visible y la cruda injusticia del momento se encoge hasta perderse de vista. Ya llegarás a él en el momento oportuno. No, te quedarás aquí y procurarás mantenerte bien alejada de Hugo Berengario. Cadfael pensó incluso en la posibilidad de pedirle al joven que se incorporara a su grupo de piadosos ayudantes para evitar, de este modo, que durante el día pudiera tropezarse con Godith en algún lugar del monasterio. Ya fuera para adquirir méritos para sus almas, por secreta simpatía con la causa de los muertos o por algún angustioso deseo de buscar a parientes o amigos, tres de los viajeros que se alojaban en la hospedería habían ofrecido su ayuda voluntariamente. A la vista de tal ejemplo, tal vez hubiera sido posible conseguir que otros, incluso Berengario, se sintieran obligados a participar. Pero, al parecer, el joven ya se había alejado a caballo, en su esperanzado afán de servir al rey. Un recién llegado que busca favores no puede permitirse el lujo de que su rostro sea olvidado. La noche anterior también había salido a caballo nada más terminar vísperas, según dijeron los hermanos legos de los establos. Sus tres servidores estaban allí y pasaban el día sin hacer nada después de almorzar, dar de comer y ejercitar los caballos, pero no veían ninguna razón para participar en una actividad desagradable y que posiblemente disgustaría al rey. Cadfael no se lo reprochaba. El grupo que cruzó el puente y recorrió las calles de la ciudad para subir al castillo estaba integrado por veinte hombres, contando a los monjes, los hermanos legos y los tres bondadosos viajeros. Al rey Esteban debió de alegrarle que le ofrecieran voluntariamente aquel servicio que, de otro modo, hubiera tenido que imponer mediante una orden. Alguien tenía que enterrar a los muertos, so pena de que la nueva guarnición sufriera las consecuencias, y de que, en una fortaleza cerrada de una ciudad amurallada,

las

enfermedades

pudieran
encontrarse

y
multiplicarse

espantosamente. Al mismo tiempo, cabía la posibilidad de que el rey jamás le

perdonara al abad Heriberto aquel implícito reproche y aquel recordatorio de sus deberes cristianos. Aun así, el anciano hizo valer la autoridad necesaria, y el grupo atravesó las puertas sin ningún contratiempo. Cadfael fue recibido por el propio Prestcote.

—Vuestra señoría ya habrá sido informada sobre nosotros —dijo inmediatamente Cadfael—. Hemos venido para hacernos cargo de los cuerpos, y pido un espacio limpio y adecuado donde podamos depositarlos hasta que mañana los enterremos. Si pudiéramos sacar agua del pozo, no necesitaríamos nada más. Los lienzos ya los traemos nosotros.

—La sala interior está vacía —contestó Prestcote con indiferencia—. Allí

hay sitio, y también unas tablas que podéis utilizar si os hacen falta.

—El rey también ha dado su venia para que los desventurados que vivieron en esta ciudad y tuvieron familia o vecinos aquí, puedan ser reclamados y enterrados en privado. ¿Tendréis la bondad de mandar que lo anuncien en la ciudad cuando todo esté a punto? ¿Y otorgar a los familiares libre entrada y salida?

—Si algunos tienen la audacia de venir —contestó Prestcote con arrogancia—, pueden llevarse a su pariente, y bienvenidos sean. Cuanto antes se retire esta carroña, tanto más me alegraré.

—¡Muy bien! ¿Qué habéis hecho con ellos?

Antes del amanecer, los muros y las torres habían sido despojados de su repentina cosecha de amargos frutos. Los flamencos debieron pasar la mitad de la noche trabajando para eliminar aquellas pruebas, cosa que sin duda no se les ocurrió a ellos sino más bien a Prestcote. Éste había aprobado la matanza, pero no quería complacerse en ella. Era un soldado de costumbres estrictas y ordenadas y quería tener una guarnición limpia.

—Cortamos las sogas cuando ya estaban muertos y los arrojamos por encima del parapeto al foso que hay bajo el muro. Id hacia la barbacana y, entre las torres y el camino, los encontraréis.

Cadfael examinó la pequeña sala que le habían ofrecido. Estaba limpia y recogida, y habría sitio para todos. Cruzó con su grupo la puerta de la muralla de la ciudad y bajó al profundo foso que había al pie de las torres. Altas hierbas y achaparrados arbustos ocultaban parcialmente lo que, visto más de cerca, parecía un campo de batalla. Los muertos yacían amontonados junto al muro como juguetes rotos. Cadfael y sus ayudantes se levantaron las túnicas y los faldones de los hábitos y empezaron a trabajar silenciosamente en parejas, desenredando la enmarañada madeja de cuerpos, retirando primero los más accesibles y separando a los convertidos en una masa informe a causa de la caída. El sol se elevó en el cielo y el calor se reflejó sobre ellos desde la piedra de los muros. Los tres piadosos viajeros se despojaron de sus camisas. El aire

resultaba sofocante en el profundo foso, y todos sudaban y jadeaban, pero seguían trabajando sin desmayo.

—Con mucho cuidado —les advirtió Cadfael—, todavía podría haber alguno vivo. Tenían prisa y quizá dejaron caer a alguno demasiado pronto. Con el almohadón de cuerpos que había aquí abajo, alguno pudo sobrevivir a la caída.

Pero los flamencos, a pesar de sus prisas, habían hecho un trabajo concienzudo. Nadie se había salvado de la matanza.

Empezaron muy temprano, pero cuando terminaron de depositar los cuerpos en la sala ya era cerca del mediodía. Los lavaron y compusieron de la mejor manera posible, estirando las extremidades rotas, cerrando los párpados, peinando incluso los cabellos desgreñados y juntando las mandíbulas abiertas para que el rostro del muerto no horrorizara a los desdichados progenitores o a la esposa que lo hubiera amado en vida. Antes de presentarse ante Prestcote para recordarle que hiciera la prometida proclama, Cadfael revisó las hileras de cadáveres para comprobar que estuvieran lo más presentables posible. Mientras efectuaba el recorrido, aprovechó para contarlos. Al terminar, frunció el ceño, reflexionó un instante y decidió repetir la cuenta. Luego inició un examen minucioso de todos los que no se había encargado personalmente, retirando los lienzos de lino que cubrían los peores estragos. Cuando se levantó tras haber examinado al último, se fue con la cara muy seria en busca de Prestcote sin decirle ni una palabra a nadie.

—¿Cuántos me dijisteis que habían sido ajusticiados por orden del rey?

preguntó Cadfael.

—Noventa y cuatro —contestó Prestcote, perplejo e impaciente.

—O bien no los contasteis —dijo Cadfael— o bien os equivocasteis en la cuenta. Allí hay noventa y cinco.

—Noventa y cuatro o noventa y cinco —replicó Prestcote exasperado—,

¿qué más da? Todos son traidores y condenados, ¿tendré que mesarme el cabello porque el número no cuadra?

—Vos tal vez no —dijo Cadfael sin inmutarse—, pero Dios exigirá cuentas. Teníais orden de ajusticiar a noventa y cuatro, incluido Arnulfo de Hesdin. Justificada o no, ésa era la orden, vos habíais recibido la sanción y todo estaba convenido en estos términos. La rendición de cuentas vendrá más tarde y en otro tribunal. Pero el nonagésimo quinto no figuraba en la cuenta, ningún rey había decretado su desaparición de este mundo, ningún castellano había recibido órdenes de ejecutarle, jamás fue acusado de rebelión, traición o cualquier otro delito, y el hombre que lo destruyó es culpable de asesinato.

—¡Santas llagas de Cristo! —estalló Prestcote con violencia—. ¡En el calor del combate un soldado se equivoca en la cuenta y vos queréis convertir el error

en un caso *coram rege*! Lo omitieron en la cuenta, pero fue hecho prisionero y ahorcado como los demás, tal como merecía. Se rebeló como los demás, lo ahorcaron como a los demás, y sanseacabó. Pero ¿qué queréis que haga, hombre de Dios?

—Sería conveniente —contestó Cadfael— que vinierais a echarle un vistazo, para empezar. Porque *no* es como los demás. No lo colgaron como a los demás, no tenía las manos atadas como los otros... No se puede comparar en modo alguno con ellos, aunque alguien debió de dar por sentado que pensaríamos lo que vos, y no llevaríamos la cuenta. Os digo, mi señor Prestcote, que hay un hombre asesinado entre los ajusticiados, una hoja escondida en vuestro bosque. Y, si lamentáis que mis ojos lo hayan descubierto, ¿creéis que Dios no lo había visto mucho antes? Y, suponiendo que pudierais hacerme callar, ¿creéis que Dios callaría?

Prestcote dejó de caminar arriba y abajo y miró fijamente a Cadfael.

—Tenéis razón —dijo con voz alterada—. ¿Cómo es posible que haya un hombre ejecutado de otra manera? ¿Estáis seguro de lo que decís?

—Totalmente. Venid a verlo. Está allí porque algún felón quiso hacerlo pasar entre los demás, sin despertar sospechas ni curiosidad.

—En tal caso, debía saber que los otros estarían allí.

—Al anochecer, eso lo sabía casi toda la ciudad y toda la guarnición. El acto se cometió por la noche. ¡Venid a verlo!

Prestcote le acompañó, consternado y preocupado, tal como hubiera hecho un culpable. ¿Y quién mejor situado que él para conocer todo lo que necesitaba saber un culpable con el fin de protegerse? Aun así Prestcote se arrodilló con Cadfael junto al cuerpo. Era distinto de los demás y se encontraba hacia el fondo de la sala, entre los altos muros, envuelto por el olor de la muerte que ya empezaba a extender sobre ellos su insidioso sudario.

Se trataba de un joven. No llevaba armadura, pero los demás también habían sido despojados de las suyas pues las cotas de malla se consideraban muy valiosas. Sin embargo, su atuendo sugería que no llevaba cota de malla ni ninguna prenda de cuero. El joven iba vestido con prendas de tejido ligero y de color oscuro, pero calzaba botas, como alguien que hubiera emprendido un viaje en una jornada estival, queriendo cabalgar con comodidad y a la vez tener suficiente abrigo durante la noche, tras haberse quitado la camisola para estar más fresco durante el día. Aparentaba unos veinticinco años de edad, no más, era pelirrojo y tenía un rostro redondo y hermoso, siempre y cuando el observador pasara por alto la congestión de la estrangulación, parcialmente suavizada por los expertos dedos de Cadfael. Había logrado disimular el abultamiento de los ojos, pero no el de los párpados.

—Murió estrangulado —dijo Prestcote, y suspiró de alivio.

—Cierto, pero no por una soga. Y no con las manos atadas como los demás.

¡Mirad! —Cadfael apartó los pliegues del capuchón que cubrían la joven garganta y mostró la línea cruel y áspera que parecía separar la cabeza del cuerpo—. ¿Veis la delgadez de la cuerda que le arrebató la vida? Ningún hombre colgó jamás de semejante dogal. Le rodea el cuello y es tan fina como un sedal. Quizá era un sedal. ¿Veis los bordes de este pliegue de piel, descolorido y reluciente? La cuerda que lo mató estaba encerada para que entrara más profundamente y con más suavidad. ¿Y veis este hueco aquí

detrás? —preguntó, levantando delicadamente con su brazo la cabeza sin vida para mostrar, junto a la columna vertebral, un profundo hueco con sangre ennegrecida en su interior—. Es la huella del garfio de una clavija de madera que se retuerce cuando la cuerda rodea la garganta de la víctima. Los estranguladores usan estas cuerdas enceradas con estos garfios en los extremos... para matar a traición en los caminos. Si mano y muñeca tienen fuerza suficiente, es la manera más fácil de quitar de este mundo a los enemigos. ¿Y veis, mi señor, cómo el cuello está lacerado y ensangrentado en la línea de contacto con la cuerda? Ahora, observad las manos... Fijaos en las uñas, orladas de sangre. El mozo agarró la cuerda que lo estaba matando.

¿Habéis ahorcado alguna vez a alguien que no tuviera las manos atadas? —¡No! —contestó Prestcote, tan fascinado por los detalles que la respuesta se le escapó involuntariamente. Hubiera sido de todo punto inútil intentar retirarla. Mientras miraba a fray Cadfael, situado al otro lado del anónimo cuerpo, su rostro se endureció de pronto en una mueca de hostilidad—. Dando a conocer una historia tan extraña no ganaremos nada —dijo muy despacio—. Conformaos con enterrar a vuestros muertos. ¡Y dejemos el resto tal como está!

—No habéis considerado —replicó Cadfael en voz baja— que, hasta ahora, nadie puede identificar a este joven. Tanto podría ser un enviado del rey como un enemigo. Mejor tratarle con cuidado y estar en paz con Dios y con los hombres. Además —añadió en un tono todavía más monásticamente inocente—

, si intentarais ocultar la verdad podríais despertar dudas sobre vuestra honradez. Yo que vos, informaría fielmente de lo ocurrido y mandaríais inmediatamente la proclama a los ciudadanos. Nosotros ya estamos preparados. Entonces, si alguien reclama a este joven, tendréis el alma a salvo. Y, si no, habréis hecho todo lo posible para enderezar un entuerto. Y aquí

terminará vuestro deber.

Prestcote le miró con recelo un instante y después se puso bruscamente en pie.

—Haré la proclama —dijo, retirándose majestuosamente de la sala. La noticia se dio a conocer en toda la ciudad, e incluso se comunicó oficialmente a la abadía para que pudiera anunciarse en la hospedería. Hugo Berengario, que regresaba por el este procedente del campamento del

rey, tras haber vadeado el río, aprovechando una pequeña isla en mitad de la corriente, oyó la proclama al llegar a la caseta de vigilancia de la abadía. Entre quienes la escuchaban con inquietud, vio la esbelta figura de Aline Siward, que había salido de su casa para oír la noticia. La joven iba por primera vez con la cabeza descubierta. Su cabello era tan dorado como Berengario imaginaba, y unos bucles ensortijados le enmarcaban el rostro ovalado. Las largas pestañas que protegían sus ojos eran varios tonos más oscuras, de un reluciente color bronce. La muchacha escuchó con atención, mordiéndose el labio y retorciendo nerviosamente sus manos delicadas. Estaba inquieta y asustada, y parecía muy joven.

Berengario desmontó a pocos pasos de ella, como si hubiera elegido aquel lugar para oír mejor lo que estaba diciendo el prior Roberto.

—... y Su Alteza el rey da licencia a cualquiera que lo desee para que acuda a reclamar a sus parientes, si hubiera alguno entre los ajusticiados, y los entierre en sus sepulturas por su propia cuenta. Además, puesto que hay uno cuya identidad se desconoce, desea que todos cuantos le vean comuniquen su nombre, si lo saben. Todo eso podrá hacerse sin temor a castigos o represalias. No todos estaban dispuestos a aceptar la sinceridad de aquellas palabras, pero la joven sí la aceptó. Estaba preocupada, no por las consecuencias que ella pudiera sufrir sino más bien por la desesperada convicción de que debía hacer aquel doloroso peregrinaje, por mucho que la angustiaran los horrores que tendría que ver. Berengario recordó que ella tenía un hermano que había desafiado a su padre y se había unido a los partidarios de la emperatriz. Aunque ella había oído rumores de que estaba en Francia, no tenía posibilidad de averiguar si eran ciertos. Ahora hubiera querido no verse obligada, dondequiera que hubiera guarniciones adeptas a la emperatriz destruidas por la guerra, a cerciorarse de que su hermano no figuraba entre las víctimas. Su rostro ingenuo y elocuente dejaba traslucir todos sus pensamientos.

—Señora —dijo respetuosamente Berengario—, si os puedo servir en algo, os ruego que me lo mandéis —la joven le miró sonriendo. Le había visto en la iglesia y sabía que era un huésped de la abadía como ella. La tensión había convertido Shrewsbury en una ciudad en la que todos se comportaban como leales vecinos o potenciales informadores, actitud esta última de la que ella hubiera sido incapaz. Pese a todo, Berengario consideró oportuno presentarse—

. Recordaréis que comparecí ante el rey para ofrecerle mi lealtad cuando vos lo hicisteis. Soy Hugo Berengario, de Maesbury. Tendría sumo gusto en servirlos. Me ha parecido que estabais algo perpleja y afligida por lo que acabamos de oír. Si hay algo que yo pueda hacer por vos, lo haré de buen grado.

—Ya os recuerdo —contestó Aline— y agradezco vuestro amable ofrecimiento, pero se trata de algo que sólo yo puedo y debo hacer. Nadie más conocería el rostro de mi hermano. A decir verdad, tenía un poco de miedo...

pero sé que habrá mujeres de la ciudad que acudirán allí para buscar a sus hijos. Si ellas pueden hacerlo, yo también podré.

—Pero vos no tenéis ninguna razón —dijo Berengario— para suponer que vuestro hermano se encuentra entre esos desventurados.

—Ninguna, excepto que no sé *dónde* está y me consta que abrazó la causa de la emperatriz. Sería mejor asegurarse, ¿no os parece? Y no perderse ninguna posibilidad. Mientras no le encuentre muerto, puedo esperar volverle a ver vivo.

—¿Le queríais mucho? —preguntó Berengario.

La joven vaciló antes de responder.

—No, jamás le conocí como una hermana debe conocer a un hermano. Gil andaba siempre con sus amigos, tenía su vida y me llevaba cinco años. Cuando yo tenía once o doce años, se fue de casa y sólo regresaba para discutir con mi padre. Pero es el único hermano que tengo, yo no le he desheredado. He escuchado que hay un cadáver de más, a quien nadie conoce.

—No será Gil —dijo Berengario con firmeza.

—Pero ¿y si lo fuera? En ese caso, necesitaría tener un nombre y una hermana que hiciera lo que corresponde en estos casos —de pronto, Aline tomó

una determinación—. Debo ir.

—Yo creo que no. Pero, en caso de que os empeñéis, no deberíais ir sola. Berengario pensó con tristeza que la joven respondería que iría con su doncella, pero, en su lugar, Aline dijo:

—¡No llevaré a Constanza a semejante lugar! Ella no tiene a ningún pariente allí, ¿por qué hacerla sufrir como yo?

—Siendo así, os acompañaré, si me lo permitís.

Berengario se preguntó si la joven estaría simulando, aunque le pareció que no. Su rostro apenado se iluminó de repente mientras le miraba con ingenuo asombro, esperanza y gratitud. Sin embargo, la muchacha seguía dudando.

—Es muy amable de vuestra parte, pero no puedo permitirlo. ¿Por qué debería someteros a semejante suplicio sólo porque yo tenga un deber que cumplir?

—¡Por favor! —dijo Berengario con indulgencia, tan seguro de sí mismo como de ella—. No tendré un momento de paz si rechazáis mi ofrecimiento y vais sola. Sin embargo, si me decís que mi insistencia aumenta vuestra congoja, guardaré silencio y os obedeceré. Pero sólo en este caso.

—No... —los labios de Aline se estremecieron—, sería mentira. ¡No soy

muy valiente! Os estaré muy agradecida.

Berengario ya tenía lo que quería y había sacado el máximo provecho de la situación. ¿Para qué ir a caballo si un paseo a pie por la ciudad duraría más tiempo y le daría mejores oportunidades de conocer a la muchacha? Hugo Berengario envió su caballo a los establos y se fue con Aline, cruzando el puente de Shrewsbury.

Fray Cadfael montaba guardia en un rincón de la sala junto al joven asesinado al lado de una arcada cerca de la cual deberían pasar todos los que acudieran en busca de algún hijo o pariente. De este modo, esperaba poder interrogarles con más facilidad. Sin embargo, de momento no había obtenido más que silenciosos gestos con la cabeza y miradas entre compasivas y aliviadas. Nadie conocía al muchacho. ¿Qué interés podía esperarse por parte de aquellos pobres seres que acudían en busca de alguna cara conocida y apenas se fijaban en las demás?

Prestcote cumplió su palabra y no hubo represalias contra ellos ni ningún tipo de impedimento o pregunta. Quería librar cuanto antes el castillo de aquel horrendo recordatorio. La guardia, bajo el mando de Adam de Courcelle, tenía órdenes de no molestar a nadie e incluso de prestar ayuda para acelerar la retirada de los incómodos invitados antes del anochecer. Cadfael había conseguido que todos los miembros de la guardia examinaran al desconocido, pero ninguno de ellos pudo identificarlo. Courcelle contempló largo rato el cadáver sacudiendo la cabeza.

—Jamás le he visto. ¿Qué pudo haber hecho este joven señor para que alguien lo odiara al punto de asesinarle?

—Puede haber asesinatos sin odio —explicó Cadfael—. Los salteadores de caminos y los bandidos del bosque toman a sus víctimas tal como vienen, sin ningún sentimiento de simpatía o de odio.

—Pero ¿qué beneficio podía deparar este joven que le hiciera acreedor de la muerte?

—Amigo mío —dijo Cadfael—, en este mundo hay personas capaces de matar por las pocas monedas que haya podido reunir un pordiosero durante el día. Cuando algunos ven que los reyes son capaces de ahorcar de golpe a más de noventa hombres por el solo delito de pertenecer a otro bando, ¿es de extrañar que los malvados lo tomen como una justificación? ¿O, por lo menos, como una licencia? —el rostro de Courcelle se ruborizó violentamente y en sus ojos brilló un momentáneo destello de cólera, aunque se abstuvo de replicar—. Sé que vos habíais recibido órdenes y no teníais más remedio que obedecerlas.

En mis tiempos fui soldado y estuve sometido a la misma disciplina, e hice cosas que ahora quisiera no haber hecho. Ésa es una de las razones por las cuales finalmente acepté someterme a otra disciplina.

—Dudo que yo tome alguna vez esta determinación —dijo Courcelle con aspereza.

—Yo también lo hubiera dudado entonces. Pero aquí estoy, y por nada del mundo cambiaría mi vocación por la vuestra. ¡Todos hacemos lo mejor que podemos con nuestras vidas!

Y también lo peor con las vidas de los demás, si tenemos poder para ello, pensó Cadfael en silencio, contemplando las largas hileras de formas inmóviles tendidas en el suelo de la sala.

Para entonces ya había algunos huecos en las hileras. Aproximadamente una docena de cuerpos habían sido reclamados por padres o esposas. Muy pronto aparecerían unos carritos de mano empujados pendiente arriba hasta la puerta, y los hermanos y vecinos se llevarían en brazos los flácidos cuerpos. Muchos ciudadanos seguían cruzando tímidamente la arcada, mujeres con las cabezas cubiertas con pañuelos y los rostros medio ocultos, ancianos resignados, buscando a sus hijos. No era raro que Courcelle, que jamás hubo de montar una guardia como aquélla, pareciera casi tan afligido como los deudos de los difuntos.

El joven estaba mirando al suelo con el ceño fruncido cuando Aline apareció en la arcada, dando el brazo a Hugo Berengario. Tenía el rostro pálido y contraído en una mueca de angustia, mantenía los ojos muy abiertos y los labios apretados, y sus dedos se clavaban en la manga de su acompañante como los de los náufragos en las ramas que flotan sobre las aguas, pero mantenía la cabeza alta y avanzaba con paso firme. Berengario acompasó sus pasos a los de la joven y no hizo el menor esfuerzo por apartar los ojos del terrible espectáculo de la sala, limitándose a mirar de soslayo de vez en cuando el pálido semblante de la muchacha. Hubiera sido un grave error, pensó Cadfael, adoptar una actitud de ardorosa protección; por muy joven e ingenua que fuera, la chica pertenecía a una linajuda y orgullosa familia a la que no podía tratarse con ligereza cuando su noble sangre se encendía. Si hubiera acudido allí como aquellos pobres y desdichados deudos, no le hubiera dado las gracias a cualquier hombre que intentara librarla de aquel enojoso deber. Pese a ello, debía agradecer sin duda la considerada y discreta presencia de Berengario. Courcelle levantó los ojos casi como si hubiera percibido la brisa de inquietud que los envolvía, y vio a los dos jóvenes iluminados por el cruel sol de la tarde que penetraba en la estancia sin ocultar ningún detalle. Su cabeza hizo un brusco movimiento y el cabello se le encendió como una hoguera.

—¡Dios bendito! —exclamó en voz baja, acercándose a ellos a toda prisa para impedirles el paso—. ¡Aline!... Señora, ¿cómo vos aquí? Éste no es lugar

para vos. Me sorprende —añadió, mirando enfurecido a Berengario— que la hayáis traído aquí para contemplar una escena tan desoladora.

—Él no me ha traído —se apresuró a decir Aline—. Yo insistí en venir. Al no poder impedírmelo, ha tenido la bondad de acompañarme.

—En tal caso, mi estimada señora, habéis sido una insensata, imponiéndooos este castigo —dijo Courcelle con fiereza—. ¿Por qué? ¿Acaso tenéis algún asunto pendiente aquí? Estoy seguro de que aquí no hay nadie que os pertenezca.

—Rezo para que no os equivoquéis —contestó la joven. Sus grandes ojos, destacando en el pálido rostro, contemplaron con temerosa fascinación las hileras de cuerpos envueltos en sudarios. El horror y repugnancia iniciales se trocaron poco a poco en un emocionado sentimiento de compasión humana—.

¡Pero debo saberlo! ¡Como todas estas gentes! Sólo hay un medio de asegurarme, y no es peor para mí que para ellas. Vos sabéis que tengo un hermano..., estabais presente cuando se lo dije al rey...

—Pero él no puede estar aquí. Vos dijisteis que huyó a Normandía.

—Dije que corrían rumores... pero ¿cómo puedo estar segura? *Puede* haber llegado a Francia, *puede* haberse unido a alguna compañía bajo las órdenes de la emperatriz en algún lugar cercano, no lo sé. Debo comprobar por mí misma si eligió Shrewsbury o no.

—Pero los de la guarnición de aquí eran muy conocidos. No es probable que vuestro hermano figurara entre ellos.

—La proclama del alguacil —terció Berengario en voz baja— señalaba que aquí había un hombre desconocido. Al parecer, uno más de la cuenta.

—Debéis permitirme que lo vea por mí misma —dijo Aline con firmeza—, de lo contrario, ¿cómo podría vivir tranquila?

Courcelle no tenía ningún derecho a impedirle el paso, por mucho que lo lamentara. Por suerte, el cuerpo del desconocido estaba allí cerca y seguramente le confirmaría que no se trataba de su hermano.

—Está aquí —dijo, indicándole a la joven el rincón donde se encontraba fray Cadfael.

La muchacha miró y esbozó una radiante y sincera sonrisa involuntaria que, sin embargo, se borró de inmediato.

—Creo que os conozco. Os he visto en la abadía. Sois fray Cadfael, el herbolario.

—Ése es mi nombre —dijo Cadfael—, aunque no comprendo cómo lo habéis averiguado.

—Le pregunté al portero quién erais —confesó Aline, ruborizándose—. Os

vi en el rezo de vísperas y completas, y... perdonadme, hermano, si he sido entrometida, pero os vi con un aspecto... como de alguien que hubiera vivido aventuras antes de encerrarse en el claustro. Me dijo que participasteis en la cruzada... ¡con Godofredo de Bouillon en el asedio de Jerusalén! Qué empresa tan extraordinaria... ¡Oh! —la joven apartó los ojos, avergonzándose un poco de su ardor y, en aquel momento, vio el rostro del muchacho, tendido a sus pies. Lo miró una y otra vez en sobrecogido silencio. El rostro no resultaba repulsivo porque la congestión se había suavizado. Más bien parecía hermoso—. Les habéis prestado a

todos un servicio muy cristiano. ¿Éste es el desconocido? ¿El que sobraba en la cuenta?

—Así es —contestó Cadfael. Después, se inclinó para apartar el lienzo y mostrarle a la joven el sencillo pero costoso atuendo y la ausencia de cualquier implemento guerrero—. Aparte el puñal que lleva todo hombre cuando viaja, el muchacho no iba armado.

La joven levantó bruscamente la cabeza. Por encima de su hombro, Berengario contempló con el ceño fruncido el rostro redondo que en vida debió

ser alegre y despreocupado.

—¿Me estáis diciendo —preguntó Aline— que no participó en los combates de aquí? ¿Que no fue capturado con la guarnición?

—Eso parece. ¿Vos no le conocéis?

—No —contestó la muchacha, bajando los ojos con pura e impersonal compasión—. Ojalá pudiera deciros su nombre, pero jamás le vi antes de ahora.

—¿Señor Berengario?

—No. Me es totalmente desconocido.

Berengario seguía sin apartar los ojos del cadáver. Ambos eran aproximadamente de la misma edad. Todo hombre que entierra a su hermano gemelo ve su propio entierro.

Courcelle apoyó solícitamente una mano sobre el brazo de la joven y le dijo en un tono persuasivo:

—Vamos, ya habéis cumplido con vuestro deber; ahora podéis marcharos de este triste lugar que no está hecho para vos. Ya veis que los temores eran infundados, vuestro hermano no está aquí.

—No —contestó Aline—, ése *no* es él, *pero podría* estar aquí. ¿Cómo puedo estar segura si no les veo a todos? —preguntó, zafándose hábilmente del apremiante contacto—. Ya que estoy aquí, *no será* peor para mí que para los demás. Fray Cadfael —añadió la joven—, ésa es ahora vuestra misión. Sabéis que necesito serenar *mi* espíritu. ¿Queréis acompañarme?

—De mil amores —contestó Cadfael sin más palabras, sabiendo que éstas no iban a disuadirla de su propósito.

Los dos jóvenes les siguieron el uno al lado del otro porque ninguno quería dar la precedencia a su compañero. Aline contempló los distintos rostros, apenada pero serena.

—Tenía veinticuatro años..., no se parecía mucho a mí, su cabello era más oscuro... ¡Todos los demás son mucho mayores que él!

Llevaban recorrido más de la mitad del doloroso camino cuando, de pronto, la muchacha asió el brazo de Cadfael y se quedó inmóvil donde estaba. No gritó, sólo tuvo aliento para un leve gemido que únicamente pudo oír Cadfael porque estaba muy cerca.

— ¡Gil! —repitió Aline un poco más fuerte mientras desaparecía el poco color que le quedaba en las mejillas y el rostro se le ponía casi translúcido. Contemplando aquel semblante en otros tiempos altanero, obstinado y hermoso, la joven cayó de rodillas y se inclinó para observar más detenidamente el cadáver. Después lanzó un breve grito, se arrojó sobre el cuerpo y lo recogió en sus brazos. La mata de sus cabellos se derramó como un manto de oro sobre ambos.

Fray Cadfael, lo suficientemente experto como para dejarla en paz hasta que para su dolor necesitara consuelo en vez de discreta reserva, hubiera esperado en silencio, pero Adam Courcelle le apartó rápidamente a un lado, se arrodilló junto a la muchacha y la sostuvo por los brazos para que se apoyara contra su hombro. El impacto del descubrimiento lo había conmovido tan profundamente como a ella. Estaba tan afligido y consternado que, cuando habló, lo hizo entre balbuceos.

—¡Señora!... Aline... Dios mío, ¿de veras es vuestro hermano? Si lo hubiera sabido... lo habría salvado para vos... al precio que fuera, lo hubiera librado...

¡Que Dios me perdone!

A través de la cortina de su cabello dorado, la joven levantó un rostro sin lágrimas y le miró con asombro y compunción al verle tan apenado.

—Callad, por Dios. ¿Qué culpa tenéis vos? Vos no podíais saberlo. Hicisteis lo que os ordenaron. ¿Cómo hubierais podido salvar a uno, dejando morir a los demás?

—Entonces, ¿ése es de veras vuestro hermano?

—Sí —contestó Aline, contemplando al joven muerto con rostro casi inexpresivo—. Éste es Gil.

Ahora ya sabía lo peor y sólo le quedaba por cumplir el deber que le correspondería, a falta de padre o hermanos. Se quedó inmóvil en brazos de Courcelle, contemplando el rostro del muerto. Al verlo, Cadfael se alegró de haber conseguido devolver un poco de forma a unas facciones otrora

hermosas pero, en la muerte, hundidas en un terror total. Por lo menos, la joven no vio

aquella desintegración casi inhumana.

Lanzando un breve y profundo suspiro, Aline hizo ademán de levantarse. Hugo Berengario, que hasta entonces había hecho gala de un admirable comedimiento, le ofreció la mano desde el otro lado y la ayudó a ponerse de pie. Aline se mostraba tal vez más dueña de sí misma que en ningún otro momento de su vida, ya que nunca había tenido que enfrentarse con semejante prueba. Podría hacer, y haría, cualquier cosa que tuviera que hacer.

—Fray Cadfael, os agradezco todo lo que habéis hecho, no sólo por Gil y por mí, sino también por todos los demás. Ahora, si me lo permitís, me encargaré del entierro de mi hermano, tal como me corresponde.

—¿Adonde queréis que lo lleven? —preguntó Courcelle, profundamente emocionado—. Mis hombres lo trasladarán y estarán a vuestras órdenes en todo lo que necesitéis. Quisiera poder servirlos yo mismo, pero no puedo abandonar mi guardia.

—Sois muy amable —contestó ella, un poco más serena—. La familia de mi madre tiene un sepulcro en la iglesia de San Alkmundo, aquí, en la ciudad. El padre Elías me conoce. Os agradeceré vuestra ayuda para trasladar a mi hermano hasta allí, pero no quiero que vuestros hombres se aparten por más tiempo de su deber. De lo demás, ya me encargaré.

Aline había recuperado el aplomo. Tenía cosas que hacer y asuntos que resolver. Debería actuar con rapidez porque hacía calor y los preparativos del entierro no podían demorarse.

—Mi señor Berengario —dijo con autoridad—, habéis sido muy amable y os agradezco todo lo que habéis hecho por mí, pero ahora debo quedarme para disponer la ceremonia del entierro. No es necesario que os amargue el resto de la jornada. Podéis dejarme tranquilamente aquí.

—Vine con vos —contestó Hugo Berengario— y no me iré sin vos. Era la mejor manera de dirigirse a ella, sin discusiones y sin mostrarle simpatía abiertamente. Aline aceptó su opinión y empezó a tomar decisiones. Dos guardias se acercaron con unas estrechas parihuelas, donde colocaron el cuerpo de Gil Siward mientras su hermana le enderezaba la cabeza exangüe. En el último momento, Courcelle, mirando apenado al muerto, dijo bruscamente:

—¡Esperad! Acabo de recordarlo..., creo que aquí hay algo que debió

pertenecerle.

Cruzó rápidamente la arcada y se dirigió a las torres de vigilancia. Al poco regresó con una capa negra colgada del brazo.

—Esto estaba entre las prendas que dejaron en el cuarto de la guardia. Creo que es suyo... El broche del cuello tiene el mismo diseño que la hebilla de su cinturón.

Era cierto, se trataba de un dragón de la eternidad mordiéndose la cola, labrado en bronce.

—Lo he recordado justo ahora. No puede ser casualidad. Dejadme, por lo menos, que se la devuelva.

Courcelle extendió la capa delicadamente sobre las parihuelas y cubrió el rostro del muerto. Cuando levantó la mirada, vio que Aline le miraba por primera vez con lágrimas en los ojos.

—Ha sido un gesto muy amable —dijo la joven, tendiéndole la mano—. Nunca lo olvidaré.

Cadfael regresó a su puesto junto al cadáver desconocido y reanudó su tarea de interrogar a la gente, pero no obtuvo ninguna respuesta útil. Por la noche, todos los cuerpos que quedaran debían ser trasladados en carros a la abadía; el calor del verano no permitía más demoras. Al amanecer, el abad Heriberto consagraría una nueva parcela de tierra dentro del recinto de la abadía y en ella se cavaría una fosa común. Pero aquel desconocido que jamás había sido condenado ni acusado de ningún delito, no debía ser enterrado entre los ajusticiados. No podría haber descanso hasta que se le pudiera enterrar con su nombre y con los debidos honores.

En casa del padre Elías, sacerdote de la iglesia de San Alkmundo, Gil Siward fue reverentemente desnudado por su hermana, lavado y envuelto en un sudario, con la ayuda del buen religioso. Hugo Berengario esperó para acompañarlos, pero no entró en la estancia donde ambos trabajaban. Aline no necesitaba la presencia de nadie más, ella sola se bastaba y sobraba para cumplir la tarea. Si alguien la hubiera privado de alguna parte de la misma, se hubiera sentido molesta, y no agradecida. Cuando terminó de preparar a su hermano para su lugar de descanso frente al altar de la iglesia, la joven se sintió

súbitamente agotada y se alegró de contar con la casi silenciosa presencia de Berengario y con el brazo que éste le ofreció para acompañarla de nuevo a su casa junto al molino.

A la mañana siguiente, Gil Siward fue enterrado con la debida ceremonia en la sepultura de su abuelo materno, en la iglesia de San Alkmundo, mientras los monjes de la abadía de San Pedro y San Pablo enterraban con los ritos de rigor a los sesenta y seis soldados de la guarnición derrotada que todavía estaban a su cargo.

4

Aline se llevó la túnica y los calzones de su hermano, junto con la capa que lo había cubierto, tras sacudir las prendas y doblarlas ella misma con amoroso cuidado. No quería que la camisola la usara otra persona, por lo que decidió

quemarla. En cambio, aquellas sólidas prendas de buen tejido no se podían desechar, habiendo tantas personas medio desnudas y muñéndose de frío. La joven tomó el pulcro fardo y entró por la puerta junto a la caseta de vigilancia de la abadía. En el patio no había nadie, y se dirigió hacia los estanques y el huerto en busca de fray Cadfael. No le encontró. Cavar una tumba lo suficientemente grande como para sesenta y seis cuerpos llevaba más tiempo que abrir un sepulcro de piedra para sólo un cuerpo. Los monjes trabajaron sin desmayo hasta pasadas las dos de la tarde.

Sin embargo, aunque Cadfael no estaba allí, sí estaba su ayudante, ocupado bajo el sol en cortar cabezuelas de plantas y hojas y tallos de ajedrea en flor para posteriormente ponerlos a secar. Todo el extremo de la cabaña, bajo el alero, estaba festoneado de hierbas puestas a secar. El diligente mozo trabajaba descalzo, estaba todo cubierto de tierra y un tiznón verdoso le manchaba una mejilla. Al oír las pisadas que se acercaban, se volvió a mirar y salió a toda prisa de entre sus plantas, envuelto en una oleada de fragancias que le rodeaba como un halo y se escapaba de los pliegues de su tosca túnica como el milagroso olor de santidad a veces atribuido a algún santo. El rápido gesto de una mano sobre su cabello enmarañado sólo sirvió para manchar la otra mejilla y la mitad de su frente.

—Busco a fray Cadfael —dijo Aline casi en tono de disculpa—. Tú debes de ser el mozo Godric, que trabaja con él.

—Sí, mi señora —dijo Godith con aspereza—. Fray Cadfael está ocupado pues todavía no han terminado.

La joven hubiera querido asistir al entierro, pero Cadfael no se lo permitió. Cuanto menos la vieran a la luz del día, mejor.

—¡Oh! —exclamó Aline, turbada—. Claro, hubiera tenido que suponerlo.

¿Os puedo dejar un mensaje para él? Es que... traigo la ropa de mi hermano. Él ya no la necesita; está en buen estado y alguien puede aprovecharla. ¿Queréis pedirle a fray Cadfael que disponga de ella como crea más conveniente?

Godith se limpió las manos en los faldones de su túnica antes de tomar el fardo. De pronto, miró a Aline, tan sobresaltada y conmovida que por un momento se olvidó de alterar el timbre de su voz.

—Ya no la necesita... ¿Teníais a un hermano allí, en el castillo? ¡Oh, cuánto lo siento! ¡Sí, lo siento muchísimo!

Aline se miró las manos y las sintió vacías, tras haber cumplido aquel último deber.

—Sí. Uno de tantos —contestó—. Tomó una decisión. Me enseñaron a creer que era equivocada, pero, por lo menos, la respetó hasta el final. Aunque mi padre se enfadó con él, nunca hubiera tenido motivo para avergonzarse.

—¡Cuánto lo siento! —Godith estrechó el fardo contra su pecho sin saber qué decir—. Transmitiré vuestro mensaje a fray Cadfael en cuanto vuelva. Hasta que él os las pueda dar en persona, os doy las gracias por vuestra caridad.

—Entregadle también esta bolsa. Quiero que se celebren misas por todos. Una misa especialmente por el que no hubiera tenido que estar aquí... ese a quien nadie conoce.

Godith la miró, perpleja y asombrada.

—Pero ¿es que hay alguien así? ¿Uno que no era como los demás? ¡No lo sabía!

La joven había estado sólo un momento con Cadfael cuando regresó cansado, y éste no tuvo tiempo de contarle nada. Sólo sabía que los restantes soldados habían sido conducidos a la abadía para su entierro; aquella misteriosa mención de alguien ajeno a la tragedia común constituía una novedad para ella.

—Eso dijo él. Había noventa y cinco y sólo tenía que haber noventa y cuatro. Y parece que uno de ellos no era soldado. Fray Cadfael pedía a todos los que entraban que lo miraran y dijeran si lo conocían, pero creo que hasta el momento nadie le ha reconocido.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Godith, sorprendida.

—No lo sé. Supongo que lo habrán traído aquí, a la abadía. No creo que fray Cadfael permita que lo entierren junto con los demás sin que se sepa su

nombre ni qué hacía. Vos le conoceréis mejor que yo. ¿Lleváis mucho tiempo trabajando con él?

—No, muy poco —contestó Godith—, pero ya empiezo a conocerle. Estaba poniéndose un poco nerviosa, al verse tan inocentemente observada por aquellos ojos claros del color de los lirios. Una mujer podía ser más peligrosa que un hombre para su secreto, pensó, volviéndose a mirar los cuadros de hierbas en que trabajaba.

—Sí —dijo Aline, comprendiendo la indirecta—, no debo apartaros de vuestro trabajo.

Godith la vio alejarse y casi lamentó no poder prolongar el encuentro con una muchacha en aquel refugio exclusivamente masculino. Dejó el fardo de

ropa sobre su cama en la cabaña y reanudó su trabajo, esperando con cierta inquietud el regreso de Cadfael. Cuando éste volvió, parecía muy fatigado, y aún tenía que cumplir otros encargos.

—Me envían al campamento del rey. Al parecer, su alguacil consideró oportuno darle cuenta del extraño suceso que descubrimos, y quiere escuchar mi versión. Pero si aún no he tenido tiempo de cont{rtelo... —dijo Cadfael, pasándose una mano encallecida por sus mejillas cansadas.

—Pues, ya sé algo —replicó Godith—. Aline Siward vino a veros. Trajo eso para que lo entreguéis como limosna donde mejor os parezca. Era de su hermano.

Me contó lo ocurrido. Este dinero es para misas..., sobre todo, quiere que se diga una misa por el desconocido que encontraron. Ahora, decidme, ¿qué

significa todo este misterio?

Cadfael agradeció aquella oportunidad de sentarse a conversar un rato. La joven le escuchó con atención y, cuando terminó, de pronto le preguntó:

—¿Y dónde está ahora ese hombre al que nadie conoce?

—En la iglesia, en un catafalco delante del altar. Quiero que todos los que asistan a los oficios religiosos pasen por delante de él, en la esperanza de que alguien le conozca y nos diga su nombre. No podremos tenerle así más allá de mañana, hace demasiado calor —contestó fray Cadfael—. Pero, si tenemos que enterrarle sin saber quién es, quiero que se haga en un lugar donde podamos desenterrarle fácilmente, conservar su ropa y hacer un dibujo de su rostro, hasta que descubramos la identidad del pobre muchacho.

—¿Y creéis de veras que fue asesinado? —preguntó Godith con sobrecogido asombro—. ¿Y que fue arrojado entre las víctimas del rey para ocultar el crimen?

—¡Ya te lo he dicho, hija mía! Le atacaron por detrás. Con una cuerda de estrangulador preparada para tal fin. El acto se cometió la misma noche en que murieron los soldados de la guarnición, arrojados posteriormente al foso. ¿Qué

mejor oportunidad se le podía ofrecer a un asesino? Entre tantos, ¿quién iba a contar, separar y exigir respuestas? Llevaba muerto más o menos el mismo tiempo que los demás. Parecía una solución perfecta.

—Pero no lo fue —exclamó Godith, encendiéndose de vengativo celo—. Porque vos intervinisteis. ¿Quién hubiera sido tan minucioso habiendo noventa y cinco muertos? ¿Quién hubiera defendido en solitario los derechos de un hombre que no fue condenado sino asesinado fuera de la ley? Oh, fray Cadfael, en esta cuestión me habéis convertido en una persona tan inflexible como vos. Yo estoy aquí, y no he visto a ese hombre. ¡Que el rey aguarde un poco!

¡Dejadme ir a verlo! O acompañadme, si es necesario, pero permitidme que lo vea.

Cadfael reflexionó un instante y después se levantó con cierto esfuerzo. Ya no era tan joven como antes, y había tenido un día y una noche muy duros.

—Vamos, pues, que se haga como tú quieras. ¿Quién soy yo para excluirte de algo en lo que a otros incluyo? Ahora creo que todo estará bastante tranquilo, pero no te separes de mí. También debo encargarme de sacarte de aquí sana y salva cuanto antes.

—¿Tan ansioso estáis de libraros de mí? —replicó la moza, ofendida—.

¡Justo ahora que estoy aprendiendo a distinguir la salvia de la mejorana! ¿Qué

haríais sin mí?

—Pues, enseñar a algún novicio que pueda permanecer a mi lado algo más que unas cuantas semanas. Por cierto, hablando de hierbas —dijo Cadfael, y de la pechera del hábito se sacó una pequeña bolsa de cuero de la que extrajo una ramita, de unos quince centímetros, de una hierba seca formada por un fino tallo punteado a intervalos por pares de hojas con bolitas color pardo en sus nudos—, ¿sabes lo que es esto?

La joven observó la hierba con curiosidad. En pocos días había aprendido muchas cosas.

—No. Aquí no lo cultivamos. Podría saber lo que es si lo viera fresco.

—Es bardana..., también llamada cadillo. Una extraña hierba trepadora que tiene espinas como ganchos para sujetarse, incluso en estas pequeñas semillas que ves aquí. ¿Ves que está rota en mitad de este pequeño tallo?

La joven examinó la ramita con interés. Allí había algo más. El tallo pardo y reseco tenía una clara fractura en su centro.

—¿Qué es esto? ¿Dónde lo encontrasteis?

—Prendido en el pliegue de la garganta de ese pobre muchacho — contestó

Cadfael en voz baja para que la joven lo comprendiera sin sobresaltarse —, roto por la cuerda que lo estranguló. Y es de la cosecha del año pasado. Esta temporada crece por todas partes y envía sus semillas por doquier; esto debía ser de forraje o de cama para animales, cortado y puesto a secar el otoño pasado. No rechaces nunca esta hierba, es un remedio insuperable para curar heridas que no cicatrizan. Todas las hierbas silvestres tienen su aplicación adecuada, sólo el mal uso las convierte en perjudiciales —

Cadfael volvió a guardarse la ramita seca en la bolsa de su hábito y apoyó el brazo sobre los hombros de la joven—. Vámonos, pues, a ver a ese joven tú y yo juntos. Era la media tarde, hora de trabajo para los monjes y de recreo para los jóvenes y los novicios, una vez finalizadas sus limitadas tareas. Bajaron a la iglesia sin tropezarse más que con unos mozos que jugaban, y entraron en el recinto frío y oscuro.

El misterioso joven del foso del castillo yacía austeramente envuelto en un

sudario sobre un catafalco en el coro del templo, con la cabeza y el rostro descubiertos. La escasa luz lo iluminaba de lleno. Bastaron pocos minutos para que los visitantes se acostumbraran a la suave luz de aquella tarde estival y lo vieran todo con claridad. Godith se acercó y le contempló en silencio. Puesto que en la iglesia no había nadie más, ambos podían hablar sin temor. Cadfael ya estaba seguro de la respuesta cuando en voz baja le preguntó a la muchacha:

—¿Le conoces?

—Sí —susurró ella.

—¡Ven!

Salieron al exterior con el mismo sigilo con el que habían entrado. Bajo la luz del sol, Cadfael la oyó respirar afanosamente. La muchacha no hizo ningún comentario hasta que ambos estuvieron en el herbario a salvo de oídos indiscretos, sentados a la sombra de la cabaña en medio de la embriagadora fragancia estival de las flores.

—Y bien, pues, ¿quién es ese joven que nos perturba tanto a ti como a mí?

—Su nombre —contestó Godith en voz baja— es Nicolás Faintree. Le conozco y le he visto esporádicamente desde que tenía doce años. Era un vasallo de FitzAlan, de uno de sus castillos del norte, y en los últimos años sirvió como correo de su señor. No creo que fuera muy conocido en Shrewsbury. Si fue asaltado y asesinado aquí, debía de estar cumpliendo alguna misión por cuenta de su señor. Sin embargo, la tarea de FitzAlan en esta región ya estaba casi concluida —la joven se sostuvo la cabeza entre las manos, tratando de pensar—. Algunos habitantes de Shrewsbury os hubieran podido indicar su nombre, ¿sabéis?, si es que tenían motivos para buscar a algún pariente. Conozco a ciertas personas que podrían deciros qué hacía aquí aquel día y aquella noche. Pero ¿tenéis la certeza de que eso no les acarrearía ningún perjuicio?

—Por mi parte, no, lo prometo —contestó Cadfael.

—Tengo a mi nodriza, la que me acompañó aquí, alegando que yo era su sobrino. Petronila estuvo al servicio de mi familia toda la vida hasta que, siendo ya muy vieja y no pudiendo tener hijos, se casó con un buen amigo de la casa de FitzAlan y de la nuestra, Edric Flesher, el primer representante del gremio de carniceros de la ciudad. Ambos estaban al corriente de todos los planes, cuando FitzAlan se declaró partidario de la emperatriz Matilde. Si acudís a ellos de mi parte —añadió Godith—, os dirán todo lo que saben. Conoceréis la tienda por el rótulo con una cabeza de jabalí, en la calle de los carniceros. Cadfael se frotó la nariz con gesto pensativo.

—Si tomo prestada la mula del abad, iré más rápido y descansaré las piernas. No tendré que hacer esperar al rey sino que me detendré en la tienda

en el camino de vuelta. Dame alguna señal para que comprendan que confías en mí y que ellos pueden hacer otro tanto sin ningún temor.

—Petronila sabe leer y conoce mi escritura. Escribiré unas líneas si me prestáis un trozo de pergamino, me bastará una esquina —la muchacha estaba tan ansiosa de desentrañar el misterio como él—. Nicolás era un

mozo muy alegre, sé que jamás hizo el menor daño a nadie y que nunca perdía los estribos. Se reía mucho... Si le decís al rey que pertenecía al otro bando, perder{ todo interés en aclarar el misterio, ¿no os parece? Os dirá que era el destino que le correspondía y os despedirá sin contemplaciones.

—Le diré al rey —señaló Cadfael— que tenemos a un hombre evidentemente asesinado, que conocemos el medio utilizado y la hora en que se cometió el acto, pero que ignoramos el lugar y el motivo. Le diré también que conocemos su nombre..., un nombre muy modesto que no significar{ nada para Esteban. Puesto que, en este momento, no hay nada más que decir, no podré

añadir más. Aunque el rey se encoja de hombros y me diga que deje las cosas tal como están, no lo haré. Con mis medios o con los que Dios me otorgue, o con ambas cosas a la vez, no descansaré hasta que se haga justicia a Nicolás Faintree.

Montando en la mula del abad, fray Cadfael se dirigió al campamento del rey, llevando consigo las prendas de excelente tejido que Aline le había confiado. El monje acostumbraba a cumplir de inmediato las tareas que se le encomendaban, en lugar de aplazarlas para el día siguiente. En aquella parte de la ciudad había muchos mendigos. Los calzones se los regaló a un anciano con los ojos cubiertos por una gruesa membrana blanca, que permanecía sentado junto a la puerta de la ciudad con la mano extendida y un bastón a su lado. Su aspecto era extremadamente lastimoso y llevaba unos raídos calzones llenos de remiendos. La excelente túnica fue a parar a las manos de una frágil criatura de no más de veinte años que pedía limosna junto a la cruz de piedra, un pobre retrasado enfermo de perlesía, a quien una menuda anciana llevaba de la mano y cuidaba con amoroso celo. Sus [gritos de](#) gratitud acompañaron a Cadfael hasta la misma puerta del castillo. Cuando llegó al puesto de guardia del campamento real, vio el carrito de madera de Osbern el cojo junto al tronco de un árbol. Se fijó en sus inútiles piernas marchitas y sus manos encallecidas de tanto tirar con la sola fuerza de sus músculos aquel peso muerto. Los zuecos de madera se encontraban a su lado, sobre la hierba. Al ver acercarse al monje a lomos de una soberbia mula, Osbern introdujo las manos en ellos y empezó a moverse para interceptar el camino de Cadfael. Era curioso observar con cuánta rapidez se desplazaba en las distancias cortas, con breves intervalos de descanso. Pese a ello, una criatura totalmente paralizada y con medio cuerpo

inerte, debía de pasar mucho frío en las noches templadas, y un frío espantoso en invierno.

—Buen hermano —dijo Osbern con voz suplicante—, ¡dale una limosna a este pobre tullido y Dios te lo recompensará!

—Así lo haré, amigo —contestó Cadfael—, y será algo más que una monedita. Reza una oración por la gentil dama que te la envía por mi mano —

sin bajar de la mula, desdobló la prenda que todavía llevaba colgada del brazo y arrojó sobre aquellas manos sorprendidas y deformes la capa de Gil Siward.

Hicisteis bien en informarme del hallazgo —dijo el rey—. No me extraña que mi castellano no lo descubriera, con lo ocupado que estaba. ¿Decís que ese hombre fue atacado por detrás con una cuerda de estrangular? Parece obra de un salteador de caminos. ¡No consentiré que para ocultar el delito se haya arrojado esa víctima entre mis enemigos ajusticiados! ¿Cómo se atrevió a convertirnos a mí y a mis soldados en cómplices suyos? Lo considero una afrenta a la corona. Sólo por ello ese felón debería ser apresado y juzgado.

¿Decís que el joven se llamaba Faintree?

—Nicolás Faintree. Me lo dijo alguien que le vio en la iglesia donde lo tenemos depositado. Procede de una familia del norte del país, pero eso es todo lo que sé de él.

—Es posible —señaló el rey esperanzado— que se hubiera trasladado a Shrewsbury para unirse a nosotros. Varios jóvenes del norte del país han abrazado nuestra causa.

—Es posible —convino Cadfael con la cara muy seria.

Porque todo es posible y los hombres cambian fácilmente de chaqueta.

—O que le haya asaltado algún bandido del bosque para robarle... ¡Son cosas que ocurren! Ojalá pudiera decir que nuestros caminos son seguros, pero, en esta anarquía que nos rodea, Dios sabe que no puedo afirmar tal cosa. Bueno, pues, podéis proseguir vuestras averiguaciones sobre esta cuestión, si así lo deseáis. En caso de que se descubra al asesino pedidle a mi alguacil que haga justicia. Él conoce mi voluntad. No me agrada que me utilicen como escudo para ocultar un delito tan despreciable.

Eso era lo más importante para él, por lo que tal vez no cambiara de parecer, pensó Cadfael, aunque supiera que Faintree era vasallo y correo de FitzAlan y aunque se demostrara, cosa que ciertamente no se había hecho,

que cuando halló la muerte cumplía una misión por cuenta de FitzAlan. A juzgar por lo que estaba ocurriendo, en un cercano futuro habría muchos asesinatos en el reino de Esteban, y no era probable que el rey perdiera el sueño por ellos. Sin

embargo, el monarca consideraba un insulto que alguien matara a traición escudándose en él, y estaba dispuesto a vengarse. En el rey Esteban se alternaban constantemente la energía y el letargo, la generosidad y la mezquindad, la astucia y la ingenuidad. Pero, en lo más hondo de aquel ser alto, apuesto y cándido, se albergaba una punta de hidalguía.

—Acepto y agradezco el apoyo de Vuestra Alteza —dijo sinceramente fray Cadfael—, y me esforzaré al máximo para que se haga justicia. Un hombre no puede rehuir el deber que Dios ha puesto en sus manos. De este joven sólo conozco el nombre y su aspecto, sé que parece sincero e inocente y que no fue condenado por ningún crimen, que nadie le acusó de causar ningún daño y que murió injustamente. Creo que eso desagrada tanto a Vuestra Alteza como a mí. Si puedo enderezar este entuerto, así lo haré.

Al llegar a la puerta que ostentaba el rótulo de la cabeza de jabalí en la calle de los carniceros, Cadfael fue acogido con la deferencia que cualquier ciudadano le hubiera mostrado a un monje de la abadía. Petronila, oronda y canosa, le hizo pasar y le hubiera ofrecido todas las pequeñas atenciones que suelen levantar un muro ante las personas de las que se recela, si él no le hubiera entregado de inmediato el gastado trozo de pergamino en el que Godith había expresado con cierta cautela y dificultad su confianza en el mensajero, firmando debajo con su nombre. Petronila se ruborizó de placer y miró con lágrimas de felicidad a aquel amable y vigoroso monje bronceado por el sol.

—Entonces, ¿la corderita de mi niña está bien? ¡Sé que vos cuidáis muy bien de ella! Me lo dice aquí, conozco su letra, aprendí a escribir con ella. La tuve conmigo casi desde que nació, mi preciosa. Por desgracia, fue hija única. Hubiera necesitado hermanos y hermanas. Por eso quería hacerlo todo con ella, incluso escribir las cartas, para estar a su lado siempre que me necesitara. Sentaos, hermano, sentaos y habladme de ella. Contadme si está bien y decidme si necesita algo que pueda enviarle a través de vuestra persona. Hermano,

¿cómo podremos sacarla de allí sana y salva? ¿Podrá quedarse con vos aunque pasen varias semanas?

Cuando logró interrumpir aquel torrente de palabras, Cadfael le contó

cómo estaba su niña y le dijo que seguiría cuidando de ella mientras fuera necesario. No se había dado cuenta hasta entonces de lo bien que la moza sabía conquistar los corazones de los demás, sin proponérselo tan siquiera. Cuando Edric Flesher regresó de darse una vuelta por la ciudad para ver cómo estaba la situación, Cadfael ya había conseguido ganarse el favor de Petronila y convertirse en un amigo de confianza.

Edric acomodó su impresionante cuerpo en una silla y dijo con cauteloso

alivio:

—Mañana abriré la tienda. ¡Hemos tenido suerte! Creo que se arrepiente de la venganza que tomó en represalia por los que no logró apresar. Ha ordenado que no se cometan actos de pillaje y, por una vez, cuidará de que se cumpla su voluntad. Si sus aspiraciones fueran justas y tuviera un poco más de temple, creo que sería partidario suyo. Parecer un héroe sin serlo debe de ser muy duro para un hombre —el carnicero dobló sus largas piernas bajo la silla, miró a su mujer y después, con más detenimiento, a Cadfael—. Petronila me dice que tenéis la confianza de la moza, y eso me basta. Decidme lo que necesitáis. Si lo tenemos, vuestro es.

—En cuanto a la joven —se apresuró a responder Cadfael—, la tendré a salvo en la abadía hasta que haga falta y, a la primera ocasión, me encargaré de que la conduzcan adonde desee. En lo que yo necesito, podéis ayudarme. En la iglesia de la abadía tenemos, y allí lo enterraremos mañana, a un muchacho al que vosotros tal vez conozcáis, asesinado la misma noche en que se rindió el castillo, la noche en que los prisioneros fueron ahorcados y arrojados al foso. Pero él murió en otro lugar y fue arrojado junto con los demás para que lo enterraran sin que hubiera sospechas. Os puedo decir cómo murió y cuándo. Pero no puedo deciros dónde, por qué o quién lo hizo. Sin embargo, Godith me ha dicho que se llama Nicolás Faintree y que era un vasallo de FitzAlan. Lo dijo todo apresuradamente, sin que sus interlocutores le interrumpieran ni una sola vez. Estaba claro que éstos sabían ciertas cosas y muy claro también que ignoraban la muerte del joven. La noticia había sido para ellos como un golpe mortal.

—Más os puedo decir —añadió Cadfael—. Pienso averiguar la verdad y me encargaré de que se haga justicia. Y, otra cosa, cuento con la autorización del rey para hacer averiguaciones. Este asesinato le gusta tan poco como a mí. Tras un prolongado silencio, Edric preguntó:

—¿Sólo hubo un asesinato de esa manera? ¿No hubo un segundo?

—¿Hubiera debido haberlo? ¿Con uno no basta?

—Eran dos —contestó Edric con cierta aspereza—. Dos que emprendieron el viaje juntos para cumplir la misma misión. ¿Cómo se descubrió su muerte? Al parecer, sois el único que está al corriente.

Fray Cadfael se reclinó en su asiento y les contó sin prisas toda la historia. Si se perdía las vísperas, alabado fuera Dios. Valoraba y respetaba sus deberes, pero, cuando se producía algún conflicto, sabía hacia dónde tenía que ir. Godith no se movería de su seguro refugio sin él, hasta que llegara la hora de la lección nocturna.

—Ahora será mejor que me lo contéis todo —añadió—. Tengo que proteger

a Godith y vengar a Faintree, y pienso hacer ambas cosas lo mejor que pueda. Los esposos intercambiaron una mirada y se comprendieron el uno al otro en silencio. Fue el hombre quien decidió hablar primero.

—Una semana antes de que la ciudad y el castillo cayeran, cuando la familia de FitzAlan ya se había ido y nosotros habíamos decidido ocultar a la moza en vuestra abadía, FitzAlan tomó disposiciones para el caso de que muriera. No escapó hasta que los enemigos irrumpieron en la fortaleza, ¿lo sabíais? Consiguió huir por los pelos, cruzó a nado el río acompañado de Adeney, y alcanzó la libertad, ¡gracias a Dios! Pero la víspera del final, adoptó

unas disposiciones válidas tanto si vivía como si moría. Todo su tesoro nos lo encomendó a nosotros aquí; quería que fuera entregado a la emperatriz en caso de que él muriera. Aquel día, trasladamos el tesoro a Frankwell, donde tengo un huerto, para que no hubiera necesidad de cruzar ningún puente en caso de que tuviéramos que trasladarlo a toda prisa a otro lugar. Y establecimos una especie de santo y seña. En caso de que alguien de los suyos se presentara con cierta señal (era una nadería, un dibujo que sólo conocíamos nosotros), deberíamos indicarle dónde estaba el tesoro, proporcionarle monturas y todo lo que hiciera falta, y ayudarle a recoger los objetos de valor y a reemprender el camino de noche.

—¿Se hizo así?

—La mañana de la caída del castillo. Ocurrió tan temprano y con tanta violencia que nos sorprendió a todos. Vinieron dos. Les enviamos a cruzar el puente y a esperar la llegada de la noche. ¿Qué hubieran podido hacer de día?

—Seguid. ¿A qué hora de la mañana se presentaron ambos hombres, qué

dijeron, qué ordenes habían recibido? ¿Cuántas personas conocían el plan?

¿Cuántas conocían el camino que seguirían? ¿Cuándo les visteis vivos por última vez?

—Llegaron al amanecer. Para entonces, ya se oía el fragor del asalto. Tenían un trozo de pergamino con la señal convenida, la cabeza de un santo dibujada con tinta. Dijeron que la víspera habían celebrado un consejo, y FitzAlan les ordenó que vinieran al día siguiente tanto si él vivía como si moría, y que le llevaran el tesoro a la emperatriz para que lo utilizara en la defensa de sus derechos.

—Eso quiere decir que todos los que participaron en el consejo sabían que ambos se pondrían en camino a la noche siguiente, en cuanto oscureciera.

¿Conocían también el camino? ¿Sabían dónde estaba oculto el tesoro?

—No, nadie lo sabía, salvo que el escondrijo estaba en Frankwell. Sólo lo sabíamos FitzAlan y yo. Los dos vasallos tenían que ir conmigo.

—En tal caso, quien albergaba malos propósitos con respeto al tesoro, no pudo ir allí por su cuenta, aunque supiera la hora; sólo hubiera podido asaltar a

los hombres por el camino. Si todos los colaboradores de FitzAlan sabían que el tesoro se trasladaría a Gales desde Frankwell, el camino no ofrecía ninguna duda. Durante un buen trecho, hay un solo camino debido a los meandros del río en ambas orillas.

—¿Creéis que alguien que lo sabía quiso apoderarse del oro por medio del asesinato? —preguntó Edric—. ¿Uno de los hombres de FitzAlan? ¡No puedo creerlo! Estoy seguro de que todos, o la mayoría, se quedaron hasta el final y murieron en el castillo. Dos hombres que cabalgan de noche pueden ser asaltados casualmente por los bandidos que viven en el bosque...

—¿Tan cerca de las murallas de la ciudad? No olvidéis que quienquiera que matara a ese mozo lo hizo muy cerca del castillo de Shrewsbury para poder arrojarlo al foso mucho antes de que terminara la noche. Sabía muy bien que los demás cuerpos estarían allí. Bien, pues, llegaron, mostraron la contraseña y os revelaron el plan que habían elaborado la víspera, con independencia de lo que ocurriera. Pero lo que ocurrió, se produjo mucho

más temprano y con más violencia de lo que se esperaba. Entonces, ¿qué? ¿Vos les acompañasteis a Frankwell?

—Sí. Allí tengo un huerto y un establo, donde ambos permanecieron con sus caballos hasta que amaneció. Los objetos de valor se ocultaron en dos pares de alforjas dentro de un pozo seco que hay en mis tierras. Cargar a un caballo con este peso y su jinete hubiera sido demasiado. Les dejé allí escondidos y me fui hacia las nueve de la mañana.

—¿Y a qué hora emprendieron el camino?

—Cuando oscureció por completo. ¿Y me decís que Faintree fue asesinado poco después de emprender la marcha?

—Sin la menor duda. Si lo hubieran asesinado más tarde, se hubieran deshecho de su cuerpo de otra manera. Eso estaba preparado y era muy hábil, pero no lo bastante. Vos conocíais bien a Faintree... por lo menos, eso me dijo Godith. ¿Quién era el otro? ¿Le conocíais también?

—¡No! —contestó Edric, acongojado—. Me pareció que Nicolás le conocía muy bien, como si fueran amigos y se tuvieran mucha confianza, aunque Nicolás era un mozo muy abierto y cordial con todo el mundo. Jamás había visto a aquel joven. Procedía de otro castillo norteño de FitzAlan. Dijo llamarse Toroldo Blund.

Los esposos le habían contado a Cadfael todo lo que sabían y algo más de lo que le dijeron con palabras. El ceño fruncido de Edric fue de lo más elocuente. El joven a quien conocían y en quien confiaban había muerto; y el otro, a quien no conocían, había desaparecido con el tesoro de FitzAlan, sus monedas, su plata y sus joyas, todo destinado a las arcas de la emperatriz. La tentación era más que suficiente para cualquier hombre. El asesino sabía todo lo que tenía

que saber para apoderarse de aquel tesoro; ¿y quién hubiera podido saberlo mejor que el segundo correo? Otro se hubiera apoderado del tesoro durante el camino. Toroldo Blund ni siquiera tuvo que hacer tal cosa. Ambos jóvenes permanecieron ocultos aquel día en el establo de Edric. Cabía la posibilidad de que Nicolás Faintree hubiera salido de allí sobre la grupa de un caballo para desandar el breve trecho hasta el foso del castillo, antes de que un solo jinete con dos caballos emprendiera el camino hacia el oeste en dirección a Gales.

—Aquel día sucedió otra cosa —terció Petronila mientras Cadfael se levantaba para marcharse—. A eso de las dos, cuando los hombres del rey ya se habían apoderado de los dos puentes y habían bajado el puente

levadizo, vino *él*, Hugo Berengario, el prometido en matrimonio con mi niña desde hace muchos años, simulando estar muy preocupado por ella y preguntándonos dónde podía encontrarla. ¿Iba yo a decírselo? ¿Por quién me tomáis? Le contesté que antes de que cayera la ciudad se la habían llevado lejos de aquí y que no sabíamos nada más, aunque suponíamos que ya estaba a salvo, fuera de los confines de las tierras de Esteban. En seguida comprendimos que venía con el permiso del rey, ya que, de lo contrario, no le hubieran dejado pasar así como así. Antes de venir en busca de mi Godith, debió de acudir al campamento, y os digo que no la busca por amor. Ella vale una gran recompensa como anzuelo para su padre, ya que no para el propio FitzAlan. No dejéis que se acerque a mi corderita; tengo entendido que él vive ahora en la abadía.

—¿Estuvo aquí aquella tarde? —preguntó Cadfael, preocupado—. Sí, sí, me encargaré de que no la vea, ya sé el peligro que corre. Pero, cuando él vino aquí, no le mencionasteis la misión de Faintree, ¿verdad? ¿No comentasteis nada que le hiciera levantar las orejas? ¡Es muy r{pido y muy taimado! No, no..., os pido perdón, sé que no se os escapó ni una sola palabra. Bien, gracias por vuestra ayuda. Os comunicaré si descubro alguna cosa.

Ya estaba junto a la puerta cuando Petronila le dijo pesarosa:

—¡Tan buen chico que parecía Toroldo Blund! ¿Quién puede adivinar lo que se oculta tras un rostro aparentemente honrado?

—¡Toroldo Blund! —exclamó Godith, pronunciando lentamente el nombre, sílaba por sílaba—. Es un nombre sajón. Hay muchos allá en los castillos del norte, todos pertenecientes a familias muy nobles. Pero no le conozco. Seguramente nunca le vi. ¿Y decís que Nicolás parecía muy amigo suyo?

Nicolás era confiado, pero no tonto. Si eran aproximadamente de la misma edad, él debía conocerle bien. Y, sin embargo...

—Sí —dijo Cadfael—. ¡Ya te entiendo! ¡Y, sin embargo! Hija mía, estoy demasiado cansado para seguir pensando. Me voy a completas y después me acostaré en seguida, tal como debes hacer tú. Y mañana...

—Mañana —repitió la joven, levantándose para tocar su mano— enterraremos a Nicolás. ¡*Nosotros!* En cierto modo era mi amigo y debo asistir.

—Asistirás, hija mía —dijo Cadfael mientras la tomaba del brazo y celebraba con gratitud, tristeza y esperanza, el término de aquel día.

Nicolás Faintree fue enterrado, con los debidos honores, bajo una lápida del transepto de la iglesia de la abadía, lo cual constituyó un privilegio excepcional. Era uno solo, después de haber enterrado a tantos, y su singularidad resultó

motivo de celebración, aparte el hecho de que dentro había más sitio que fuera, y el esfuerzo requerido era muy inferior. El abad Heriberto estaba cada vez más decepcionado y deprimido por los acontecimientos del mundo, y agradecía la presencia de aquel solitario invitado que no era un símbolo de la guerra fratricida sino una víctima de la maldad y la crueldad personal. Contra todas las probabilidades y a su debido tiempo, Nicolás podría llegar a santo. Era joven, había sido misteriosamente asesinado, era limpio de corazón y de vida, e inocente de cualquier pecado, es decir, poseía todos los requisitos de los mártires.

Aline Siward asistió al funeral acompañada, intencionadamente o no, por Hugo Berengario. Aquel joven inquietaba a Cadfael cada vez más. Ciertamente no había cometido ningún acto hostil y no mostraba demasiado interés en buscar a su prometida, en caso de que efectivamente la buscara. Pero la desenvoltura y arrogancia de su porte, la curva levemente sardónica de sus labios y la cándida claridad de sus ojos cuando se cruzaban con los de Cadfael, le provocaban a éste una extraña desazón. Estaré más tranquilo, pensó Cadfael, cuando saque a la moza sana y salva de aquí; entretanto, procuraré apartarla de los lugares donde pueda tropezarse con Berengario.

Los principales huertos de la abadía no se encontraban dentro de sus murallas sino al otro lado del camino, en una franja de tierra a lo largo del río, llamada el Gaye. Al final de aquellas fértiles tierras se encontraba un campo de trigo, ligeramente más elevado. Estaba casi frente al castillo y a escasa distancia del campamento real, por cuyo motivo había sufrido algunos daños durante el asedio. Lo que quedaba de la cosecha de trigo llevaba casi una semana maduro para la siega, pero la dureza de los combates había impedido realizarla. Ahora que todo estaba tranquilo, los monjes tenían que apresurarse a salvar una cosecha que no se podía perder, y pretendían hacer el trabajo en un día. El segundo molino de la abadía se hallaba al final del campo y, a causa de los mismos peligros, se había abandonado justo cuando era más necesario; los daños sufridos lo mantendrían inutilizado hasta que pudieran efectuarse las debidas reparaciones.

—Tú ve con los segadores —le elijo Cadfael a Godith—. Me pican los pulgares y, aunque no creo mucho en estos presagios, prefiero que estés fuera del recinto del monasterio, aunque sólo sea por un día.

—¿Sin vos? —preguntó Godith, sorprendida.

—Debo quedarme aquí para vigilarlo todo. Si hubiera algún peligro, me reuniré contigo todo lo rápido que me permitan las piernas. No ocurrirá nada porque nadie tendrá tiempo para mirarte hasta que todo el trigo esté en los graneros. Procura situarte al lado de fray Atanasio que está más ciego que un topo y no distinguiría entre un venado y una cierva. ¡Cuidado con la hoz, no vayas a regresar con un pie de menos!

La joven se fue muy contenta con los segadores, alegrándose de poder hacer una excursión y cambiar un poco de ambiente. No tenía miedo, pensó Cadfael, porque contaba con un viejo insensato que se preocupaba por ella, de la misma manera que antes tenía a una vieja nodriza que la protegía como la gallina a sus polluelos. Tras verles salir por la caseta de vigilancia y cruzar el camino hacia el Gaye, regresó, suspirando de alivio, a sus propias tareas en los huertos del interior de la abadía. Llevaba un buen rato de rodillas, arrancando malas hierbas, cuando una fría y suave voz a su espalda, casi tan sigilosa como las pisadas que no oyó acercarse, le susurró:

—Conque aquí es donde pasáis vuestras horas más tranquilas. Un cambio muy agradable después de cosechar tantos muertos.

Fray Cadfael terminó de desyerbar la última esquina del cuadro de menta antes de volverse a mirar a Hugo Berengario.

—Un cambio muy agradable, en efecto. Esperemos que esa clase de cosecha ya se haya terminado en Shrewsbury

—¿Cómo conseguisteis averiguar el nombre del desconocido? Nadie en la ciudad le conocía.

—Todas las preguntas tienen respuesta, si uno tiene la paciencia de esperar

—sentenció fray Cadfael.

—¿Y todas las búsquedas encuentran? Ah, claro, no habéis dicho cuánto tiene que durar la paciencia —Berengario esbozó una sonrisa—. Si un hombre encuentra a los ochenta años lo que buscaba a los veinte, no creo que se alegre demasiado.

—Es muy posible que haya perdido la esperanza mucho antes, lo cual es en sí mismo una respuesta a cualquier necesidad —contestó secamente fray

Cadfael—. ¿Buscáis algo en el herbario que os pueda ayudar a encontrar, o simplemente tenéis curiosidad por conocer mis sencillas tareas?

—No, yo no he venido a estudiar la sencillez —reconoció Berengario con una sonrisa más abierta que al principio; arrancó una ramita de menta, la estrujó entre los dedos, la acercó a su nariz y después la mordió con sus blancos dientes—. ¿Qué podría buscar aquí alguien como yo? Puede que haya provocado algunas *enfermedades* en el curso de mi vida, pero no he tenido habilidad para curarlas. Me dicen, fray Cadfael, que tuvisteis una existencia muy azarosa antes de ingresar en el claustro. ¿No os parece todo esto

insoportablemente aburrido y sin ningún enemigo contra el que luchar, después de tantas batallas?

—Últimamente no me aburro en absoluto arrancando la lisimaquia que crece entre el tomillo —contestó Cadfael—. En cuanto a los enemigos, os diré

que el demonio se introduce en todas partes, incluso en el claustro, la iglesia y el herbario.

Berengario echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada hasta que un mechón de cabello negro le danzó sobre la frente.

—¡Vendrá en vano si pretende perderos aquí donde estáis! ¡No creo que quiera romperse los cuernos contra un viejo cruzado! ¡He comprendido la alusión!

Aunque apenas volvía la cabeza y no parecía prestar la menor atención a lo que le rodeaba, los ojos negros del joven no se perdían el menor detalle y sus oídos estaban alerta pese a las risas y las bromas. Berengario ya había comprendido que el amable mozo de quien Aline le había hablado inocentemente no iba a aparecer por allí, y que a fray Cadfael no le importaría que metiera las narices en todos los rincones del huerto, husmeara todas las hierbas puestas a secar y examinara todas las pócimas de la cabaña puesto que nada conseguiría averiguar. El catre estaba sin su manta y tenía encima un mortero de gran tamaño y una jarra de vino burbujeante. No había ni rastro de Godith. El muchacho era uno de tantos y seguramente dormía en el mismo sitio que los demás.

—Bien, os dejo con las tareas de limpieza —dijo Berengario—, no quiero interrumpir vuestras meditaciones con mi cháchara. ¿O acaso queréis encomendarme alguna labor?

—¿El rey no os ha encomendado ninguna? —preguntó solícitamente Cadfael.

La velada alusión fue acogida con otra carcajada.

—Pues, todavía no, pero ya vendrá. No es posible que recele eternamente de mí. Me puso a prueba, pero parece que he adelantado muy poco —el joven arrancó otra ramita de menta, la restregó entre los dedos y la mordió con placer—. Fray Cadfael, os considero el hombre más hábil de aquí, tanto material como espiritualmente. Si necesitara vuestra ayuda, no me la negaríais sin la debida reflexión, ¿verdad?

Fray Cadfael se irguió con los músculos de la espalda doloridos, y le dirigió

una larga mirada.

—Espero nunca haber hecho nada sin antes pensarlo debidamente —dijo en tono precavido—, aunque a veces el pensamiento tiene que correr para dar alcance a la acción.

—Me lo imaginaba —dijo Berengario con una dulce sonrisa en los labios—. Lo tendré en cuenta como si fuera una promesa —hizo una leve reverencia y regresó sin prisas al patio.

Los segadores regresaron a tiempo para vísperas, cansados, sudorosos y con el rostro enrojecido por el sol, tras haber segado y agavillado todo el trigo. Después de la cena, Godith abandonó el refectorio a toda prisa y se acercó a Cadfael, tirando disimuladamente de su manga.

—¡Fray Cadfael, debéis venir! ¡Es algo vital! —el monje notó el temblor de su mano y la vehemente intensidad de su susurro—. Hay tiempo antes de completas..., regresad al campo conmigo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cadfael en voz baja para evitar que le oyeran. Sabía que la joven no le hubiera molestado de no ser por algo importante—.

¿Qué te ha sucedido? ¿Qué asunto urgente has dejado allí?

—¡Un hombre herido! Estaba en el río, le perseguían aguas arriba, y bajó

con la corriente. No me atreví a preguntarle nada, pero necesita ayuda. ¡Y está

hambriento! Lleva allí un día y una noche...

—¿Cómo le encontraste? ¿Estabas sola? ¿Nadie más lo sabe?

—Nadie más —Godith apretó con más fuerza la manga de Cadfael y añadió

en un tímido susurro—: Fue una jornada muy larga..., tuve necesidad de apartarme a los arbustos cerca del río. Nadie vio...

—¡Pues, claro, hija mía! ¡Lo comprendo! —gracias a Dios, pensó Cadfael, los mozos de su edad estaban ocupados y no repararon en sus remilgos, y fray Atanasio no se hubiera enterado ni del estallido de un trueno a su espalda—.

¿Estaba allí, entre los arbustos? ¿Y aún sigue allí?

—Sí. Le di mi pan y mi trozo de carne, y le dije que volvería cuando pudiera. La ropa ya se le había secado encima..., tenía sangre en la manga..., pero creo que se recuperará si vos le cuidáis. Podríamos ocultarle en el molino..., allí no va nadie todavía.

La joven, que había pensado en todo, no le acompañó hacia la caseta de vigilancia sino hacia la cabaña del huerto. Necesitarían medicinas, lienzos y comida.

—¿Qué edad tiene el herido? —preguntó fray Cadfael, hablando con más tranquilidad, ahora que nadie podía oírles.

—Es un muchacho algo mayor que yo. ¡Y le persiguen! Cree que soy un *mozo*, claro. Le di a beber agua de mi vasija y me llamó Ganimedes...

¡Vaya, vaya, pensó Cadfael, entrando en la cabaña, parece un joven muy culto e instruido!

—Bueno, pues, Ganimedes —dijo, entregándole a Godith una pieza de lino, una manta y un frasco de ungüento—, guarda eso mientras lleno esta pequeña redoma y recojo unas vituallas. Espera un poco, y en seguida nos vamos. Por el camino me contarás más cosas que hayas descubierto, así nadie nos oirá. Por el camino, Godith, todavía ansiosa pero algo más tranquila, dijo efectivamente lo que no se hubiera atrevido a decir a la luz del día. Aún no había anochecido sino que les envolvía una suave penumbra, en la cual se distinguían el uno al otro, pero sin colores.

—Los arbustos son muy tupidos allí. Oí un movimiento y unos gemidos, y fui a ver. Parece un joven noble, el vasallo de algún señor. Sí, habló conmigo, pero... pero no me dijo nada. Fue como si hablara con un niño testarudo. Estaba muy débil, tenía sangre en el hombro y en el brazo, y bromeaba un poco... Pero me tuvo la suficiente confianza como para comprender que no le traicionaría —

la muchacha atravesó con Cadfael los altos rastrojos en los que pronto pastarían las ovejas de la abadía, fertilizando el campo con sus deyecciones

—. Le di lo que tenía y le dije que no se moviera, que le llevaría ayuda en cuanto oscureciera.

Las estrellas salieron antes de la puesta del sol, en medio de una deliciosa luz de agosto que, a pesar de que aún les duraría una hora porque tenían los ojos acostumbrados, serviría para protegerles de las miradas curiosas. Godith retiró la mano que mientras cruzaban los rastrojos había aferrado la de Cadfael, y se adelantó hacia los arbustos. A su izquierda, el río discurría con un susurro semejante a un sollozo entrecortado, y los remolinos de sus aguas brillaban con reflejos de plata.

—¡Sssss! Soy yo... ¡Ganimedes! ¡Vengo con un amigo común!

Una forma oscura se movió en la penumbra, levantando un pálido rostro ovalado y una maraña de pelo no menos pálido. El desconocido apoyó una mano sobre la hierba para incorporarse. No tenía ningún hueso roto, pensó

Cadfael con satisfacción. La respiración afanosa revelaba rigidez y dolor, pero no gravedad mortal. Una voz joven susurró:

—¡Buen chico! Amigos es lo que necesito...

Cadfael se arrodilló a su lado y le prestó el hombro para que se apoyara.

—Primero, antes de que os movamos, ¿dónde tenéis el daño? Por vuestro aspecto, no parece que tengáis nada roto ni descoyuntado —dijo, palpando el cuerpo y las extremidades del joven.

—Unos cuantos cortes —musitó el muchacho, y jadeó cuando Cadfael le tocó una herida—. He perdido suficiente sangre como para delatar mi presencia, pero en el río... Estuve a punto de ahogarme... Ellos deben de suponer que ya estoy muerto... —añadió, suspirando de alivio ante el amoroso cuidado con que le atendían.

—La comida y el vino os devolverán la sangre a su debido tiempo. ¿Podéis levantaros para caminar?

—Sí —contestó el paciente, pero cuando lo intentó poco faltó para que les arrastrara al suelo.

No, será mejor hacer otra cosa. Agarraos fuerte a mí y colocaos a mi espalda. Ahora, rodeadme el cuello con los brazos...

El mozo era alto pero delgado. Cadfael se agachó, rodeó con sus musculosos brazos los muslos del joven y equilibró el peso sobre sus hombros. Las ropas del muchacho aún conservaban el húmedo aroma del agua del río.

—Peso demasiado —protestó débilmente el desconocido—. Hubiera podido andar...

—Haréis lo que os mande, y basta de discusiones. Godric, adelántate y cerciórte de que no hay nadie.

La distancia entre los arbustos y el molino era muy corta. La silueta oscura se recortaba contra el cielo y en la rueda se advertían aquí y allá huecos semejantes a los de una dentadura en mal estado. Godith abrió la puerta y entró

primero. A través de las rendijas de las tablas del suelo, distinguió el brillo de las aguas del río que discurrían debajo. A pesar de la estación seca y calurosa, el Severn bajaba con gran rapidez, aunque con menos caudal.

—Habrá cantidad de sacos amontonados junto a la pared que da a tierra —

dijo Cadfael, jadeando a su espalda—. Búscalos —había también una gruesa capa de paja de la cosecha anterior, cuyo polvillo les cosquilleaba la nariz. Godith se acercó a trompicones al rincón y extendió varios sacos para formar un cómodo colchón, y dobló otros dos como almohada—. Ahora toma a esta garza de largas patas por los sobacos y ayúdame a bajarla..., así. ¡Será una cama tan buena como la mía en el dormitorio! Cierra la puerta antes de que encendamos una vela para verle.

Cadfael llevaba consigo un trozo de vela. Un puñado de paja seca colocado sobre una muela sirvió de yesca para provocar chispas. Una vez encendida la vela, introdujo el otro extremo en una palmatoria donde la cera se deritió y volvió a solidificarse y la colocó sobre la paja.

—¡Ahora, vamos a ver! —dijo.

El joven se tendió agradecido sobre los sacos y suspiró profundamente, abandonándose confiado en las manos de sus salvadores. En su rostro cansado, unos vivos ojos de un color indefinido los miraron con interés. El desconocido tenía labios muy bien formados. Intentó sonreír, a pesar de su agotamiento. El cabello sucio y enmarañado, cuando estaba limpio debía de ser del color del

trigo.

—Veo que os han herido en el hombro —dijo Cadfael, desabrochándole y quitándole la oscura chaqueta, una de cuyas mangas estaba manchada de sangre seca—. A ver la camisola... Necesitaréis ropa nueva antes de abandonar esa hospedería, amigo mío.

—Pues tendré dificultades para pagar la cuenta —contestó el joven, esbozando una sonrisa que se trocó en mueca cuando le despegaron dolorosamente la manga de la herida.

—Cobramos precios muy bajos. Podréis pagar la hospitalidad que os ofrecemos con un relato sincero. Godric, muchacho, necesito agua, y el agua del río es la mejor. Busca algo donde recogerla.

Godith encontró, bajo la rueda del molino, una gran jarra desportillada, la limpió cuidadosamente con los faldones de su túnica y fue por agua, mientras Cadfael desabrochaba el cinturón del mozo, le quitaba los zapatos y los calzones, y preparaba la manta que posteriormente cubriría su desnudez. El joven tenía en el muslo derecho una herida larga, pero poco profunda, causada probablemente por una espada, varias magulladuras azuladas en su piel blanca, un corte en el lado izquierdo del cuello y otro muy semejante en la muñeca derecha. Aquellos arañazos convertidos en finas líneas oscuras tenían uno o dos días más que las heridas.

—Se ve que últimamente habéis tenido una vida muy agitada —dijo Cadfael.

—Suerte he tenido de conservarla —musitó el joven, medio dormido en su cómodo colchón.

—¿Quién os perseguía?

—Los hombres del rey..., ¿quién si no?

—¿Y os siguen todavía?

—Claro. Pero en pocos días os podréis librar de mi carga...

—Eso no importa ahora. Volveos un poco hacia mí..., así. Vamos a vendar este muslo, la herida es limpia y ya está cicatrizando. Te escocerá un poco. El joven contrajo los músculos y emitió un pequeño jadeo, pero no se quejó. Cuando Godith regresó con la jarra de agua, Cadfael ya había vendado la herida y cubierto al mozo con la manta. La jarra carecía de asa, y la muchacha la sujetó con ambas manos.

—Ahora veamos el hombro. Por aquí habéis perdido la sangre. ¡Esto lo hizo una flecha! —era un corte oblicuo a través de la parte externa del brazo derecho justo por debajo del hombro; llegaba hasta el hueso y estaba abierta. Cadfael empezó a retirar la sangre reseca y trató de juntar ambos lados de la herida con

una compresa de lino empapada de ungüento a base de hierbas—. Esto necesitará un poco de ayuda para cicatrizar —dijo, vendando el brazo—. Tenéis que comer, pero no demasiado pues estáis exhausto y no podríais aprovecharlo. Aquí hay algo de carne, queso y pan. Guardaos un poco para mañana ya que podríais despertar con un hambre canina.

—Si queda agua —dijo el joven con voz suplicante—, me gustaría lavarme las manos y la cara. ¡Me siento sucio!

Godith se arrodilló a su lado, humedeció un trozo de lino en la jarra y ella misma se encargó de limpiarle y apartarle de la frente los mechones de cabello enmarañado, desenredándole los nudos con dedos solícitos. Tras sorprenderse, el muchacho permaneció tendido y aceptó aquellos cuidados mientras sus ojos ya limpios observaban aquel rostro tan cercano al suyo y se abrían cada vez más con expresión de respetuoso asombro. Durante todo el proceso, ella apenas abrió la boca.

El joven estaba demasiado agotado para comer, y en seguida se quedó medio adormilado. Pasó unos minutos atisbando a sus salvadores a través de los párpados entornados y después dijo, tartamudeando a causa del sueño:

—Os debo mi nombre, después de todo lo que habéis hecho por mí...

—Mañana —le acalló Cadfael con firmeza—. Os estáis muriendo de sueño, y creo que aquí podréis dormir tranquilo. Ahora bebed esto..., evita que las heridas se enconen y calma el corazón —era un fuerte cordial preparado por él mismo—. Y aquí tenéis un pequeño frasco con vino para que os haga compañía si despertáis. Por la mañana vendré a veros temprano.

—¡Vendremos! —puntualizó Godith en voz baja.

—¡Otra cosa! —Cadfael acababa de recordar algo en el último momento—. No lleváis armas... y, sin embargo, creo que teníais una espada.

—La arrojé al río —explicó el joven con voz soñolienta—. Pesaba demasiado para mantenerme a flote... y ellos disparaban flechas sin parar. Estaba en el río cuando me hirieron..., tuve el acierto de bucear bajo el agua y debieron de suponer que me había ahogado... ¡Sólo Dios sabe que me salvé por un pelo!

—Bueno, pues, hasta mañana. Tenemos que buscaros un arma. Ahora, ¡buenas noches!

El muchacho se quedó dormido antes de que apagaran la vela y cerraran la puerta. Cruzaron en silencio los rastrojos bajo el arco azul oscuro del cielo que palidecía en sus extremos hasta adquirir un tono verde mar.

—Fray Cadfael —preguntó Godith bruscamente—, ¿quién era Ganimedes?

—Un joven hermoso, el copero de Júpiter. Éste le quería mucho.

—Ah —dijo la muchacha, dudando entre si alegrarse o entristecerse, dado que el cumplido estaba claramente dirigido a un varón.

—Pero algunos dicen que es otro de los nombres de Hebe —añadió Cadfael.

—Ah. ¿Y quién era Hebe?

—También le servía las copas a Júpiter y éste le tenía un gran aprecio... pero era una hermosa muchacha.

—¡Ah! —exclamó Godith, suspirando profundamente. Mientras cruzaban el camino hacia la abadía, añadió muy seria—: Vos sabéis quién es, ¿verdad?

—¿Júpiter? El más divino de todos los dioses paganos...

— ¡Él! —la muchacha tomó el brazo de Cadfael y lo sacudió con fuerza—. Nombre sajón, cabello sajón y perseguido por los hombres del rey... Es Toroldo Blund, el compañero de Nicolás para salvar el tesoro de FitzAlan y entregárselo a la emperatriz. Está claro que no tuvo nada que ver con la muerte del pobre Nicolás. ¡No creo que haya cometido la menor fechoría en toda su vida!

—Eso no lo diría yo tan fácilmente de ningún hombre, y tanto menos de mí

mismo —dijo Cadfael—. Pero te aseguro, hija mía, que él no cometió el asesinato. ¡Puedes dormir tranquila!

Fray Cadfael, el fiel hortelano y boticario, acostumbraba a levantarse mucho antes de lo necesario para el rezo de prima, y dedicar una hora al trabajo antes de reunirse con sus hermanos. Nadie se sorprendió cuando aquella mañana se vistió y salió temprano. Nadie se enteró tampoco de que fue a despertar a su ayudante, tal como le había prometido. Ambos salieron con medicamentos y comida, y con una túnica y unos calzones que fray Cadfael sustrajo del montón de prendas que recibía el limosnero para las obras de caridad. La víspera, Godith se llevó la camisola manchada de sangre del joven, la lavó antes de acostarse y, al levantarse, remendó el desgarrón provocado por la flecha, dado que era de excelente tejido de lino y hubiera sido una lástima tirarla. En aquella calurosa noche de agosto, extendida sobre los arbustos del huerto, la camisola se había secado muy bien.

El convaleciente estaba sentado en la cama de sacos, comiendo pan con mucho apetito. Debía de confiar totalmente en ellos porque no hizo el menor gesto de protegerse cuando se abrió la puerta. Se había echado sobre

los hombros la chaqueta manchada de sangre, pero, por lo demás, estaba completamente desnudo bajo la manta y tenía al descubierto el pecho y las caderas. En su cuerpo y sus ojos aún se veían algunas magulladuras azuladas, pero, tras una larga noche de descanso, estaba mucho mejor.

—Ahora —dijo Cadfael, satisfecho—, ya podéis hablar todo lo que queráis,

amigo mío, mientras yo os curo las heridas. La pierna puede esperar hasta que tengamos más tiempo, pero esta herida del hombro es más peligrosa. Godric, pasa al otro lado mientras yo le quito la venda; podría estar pegada. Sujeta el brazo y yo retiraré el vendaje —después añadió, como el que no quiere la cosa—: Ahora, mi señor... Me llaman fray Cadfael, soy gales como Dewi Sant y he corrido mucho mundo, tal como ya habréis adivinado. Y este mozo es Godric, tal como ya habéis oído, y es quien me trajo hasta vos. Confiad en los dos, o en ninguno.

—Confío en los dos —dijo el muchacho. Tenía más color en la cara, debido tal vez al rosado reflejo de la aurora, y sus ojos eran color avellana, más verdosos que castaños—. Os debo mucho más de lo que la confianza puede pagar. Decidme qué otra cosa puedo hacer, y la haré. Me llamo Toroldo Blund, soy de una aldea de Oswestry, partidario de FitzAlan de la cabeza a los pies —

la venda estaba pegada y, al notar que se estremecía, Godith sujetó el pliegue hasta que consiguió desprenderla mediante delicados toques—. Si eso supone algún riesgo para vosotros —añadió Toroldo, tratando de vencer el dolor—, creo que ya estoy en condiciones de irme, y me iré. Por nada del mundo quisiera ponerlos en peligro por mi culpa.

—Os iréis cuando nosotros lo permitamos —dijo Godith, arrancando de un tirón el último pliegue de la venda para vengarse, aunque con mucho comedimiento y sin mover de sitio la compresa impregnada de ungüento—. Y

eso no será hoy.

—Calla, deja que hable, el tiempo apremia —dijo Cadfael—. Proseguid, muchacho. Nosotros no vendemos los hombres de Matilde a Esteban, ni los de Esteban a Matilde. ¿Cómo vinisteis a parar aquí?

Toroldo respiró hondo y contestó:

—Vine a este castillo con Nicolás Faintree, que también era un hombre de FitzAlan, desde el castillo más próximo de mi padre. Nos incorporamos a la guarnición una semana antes de que cayera. La víspera del asalto, se

celebró un consejo en el que no participamos porque éramos peces chicos; se decidió sacar el tesoro de FitzAlan al día siguiente y enviarlo a la emperatriz, sin saber que el día siguiente sería el último. Nos encomendaron la tarea a Nicolás y a mí

porque en Shrewsbury no éramos conocidos y podríamos pasar con más facilidad que otros a los que se identificaría a primera vista. Los bienes, que, gracias a Dios, no abultaban demasiado porque no había mucha plata sino más bien monedas y, sobre todo, joyas, estaban ocultos en algún lugar que sólo conocía nuestro señor y el hombre que los custodiaba. Teníamos que dirigirnos allí cuando nos lo ordenaran, sacarlos de su escondrijo y por la noche trasladarlos a Gales. FitzAlan tenía un pacto con Owain de Gwynedd; éste no pertenece a ningún bando porque es galés, pero la guerra le es muy provechosa. Él y FitzAlan son amigos, el asalto comenzó antes del amanecer, y en seguida

comprendimos que no resistiríamos. Entonces nos ordenaron emprender nuestra misión..., teníamos que acudir a una tienda de la ciudad...

El mozo vaciló, temiendo dar excesivos detalles.

—Lo sé —dijo Cadfael, retirando de la herida del hombro las supuraciones de la noche y aplicando otro apósito impregnado de ungüento—. Era Edric Flesher, él mismo me reveló la parte que le correspondió en todo eso. Os acompañaron a su granero de Frankwell y permanecisteis allí escondidos con el tesoro hasta la caída de la noche. ¡Proseguid!

El joven contempló con indiferencia sus heridas y añadió:

—En cuanto oscureció nos pusimos en camino. La distancia desde el claro del bosque hasta los árboles es muy corta. Hay una cabaña de pastor al borde del camino que discurre entre el bosque y los campos. Estábamos allí cuando el caballo de Nicolás empezó a cojear. Desmonté para ver qué ocurría, pues la bestia caminaba muy mal. Había pisado un abrojo y se le había clavado hasta el hueso.

—¿Abrojos? —preguntó fray Cadfael, sorprendido—. ¿En un camino del bosque, lejos del campo de batalla?

Aquellas discretas crueldades marciales destinadas a clavarse en los cascos de las monturas, siempre con una púa hacia arriba, no servían para nada en un angosto camino del bosque.

—Abrojos —repitió Toroldo sin vacilar—. No hablo sólo por la herida; la púa se había clavado y se la arranqué. La pobre bestia estaba herida.

Cargada como iba, no llegaría muy lejos. Conozco una granja cerca de allí y decidí

cambiar el caballo de Nicolás por una montura nueva. No era un buen negocio, ya lo sé, pero ¿qué podíamos hacer? No descargamos el caballo, pero Nicolás desmontó para liberar a la pobre criatura de su peso, y dijo que esperaría en la cabaña. Yo me fui, conseguí un nuevo caballo en la granja... Est{ a la derecha, hacia el oeste, el hombre se llama Ulf y somos parientes lejanos por parte de madre. Luego regresé con la mitad de la carga de Nicolás en la nueva montura.

»Me acerqué a la cabaña —añadió el joven, estremeciéndose al recordarlo—

, y pensé que Nicolás me saldría al encuentro, dispuesto a reanudar el camino cuanto antes, pero no le vi. No sé por qué razón me inquieté. No soplabla la menor brisa y, a pesar de mi cautela, hubiera podido oírme cualquier persona que estuviera cerca. Nicolás no apareció ni me llamó. Decidí no seguir adelante. Regresé y até juntos a los dos caballos para ir más de prisa. Con un nudo que pudiera deshacerse de un tirón. Después volví a la cabaña.

—¿Ya había anochecido del todo? —preguntó Cadfael mientras le vendaba el brazo.

—Del todo, pero mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad. Dentro

estaba oscuro como la pez. Vi la puerta entreabierta. Entré aguzando el oído, pero no se oía ni un solo murmullo. En el centro de la cabaña tropecé con él.

¡Con Nicolás! De no haber sido así, puede que ahora no estuviera aquí para contarlo —dijo Toroldo, mirando de pronto a su Ganimedes, que debía de tener algunos años menos que él y que con tan solícito cuidado le atendía—. Esto no es muy agradable de escuchar —añadió mientras sus ojos apelaban elocuentemente a Cadfael por encima del hombro de Godith.

—Podéis seguir tranquilamente —dijo Cadfael—. Está metido en todo este asunto más de lo que vos pensáis, y sería capaz de matarnos si le excluyéramos. Nada de lo que ha ocurrido en Shrewsbury es agradable de escuchar, pero tal vez pueda salvarse algo. Contadnos vuestra participación y nosotros os contaremos la nuestra.

Godith, toda ojos, oídos y serviciales manos, optó prudentemente por no decir nada.

—Estaba muerto —dijo Toroldo sin más rodeos—. Le caí encima, boca contra boca, y no percibí el menor aliento. Me incliné hacia delante y le sostuve en mis brazos, tan inerte como un montón de trapos. Luego oí el crujido del forraje seco a mi espalda y me volví asustado porque no soplabla la menor brisa.

—¡No me extraña! —le interrumpió Cadfael, aplicando un nuevo apósito impregnado de ungüento de hierbas sobre la húmeda herida—. Teníais motivos más que sobrados. No os inquietéis por vuestro amigo, sin duda ya está con Dios. Ayer le enterramos en la abadía. Tiene un sepulcro de príncipe. Creo que debisteis de escapar por un pelo cuando el asesino se abalanzó sobre vos desde detrás de la puerta.

—Yo también lo creo —convino el muchacho, conteniendo la respiración mientras Cadfael le curaba la dolorosa herida—. Allí debía de estar. La hierba seca me alertó cuando intentó atacarme. No sé por qué, pero todo el mundo levanta el brazo derecho para parar los golpes contra su cabeza, y eso hice yo. La cuerda me rodeó la muñeca y la garganta. No me porté con demasiada inteligencia ni quise ser un héroe; agité los brazos y le arrebaté la cuerda de las manos. Él me cayó encima en la oscuridad. Sé que tal vez no me creeréis —

añadió a la defensiva.

—Hay ciertas cosas que confirman vuestro relato. No dudéis tanto de vuestros amigos. Empezasteis a luchar cuerpo a cuerpo, lo cual, por lo menos, era mejor que lo anterior. ¿Cómo escapasteis de él? —inquirió Cadfael.

—Más por suerte que por valentía —reconoció Toroldo tristemente—. Rodamos sobre el heno, intentando agarrarnos mutuamente la garganta. No veíamos nada y nos movíamos a tientas sin espacio ni tiempo para apartarnos. La situación no debió de prolongarse más de diez minutos. Creo que me golpeé

la cabeza contra una tabla de un viejo pesebre medio roto que había entre el heno. La recogí, lo golpeé con fuerza y cayó. Dudo de que le hiciera mucho

daño, pero, por lo menos, perdió el conocimiento lo suficiente como para escapar de allí, desatar los caballos y alejarme hacia el oeste como alma que lleva el diablo. Tenía una misión que cumplir en la que nadie podría ayudarme. De lo contrario, tal vez me hubiera quedado para aclarar la muerte de Nicolás. Aunque tal vez no —reconoció Toroldo con insólita

honradez—. Dudo que en aquellos momentos pensara en la misión que me había encomendado FitzAlan, pero ahora sí pienso en ella. Huí simplemente para salvar el pellejo. Temía que otros acudieran en ayuda de mi asaltante y me tendieran una emboscada. Lo único que yo quería era escapar de allí cuanto antes.

—No hace falta que os disculpéis —dijo Cadfael, asegurando el vendaje—. No hay que avergonzarse del sentido común. Pero, amigo mío, habéis tardado dos días enteros, según vuestro propio relato, en regresar al lugar de donde partisteis. Deduzco de ello que el rey debe de tener muchos aliados en los caminos entre nuestra región y el País de Gales.

—¡Abundan más que las abejas de un enjambre! Me alejé por el camino situado más al norte y allí me tropecé con un grupo que impedía el paso a toda cosa que se moviera. ¿Qué posibilidades tenía yo, con dos caballos y una carga muy valiosa? Me adentré en el bosque, pero el día ya estaba despuntando y no pude hacer más que esperar el nuevo anochecer y probar por el camino del sur. La decisión no fue muy afortunada pues las compañías de soldados recorrían toda la campiña. Pensé que podría escapar siguiendo la curva del río, pero con eso perdí otra noche. Permanecí oculto entre la maleza de una colina todo el jueves e intenté reanudar la marcha por la noche; fue entonces cuando me atraparon. Eran cuatro o cinco hombres y no tuve más remedio que huir hacia el río. Me acorralaron y no logré escapar de la trampa. Tomé las alforjas de los caballos, solté las bestias y las ahuyenté, confiando en desviar la atención de mis perseguidores hacia ellas, pero uno de los hombres estaba allí cerca, comprendió mis intenciones y se lanzó tras de mí. Él fue quien me hirió en el muslo. Sus gritos atrajeron a los demás. Sólo podía hacer una cosa: bajar hacia el río sin soltar las alforjas. Nado muy bien, pero el peso me impedía mover los brazos. Entonces me dejé arrastrar por la corriente y ellos empezaron a dispararme flechas. Sus ojos ya estaban acostumbrados a la oscuridad y el agua despidió destellos de luz cuando algo se mueve en ella. Cuando me hirieron en el hombro, me sumergí y así permanecí hasta que tuve resuello. El Severn baja muy rápido, incluso en verano. Ellos corrieron un rato por la orilla y dispararon algunas flechas más hasta que, al final, debieron de suponer que me había ahogado. Cuando me pareció prudente, me acerqué a la orilla para respirar un poco, pero sin salir del agua. Sabía que el puente estaría vigilado y no me atreví

a salir. Para entonces, ya había transcurrido un buen rato. Recuerdo que me arrastré entre los arbustos y que procuré no moverme cuando aparecieron vuestros segadores. Poco después, Godric me descubrió. Y ésa es toda la verdad

—dijo el joven, mirando a Cadfael sin pestañear.

—No toda —le corrigió Cadfael amablemente—. Godric no vio las alforjas

—añadió, sonriendo mientras el joven rostro permanecía inmóvil, con los labios firmemente apretados—. No, no temáis, no os haremos preguntas. Sois el único custodio del tesoro de FitzAlan, y lo que hayáis hecho con él y cómo conseguisteis hacerlo en la situación en que estabais, es cosa vuestra y sólo Dios lo sabe. Por mi parte os diré que no parecéis un correo incapaz de cumplir su misión. Para vuestra tranquilidad, sabed que en la ciudad corren rumores de que FitzAlan y Adeney rompieron el cerco y escaparon. Ahora debemos dejaros aquí hasta la tarde. Nosotros también tenemos deberes que cumplir. Uno de nosotros, o tal vez los dos, vendremos a ver cómo estáis. Aquí tenéis comida y bebida y unas prendas de vestir que espero os vayan bien. No os mováis pues aún no estáis en condiciones de hacerlo, por muy partidario que seáis de FitzAlan.

Godith dejó la camisola lavada y remendada sobre las demás prendas. Estaba a punto de salir tras Cadfael cuando la mirada de asombro de Toroldo la obligó a detenerse, dominada por una mezcla de inquietud y alegría. El joven contempló admirado la camisola limpia y las finas puntadas del remiendo. Un suave silbido se escapó de sus labios.

—¡Santa Madre de Dios! ¿Quién ha hecho eso? ¿Acaso tenéis una costurera dentro de los muros de la abadía? ¿O habéis rezado para que se produjera un milagro?

—¿Eso? Es obra de Godric —contestó Cadfael sin demasiada inocencia, saliendo fuera mientras ella se quedaba dentro, ruborizada hasta las orejas.

—En la abadía aprendemos algo más que a segar trigo y preparar cordiales

—dijo la joven con arrogancia, huyendo a toda prisa en pos de Cadfael. Durante el camino de regreso, Godith repasó mentalmente la historia de Toroldo y pensó en lo fácil que hubiera sido que el muchacho muriera antes de que ella le encontrara; no sólo la primera vez a causa de la cuerda del asesino ni la segunda a manos de las compañías del rey Esteban, sino

también la tercera en el río o la cuarta entre los matorrales debido a sus heridas. Pensó que la gracia divina cuidaba de él y se había servido de ella como instrumento. Pero aún le quedaban ciertas inquietudes.

—Fray Cadfael, ¿le creéis?

—Le creo. Sobre lo que no pudo decir la verdad, tampoco hubiera mentido.

¿Por qué? ¿En qué estás pensando?

—En que, antes de verle, dije que el compañero de Nicolás era el que más probabilidades tenía de haberle matado. ¡Qué fácil hubiera sido! Pero ayer vos *dijisteis* que él no lo hizo. ¿Estáis completamente seguro? ¿Cómo lo sabéis?

—¡No es tan sencillo, mi querida muchacha! En la muñeca y el cuello tenía las marcas de la cuerda del estrangulador. ¿Acaso no comprendiste lo que eran

aquellas finas cicatrices? Él hubiera tenido que desaparecer de este mundo junto con su compañero. No, no debes temer nada a este respecto. Lo que contó, es verdad. Pero puede haber cosas que no contó y que nosotros tenemos que descubrir en nombre de Nicolás Faintree. Godith, esta tarde, cuando hayas terminado tu labor con los brebajes y los licores, puedes abandonar el huerto e ir a hacerle compañía, si quieres. Yo me reuniré con vosotros en cuanto pueda. Tengo que echar un vistazo a ciertas cosas en Frankwell.

6

Desde Frankwell, el suburbio que se extendía al otro lado de las murallas y el río, el camino subía hacia el oeste, dejando atrás los huertos que bordeaban el pueblo. Al principio era sólo un sendero que ascendía por la colina a orillas del Severn, pero después se bifurcaba en dos, el más sureño de los cuales se dividía posteriormente en tres senderos que apuntaban hacia el País de Gales, Cadfael tomó el camino que siguieron Toroldo y Nicolás la noche en que cayó el castillo, es decir, el de más al norte.

Pensó en visitar a Edric Flesher en la ciudad para comunicarle que, por lo menos, uno de los jóvenes correos había sobrevivido y conservado el tesoro, pero después decidió no hacerlo. Toroldo aún no estaba a salvo y, hasta que no estuviera muy lejos, cuantas menos personas conocieran su paradero, tantas menos probabilidades habría de que alguna palabra se escapara involuntariamente y sus enemigos la oyeran. Más tarde habría

tiempo para compartir y comentar ampliamente la venturosa noticia con Edric y Petronila. El camino se adentró en el bosque del que había hablado Toroldo y se convirtió en una vereda herbosa y estrecha entre los árboles, pero cerca del lindero desde donde se veían los campos de labranza. Un poco más allá estaba la pequeña choza de madera. Desde allí hubiera sido muy fácil trasladar un cadáver a lomos de un caballo hasta el foso del castillo. El río, como en todas partes, formaba intrincados meandros y se hubiera necesitado cruzarlo para alcanzar el foso donde habían sido arrojados los muertos, pero en un lugar frente al castillo una isla central permitía vadear la corriente incluso en una estación tan seca como aquélla. La distancia era muy corta y la noche fue muy larga. Algo más a la derecha se encontraba la granja de Ulf en la que Toroldo cambió los caballos. Cadfael se encaminó hacia allá y en seguida encontró la alquería.

Ulf estaba espigando tras la siega del trigo y, al principio, no parecía muy dispuesto a hablar con un monje desconocido. Sin embargo, la mención de Toroldo y la clara afirmación de que el monje gozaba de su confianza, le soltaron la lengua.

—Sí, vino con un caballo cojo y a cambio le ofrecí el mejor de los míos. De todos modos salí ganando porque el animal que me dejó procedía de los establos de FitzAlan. Sigue cojeando, pero ya está mejor. ¿Queréis verlo? He escondido las preciosas guarniciones porque si alguien las viera podría pensar que lo he robado o cosa peor.

Incluso sin los bellos arneses, el soberbio caballo ruano hubiera resultado demasiado hermoso para pertenecer a un granjero. El animal cojeaba de una pata delantera. Ulf le mostró la fea herida a Cadfael.

—Toroldo dijo que lo hirió un abrojo —comentó Cadfael—. Extraño lugar para semejante cosa.

—Sí, fue un abrojo. Lo tengo aquí junto con otros varios que al día siguiente encontré entre la hierba. Mis animales pasan por allí y no quería que alguno se me quedara cojo. Alguien los distribuyó por la parte más estrecha del camino. Seguramente para obligarles a detenerse junto a la cabaña. ¿Para qué si no?

—Alguien que sabía de antemano lo que iban a hacer y el camino que tomarían, y que tuvo mucho tiempo para preparar la trampa y tenderles una emboscada.

—El rey debió de enterarse —dijo Ulf—, y envió en secreto a algunos de sus hombres para apoderarse del tesoro. Necesita dinero..., tanto como

los del otro bando.

Aun así, pensó Cadfael mientras se dirigía a la cabaña del bosque, por lo que veo, esto no fue obra de una partida enviada por el rey sino de un solo hombre y en su propio provecho. De haber sido un emisario del rey, hubiera llevado consigo a otros hombres. En caso de que todo hubiera sucedido de acuerdo con los planes, las arcas del rey Esteban no se hubieran beneficiado de aquella acción.

Resumiendo, estaba demostrado que aquella noche hubo un tercer hombre allí. Toroldo parecía cada vez más inocente. Los abrojos eran reales y fueron distribuidos por el camino para derrengar a algún caballo. La estratagema dio mejor resultado que el previsto porque obligó a los dos jóvenes a separarse, dejando mano libre al asesino para liquidar primero a uno y aguardar al acecho al otro.

Cadfael no entró en seguida en la cabaña; los alrededores también le interesaban. Fuera de la cabaña, Toroldo receló y ató los caballos, listos para la huida. Y allí también, probablemente oculto, el tercer hombre debía de tener un caballo a punto. Quizá fuera posible descubrir las huellas. Desde aquella noche no había llovido y no era probable que muchos hombres hubieran atravesado aquel bosque. Todos los habitantes de Shrewsbury permanecían encerrados en sus casas a menos que tuvieran alguna necesidad urgente, y las compañías del rey Esteban preferían los campos porque allí les era más fácil lanzarse al galope. Tardó un rato, pero encontró lo que buscaba. Al caballo solitario lo habían dejado suelto pastando y, a juzgar por las señales, debía de ser una criatura preciosa pues las huellas de herradura que se veían en una zona de terreno más blando (un hueco en el barro reseco, donde solía concentrarse el agua de lluvia) eran muy grandes y estaban muy bien dibujadas. El lugar donde los dos caballos estaban atados juntos se encontraba al oeste de la cabaña, oculto entre los árboles. En una rama baja se observaba una marca que correspondía al punto en que se arrancó la cuerda de un tirón, y podían distinguirse dos pares de huellas allí donde desaparecía la hierba para dar paso a la tierra desnuda.

Cadfael entró en la cabaña. Era de día y, a través de la puerta abierta, penetraba mucha luz. El asesino que esperó allí a su víctima, debió de dejar alguna huella.

Los restos de forraje de invierno, segado en los soleados linderos del bosque, debieron de estar amontonados allí dentro junto a la pared del

fondo, pero ahora un tormentoso mar de hierba cubría todo el suelo, como si una tempestad hubiera provocado un terrible estrago. El decrepito pesebre del que Toroldo había arrancado una tabla suelta, estaba inclinado como un borracho. La hierba seca aparecía mezclada con pequeñas hierbas ya muertas, pero todavía fragantes, entre las que abundaba el espinoso cadillo. Eso le recordó a Cadfael no sólo la minúscula ramita hundida en la garganta de Nicolás Faintree por la cuerda que lo mató, sino también la peligrosa herida del hombro de Toroldo. Necesitaba cadillo para curársela y buscaría en los bordes de los campos de cultivo, donde debía de haber mucho. La imparcial justicia de Dios que había llamado la atención sobre el asesinato de uno de los jóvenes mediante una ramita de la cosecha del año anterior podría, por la misma razón, curar las heridas del otro joven mediante la cosecha de aquel año. En la cabaña sólo quedaba el caos creado por la lucha cuerpo a cuerpo que tuvo lugar en su interior. Sin embargo, en las ásperas tablas de madera detrás de la puerta, había unos cuantos hilos de paño de lana azul oscuro, aunque más bien eran pelusa que hilos. Alguien debió de permanecer oculto allí, con la puerta pegada a su cuerpo. También había un trébol seco con un pequeño coágulo de sangre. Pero Cadfael buscó en vano el arma del estrangulador entre el crujiente forraje. O bien el asesino la había recuperado y se la había llevado, o bien estaba oculta en algún rincón. Cadfael retrocedió a gatas desde el pesebre hasta la puerta. Ya estaba a punto de desistir de su intento y levantarse cuando la mano en la que apoyaba el peso de su cuerpo rozó algo duro y afilado. Se apartó súbitamente. Algo estaba hundido en la tierra bajo las capas de heno, cual otro abrojo clavado allí para escarmiento de monjes curiosos y entrometidos. Cadfael se sentó sobre los talones y apartó con cuidado las hierbas reseca hasta que descubrió el objeto oculto y lo arrancó sin la menor dificultad, llenándose la palma de la mano con su gélida dureza. Lo sostuvo contra la luz que penetraba por la puerta y el objeto brilló con destellos amarillos como un sol en miniatura.

Fray Cadfael se levantó y salió de la cabaña para observar mejor su hallazgo. Era una piedra preciosa toscamente tallada, del tamaño de una manzana silvestre, un topacio amarillo todavía sujeto y medio rodeado por una garra de águila de plata sobredorada. La garra estaba entera, pero con la canilla rota por debajo de la piedra preciosa que sujetaba. Era el extremo de alguna joya de plata, tal vez un broche..., no, era demasiado grande para eso. ¿Quizá la punta de la empuñadura de una daga? En tal caso, sería una

daga muy aristocrática, no un cuchillo cualquiera. Debajo estaría el mango redondeado y

en la cruceta tal vez unos cuantos topacios más pequeños, a juego con el grande. Roto en su mano, el objeto semejava una lastimosa bola de oro facetada. Un hombre se había agitado y revuelto allí en medio de su agonía, otros dos habían librado un combate mortal; cualquiera de los tres, con el movimiento y el peso de un cuerpo convulso, podía haber clavado aquella pieza en el suelo de tierra, separando sin percatarse la piedra principal en su punto más frágil. Fray Cadfael se la guardó cuidadosamente en la bolsa que llevaba colgada del cinto y fue en busca del cadillo. Lo encontró en gran cantidad, entre las tupidas hierbas del lindero del bosque iluminadas por el sol. Se llenó la bolsa y regresó a casa con docenas de ganchudas semillas pegadas a los faldones de su hábito.

Godith salió sigilosamente en cuanto los monjes se dispersaron para cumplir sus tareas vespertinas. Dando un rodeo, se dirigió al molino del Gaye. Llevaba consigo unas cuantas ciruelas maduras del huerto, media barra de pan y una botella de vino que elaboraba Cadfael. El convaleciente tenía mucho apetito y ella se alegró de verle comer y beber como si, por haberle encontrado herido y necesitado de ayuda, tuviera sobre él algún derecho de propiedad. El mozo estaba sentado sobre su cama de sacos, completamente vestido, con la espalda apoyada contra las tablas de la pared y las piernas estiradas y cruzadas a la altura de los tobillos. La chaqueta y los calzones le sentaban bastante bien, aunque las mangas le quedaban un poco cortas. Estaba sorprendentemente animado aunque un poco pálido, y se movía con cierta dificultad a causa del dolor de las heridas. A Godith no le gustó que se hubiera esforzado en ponerse la chaqueta, y así se lo dijo.

—Debéis mantener el hombro inmóvil, no tenéis que forzarlo para introducir el brazo en la manga. Si no lo dejáis en reposo, no se curará.

—Ya estoy muy bien —replicó el joven—. Si quiero marcharme pronto, tendré que soportar las molestias. Estoy seguro de que cicatrizará sin dificultad

—estaba preocupado no por sus males sino por otras cuestiones—. Godric, no tuve tiempo de hacer preguntas esta mañana, pero... fray Cadfael dijo que Nicolás estaba enterrado en la abadía. ¿Es cierto eso? —el joven no dudaba de la palabra del monje, más bien se asombraba de que ello hubiera sido posible—.

¿Cómo le encontraron?

—Fue mérito del propio fray Cadfael —contestó Godith, sentándose a su lado para contarle la historia—. Había un cuerpo más de los que tenía que haber, y fray Cadfael dijo que no descansaría hasta descubrir de quién se trataba. Desde entonces, no ha dejado descansar a nadie. El rey sabe que se cometió un asesinato y ordenó que se hiciera justicia. Si alguien puede conseguirlo, ése será fray Cadfael.

—O sea que al hombre que estaba en la cabaña apenas le hice daño, sólo le dejé sin sentido unos minutos. Luego se recuperó y tuvo la suficiente astucia como para librarse antes del amanecer del hombre al que había asesinado.

—Pero no lo suficiente como para engañar a fray Cadfael. Siempre se tiene que averiguar quién es cada cual. Ahora, por lo menos, Nicolás ha recibido los ritos de la iglesia con el nombre que le corresponde y ha sido enterrado como un noble.

—Me alegro de que no le dejaran pudrir sin honores o de que no le enterraran anónimamente entre los demás. Algunos eran compañeros nuestros y no se merecían semejante muerte —dijo Toroldo—. De haber permanecido en el castillo, hubiéramos corrido la misma suerte. Si me atrapan puede que todavía la corra.

¡Y, sin embargo, el rey Esteban aprueba la persecución del asesino que cometió ese acto por él! ¡Qué mundo tan loco!

Godith estaba de acuerdo, aunque, en cierto modo, comprendía la diferencia. El rey aceptaba la responsabilidad de los noventa y cuatro cuya muerte había decretado, pero rehusaba la del nonagésimoquinto, muerto a traición sin su consentimiento.

—Despreció ese asesinato y no quiso convertirse en cómplice. A vos nadie os capturará —dijo la muchacha, sacándose las ciruelas de la pechera de la chaqueta y esparciéndolas sobre la manta—. Esto es más dulce que el pan.

¡Probadlas!

Ambos se sentaron a comer como buenos amigos, arrojando los huesos al río a través de un resquicio en las tablas del suelo.

—Aún me queda una tarea que cumplir —dijo Toroldo con la cara muy seria—. Ahora tendré que hacerla yo solo. Sólo el cielo sabe, Godric, qué hubiera sido de mí sin vuestra ayuda. Me pondré muy triste cuando me vaya pues no creo que volvamos a vernos. Jamás olvidaré lo que hicisteis

por mí. Pero tengo que partir en cuanto esté en condiciones. Cuando me vaya, estaréis más tranquilos.

—¿Hay alguien que esté tranquilo en algún lugar? —replicó Godith, hincando el diente en una purpúrea ciruela madura—. No hay ningún sitio seguro.

—El peligro tiene distintos grados. Yo tengo cosas que hacer, y ya estoy restablecido —añadió Toroldo.

La joven le dirigió una larga mirada. Hasta entonces, no se había enfrentado con la idea de su partida. Acababa de descubrirle y, a no ser que hubiera interpretado erróneamente sus palabras, él estaba a punto de escapársele de las

manos y desaparecer para siempre de su vida. Menos mal que tenía por aliado a fray Cadfael. Contando con la autoridad de su maestro, dijo severamente:

—Si pensáis iros sin estar plenamente curado, ya os lo podéis quitar de la cabeza. ¡Permaneceréis aquí hasta que os den permiso para marcharos, y eso no será hoy ni mañana, tenedlo por seguro!

Sorprendido por su vehemencia, Toroldo echó la cabeza hacia atrás y soltó

una carcajada.

—Pareces mi madre, la vez que tuve una mala caída en un torneo. A pesar de lo mucho que te aprecio, tal como la apreciaba a ella, tengo que irme. Ya estoy fuerte y plenamente restablecido, Godric, y he recibido órdenes que están por encima de las tuyas. Debo irme. En mi lugar, tú ya te habrías ido, con lo terco que eres.

—No es cierto —contestó la joven, furiosa—, yo tengo más sentido común.

¿Qué haréis sin un arma y sin un caballo? Recordad que soltasteis los caballos para desconcertar a vuestros perseguidores, ¡vos mismo nos lo dijisteis! ¿Creéis que podríais llegar muy lejos? ¿Pensáis que FitzAlan agradecerá vuestra imprudencia? Ni siquiera podríais llegar al río. Tendríais que regresar sobre los hombros de fray Cadfael, como la primera vez.

—¿Lo crees así, Godric, mi pequeño amigo? —preguntó Toroldo, mirando maliciosamente a su amigo. Había olvidado momentáneamente sus cuitas ante el atrevimiento de aquel mocoso que le pronosticaba la humillación y el fracaso—. ¿Tan débil te parezco?

—Tanto como un gato famélico —contestó Godith, arrojando violentamente un hueso de ciruela entre las tablas del suelo—. ¡Un niño de diez años os podría tumbar de espaldas!

—Conque sí, ¿eh? —Toroldo se volvió de lado y la tomó por el talle con el brazo sano—. ¡Ahora verás, mi señor Godric, si estoy restablecido o no! —

riéndose de placer, el muchacho sintió que sus músculos se estiraban y exultaban en su súbito afán de jugar con un mozuelo que necesitaba una buena zurra que le bajara un poco los humos. El arrogante mozo emitió un grito entrecortado cuanto Toroldo le tumbó de espaldas—. ¡Me bastará con una sola mano para darte tu merecido, desvergonzado rapaz! —exclamó Toroldo, y para demostrarlo apoyó la palma de su mano izquierda sobre la pechera de aquella chaqueta excesivamente holgada.

De pronto, Toroldo retiró la mano, sorprendido e ilustrado a la vez, mientras Godith le escupía una retahíla de insultos y le soltaba un salutífero sopapo en la oreja.

Sumidos en un siniestro silencio, ambos se sentaron entre los sacos arrugados, separados por una distancia de unos cinco palmos. El silencio y la quietud se prolongaron un buen rato. Pasó un minuto largo antes de que ambos

ladearan cautelosamente la cabeza y se miraran de soslayo. El perfil de la joven, que estaba pasando del enojo a la culpable simpatía, era delicado y extremadamente femenino. Debí de estar muy débil y enfermo, pensó Toroldo, de lo contrario me hubiera dado cuenta en seguida. La voz áspera y ronca era simplemente un encanto un poco ambiguo, un engaño natural. El muchacho se rascó con expresión pensativa la oreja enrojecida y, al final, preguntó con sumo cuidado:

—¿Por qué no me lo dijisteis? No quería ofenderos, pero ¿cómo podía saberlo?

—No teníais por qué saberlo —contestó Godith, todavía un poco alterada—

si hubierais tenido el sentido común de hacer lo que os mandaban, o de tratar a vuestros amigos con gentileza.

—¡Pero vos me pinchasteis! —protestó Toroldo—. Son los juegos a los que yo me entregaba con mi hermano menor, y vos los pedíais a gritos con vuestro comportamiento. ¿Lo sabe fray Cadfael? —preguntó de pronto el joven.

—¡Pues, claro que lo sabe! Él, por lo menos, sabe distinguir entre un venado y una corza.

Se produjo un silencio un poco más prolongado, lleno de resentimiento, curiosidad y recelo, mientras ambos se analizaban mutuamente a través de los párpados entornados, ella mirando furtivamente la manga que le cubría la herida y temiendo descubrir una reveladora mancha de sangre, y él admirando de nuevo las delicadas curvas de su rostro, el mohín de sus labios y el frunce de su ofendido ceño.

Dos hilillos de voz preguntaron al unísono:

—¿Os he lastimado?

En aquel instante, los jóvenes se echaron a reír ante lo absurdo de la situación. La fingida desavenencia desapareció por completo y se abrazaron sin poder contener la risa. No hubo nada que enturbiara la relación como no fuera el exagerado comedimiento con el cual se tocaron el uno al otro.

—No hubierais tenido que usar el brazo de esa forma —dijo Godith cuando se separaron y volvieron a sentarse—. La herida hubiera podido abrirse de nuevo. El corte es muy profundo.

—No, no hay peligro de que eso suceda. Pero vos... Por nada del mundo hubiera querido ofenderos. ¿Quién sois? —preguntó el joven con toda naturalidad, consciente de que tenía derecho a saberlo—. ¿Y cómo os visteis envuelta en semejante enredo?

—Los míos se fueron demasiado tarde y no pudieron enviarme lejos de Shrewsbury antes de la caída de la ciudad —contestó la muchacha—.

Convertirme en siervo de una abadía fue un lance desesperado, pero estaba segura de que nadie se daría cuenta. Y así fue, con la excepción de fray Cadfael. A vos os conseguí engañar, ¿verdad? Soy una fugitiva de vuestro bando, Toroldo, ambos pertenecemos a la misma facción. Soy Godith Adeney.

—¿De veras? —el joven la miró con una expresión de radiante felicidad—.

¿Sois la hija de Fulke Adeney? ¡Loado sea Dios! ¡Estábamos muy preocupados por vos! Sobre todo, Nicol{s, que os conocía... Nunca tuve ocasión de veros hasta ahora, pero... —inclinando la rubia cabeza, Toroldo besó la delicada mano no demasiado limpia que acababa de tomar la última ciruela—. ¡Mi señora Godith, estoy a vuestro servicio para lo que gustéis mandar! ¡Qué

maravilla! De haberlo sabido, os hubiera contado algo más que la mitad de la historia.

—Contádmela ahora —dijo Godith, partiendo generosamente la ciruela y arrojando el hueso al río Severn. Con la mitad más madura, selló por un momento la boca del joven—. Y después os contaré lo que sé y así tendremos una historia completa.

A la vuelta, fray Cadfael no se encaminó directamente al molino sino que antes pasó por la cabaña para comprobar que todo estuviera en orden, machacar el cadillo en un mortero y preparar un suave ungüento de color verde. Después decidió reunirse con sus jóvenes pupilos, cuidando de rodear el molino por el otro lado y de vigilar que no hubiera nadie por los alrededores. El tiempo apremiaba y, en cuestión de una hora, él y Godith tendrían que regresar para el rezo de vísperas.

Los jóvenes reconocieron sus pisadas. Cuando entró, ambos se encontraban sentados el uno al lado del otro con las espaldas apoyadas en la pared, mirando hacia la puerta con sonrisas expectantes. En sus rostros se advertía una curiosa serenidad, como si habitaran en un mundo inmune a los contactos y cuitas comunes, pero generosamente abierto para él. Con sólo mirarlos, Cadfael comprendió que ya no había ningún secreto entre ambos; se veía tan a las claras que eran hombre y mujer, que ni siquiera hubo necesidad de preguntar nada.

¡Sin embargo, ambos estaban deseando decírselo!

—Fray Cadfael... —empezó Godith con contenida emoción.

—Lo primero es lo primero —la cortó Cadfael—. Ayúdale a quitarse la chaqueta y la camisa y desenrolla la venda hasta que se pegue..., porque se os pegará, amigo mío, aún no estáis fuera de peligro. Después, espera y yo se la quitaré.

No quería turbarles ni reprenderles. La muchacha se levantó inmediatamente y con cuidado le quitó la chaqueta a Toroldo. A continuación, le desabrochó la camisa, se la apartó cuidadosamente de los hombros y empezó

a desenrollar la venda de lino. El joven se inclinó hacia uno y otro lado para facilitarle la labor, sin quitarle ni un momento los ojos de encima, de la misma manera que ella tampoco se los quitaba a él como no fuera para atenderle en sus necesidades.

¡Vaya, vaya! pensó filosóficamente Cadfael. Me parece que Hugo Berengario buscar{ en vano a su prometida..., si es que efectivamente la

busca.

—Bueno, muchacho —dijo en voz alta—, sois un honor tanto para mí como para vos, la herida está cicatrizando muy bien. Este corte con el que alguien intentó cercenaros el brazo lo conservaréis toda la vida, pero, dentro de un mes, ya podréis sostener un arco. Sin embargo, la cicatriz la tendréis toda la vida. Ahora, valor porque esto escuece un poco, pero es el mejor ungüento para las heridas. Los músculos desgarrados duelen mucho cuando se juntan, pero se juntan muy bien.

—No duele nada —dijo Toroldo como en un sueño—. Fray Cadfael...

—Callaos hasta que os hayamos vendado. Después, ambos podréis hablar todo lo que queráis.

Tan pronto como Cadfael y la muchacha hubieron ayudado a Toroldo a ponerse la camisa y echarse la chaqueta sobre los hombros, los jóvenes empezaron a hablar por los codos, tomando cada uno el hilo del otro como en una ceremonia previamente establecida, al igual que sucede en los pasos de una danza. Incluso sus voces se parecían, como si ambos quisieran igualar los tonos sin darse cuenta. Aún no sabían que estaban enamorados. Creían, en su candor, estar unidos tan sólo por el bando al que pertenecían, lo cual no era sino la parte menos significativa de todo lo sucedido en ausencia de fray Cadfael.

—Le he contado a Toroldo toda mi historia —dijo Godith— y él me ha contado lo único que no nos dijo antes. Ahora os lo quiere contar a vos. Toroldo tomó gustosamente el hilo.

—Tengo el tesoro de FitzAlan bien escondido en lugar seguro —dijo sin andarse con rodeos—. Lo tenía repartido en dos alforjas unidas entre sí, y conseguí mantenerlo a flote en el río, aunque tuve que desprenderme de la espada, la vaina y todo lo demás para aligerar peso. Me detuve bajo el primer ojo del puente de piedra. Vos lo conocéis tan bien como yo. Hace algún tiempo, había un molino de barca amarrado debajo, y la cadena de amarre sigue allí, sujeta a una anilla clavada en una roca. Uno puede agarrarse a ella para recuperar el resuello, y eso hice yo. Después, tiré de la cadena hacia arriba, aseguré con ella las alforjas y las dejé caer al fondo. Me dejé arrastrar por la corriente y llegué desfalleciente hasta aquí, donde Godith me encontró —el muchacho no tuvo el menor reparo en llamar a la joven por su nombre—. Espero y creo que el oro todavía estará en el Severn hasta que yo lo recoja y lo entregue a quien corresponda. Gracias a Dios que está vivo y podrá disfrutar de

él —de pronto, Toroldo experimentó una punzada de inquietud—. No lo habrá

encontrado nadie, ¿verdad? No, pues en tal caso lo sabríamos.

—¡Por supuesto que lo sabríamos, no os quepa la menor duda! No, nadie ha pescado ese pez. ¿Quién buscaría allí? Sin embargo, sacarlo del escondrijo sin que nadie lo vea no será nada fácil. Los tres tendremos que devanarnos los sesos —dijo Cadfael—, a ver qué se nos ocurre. Ahora os diré lo que hice mientras vosotros sellabais vuestra alianza. Lo encontré todo tal como vos dijisteis —añadió, procurando abreviar al máximo su relato—. Las huellas de vuestros caballos y las de vuestro enemigo. Sólo uno. Debíó de tratarse de un simple ladrón, no de un fiel servidor deseoso de llenar las arcas reales. Para ello, sembró el camino de abrojos; vuestro pariente recogió varios al día siguiente para que su ganado no se lastimara. Dentro de la cabaña quedan las señales de vuestra lucha. Y, clavado en el suelo de tierra, encontré esto —Cadfael se sacó

de la bolsa del cinto una piedra amarilla toscamente tallada y sujeta por una garra rota, de plata sobredorada.

Toroldo la tomó y la examinó cuidadosamente, sin reconocerla.

—¿Pensáis que pertenece a la empuñadura de una espada?

—¿No a la de la vuestra?

—¿De la mía? —Toroldo soltó una carcajada—. ¿Cómo podría un pobre vasallo como yo poseer un arma tan hermosa como debíó de ser ésta? No, la mía era una sencilla espada que perteneció a mi abuelo, con una daga a juego en una gruesa vaina de cuero. Si hubiera sido tan ligera como ésta, hubiera intentado conservarla. No, esto no es mío.

—¿Tampoco de Faintree?

Toroldo sacudió enérgicamente la cabeza.

—Si hubiera tenido una espada así, yo lo hubiera sabido. Nicolás y yo éramos vasallos y amigos desde hacía más de tres años —de pronto, el joven clavó los ojos en el rostro de Cadfael—. Ahora recuerdo un pequeño detalle que tal vez tenga importancia. Cuando conseguí librarme y dejé al otro inconsciente, pisé algo que había bajo el heno, una cosa dura que me hizo dar un traspiés. Puede que fuera esto. ¿Sería acaso de aquel hombre? ¡Sí, claro que sí! Se le rompió mientras rodábamos por el suelo.

—Sin duda, y es lo único que tenemos para identificarlo —dijo Cadfael, tomando de nuevo la piedra para guardársela en la bolsa—. Nadie se desprendería de una pieza tan hermosa por el simple hecho de que hubiera

perdido una piedra. El propietario todavía la conserva y en cuanto se atreva se la hará arreglar. Si encontramos la daga, habremos encontrado al asesino.

—¡Quisiera irme y quisiera quedarme! —exclamó Toroldo con vehemencia—. Me gustaría vengar a Nicolás, mi mejor amigo. Sin embargo,

debo obedecer las órdenes y trasladar los bienes de FitzAlan a Francia. Además

—añadió, mirando fijamente a Cadfael—, tengo que llevarme a la hija de Fulke Adeney y entregarla sana y salva a su padre. Si tenéis a bien confiármela.

—Y ayudarnos —añadió Godith, esperanzada.

—Confi{rosla..., es posible que lo haga —contestó Cadfael—. E intentaré

ayudaros en todo lo que pueda. ¡Será muy fácil! Lo único que tengo que hacer,

¡que conste que ella ha tenido la confianza de pedírmelo!, es sacarme dos buenos caballos de la manga, donde incluso los pobres jamelgos tienen un valor inestimable, recuperar el tesoro de su escondrijo y llevaros fuera de la ciudad para que podáis emprender el camino hacia el País de Gales. ¡Una fruslería!

Cosas más difíciles hacen diariamente los santos...

De pronto, Cadfael contrajo los músculos y extendió una mano para indicarles a los jóvenes que guardaran silencio. Aguzando el oído, captó por segunda vez el suave crujido de un pie moviéndose cautelosamente sobre los rastros cerca de la puerta abierta.

—¿Qué es eso? —preguntó Godith en un alarmado susurro.

—¡Nada! —contestó Cadfael en voz baja—. Los oídos me han gastado una broma —levantando la voz, añadió—: Bueno, tú y yo tenemos que regresar para el rezo de vísperas. ¡Vamos! No estaría bien que llegáramos con retraso. Toroldo aceptó las órdenes y les dejó marchar sin decir nada. Si alguien les hubiera escuchado... Pero él no oyó nada e incluso le pareció que Cadfael no estaba seguro. ¿Por qué alarmar a Godith? Fray Cadfael era su mejor protector y, una vez dentro de los muros de la abadía, la muchacha estaría otra vez a salvo. En cuanto a él, pensó Toroldo, ¡hubiera estado más tranquilo teniendo una espada a mano!

Fray Cadfael introdujo la mano en su ancho cinto, sacó un largo puñal protegido por una vieja y gastada vaina de cuero y lo depositó en silencio en las manos de Toroldo. El joven lo tomó y lo contempló con asombro y reverencia al ver que su deseo obtenía respuesta. Estaba contemplando todavía su empuñadura cuando ellos se retiraron y cerraron la puerta a su espalda. Salieron al fresco y azafranado aire del ocaso, y Cadfael tomó nota de aquella mirada. Él también debió de contemplar la empuñadura con el mismo arrobamiento. Cuando, años atrás, participó en la cruzada, hizo el juramento sobre aquella empuñadura, y el puñal le acompañó a Jerusalén y durante diez años recorrió con él los mares de Oriente. Incluso cuando dejó su espada junto con las demás cosas de este mundo y abandonó el orgullo de las posesiones, quiso conservar el puñal. Mejor cederlo, al final, a alguien que lo necesitaba y no lo deshonraría.

Miró a su alrededor mientras doblaban la esquina del molino y cruzaban el canal. Su oído, tan fino como el de las criaturas salvajes, no percibió el menor

murmullo hasta los últimos momentos de la conversación. Tampoco podía asegurar que lo que oyó fuera una pisada humana. Hubiera podido ser un animalillo que atravesara corriendo los rastros. Aun así, tenía que tomar medidas previendo lo que pudiera ocurrir si alguien les hubiera espiado. En el peor de los casos, sólo hubiera escuchado las últimas frases, aunque, por desgracia, éstas eran suficientemente reveladoras.

¿Mencionaron el tesoro? Sí, él mismo dijo que sólo tendría que buscar los caballos, recuperar el tesoro y ayudarles a escapar al País de Gales. ¿Hubo alguna referencia al *lugar* donde estaba oculto el tesoro? No, eso fue mucho antes. Pero el que escuchaba, si efectivamente hubo alguien, debió averiguar que un fugitivo del bando de FitzAlan se escondía allí y, peor todavía, que la hija de Adeney se ocultaba en la abadía.

La situación era muy peligrosa. Convendría que se fueran en cuanto el joven estuviera en condiciones de cabalgar. Sin embargo, si después de aquella tarde y aquella noche nadie les traicionaba, sospecharía que sus temores eran infundados. Allí no había más que un solitario mozo, pescando en la orilla del río.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Godith, siguiéndole humildemente—. Algo os preocupa, lo sé.

—Nada por lo que tengas tú que inquietarte —contestó Cadfael—. Me he equivocado. Todo está como debe estar.

Justo en aquel momento, Cadfael advirtió por el rabillo del ojo un súbito movimiento en la orilla del río, más allá de los arbustos entre los cuales la muchacha había descubierto a Toroldo. Una figura ágil y esbelta apareció detrás de los arbustos, acercándose en ángulo oblicuo hacia ellos. Hugo Berengario, caminando con indiferencia como si el encuentro fuera casual, esbozó una amable sonrisa, mirando a Cadfael con simpatía y a su ayudante con benevolencia.

—¡Qué atardecer tan hermoso, hermano! ¿Vais a vísperas? Yo también. ¿Podemos ir juntos?

—No faltaría más —contestó Cadfael. Dándole a Godith una palmada en el hombro, le entregó la bolsa en la que guardaba las hierbas y los ungüentos y le dijo—. Adelántate, Godric, y guarda todo eso. Después, baja a vísperas con los demás muchachos. Así daré un poco de descanso a las piernas y tú tendrás tiempo de agitar la loción que estoy preparando. ¡Anda, hijo mío, date prisa!

Godith tomó la bolsa y echó a correr, procurando hacerlo como un vigoroso mozo mientras rozaba con la mano los altos rastrojos y silbaba de placer, alegrándose de poder alejarse de la vista de Berengario. Sus ojos y sus pensamientos estaban enteramente concentrados en Toroldo.

—Tenéis un muchacho muy servicial —comentó Hugo Berengario como
quien no quiere la cosa.

—Es buen chico —convino Cadfael mientras cruzaban el descolorido campo de rastrojos—. Se quedará un año con nosotros, pero dudo que tome el hábito. De todos modos, habrá aprendido las letras y la aritmética y sabrá mucho de hierbas y medicinas. Eso le ayudará a abrirse paso en la vida. ¿Hoy no tenéis nada que hacer, mi señor?

—No es que no tenga que hacer —contestó plácidamente Hugo Berengario— sino que más bien necesito vuestras habilidades y conocimientos. Os busqué primero en el huerto interior y, al no encontraros, pensé que estaríais ocupado en los huertos principales. Como no os vi por ninguna parte, decidí

disfrutar del sol de la tarde en la orilla del río. Sabía que asistiríais al rezo de vísperas, pero ignoraba que la abadía tuviera campos de labor al otro lado. ¿Ya habéis segado todo el trigo?

—Todo el que teníamos. Las ovejas empezarán a pastar muy pronto en los rastrojos. ¿Qué deseabais de mí, mi señor? Si en algo puedo servirlos, con mucho gusto lo haré.

—Ayer por la mañana, os pregunté, fray Cadfael, si tomaríais en consideración cualquier petición que os hiciera, y me contestasteis que siempre tomabais en consideración todo lo que hacíais. Y lo creo. Pensaba en algo que entonces era una mera amenaza y ahora es una realidad. Tengo razones para pensar que el rey Esteban se dispone a levantar el campamento y necesita provisiones y cabalgaduras. El asedio de Shrewsbury le ha salido muy caro, y ahora tiene más bocas que alimentar y más hombres a los que proporcionar monturas. La gente no sabe lo que yo sé, de lo contrario, muchos tratarían de eludir la orden —reconoció Berengario con una maliciosa sonrisa—, pero el rey está a punto de decretar el registro de todas las casas de la ciudad y de exigir el diezmo de todo el forraje y los víveres para su ejército. Aparte todos los caballos, repito, *todos*, que todavía no estén en el ejército o al servicio de la guarnición, sin importarle quiénes sean sus propietarios. Los establos de la abadía no se librarán de la orden.

Aquello no le gustó ni un pelo a Cadfael. Venía demasiado a cuento y era una astuta alusión a su necesidad de disponer de un par de caballos, lo cual le indujo a pensar que Hugo Berengario, que tan bien informado estaba de lo que iba a ocurrir en la ciudad, tal vez sabría también lo que sucedía en otros lugares. Nada de lo que aquel joven decía o hacía era exactamente lo que parecía, y el juego que se llevaba entre manos era exclusivamente suyo. Cuanto más lacónica fuera la respuesta, mejor. Ambos podrían jugar a su

propio juego y obtener un beneficio. Primero, convendría dejarle decir lo que quisiera; después, ya lo estudiaría desde todos los ángulos y lo sometería a todas las pruebas pertinentes.

—Será una mala noticia para el prior —comentó Cadfael.

—Y para mí también —dijo Berengario tristemente— porque tengo cuatro caballos en los establos de la abadía, y, aunque podría reclamarlos para mí y para mis hombres cuando el rey me encomiende una misión, no sería oportuno que lo hiciera. Me lo podría conceder o me lo podría negar. Y, si he de seros sincero, no tengo la menor intención de que requisen mis dos mejores caballos para destinarlos al ejército del rey. Quiero sacarlos de aquí y esconderlos en lugar seguro, donde puedan escapar de los saqueos de los hombres de Prestcote hasta que terminen todos los trastornos.

—¿Sólo dos? —preguntó Cadfael con inocencia—. ¿Por qué no todos?

—Vamos, por Dios, sé que sois muy astuto. ¿Cómo iba a estar aquí sin ningún caballo? Si no encontraran ninguno de los míos, los buscarían todos y entonces no tendría ninguna posibilidad de ganarme el favor del rey. Si se llevan dos jamelgos, no me harán más preguntas. Puedo permitirme el lujo de perder dos caballos. Fray Cadfael, basta con permanecer unos cuantos días en este lugar para que uno se dé cuenta de que sois un hombre capaz de afrontar cualquier empresa, por difícil y arriesgada que parezca — Berengario se expresaba en tono amable y cordial y no parecía hablar con doble intención—. El abad recurre a vos cuando se enfrenta con una prueba superior a sus fuerzas. Yo recurro a vos para que me echéis una mano. Vos conocéis toda esta campiña.

¿Hay algún lugar seguro donde pueda ocultar por unos cuantos días a mis caballos, hasta que terminen las confiscaciones?

Aquella petición tan inesperada fue para Cadfael como un maná llovido del cielo. El monje no dudó ni un instante en aprovecharse de ella para sus propios fines. Aunque de los caballos no hubieran dependido unas vidas humanas, Cadfael sabía que Berengario quería aprovecharse de él sin el menor escrúpulo. Por esa razón, no debería tener el menor reparo en pagarle con la misma moneda. Sospechaba incluso que en aquel momento sabía lo que él pensaba, y no le preocupaba que adivinara sus propósitos. Cada uno de nosotros, pensó, ejerce cierto dominio sobre el otro y conoce los métodos, aunque no los motivos. Será una lucha en buena lid. Y, sin embargo, aquel joven aparentemente afable podía ser el asesino de Nicolás Faintree. Sería un combate muy distinto, en el que no se pediría ni ofrecería

ningún cuartel. Entretanto, convendría sacar el mejor provecho de aquellas circunstancias presuntamente accidentales.

—Sí —contestó Cadfael—, conozco un lugar.

Berengario ni siquiera preguntó dónde y tampoco quiso saber si estaría lo suficientemente apartado como para ser seguro.

—Mostradme el camino esta noche —dijo, mirándole con una sonrisa—. Esta noche o nunca, la orden se dará a conocer mañana. Si podemos regresar a pie antes de que amanezca, acompañadme. ¡Me fío de vos más que de nadie!

Cadfael reflexionó y no tuvo que pensar demasiado la respuesta.

—En tal caso, será mejor que saquéis los caballos después de vísperas y os dirijáis a San Gil. Yo me reuniré con vos después de completas; para entonces, ya habrá oscurecido. No es oportuno que me vean cabalgando con vos. En cambio, vos podéis ejercitar vuestros caballos por la noche siempre que os apetezca.

—¡Muy bien! —dijo Berengario, satisfecho—. ¿Dónde está el lugar?
¿Tenemos que cruzar el río?

—No, y ni siquiera el arroyo. Es una vieja granja que tiene la abadía en el bosque Largo, más allá de Pulley. Desde que todo empezó a ponerse tan revuelto, retiramos de allí las ovejas y el ganado, pero aún tenemos a dos hermanos legos en la casa. Allí nadie buscará unos caballos porque todo el mundo sabe que está abandonado. Y los hermanos legos creerán lo que yo les diga.

—¿Y San Gil está en nuestro camino?

Era una capilla de la abadía, situada junto al extremo oriental de la puerta fortificada.

—Sí. Nos dirigiremos al sur, hacia Sutton, y después giraremos hacia el oeste y nos adentraremos en el bosque. Tendremos que recorrer una legua para regresar por el atajo. Sin los caballos, podremos ahorrarnos una cuarta de legua.

—Creo que mis piernas resistirán esa distancia —dijo humildemente Berengario—. Después de completas, en la capilla de San Gil. Sin más palabras o preguntas, el joven se alejó, apurando el paso porque Aline Siward acababa de salir de su casa para dirigirse a la iglesia. Con unas cuantas zancadas, Berengario se situó a su lado. La joven levantó el rostro y le dedicó una sonrisa confiada. A pesar de su inocencia, la muchacha no carecía de orgullo ni de astucia, y se abrió como una flor al ver a un joven

tan tortuoso como una serpiente, del que se decían tantas cosas buenas y malas.

¿Eso, se preguntó Cadfael mientras les observaba caminar delante de él en animada conversación, significará algo a su favor? ¿O sería tal vez una simple prueba de la confianza infantil de la muchacha? Muchas veces, las jóvenes incautas se dejaban engañar por villanos de malas entrañas e incluso por asesinos; y muchos villanos de malas entrañas y asesinos se habían dejado seducir por jóvenes de conducta intachable, contradiciendo así su propia naturaleza.

Cadfael se consoló y animó al ver a Godith en la iglesia. La moza, que no tenía un pelo de tonta, estaba dando codazos y hablando en susurros con los novicios, pero en seguida le dirigió una rápida e inquisitiva mirada azul a la que él contestó con una tranquilizadora sonrisa. Aunque su confianza no estuviera muy bien fundada, él conseguiría darle un sentido. Por mucho que admirara a Aline, Godith se había ganado su corazón. Le recordaba a Ariadna,

la griega del barco, con la falda levantada por encima de la rodilla y su corto cabello ensortijado, apoyada en el largo remo y llamándole desde el agua...

¡En fin! Toroldo aún no había alcanzado la edad que él tenía entonces. Aquello era para los jóvenes. Entretanto, ¡aquella noche, después de completas, en la capilla de San Gil!

7

El camino a través de Sutton hasta el bosque Largo, denso y primitivo en toda su extensión menos en los brezales, fue como una repentina visita a ciertos aspectos de su pasado, las incursiones nocturnas y las desesperadas emboscadas antaño tan frecuentes como aburridas, pero ahora ya desprovistas de cualquier emoción. El caballo era altivo y fogoso como pocos. Cadfael llevaba casi veinte años sin montar una criatura tan hermosa, y el halago y la tentación le hicieron recordar que era mortal y falible como todo el mundo. Hasta el joven que cabalgaba a su lado, aceptando sus instrucciones sin vacilar, le recordaba el lejano ayer en el que sus exaltados y audaces compañeros le hacían placenteros todos los esfuerzos y las privaciones. Una vez lejos del camino y entre las sombras del bosque, Hugo Berengario pareció despreocuparse del mundo, sin temer la menor traición por parte de su acompañante. Incluso conversó con él para pasar el rato, y le

hizo preguntas sobre su pasado antes de entrar en el claustro y sobre los países que conoció tan bien como conocía aquel bosque.

—¿O sea que vivisteis tantos años en el mundo y visteis tantas cosas sin pensar jamás en casaros? Y eso que, según dicen, la mitad del mundo está formada por mujeres.

La suave voz parecía indiferente y hasta un poco burlona, pero hacía preguntas sinceras y exigía respuestas.

—Una vez pensé en casarme —contestó Cadfael con toda sinceridad—, antes de marchar a la cruzada. Era una mujer muy bella pero, a decir verdad, en Oriente me olvidé de ella y en Occidente ella se olvidó de mí. Estuve demasiado tiempo lejos, ella se cansó de esperar y se casó con otro, cosa que no le reprocho.

—¿Volvisteis a verla? —preguntó Hugo.

—No, jamás. Ahora puede que tenga nietos: confío en que sean buenos con ella. Riquilda era una buena mujer.

—Pero en Oriente también hay hombres y mujeres, y vos erais un joven cruzado. Me sorprende —dijo Berengario en tono pensativo.

—¡Pues, sorprendeos todo lo que queráis! Vos también me sorprendéis a mí

—dijo Cadfael en voz baja—. ¿Conocéis muchas criaturas humanas que no sean extrañas las unas para las otras?

Un leve resplandor brilló entre los árboles. Los hermanos legos permanecían levantados hasta muy tarde con una vela de sebo encendida, jugando a los dados, según sospechaba Cadfael. ¿Por qué no? Allí debían de aburrirse mucho. Sin duda, aquellos buenos hermanos acogerían con agrado su

presencia.

Pronto quedó demostrado que estaban alerta al menor rumor de una visita inesperada, ya que ambos aparecieron inmediatamente en la puerta. Fray Anselmo, alto y musculoso como un roble que tuviera cincuenta y cinco años como él, blandía en la mano una vara larga. Fray Luis, de origen francés pero nacido en Inglaterra, era bajo, nervudo y extremadamente ágil. En medio de aquella soledad, llevaba constantemente un puñal y sabía cómo usarlo. Con rostro sereno y mirada vigilante, ambos se adelantaron, dispuestos a enfrentarse con lo que fuera. Pero, al ver a fray Cadfael, sus labios se abrieron en una sonrisa cordial.

—Pero, ¿cómo sois vos, viejo amigo? Nos alegra ver un rostro conocido, pero no os esperábamos a estas horas. ¿Os quedaréis a pasar la noche con nosotros? ¿Adónde os dirigís?

Ambos miraron a Berengario con comedido interés, pero éste dejó que las explicaciones las diera Cadfael dado que allí los decretos de la abadía tenían más poder que los del rey.

—Nos dirigimos aquí —contestó Cadfael, desmontando—. Mi señor pide que ofrezcáis cobijo a estas bestias en los establos y las escondáis de la vista de la gente —no había necesidad de ocultar la razón a aquellos dos legos que hubieran compartido perfectamente los motivos del propietario de semejantes animales—. Están requisando todos los caballos para el ejército y esa no es vida para estas bestias. Las guardaremos para mejor uso.

Fray Anselmo observó con interés el caballo de Berengario y pasó una cariñosa mano por su cuello arqueado.

—¡Hace mucho tiempo que no tengo en nuestros establos un animal tan hermoso! Mucho tiempo que no tenía ningún caballo, exceptuando la mula del prior Roberto cuando viene por aquí, cosa que últimamente hace muy de tarde en tarde. A decir verdad, esperamos que pronto nos llamen; este lugar está

demasiado aislado y no merece la pena conservarlo. Sí, muchacho mío, os daremos cobijo a ti y también a tu compañero. Con tanto más placer, mi señor, si me permitís montarlo de vez en cuando para hacer un poco de ejercicio.

—Creo que podría soportar vuestro peso sin la menor dificultad —reconoció Berengario—. No los entreguéis a nadie más que a mí o a fray Cadfael.

—Por supuesto. Aquí nadie les verá.

Los hermanos legos condujeron los caballos a los establos, alegrándose de poder disfrutar de una pausa en su tediosa existencia y de aprovechar la generosidad de Berengario a cambio de sus servicios.

—Los hubiéramos aceptado por el puro placer de tenerlos aquí —dijo sinceramente fray Luis—. En otros tiempos, fui mozo de cuadra del conde Roberto de Gloucester, y me gusta un buen caballo de pelaje lustroso y paso orgulloso que haga honor a mis cuidados.

Cadfael y Hugo Berengario regresaron a la abadía a pie.

—Una hora de paseo, poco más —dijo Cadfael—, si tomamos el atajo. El camino estaba demasiado cubierto de maleza para los caballos, pero lo

conozco muy bien y nos dejará a dos pasos de la puerta fortificada. Tenemos que cruzar el arroyo más arriba del molino y entrar en la *abadía* por el huerto sin que nadie nos vea, siempre y cuando estéis dispuesto a vadear la corriente.

—Me parece —dijo Berengario con absoluta serenidad— que os estáis burlando de mí. ¿Pretendéis que me pierda en el bosque o que me ahogue en el canal del molino?

—Dudo mucho que pudiera conseguir nada de eso. No, sólo será un agradable paseo, ya lo veréis. Espero que merezca la pena. Curiosamente, a pesar de que cada uno sabía que el otro lo estaba utilizando para sus propios fines, el paseo nocturno fue muy agradable tanto para el veterano monje sin ambiciones personales como para el joven de ambiciones tan audaces como ilimitadas. Berengario debió de preguntarse por qué razón Cadfael se habría mostrado tan dispuesto a ayudarlo y, por su parte, Cadfael debió de devanarse los sesos tratando de adivinar por qué Berengario le invitó a conspirar con él de aquella forma, pero daba igual porque, de ese modo, la contienda resultaba más interesante. La cuestión de cuál de ellos ganaría y sacaría el máximo provecho de aquel forcejeo estaba bastante equilibrada.

Ambos tenían aproximadamente la misma estatura, aunque Cadfael era más fornido y corpulento mientras que Berengario era más delgado, flexible y ligero de pie. El muchacho seguía atentamente las pisadas de Cadfael sin que la oscuridad, sólo levemente suavizada por el cielo estrellado a través de las ramas, pareciera molestarle lo más mínimo. De ahí que hablara por los codos con entera libertad.

—El rey quiere volver a Gloucester mejor preparado, por eso necesita hombres y caballos. Estoy seguro de que, dentro de unos días, iniciará la partida.

—¿Y vos iréis con él?

Puesto que le había dado por hablar, ¿por qué no animarle? Todo lo que dijera estaría calculado, naturalmente, pero más tarde o más temprano podía cometer un error.

—Eso depende del rey. ¡No lo vais a creer, fray Cadfael, pero ese hombre desconfía de mí! Yo preferiría que me diera un mando aquí, en mi propia tierra.

He procurado visitarle con cierta asiduidad..., ver constantemente el mismo rostro podría ejercer el efecto contrario y no verlo nunca sería fatal. Menuda cuestión de criterio.

—Me parece —dijo Cadfael— que cualquier hombre podría tener una considerable confianza en vuestro criterio. Ya estamos llegando al arroyo, ¿lo oís?

Había unas piedras por las que se podía cruzar la corriente sin mojarse, aunque allí el agua era poco profunda y el lecho más angosto. Berengario, tras haber analizado un momento la distancia y el terreno, cruzó la corriente con un salto perfectamente equilibrado que sirvió para corroborar la afirmación de Cadfael.

—¿De veras lo creéis? —preguntó el joven, tomando de nuevo el hilo de la conversación mientras reanudaba la marcha con el monje—. ¿Tenéis en alto aprecio mi criterio? ¿Sólo con respecto a los riesgos y las ventajas? ¿O tal vez con respecto a los hombres? ¿O a las mujeres?

—No pongo en duda vuestro criterio con respecto a los hombres —contestó

Cadfael secamente—, puesto que habéis confiado en mí. Si tuviera algún recelo, me guardaría mucho de decir tal cosa.

—¿Y con respecto a las mujeres?

Ambos caminaban ahora con más soltura porque estaban cruzando campos abiertos.

—Creo que éstas harían bien en guardarse de vos. ¿Qué otra cosa se chismorrea en la corte del rey, aparte la próxima campaña? ¿No se ha comentado nada más sobre FitzAlan y Adeney?

—Ni se ha comentado ni se comentará —contestó rápidamente Berengario—. Tuvieron suerte y no lo lamento. No se sabe dónde están, pero seguramente se encuentran de camino hacia Francia.

No había razón para dudar de él; cualquiera que fuera su objetivo, lo perseguía a través de la verdad y no de la mentira. Por consiguiente, Godith podía estar tranquila, ya que la distancia entre su padre y la venganza de Esteban era cada vez más larga. Por si fuera poco, dos magníficos caballos se encontraban adecuadamente situados en una ruta de huida para Godith y Toroldo, al cuidado de dos fieles hermanos que los cederían si Cadfael lo ordenaba. El primer paso ya estaba dado. Ahora tendría que recuperar las alforjas del río para que los jóvenes pudieran llevarlas consigo. La tarea no sería nada fácil, pero tampoco imposible.

—Ahora ya veo dónde estamos —dijo Berengario unos veinte minutos más tarde. Habían cruzado la extensión de terreno rodeada por los

meandros del arroyo y se hallaban de nuevo en la orilla. Al otro lado se encontraban los

desnudos campos de guisantes, de un color blanquecino bajo el cielo estrellado y, más allá, los huertos y la gran hilera de los edificios del monasterio—. Veo que sabéis orientaros muy bien en el campo, incluso en la oscuridad. Enseñadme el camino. Me fío de vos hasta para atravesar un vado sin hoyos. A Cadfael le bastó con levantarse los faldones del hábito puesto que no podía mojarse otra cosa que las sandalias. Se adentró en el agua justo enfrente de la baja techumbre de la cabaña de Godith, que apenas se distinguía por encima de los árboles, los arbustos y el muro del herbario. Berengario le siguió

con las botas y los calzones puestos. El agua le llegaba a las rodillas, pero le daba igual. Cadfael notó que avanzaba con mucho cuidado, casi sin provocar ondas a su alrededor. Tenía todas las cualidades intuitivas de las criaturas salvajes, tan alerta de noche como de día. Al llegar a la otra orilla, el joven rodeó

instintivamente el borde de los bajos rastros de guisantes para evitar hacer ruido entre las raíces secas que pronto serían devoradas por las ovejas.

—Un conspirador nato —dijo Cadfael, pensando en voz alta. El hecho de que pudiera hacerlo así fue una prueba inequívoca de un sólido, aunque hostil, vínculo entre ambos.

De pronto, Berengario le miró con una extraña sonrisa en los labios.

—Nos conocemos muy bien el uno al otro —dijo. Ambos se habían acostumbrado a hablar en susurros perfectamente audibles—. Acabo de recordar un rumor que olvidé comentaros. Hace unos días, durante la noche persiguieron a un hombre en el río, un vasallo de FitzAlan, según dijeron. Al parecer, un arquero le alcanzó en el hombro izquierdo y puede que le atravesara el corazón. Sea como fuere, el caso es que se hundió bajo las aguas y quizás encuentren su cuerpo allá por Atcham. Al día siguiente, descubrieron un soberbio caballo sin jinete que probablemente era suyo.

—¿De veras? —dijo Cadfael, levemente sorprendido—. Aquí podéis hablar sin temor. De noche no hay nadie en mi huerto botánico, y ya están acostumbrados a que me levante a extrañas horas para vigilar mis pócimas.

—¿De eso, no se encarga el mozo? —preguntó inocentemente Hugo Berengario.

—Si un muchacho escapara del dormitorio durante la noche, pronto tendría ocasión de lamentarlo. Aquí cuidamos a los niños mucho mejor de lo que vos parecéis suponer, mi señor —dijo Cadfael.

—Me alegra saberlo. Bien está que los curtidos soldados transformados en monjes se enfrenten con los rigores nocturnos, pero a los jóvenes hay que protegerlos —la voz de Berengario era dulce y suave como la miel—. Os estaba hablando de ese curioso hecho de los caballos... No os lo vais a creer, pero, un par de días más tarde, encontraron otro caballo pastando en los brezales del norte de la ciudad, todavía con la silla. Dicen que, cuando se inició el asalto al

castillo, tal vez enviaron a un solo guardia para recoger a la hija de Adeney del lugar donde estaba escondida y escoltarla fuera del cerco que rodeaba Shrewsbury. Creen que el intento falló cuando su escolta bajó hacia el río para salvarla —añadió el joven en voz baja—. Todavía no la han encontrado y piensan que se esconde por aquí. Y la buscarán, fray Cadfael..., ahora la buscarán más que nunca.

Ya habían llegado a los huertos interiores. Berengario dijo «¡Buenas noches!» casi en un susurro, y se alejó como una sombra hacia la hospedería.

Antes de conciliar el sueño, fray Cadfael permaneció despierto el tiempo suficiente como para pensar un poco. Cuanto más pensaba, tanto más se convencía de que alguien se había acercado sigilosamente al molino para escuchar las últimas frases que se pronunciaron dentro, y que aquel alguien era sin duda Hugo Berengario. Había demostrado saber moverse en silencio y adaptar instintivamente sus movimientos a las circunstancias. Había suscitado el inicio de una expedición compartida en la que cada cual estaba ligado a la discreción del otro, tras haber hecho toda una serie de crípticas confidencias, destinadas a suscitar la sospecha y la alarma y provocar, a ser posible, una imprudente acción precipitada..., pero Cadfael no pensaba darle esta última satisfacción. No creía que hubiera escuchado muchas cosas, aunque, a través de sus últimas palabras, Berengario debió de comprender que pretendía conseguir dos caballos, recuperar el tesoro oculto y ayudar a Toroldo a escapar con «ella». En caso de que hubiera estado allí un poco antes, debió de oír también el nombre de la joven, sobre la que ya debía de sospechar algo. ¿Qué juego se traía entre manos con sus dos mejores caballos, con los fugitivos a los que podía delatar en cualquier momento y a los que, sin embargo, aún no había delatado, y con el propio

fray Cadfael? Tal vez perseguía un trofeo mucho mayor que la simple captura de un joven y el aprovechamiento en su propio beneficio de una muchacha a la que no guardaba el menor rencor. Un hombre como Berengario era muy capaz de correr riesgos y jugarse el todo por el todo. Toroldo, Godith y el tesoro, todo de una vez. ¿Para él solo, tal como intentara antes sin éxito? ¿O

tal vez para ganarse el favor del rey? Era un joven de infinitas posibilidades. Cadfael pensó mucho en él antes de quedarse dormido, y una cosa, por lo menos, quedó clara. Si Berengario sabía que Cadfael se proponía recuperar el tesoro, no le perdería de vista ni un solo momento dado que necesitaba conocer el lugar. Una prometedora luz empezó a brillar débilmente, poco antes de que llegara el sueño. A Cadfael le pareció que apenas había transcurrido un instante cuando la campana le despertó junto con los demás monjes para el rezo de prima.

—Hoy —le dijo Cadfael a Godith en el huerto después del desayuno—, haz lo de siempre. Ve a misa antes del capítulo y luego acude a clase. Después de la comida deberías trabajar un poco en el huerto y vigilar las medicinas; más tarde podrías ir al viejo molino hasta vísperas, pero con mucha discreción. ¿Podrías curarle la herida a Toroldo sin mí? Hoy posiblemente no me acerque por allí.

—Pues, claro —contestó la joven muy contenta—. Lo he visto hacer, y ahora conozco las hierbas. Pero... ¿y si hoy volviera *quien* nos espió ayer?

Cadfael le había comentado brevemente los pormenores de la expedición nocturna y las posibles consecuencias la habían reconfortado y consolado a un tiempo.

—No lo hará —contestó Cadfael sin la menor vacilación—. Si todo va bien, dondequiera que *yo* vaya, *él* también irá. Por eso quiero alejarte de mi lado. Lejos de mí respirarás más tranquila. Además, quiero que tú y Toroldo esta noche hagáis una cosa a última hora, si todo sale como espero. Cuando nos reunamos para vísperas, te diré que sí o que no. Si digo que sí, será suficiente, y esto es lo que deberéis hacer...

Godith le escuchó en atento silencio y asintió enérgicamente.

—Sí, vi el barco junto a la pared del molino. Sí, sé dónde están los arbustos junto al huerto, hacia el final del puente... Sí, ¡pues, claro que podemos hacerlo Toroldo y yo!

—Espera lo suficiente para estar segura —le advirtió Cadfael—. Y ahora, corre a la misa y las clases, procura comportarte como los demás

mozos y no temas. Si hubiera algún motivo de temor, espero enterarme en seguida y reunirme inmediatamente con vosotros.

Una parte de las deducciones de Cadfael resultaron acertadas. Aquel domingo, el monje se mostró muy activo dentro del recinto de la abadía. Asistió

a todas las funciones religiosas, corrió de un lado para otro, desde la caseta de vigilancia a la hospedería y desde ésta a los aposentos del abad, la enfermería y los huertos: dondequiera que fuera, siempre a la vista, discreto pero presente, Hugo Berengario le siguió. Jamás había visitado tan asiduamente la iglesia, incluso cuando Aline no figuraba entre los fieles. Ahora veremos, pensó

Cadfael con cierta malicia, si podré apartarle del objeto de su deseo para que deje campo libre al segundo pretendiente cuando ella aparezca. Porque sin duda Aline asistiría a misa después del capítulo, y su última incursión a la caseta de vigilancia le había mostrado a Adam Courcelle, devotamente vestido para una misión de paz, acercándose a la puerta de la casita donde ella se

alojaba con su doncella.

Era inaudito que fray Cadfael no asistiera a la celebración de la misa, pero, por una vez, éste se inventó una diligencia como excusa. Sus habilidades con las medicinas eran famosas en la ciudad, y la gente a menudo le pedía ayuda y consejo. El abad Heriberto se mostraba indulgente con tales peticiones y permitía de buen grado que su herbolario las atendiera. En los alrededores de San Gil, cerca de la puerta fortificada del monasterio, había un niño a quien solía atender de vez en cuando a causa de una infección en la piel y, aunque ya estaba mucho mejor y no necesitaba que el monje le visitara aquel día, nadie tenía autoridad para contradecir a Cadfael cuando éste consideraba necesario ir a algún sitio.

Junto a la caseta de vigilancia, Cadfael se tropezó con Aline Siward y Adam Courcelle, ella ligeramente arrebolada y sin duda satisfecha de aquella compañía, aunque tal vez un poco turbada; y el oficial del rey solícitamente atento y también arrebolado, pero de puro placer. Si Aline esperaba la habitual presencia de Berengario a aquella hora del día, por una vez se llevó una sorpresa, aunque nadie hubiera podido decir si estaba contenta o decepcionada. A Berengario no se le veía por ninguna parte.

Prueba positiva, pensó Cadfael satisfecho, encaminándose serenamente y sin prisas a su visita. Berengario era la discreción personificada y

consiguió no ser visto hasta que Cadfael, de vuelta a casa, le encontró paseando alegremente con uno de sus restantes caballos para que el animal hiciera ejercicio. Saludó

efusivamente a Cadfael, como si ningún encuentro hubiera podido ser más inesperado y placentero para él.

—Fray Cadfael, ¿cómo vos por aquí un domingo por la mañana?

Cadfael le informó minuciosamente de sus andanzas y le comunicó que los resultados eran satisfactorios.

—El alcance de vuestras habilidades y conocimientos es admirable —dijo Berengario, parpadeando—. Confío en que pudierais disfrutar en un sueño reparador después de vuestra larga jornada de ayer.

—Mi mente estuvo muy ocupada durante un buen rato —replicó Cadfael—, pero después pude dormir muy bien. Veo que aún os queda un caballo para montar.

—Sí, es verdad. Cometí una equivocación. Hubiera tenido que comprender que, aunque la orden se dictara en domingo, su cumplimiento no tendría lugar hasta que terminara el descanso dominical. Mañana vos mismo lo veréis —el joven sin duda decía la verdad y estaba seguro de la información—. La caza será muy exhaustiva —añadió, haciéndole comprender a Cadfael que no se refería únicamente a caballos y víveres—. El rey Esteban está un poco preocupado por sus relaciones con la Iglesia y los obispos. Hubiera tenido que

comprender que en domingo se abstendría de hacer nada. Tanto mejor, así

podremos gozar de un día más de tranquilidad. Esta noche podremos quedarnos en casa a la vista de todo el mundo, como conviene a los inocentes,

¿verdad, Cadfael? —añadió Berengario con una sonrisa, inclinándose para darle al monje una palmada en el hombro.

Espoleó al caballo y se alejó al trote hacia San Gil.

Sin embargo, cuando Cadfael salió del refectorio después de comer, Berengario apareció en la puerta de la hospedería con aire distraído pero sin perderse el menor detalle de lo que ocurría a su alrededor. Cadfael le atrajo inocentemente hacia el claustro, donde se sentó al sol y dormitó hasta tener la certeza de que Godith ya estaría lejos y libre de cualquier vigilancia. Una vez despierto, permaneció allí todavía un ratito para estar más seguro y analizar las repercusiones.

No cabía duda de que sus movimientos eran vigilados de cerca por Berengario en persona. El joven no quiso delegar la tarea en uno de sus servidores o en otros ojos a sueldo sino que él mismo cumplía ese deber, probablemente con mucho gusto. Si estaba dispuesto a cederle Aline a Courcelle aunque sólo fuera durante una hora, eso significaba que lo que estaba haciendo revestía para él la máxima importancia. He sido elegido, pensó

Cadfael, como el medio para alcanzar el fin que se propone y que no es otro que el tesoro de FitzAlan. La vigilancia será implacable. ¡Muy bien, pues! Como no puedo eludirla, será mejor que la aproveche.

Por consiguiente, no canses demasiado al testigo ni le avises demasiado pronto de las actividades previstas. Ya que él te ha obligado a hacer tantas conjeturas, oblígale a hacer otro tanto.

Cadfael se encaminó al herbario y pasó la tarde vigilando pócimas y preparando otras nuevas hasta la hora de vísperas. No se molestó en preguntarse dónde estaría Berengario. Confiaba en que para un hombre tan veleidoso y activo como él la vigilancia fuera tediosa en extremo. Tanto si Courcelle se quedó (la oportunidad parecía un regalo del cielo y no se podía desaprovechar) como si regresó para asistir a las celebraciones de la tarde, el caso fue que apareció con Aline recatadamente tomada de su brazo. Al ver salir a fray Cadfael de los huertos, se detuvo y le saludó cordialmente.

—Es un placer encontraros en mejores circunstancias que la última vez que nos vimos, hermano. Espero que no tengáis que cumplir otros deberes semejantes. Por lo menos, Aline y vos conferisteis un poco de donosura a lo que, de otro modo, hubiera sido un asunto totalmente desdichado. Ojalá

hubiera podido ablandar la mente de Su Alteza con respecto a esta casa. El rey todavía guarda cierto rencor al abad porque no se dio demasiada prisa en aceptar su paz.

—Un error que muchos también cometieron —comentó filosóficamente Cadfael—. Pero que sin duda podremos reparar.

—Así lo espero. Pero, de momento, Su Alteza no tiene intención de conceder a la abadía ningún privilegio por encima de los restantes pobladores. Si me viera obligado a cumplir dentro de los muros de la abadía unas órdenes que, si de mí dependiera, se quedarían en la puerta, confío en que comprendáis que lo hago a regañadientes y porque no tengo más remedio. Pide perdón por anticipado, pensó Cadfael, por la invasión de mañana. O

sea que es cierto, tal como ya imaginaba. Le han encomendado esta desagradable tarea y quiere puntualizar por adelantado que no le gusta y quisiera evitarla, si pudiera. Puede que exagere un poco en sus afirmaciones para no disgustar a la dama.

—En caso de que algo ocurriera —dijo benévolamente Cadfael—, estoy seguro de que los monjes del monasterio comprenderán que os limitáis a cumplir con vuestro deber, tal como hace el soldado que obedece órdenes. No temáis que nadie os odie por eso.

—Eso le he repetido yo a Adam varias veces —terció Aline, ruborizándose intensamente por haber utilizado su nombre de pila. Quizás era la primera vez que lo hacía—. Pero no hay forma de convencerle. No, Adam, es verdad..., os echáis la culpa de cosas en las que no tuvisteis ninguna responsabilidad, como si vos mismo hubierais matado a Gil con vuestras propias manos, lo cual es falso. ¿Cómo podría yo culpar siquiera a los flamencos? Ellos también cumplían órdenes. En estos tiempos tan revueltos, lo único que se puede hacer es elegir un camino según la propia conciencia y arrostrar las consecuencias, cualesquiera que sean.

—En cualquier tiempo, bueno o malo —sentenció Cadfael—, eso es lo mejor que puede hacer un hombre. Y, puesto que se me ofrece esta ocasión, señora, quiero rendiros cuentas del destino de la limosna que me encomendasteis. Fue distribuida entre tres pobres almas necesitadas. A falta de sus nombres, que no pregunté, rezad alguna oración por esos tres desdichados que sin duda rezarán por vos.

Sin duda así lo haría, pensó Cadfael mientras la observaba entrar en la iglesia del brazo de Courcelle. En aquella etapa tan crítica de su vida, privada de su hermano y dueña de un patrimonio que había decidido entregar a la causa del rey, Cadfael juzgó que la joven debía de vacilar entre el claustro y el mundo, y, aunque él eligió el claustro en su edad madura, deseaba con todas sus fuerzas que ella eligiera un mundo a ser posible más placentero que el que ahora la rodeaba, donde pudiera ver cumplidos sus deseos. Cuando se dirigía a su puesto entre los monjes, Cadfael se cruzó con Godith, que se dirigía a su acostumbrado rincón. Al ver que los ojos de la joven lo miraban inquisitivamente, dijo en voz baja:

—¡Sí! Haz lo que te he dicho.

Durante el resto de la noche, Cadfael tendría que conducir a Berengario hacia unos pastos muy alejados del lugar donde Godith actuaría. Lo que él hiciera tendría que ser claramente visible; lo que hiciera la joven tendría

que ser invisible y pasar inadvertido. Y eso no podría conseguirse cumpliendo la habitual rutina de todas las noches. Como la cena era siempre muy breve, cuando ellos salieran Berengario estaría sin duda en las inmediaciones del refectorio. Las colaciones en la sala capitular, las lecturas de vidas de santos, eran algunas de las obligaciones a las que Cadfael solía faltar de vez en cuando. Tal como hizo ahora, encaminándose, seguido por su discreto vigilante, primero a la enfermería, donde visitó brevemente a fray Reginaldo, que era muy viejo, tenía las articulaciones deformadas por el reuma y agradecía la compañía, y después al otro extremo del huerto del abad, situado a mucha distancia del herbario y a una distancia todavía mayor de la caseta de vigilancia. Para entonces, Godith ya habría terminado su clase con los novicios y podría aparecer en cualquier lugar entre la cabaña, el herbario y las puertas. Convenía por tanto que Berengario no se apartara de Cadfael aunque éste no hiciera más que cortar las flores secas de los rosales y las clavelinas del abad. De vez en cuando Cadfael comprobaba que la vigilancia continuaba y estaba casi seguro de que ésta proseguiría con paciencia ejemplar. Durante el día, fue algo casi casual porque apenas se esperaba ninguna acción, si bien Cadfael era un adversario muy marrullero, capaz de actuar precisamente cuando menos se esperara. Sin embargo, las cosas empezarían a ocurrir de noche. Después de completas y cuando hacía buen tiempo, siempre había una breve pausa de ocio en el claustro y los vergeles antes de que los monjes se retiraran a descansar. Para entonces, ya había oscurecido casi por completo y Godith ya estaría con Toroldo donde tenía que estar. Pero Cadfael decidió

quedarse todavía un ratito e irse al dormitorio con los demás. Tanto si salía de allí por la escalera que se utilizaba de noche para ir a la iglesia como si lo hacía por la escalinata exterior, alguien que montara guardia desde el otro lado del patio donde estaba la hospedería, podría verle sin la menor dificultad. Eligió la escalera nocturna y la puerta norte de la iglesia, y rodeó el extremo este de la capilla de Nuestra Señora y la sala capitular para cruzar el patio y dirigirse a los huertos. No tuvo necesidad de prestar atención ni de mirar a su alrededor. Sabía que su sombra estaría allí, moviéndose en silencio desde lejos, pero sin perderle de vista. La noche estaba razonablemente oscura, pero los ojos se acostumbran en seguida y él conocía cuan hábilmente Berengario se movía en la oscuridad. Éste esperaba probablemente que el peregrino nocturno cruzara el vado tal como ambos hicieran la víspera. Alguien que se dirigiera a

una misión secreta no pasaría por delante del portero de la caseta de entrada, por muy autorizado que estuviera a hacerlo.

Tras vadear el arroyo, Cadfael se detuvo un instante para cerciorarse de que Berengario le seguía. Los cambios en el ritmo del agua fueron muy ligeros, pero él los percibió y se alegró. Ahora seguiría el curso del arroyo corriente abajo hasta llegar casi a su confluencia con el río. Allí había una pequeña pasarela desde la que se alcanzaba sin dificultad el puente de piedra de Shrewsbury. Tras cruzar el camino y bajar por la ladera que conducía a los vergeles principales de la abadía, Cadfael se encontró a la sombra del primer ojo del puente, contemplando los débiles resplandores de luz de los remolinos de agua en el lugar donde antaño estuvo amarrada una barca molino. En aquel rincón, bajo el embarcadero de piedra, los arbustos crecían muy apiñados porque no merecía la pena desbrozar la ladera. Unos sauces llorones rozaban el agua con sus hojas, y la maleza que crecía bajo sus ramas hubiera podido ocultar a media docena de testigos.

La barca estaba allí, a flote y amarrada a una de las ramas inclinadas, aunque, por ser de juncos y pellejo, era muy liviana y hubiera podido llevarse fácilmente a tierra. Esta vez, había buenas razones para no arrastrarla a la orilla y volcarla sobre el césped, tal como normalmente se hubiera hecho. Cadfael esperaba que en su interior hubiera un buen fardo, sólidamente envuelto en uno o dos sacos del molino. No convenía que le vieran portando un bulto. Confiaba en que antes le hubieran visto claramente con las manos vacías. Bajó a la barca y soltó la cuerda de amarre. El fardo estaba allí dentro y debía de pesar lo suyo, pensó Cadfael cuando lo tocó con disimulo. Un poco más arriba, entre los matorrales de la ladera, el monje captó el leve movimiento de una sombra mientras él se adentraba en la corriente con la ayuda del largo remo y pasaba bajo el primer ojo del puente.

Todo resultó extremadamente fácil. Por muy buena vista que tuviera, Hugo Berengario no podría distinguir lo que ocurría bajo el puente, detalle por detalle. Por muy fino que fuera su oído, sólo podría oír el rumor de una cadena rozando la piedra, con un considerable peso en su extremo, un goteo de agua escurriéndose de algún objeto recién izado, y después el chirriante sonido de la cadena al volver a bajar, tal como efectivamente ocurrió; sólo que las manos de Cadfael amortiguaron y aminoraron la velocidad del descenso para disimular el hecho de que el peso seguía todavía atado en el mismo sitio, y de que sólo el fardo oculto en el bote había sido sumergido

brevemente en el Severn para que luego se escuchara el goteo del agua sobre el embarcadero de piedra. La siguiente fase podría ser más peligrosa porque Cadfael no estaba muy seguro de haber interpretado correctamente las intenciones de Berengario. Fray Cadfael se jugaba la vida y las de otras personas al acierto de sus deducciones. Sin embargo, hasta aquel momento, todo había salido a pedir de boca.

Remó en su liviana embarcación para acercarse a la orilla y vio que una sombra se movía rápidamente y se retiraba ladera arriba para agacharse probablemente junto al sendero, con intención de seguirle dondequiera que fuera. Aunque él hubiera apostado cualquier cosa a que su sombra ya habría adivinado el camino que tomaría, Cadfael amarró a toda prisa el bote. La prisa era una parte muy significativa de su disfraz aquella noche, lo mismo que el sigilo. Cuando subió

cautelosamente al camino y su figura se recortó claramente contra el cielo nocturno, deteniéndose un instante como si quisiera cerciorarse de que podría cruzar sin que nadie le viera, a su observador no le debió de pasar inadvertido que ahora su silueta estaba visiblemente jorobada por un grueso fardo que llevaba colgado a la espalda.

El monje cruzó rápidamente y regresó por el mismo camino de la ida, siguiendo el arroyo aguas arriba, tras atravesar el vado, para adentrarse en los campos y los bosques que cruzara con Berengario justo la noche anterior. Por suerte, el fardo no pesaba tanto como aparentaba, si bien Toroldo o Godith habían considerado oportuno darle una apariencia adecuada. Más que suficiente, pensó Cadfael, pura que un anciano monje lo lleve auestas a lo largo de casi una legua. Sus noches resultaban cada vez más cortas. Una vez aquellos jóvenes estuvieran relativamente a salvo, se pasaría durmiendo maitines, laudes e incluso prima, y después haría la debida penitencia. Ahora, todo sería cuestión de adivinar. ¿Daría Berengario por sentado el lugar adonde él se dirigía y se retiraría demasiado pronto con cierto aire de sospecha, echándolo todo a rodar? ¡No! En lo tocante a Cadfael, el joven no daría nada por sentado hasta comprobar con sus propios ojos dónde había ocultado el fardo y verificar sin el menor asomo de duda que regresaba a sus deberes sin él.

Cadfael se imaginaba claramente cuál sería la escena en el peor de los casos. Si Berengario hubiera matado a Nicolás en su afán de apoderarse del tesoro, su objetivo sería ahora no sólo lograr lo que antes no consiguiera sino también una cosa que solamente se le había revelado después de su

fallido intento. Permitiendo que fray Cadfael le guardara a buen recaudo tanto los caballos como el tesoro, se había asegurado su objetivo principal; pero, además, en caso de que Cadfael condujera en secreto a los fugitivos al mismo lugar, tal como a todas luces pretendía hacer, Berengario podría eliminar al único testigo de su asesinato y tomar a su antigua prometida como rehén para forzar el regreso de su padre. ¡Qué gran regalo para el rey Esteban! Su puesto de privilegio estaría asegurado, y su crimen quedaría enterrado para siempre. Eso, naturalmente, en el peor de los casos. Pero las posibilidades eran muy amplias. Berengario podía ser inocente de la muerte de Faintree, pero tener mucho empeño en adueñarse del tesoro de FitzAlan, tras haber descubierto su paradero. En tales circunstancias, un veterano monje no sería obstáculo para sus planes de enriquecimiento personal o de obtención del favor real, si así lo

prefería. En cualquier caso, puede que Cadfael no sobreviviera mucho tiempo tras depositar la infernal carga que soportaban sus doloridos hombros en la granja donde se encontraban estabulados, los caballos.

¡Bien, pensó Cadfael, más alborozado que oprimido, ya veremos!

Una vez en el bosque, más allá del recodo del arroyo, se detuvo, soltó gruñendo la carga que llevaba sobre la espalda, y se sentó en ella como si quisiera descansar. Pero en realidad lo hizo para escuchar los débiles rumores de otro hombre que también se había detenido, aunque no para descansar. Los rumores eran mínimos, pero los percibió y se alegró. El joven estaba allí, incansable, sereno, un aventurero nato. Vio un rostro oscuro y taciturno, a punto de soltar una carcajada. Entonces estuvo razonablemente seguro de cómo terminaría la noche. Con un poco de suerte (¡mejor con la ayuda de Dios!, rectificó), regresaría a tiempo para maitines.

No había ninguna luz visible en la granja cuando él llegó, pero bastó el leve susurro de sus pisadas para que apareciera fray Luis con una pequeña linterna en una mano y el puñal en la otra, tan despierto como al mediodía, pero mucho más peligroso.

—Dios os bendiga, hermano —le dijo Cadfael, soltando con un suspiro de alivio la carga que llevaba sobre su espalda. ¡Ya le diría cuatro cosas al joven Toroldo la próxima vez que hablara con él! Alguien o algo que no fueran sus propios hombros podría cargar con aquello en la siguiente ocasión—. Dejadme entrar y cerrad la puerta.

—¡De mil amores! —contestó fray Luis, cumpliendo la orden. Al salir, menos de un cuarto de hora más tarde, fray Cadfael prestó

atención, pero no oyó el menor rumor de alguien que le siguiera o le acompañara, y tanto menos de una posible amenaza. Hugo Berengario le habría visto entrar en la granja desde su escondrijo. Tal vez esperó a que saliera sin la carga y luego se alejó en la noche, donde con tanta soltura sabía moverse, regresando alegre y satisfecho a la abadía. Cadfael abandonó toda precaución e hizo lo mismo. Ahora ya sabía qué terreno pisaba. Cuando empezó a tocar la campana para maitines, Cadfael ya estaba preparado para salir del dormitorio con los demás y bajar por la escalera nocturna con el fin de alabar debidamente a Dios en la iglesia.

8

Antes del amanecer de aquel lunes de agosto, los oficiales del rey desplegaron pequeñas partidas cerrando todos los caminos de salida de Shrewsbury. Dentro de las murallas de la ciudad, otros grupos de hombres armados aguardaban dispuestos a recorrer metódicamente todas las calles y registrar todas las casas. Tenían órdenes de hacer algo más que requisar caballos y víveres, aunque eso se haría sobre la marcha, y muy exhaustivamente, por cierto.

—Todo indica que la moza tiene que estar escondida por aquí cerca —dijo Prestcote, presentando su informe al rey—. El caballo que encontramos pertenece a los establos de FitzAlan y el joven que perseguimos hasta el Severn tenía sin duda un compañero que todavía no hemos localizado. Estando sola, la muchacha no puede haber llegado muy lejos. Todos vuestros consejeros coinciden en que Vuestra Alteza no puede dejar pasar la ocasión de apresarla. Adeney regresaría sin duda para rescatarla, ya que es su única hija. Es posible que incluso pudiéramos forzar el regreso de FitzAlan, que no querrá enfrentar la ignominia de dejarla morir.

—¿Morir? —repitió el rey, erizándose con cólera siniestra—. ¿Acaso es probable que yo le quite la vida a la muchacha? ¿Quién ha hablado de su muerte?

—Vistas las cosas desde aquí —replicó secamente Prestcote—, parece absurdo, pero, para un padre que espera ansioso buenas noticias, todo es posible. Vos no le causaríais el menor daño a la joven, naturalmente. Tampoco sería necesario causar daño a su padre y ni siquiera a FitzAlan, si les echarais el guante a los dos. Pero Vuestra Alteza debe hacer todo lo posible por impedir que se pongan al servicio de la emperatriz. Ya no es cuestión de vengarse por lo de Shrewsbury sino de tomar una medida acertada para preservar vuestras fuerzas y debilitar las del enemigo.

—Eso es muy cierto —reconoció Esteban sin excesivo entusiasmo. Su cólera y su odio habían dejado sitio a su natural bondad, por no decir pereza—. Aunque no estoy muy seguro acerca de usar a la muchacha para esos fines. Recordó que prácticamente le había ordenado al joven Berengario que localizara a su prometida a cambio del favor real. Y que el joven, a pesar de haberle presentado respetuosa y esporádicamente sus respetos, jamás había mostrado excesivo celo en la búsqueda. Tal vez, pensó el rey, porque supo leer mis pensamientos mejor que yo mismo.

—No sería necesario causarle daño, y Vuestra Alteza evitaría tener que enfrentarse con las fuerzas leales a su padre, y tal vez incluso a las de su señor.

Si podéis arrebatarle todas esas fuerzas al enemigo, os ahorraréis muchas dificultades y muchos de vuestros hombres os deberán la vida. No podéis permitir os el lujo de dejar pasar esta oportunidad.

El consejo era muy sensato, y el rey lo sabía. Las armas están donde uno las encuentra, y Adeney podría impacientarse todo lo que quisiera en su dorado encierro, una vez lo hubieran capturado.

—¡Muy bien! —dijo Esteban—. Realizad una búsqueda exhaustiva. Los preparativos fueron ciertamente muy minuciosos. Adam Courcelle descendió sobre la puerta principal de la abadía con una compañía de flamencos. Guillermo Ten Heyt estableció un puesto de guardia en San Gil para interrogar a todos los jinetes y registrar todos los carros que intentaran abandonar la ciudad; su lugarteniente colocó centinelas en todos los caminos y los posibles puntos de cruce del río. Courcelle tomó posesión, con gran cortesía no exenta de firmeza, de la caseta de vigilancia de la abadía y ordenó que cerraran las puertas a todos los que intentaran entrar o salir. Faltaban unos veinte minutos para prima y ya era de día. Apenas hubo ruido, pero el prior Roberto vio desde el dormitorio una insólita agitación en la caseta de vigilancia, a la cual daba la ventana de su celda, y bajó presuroso para ver qué ocurría. Courcelle le hizo una reverencia que no engañó a nadie y pidió

respetuosamente unos privilegios que ya estaba autorizado a tomarse, tal como todo el mundo sabía. Pese a ello, su amabilidad sirvió para aplacar en parte la indignación del prior.

—Mi señor, Su Alteza el rey Esteban, me ordena exigir libre entrada a todos los lugares de vuestra casa, un diezmo de vuestras provisiones para las necesidades de Su Alteza y todos los caballos que todavía no estén en

poder de su ejército. También he recibido el encargo de registrar y hacer interrogatorios en todas partes, en busca de la doncella llamada Godith, hija del traidor Fulke Adeney la cual se cree que permanece todavía oculta en Shrewsbury. El prior Roberto arqueó una fina ceja plateada y deslizó la mirada por una larga nariz aristocrática.

—No esperaréis encontrar a semejante persona dentro del recinto de nuestra abadía, supongo. Os aseguro que no hay nadie de tales características en la hospedería, que es el único lugar donde se la podría encontrar sin desdoro.

—Será una mera formalidad, os lo garantizo —dijo Courcelle—, pero cumplo órdenes y no puedo tratar más favorablemente una casa que otra. Unos hermanos legos y un par de muchachos de mirada soñolienta y asustada contemplaban la escena desde cierta distancia. El maestro de novicios acudió para acompañarlos de nuevo a sus cuartos, pero, una vez allí, se quedó a escuchar con ellos.

—El abad debe ser informado de inmediato —dijo el prior Roberto con admirable aplomo, dirigiéndose hacia los aposentos del abad Heriberto. A su espalda, los flamencos cerraron las puertas y montaron guardia antes de dirigir su atención a los establos y los graneros.

Fray Cadfael, que durante dos noches seguidas se había perdido las primeras horas de sueño, permaneció durmiendo durante el revuelo inicial de la invasión y sólo se despertó cuando la campana tocó llamando a prima, demasiado tarde para hacer otra cosa que no fuera vestirse a toda prisa y bajar a la iglesia con el resto de los hermanos. Únicamente cuando oyó los susurros que pasaban de uno a otro y vio las puertas cerradas, observó a los flamencos montando guardia y a los novicios con los ojos abiertos como platos. El rumor de cascos de caballos en los establos le indicó que, por una vez, los acontecimientos se le habían adelantado, arrebatándole la iniciativa de las manos. Entre los asustados y nerviosos novicios congregados en la iglesia no vio el menor rastro de Godith. Tan pronto como terminó el rezo de prima, Cadfael corrió a la cabaña del herbario. La puerta no tenía la aldaba corrida y estaba abierta, las hierbas secas, los morteros y las redomas se encontraban en perfecto orden, las mantas se habían retirado del banco que servía de cama, y un cestillo de lavanda recién cortada y uno o dos frascos de medicamentos aparecían inocentemente colocados junto a él. Godith no estaba en la cabaña ni en el huerto ni en los campos de guisantes a la orilla del arroyo, donde los tallos secos amontonados, tan pálidos como

el lino, aguardaban ser trasladados a los graneros para mezclarse con el heno. Tampoco se veía la menor traza del gran fardo envuelto en sacos y ahora probablemente húmedo, que seguramente habría pasado la noche debajo del montón de tallos secos, ni tampoco de la pequeña embarcación cuidadosamente cubierta, que hubiera debido estar volcada encima de él. El bote, el tesoro de FitzAlan y Godith habían desaparecido como por ensalmo.

Godith despertó poco antes de prima, consciente de la enorme responsabilidad que ahora pesaba sobre ella, y salió sin excesivo temor para ver qué ocurría en la caseta de vigilancia. Aunque todo se hizo en silencio y con la mayor discreción, su mente se inquietó un poco ante el insólito sonido de aquellas voces, carentes de la decorosa serenidad propia de los monjes benedictinos. Estaba a punto de salir del huerto cerrado cuando vio a los flamencos desmontando y cerrando las puertas, y a Courcelle acercándose al prior. Se quedó helada al escuchar pronunciar su propio nombre con tanta frialdad. Si hicieran un registro exhaustivo, la encontrarían. Interrogada junto con los novicios, bajo todas aquellas miradas hostiles, no podría interpretar su papel. Y, si la encontraran a ella, tal vez ampliarían la búsqueda y localizarían

también lo que tenía a su cargo. Además, tenía que proteger a fray Cadfael y a Toroldo. Éste había regresado fielmente al molino tras acompañarla a casa con el tesoro. La víspera, sintió deseos de quedarse con él, pero ahora se alegraba de que el Gaye le separara de aquella alarma matutina y de que el joven tuviera un tupido bosque a su espalda y unos rápidos sentidos que le permitirían captar en seguida las señales de alarma, induciéndole a escapar sin la menor dilación. La víspera fue como un alegre y atrevido sueño de inenarrable dulzura, durante el cual contuvieron la respiración mientras Cadfael se alejaba del puente, seguido por su sombra, y soltaron la amarra de la pequeña embarcación, izaron las alforjas que chorreaban agua, las envolvieron en sacos secos para que se parecieran al fardo de Cadfael, tomaron con sus manos la cadena y la apartaron del embarcadero de piedra para que no se oyera el menor ruido. Después remaron corriente arriba hasta rodear los campos de guisantes. Esconded también la barca, les dijo Cadfael, porque la necesitaremos mañana por la noche si se nos presenta la ocasión. La aventura de la víspera fue un sueño, pero aquella mañana era el despertar, y en aquel momento ella necesitaba la barca.

No tenía la menor posibilidad de reunirse con fray Cadfael para recibir órdenes, tenía que sacar inmediatamente de allí lo que guardaba y no podía salir por las puertas. Nadie podía indicarle lo que tenía que hacer, y la responsabilidad era exclusivamente suya. Por suerte, no era probable que los flamencos saquearan los huertos antes de registrar los establos, los graneros y las despensas. Todavía le quedaba un poco de tiempo.

La muchacha regresó rápidamente a la cabaña. Dobló las mantas y las escondió debajo del banco detrás de una hilera de redomas y morteros, deshizo la cama convirtiéndola en un simple estante donde colocar frascos y dejó la puerta abierta de par en par para que penetrara la inocente luz del día. Después se dirigió hacia el montón de tallos secos, sacó la embarcación de su escondrijo junto con el fardo y, gracias a que la suave pendiente del campo estaba cubierta de tallos y a que la barca era muy ligera, consiguió empujarla sin dificultad hacia el arroyo. La dejó varada, regresó por el tesoro, lo arrastró hacia la orilla y lo izó a bordo.

Hasta la víspera, nunca había estado en una embarcación semejante, pero Toroldo le enseñó a utilizar el remo y la suave corriente del arroyo le facilitó la labor.

Ya sabía lo que tenía que hacer. No tendría ninguna posibilidad de escape en caso de que bajara corriente abajo hacia el Severn; habría hombres vigilando en el camino principal, el puente e incluso a lo largo de las orillas. Sin embargo, a escasa distancia de donde ella se encontraba, había, un poco a la derecha, un ancho canal que llegaba hasta el estanque del principal molino de la abadía, cuyo canal, tras pasar por el estanque de la abadía y los estanques de los peces,

hacía girar la rueda y se vaciaba de nuevo en el estanque para regresar al riachuelo y acompañarlo hasta el río. Más allá del molino, se encontraban alineadas las tres casas para huéspedes con sus jardincitos que llegaban hasta la orilla, mientras que otras tres semejantes protegían el estanque de la vista desde el otro lado. La casa al lado del molino era la que ocupaba Aline Siward. Courcelle había dicho que buscaría a la fugitiva por todas partes, pero si en el recinto monacal había algún lugar que no recibiría de él más que una visita de cumplido, ése sería donde se alojaba Aline.

Qué importa que pertenezcamos a bandos contrarios, pensó Godith, remando torpe pero obstinadamente para rodear la curva y adentrarse en el ancho canal. No es posible que me arroje a los lobos con esa cara tan angelical que tiene. Pero ¿de veras pertenecemos a bandos contrarios? ¿No

estaremos las dos en ambos bandos? Mi padre se juega la vida y las tierras por la emperatriz, pero no creo que a ella le importe lo más mínimo lo que le suceda a él o a los suyos, siempre y cuando consiga salirse con la suya. Estoy segura de que su hermano era para Aline mucho más importante de lo que jamás pueda ser el rey Esteban, y yo me preocupo más por mi padre y por Toroldo que por la emperatriz Matilde. Ojalá el hijo del viejo rey no se hubiera ahogado durante el horrible naufragio de aquel barco, ya que, en tal caso, ahora no habría discusiones sobre derechos hereditarios y tanto Esteban como Matilde se hubieran quedado en sus respectivos castillos y nos hubieran dejado a todos en paz.

El molino se levantaba a la derecha, pero su rueda no giraba y el agua del canal fluía libremente hacia el estanque para regresar al arroyo junto con las lentas contracorrientes de la otra orilla. En aquel punto la orilla tenía una altura de unos tres palmos para ofrecer la mayor cantidad de terreno posible a los pequeños huertos. Sin embargo, si primero conseguía izar el fardo hasta la orilla, Godith estaba segura de que después podría arrastrar la barca a tierra. Se agarró a la raíz de un sauce llorón que sobresalía del agua y amarró a ella la embarcación antes de intentar levantar el tesoro hasta la herbosa orilla. El fardo era muy pesado para ella, pero la joven lo tomó al través y lo sujetó con los brazos. A duras penas consiguió alcanzar el nivel de la orilla sin inclinar demasiado la embarcación. El fardo permaneció estable y, mientras lo sujetaba con ambos brazos, la joven sintió que las lágrimas asomaban por primera vez a sus ojos y le bajaban por las mejillas.

¿Por qué, se preguntó en un súbito acceso de rebeldía, me tomo tantas molestias por esta basura, si lo único que me importa es mi padre y Toroldo? ¡Y

también fray Cadfael! Lo decepcionaría si dejara caer este peso al fondo del estanque después de lo mucho que se ha esforzado. Debo seguir adelante. Toroldo está empeñado en cumplir la tarea que le encomendaron. Eso vale más que el oro. ¡Este fardo no es lo más importante!

La muchacha se pasó una mano impaciente y mugrienta por las mejillas y

los ojos, e intentó encaramarse a la orilla, lo cual no era nada fácil porque la embarcación tendía a desplazarse bajo sus pies a lo largo de la cuerda de amarre. Cuando, al final, consiguió subir a la orilla, soltando maldiciones en lugar de llorar, no pudo tirar de la barca hacia arriba y temió agujerearla con las raíces melladas. La tendría que dejar allí. Se tendió boca

abajo, acortó el amarre e hizo un fuerte nudo. Después arrastró la detestada pesadilla hasta la casa y aporreó la puerta.

Abrió Constanza. Godith se percató de que apenas eran las ocho de la mañana. Aline tenía por costumbre asistir a misa de diez y tal vez aún no estaría levantada. Pero, al parecer, el revuelo que reinaba en la abadía había llegado hasta aquel apartado rincón porque Aline ya estaba levantada y vestida y salió inmediatamente a ver qué sucedía.

—¿Qué ocurre, Constanza? —al ver a Godith tan sucia, desgredada y sin aliento, apoyada en un gran fardo que había dejado en el suelo, se acercó con inocente solicitud—. ¡Godric! ¿Qué te pasa? ¿Te ha enviado fray Cadfael?

¿Ocurre algo malo?

—¿Conocéis a este mozo, señora? —le preguntó Constanza, sorprendida.

—Le conozco, es el ayudante de fray Cadfael, hemos hablado algunas veces

—Aline estudió a Godith de pies a cabeza, vio las huellas de las lágrimas y la agitación de su pecho, y apartó rápidamente a su doncella en cuanto distinguió

los signos de la desesperación, aunque éstos no fueran muy patentes—. ¡Entra, por favor! Deja que te ayude a llevar tus cosas. ¡Cierra la puerta, Constanza!

Ya estaban a salvo en el interior de aquella casa de paredes de madera, a través de una de cuyas ventanas abiertas penetraba a raudales la luz del sol matutino.

Ambas jóvenes se miraron, Aline con un precioso vestido azul y el cabello dorado enmarcándole el rostro como una nube, y Godith con una arrugada chaqueta parda que le estaba demasiado grande y unos calzones que le sentaban muy mal, el corto cabello desgredado y el rostro desencajado y sucio de tierra, hierbas y sudor.

—He venido para pedir os refugio —dijo Godith con toda naturalidad—. Me buscan los soldados del rey. Valdré mucho para ellos, si me encuentran. No soy Godric sino Godith. Godith Adeney la hija de Fulke Adeney. Aline contempló conmovida el bello rostro ovalado y las raídas prendas que cubrían las delicadas extremidades. Después miró de nuevo el desafiante rostro y se le iluminaron los ojos.

—Será mejor que os ocultéis en mi dormitorio —dijo, dando un vistazo a la ventana abierta—. Allí nadie os molestará... y podremos hablar libremente. Sí, traed vuestras pertenencias, os ayudaré a llevarlas.

El tesoro de FitzAlan fue trasladado por manos femeninas a la estancia interior donde ni siquiera Courcelle, y tanto menos otro hombre, se atrevería a entrar. Aline cerró suavemente la puerta mientras Godith se sentaba en un escabel junto a la cama, sintiendo por primera vez que todas sus inquietudes empezaban a desvanecerse. Después, apoyó la cabeza en la pared y miró a Aline.

—¿Os dais cuenta, señora, de que se me considera enemiga del rey? No quisiera ponerlos en peligro. Tal vez os sintáis en la obligación de entregarme.

—Sois muy honrada —dijo Aline— y tened la certeza de que no me pondréis en peligro. Ni siquiera estoy muy segura de que el rey me lo agradeciera, aunque sí estoy segura de que Dios no. Además, sé que nunca podría tener la conciencia tranquila. Podéis descansar tranquilamente aquí. Constanza y yo nos encargaremos de que nadie se acerque a vos.

Fray Cadfael se mostró muy tranquilo durante el rezo de prima, la primera misa conventual y la abreviada reunión del capítulo. Pero en realidad se estaba devanando los sesos y se mordía los nudillos, pensando en la inexplicable necedad que le había llevado a quedarse dormido mientras las fuerzas hostiles se cerraban a su alrededor. Las puertas estaban cerradas y no había modo de salir de allí. No podía pasar, y estaba seguro de que Godith tampoco habría pasado por allí. No había visto soldados en la otra orilla del río, aunque no cabía duda de que estaría vigilada. En caso de que Godith hubiera tomado la embarcación, ¿adónde habría ido? Corriente arriba, no, porque el arroyo resultaba visible durante un buen trecho y, más adelante, el lecho era demasiado pedregoso e irregular para surcarlo con aquella barca. Estaba esperando de un momento a otro el grito que anunciara su captura, pero cada minuto que transcurría sin que se escuchara semejante grito era un bálsamo de alivio para él. La joven no era tonta y, al parecer, había escapado, pero cualquiera sabía adonde, cargada con el tesoro que intentaban conservar y enviar a su destino.

En el capítulo, el abad Heriberto pronunció unas breves y desilusionadas palabras para explicar la invasión de la abadía, aconsejando a los monjes que obedecieran las órdenes de los soldados del rey con dignidad y fortaleza y que procuraran cumplir con sus obligaciones

cotidianas con toda la fidelidad posible. Ser privados de los bienes de este mundo no debería ser más que una agradable disciplina para aquellos que aspiraban a los bienes del más allá. Por lo que respectaba a su propia cosecha, fray Cadfael podía estar tranquilo dado que no era muy probable que el rey le exigiera el diezmo de sus hierbas y remedios, aunque tal vez agradeciera una o dos garrafas de vino. El abad les despidió, rogándoles encarecidamente que se dedicaran a sus respectivas tareas

hasta la misa mayor de las diez.

Fray Cadfael regresó a los huertos y se entretuvo en pequeñas labores que le permitieran pensar en otra cosa. Godith tal vez había vadeado el arroyo en pleno día para esconderse en el bosque. Sin embargo, no era posible que se hubiera llevado el fardo del tesoro porque pesaba demasiado para ella. Seguramente se habría alejado con el tesoro y la embarcación para que no hubiera ninguna prueba de actividades irregulares. Cadfael estaba seguro de que no había llegado hasta la confluencia del río, pues en tal caso la hubieran capturado antes. Cada momento que transcurría sin que se recibieran malas noticias era un nuevo rayo de esperanza. Dondequiera que estuviera, la joven necesitaría ayuda.

Además, no podía olvidar a Toroldo, oculto más allá de los campos de labor en aquel molino abandonado. ¿Se habría percatado a tiempo del significado de aquellas señales y habría conseguido esconderse en el bosque? Cadfael lo deseaba con toda su alma. Entretanto, no podía hacer otra cosa que esperar. En caso de que cesara la persecución antes de que finalizara el día y al anochecer él pudiera encontrar a los dos jóvenes, procuraría por todos los medios que emprendieran viaje hacia el oeste aquella misma noche. Tal vez las circunstancias fueran favorables dado que el recinto de la abadía ya habría sido registrado concienzudamente, los soldados estarían cansados y deseosos de olvidar su vigilancia, la comunidad se hallaría totalmente entregada a la tarea de comparar notas para establecer lo que los soldados les habían arrebatado y los monjes estaría rezando fervientes oraciones de acción de gracias por el término de aquella prueba.

Cadfael se encaminó hacia el patio para asistir a misa. Los carros del ejército estaban siendo cargados de sacos de cereales procedentes del granero, y los flamencos entraban y salían constantemente de los establos. Los apurados huéspedes, que se quedarían a mitad de viaje sin caballos, suplicaban en vano que no se llevaran sus monturas, pero todo era inútil

salvo en los casos en que alguien pudiera demostrar que ya estaba al servicio del rey. Sólo los pobres jamelgos corrieron mejor suerte. Los soldados también requisaron uno de los carros de la abadía con sus mulos correspondientes, y lo cargaron de trigo. Cadfael observó que algo extraño ocurría en las puertas. Las grandes puertas destinadas a los carruajes estaban cerradas y vigiladas, pero alguien había tenido la serena osadía de llamar al portillo, pidiendo entrar. Puesto que podía tratarse de alguien de los suyos, un correo del puesto de guardia de San Gil o bien del campamento real, el portillo se abrió y, en el estrecho espacio, apareció la recatada figura de Aline Siward, con el devocionario en la mano y el cabello dorado modestamente cubierto por la toca y el velo blanco de luto.

—Tengo permiso —dijo la joven con dulzura— para entrar en la iglesia —al ver que los guardias no entendían el inglés, repitió amablemente la frase en francés.

Los soldados no querían franquearle la entrada y estaban dispuestos a cerrarle la puerta en las narices cuando uno de los oficiales observó la discusión y se acercó a toda prisa.

—Tengo permiso de mi señor Courcelle para asistir a misa —repitió pacientemente Aline—. Me llamo Aline Siward. Si lo dudáis, preguntádselo, y él mismo os lo dirá.

Al final, consiguió hacer valer su privilegio y, tras un rápido intercambio de palabras, se abrió el portillo de par en par y los soldados se apartaron para franquearle la entrada. La joven cruzó el gran patio como si allí no ocurriera nada y se encaminó hacia el claustro y la puerta sur de la iglesia. Pero aminoró

la marcha al ver que fray Cadfael se abría paso entre los soldados y los viajeros que protestaban, para cruzarse en su camino junto al porche. Aline le saludó

modestamente delante de todo el mundo, pero, en el momento en que ambos estaban más cerca, le susurró:

—Tranquilizaos, Godric está a salvo en mi casa.

—¡Gracias a Dios y también a vos! —contestó Cadfael, suspirando—. Cuando oscurezca, iré por ella —aunque Aline había utilizado el nombre masculino, el monje adivinó por su leve sonrisa que la referencia femenina no constituía ninguna sorpresa para ella—. ¿Y la embarcación? —preguntó en un susurro.

—Preparada al final de mi jardín.

La joven entró en la iglesia y Cadfael, con el corazón súbitamente aliviado, se fue decorosamente a ocupar su lugar en la procesión de monjes.

Sentado en la rama de un árbol en el lindero del bosque situado al este del castillo de Shrewsbury, comiéndose los restos de pan que llevaba y un par de manzanas verdes robadas de un árbol de la abadía, Toroldo miró hacia el oeste al otro lado del río y no sólo vio la gran roca de las murallas y torres del castillo sino también, un poco más a la derecha, apenas visibles por encima de las copas de los árboles, las tiendas del campamento real. A juzgar por la cantidad de gente que había en el monasterio y la ciudad, en aquellos momentos el campamento debía de estar casi vacío.

El cuerpo de Toroldo había soportado muy bien aquel repentino ajetreo, para su gran satisfacción y también, ¿por qué no decirlo?, para su sorpresa. Su mente, en cambio, se resentía bastante. Aunque no había caminado mucho ni hecho demasiado ejercicio, aparte encaramarse al frondoso árbol, estaba muy complacido por la respuesta de sus dañados músculos y la cicatrización de la

herida del muslo, que apenas le dolía, y la del hombro, que no estaba roto ni le impedía el uso del brazo. Su mente, por el contrario, estaba inquieta y preocupada por Godith, el hermanito súbitamente transformado en una criatura medio hermana y medio otra cosa. Confiaba en fray Cadfael, por supuesto, pero no podía cargar todo el peso de la responsabilidad sobre unos hombros enclaustrados, por muy anchos y fuertes que fueran. Aunque estaba furioso y angustiado, Toroldo siguió comiendo las manzanas robadas. Tendría que estar bien alimentado para resistir el esfuerzo.

Una compañía de vigilancia recorría metódicamente la orilla del Severn. Él no se atrevía a moverse hasta tanto no se retiraran hacia la abadía y el puente. Aún no sabía qué rodeo tendría que dar por las afueras de la ciudad para eludir el cerco real.

Le despertaron unos inequívocos sonidos desde el puente, lo bastante fuertes como para interrumpir su sueño. Muchos, muchísimos hombres a pie y a caballo, anunciaban su presencia y su paso por un arco de piedra sobre el agua. Los ecos combinados fueron transportados por la corriente, desde la madera del molino y los canales de agua que lo alimentaban, hasta sus inquietos oídos. El sobresalto le indujo a vestirse instintivamente, y antes de asomarse a mirar recogió todo lo que hubiera podido delatar su

presencia. Vio cómo las compañías se desplegaban en abanico al final del puente y ya no quiso ver nada más porque comprendió que la situación era muy peligrosa. Eliminó

todas las huellas de su estancia en el molino, arrojando al agua lo que no pudo llevar consigo. Cruzó los límites de las tierras de la abadía y se alejó de la compañía que avanzaba a lo largo de la orilla del río, hasta alcanzar el lindero del bosque que se extendía al otro lado del castillo.

No sabía para quién o para qué se había decretado aquella batida, pero sabía muy bien quién podía quedar atrapado en ella, por lo que su único propósito en aquel momento era reunirse con Godith dondequiera que estuviera, interponerse entre ella y el peligro. Y, a ser posible, llevársela desde allí a Normandía, donde estaría a salvo.

A lo largo de la orilla, los hombres se separaron para batir el terreno a través de los arbustos donde Godith le había encontrado. Ya habían registrado el molino abandonado en el que, gracias a Dios, no habían hallado ninguna huella. Ahora que ya casi los había perdido de vista, Toroldo bajó del árbol para adentrarse más profundamente en el bosque. Desde el puente hasta San Gil, el camino real que conducía a Londres estaba flanqueado por tiendas y casas a las que no debía acercarse. ¿Sería mejor seguir hacia el este y cruzar el camino más allá de San Gil, o bien esperar y regresar por donde había venido, una vez cesara el tumulto? Lo malo era que no sabía cuándo iba a ocurrir tal cosa y la angustia que sentía por Godith era casi insoportable. Seguramente tendría que seguir hasta más allá de San Gil antes de atreverse a cruzar el camino; aunque allí el arroyo ya no sería un obstáculo, cuando se acercara al lugar situado

enfrente en los huertos de la abadía, correría un grave peligro. Podría esperar en el escondrijo más cercano que encontrara, pasar a los campos de guisantes a la primera ocasión que se le presentara y, desde allí, si todo estaba tranquilo, dirigirse al herbario, que no conocía, y a la cabaña donde Godith había dormido las últimas siete noches. Sí, mejor seguir adelante y dar un rodeo. Si retrocediera, tendría que atravesar el puente, donde habría soldados hasta el atardecer y probablemente durante toda la noche.

A pesar de su impaciencia, el joven tuvo que actuar con mucha precaución. El repentino asalto había asustado e indignado a la población, y Toroldo tenía que procurar que no le vieran puesto que era un joven desconocido en un lugar donde todos los vecinos eran como de la familia y

cualquier forastero suscitaba actitudes desafiantes nacidas del temor. Varias veces tuvo que esconderse hasta que pasara el peligro.

Quienes vivían cerca del camino y habían sufrido los primeros sobresaltos se escondían donde podían. Quienes cuidaban diariamente del ganado o cultivaban las tierras lejos del camino oyeron el tumulto y se acercaron para averiguar qué ocurría. Atrapado entre esas dos mareas, Toroldo pasó un día terrible, pero, al final, consiguió superar el inflexible y brutal puesto de guardia de Guillermo Ten Heyt que, para entonces, ya había requisado una considerable cantidad de bienes y una docena de magníficos caballos. Allí terminaban las últimas casas de la ciudad y empezaban los campos y las aldeas. Más allá del puesto de guardia, el tráfico era muy escaso. Toroldo cruzó el camino y se ocultó una vez más entre los arbustos que crecían por encima del arroyo. Desde allí, analizó el terreno.

En ese lugar el arroyo tenía dos brazos porque el canal del molino recibía sus aguas a través de una esclusa construida algo más arriba. Las dos cintas plateadas brillaban ahora bajo un sol que estaba empezando a declinar hacia el oeste. Ya casi debía ser la hora de vísperas. ¿Habría terminado el rey Esteban de registrar la abadía y saquear todo Shrewsbury?

Aquella parte del valle era angosta y empinada, por lo que nadie había construido en ella ningún edificio, prefiriendo dejar la hierba para las ovejas. Toroldo se deslizó hacia la bifurcación, superó fácilmente de un salto el canal del molino y se acercó al arroyo, saltando de piedra en piedra. Después echó a andar orilla abajo, pasando de un escondrijo a otro, hasta que, hacia la hora de vísperas, llegó a los suaves prados que se extendían al otro lado de los campos de guisantes de fray Cadfael. Allí el terreno era demasiado abierto y el joven tuvo que apartarse del arroyo y buscar entre los matorrales un escondrijo desde donde examinar el panorama. Distinguió los tejados de los edificios de la abadía por encima de los muros del huerto, y el tejado y el alto campanario de la iglesia, pero no vio nada de lo que ocurría en el recinto del monasterio. Todo parecía muy tranquilo, los pálidos campos de la ladera ya despojados de sus cosechas, el montón de rastrojos donde Godith ocultó la barca y el tesoro

diecinueve horas antes, el muro rojizo del huerto más allá del tejado inclinado del granero. Tendría que esperar a que anocheciera, o bien correr el riesgo de cruzar el arroyo hasta el montón de paja del otro lado a la primera oportunidad que se le presentara. Por allí pasaba de vez en cuando

alguna persona dedicada a sus quehaceres, un pastor dirigiendo su rebaño a los pastizales, una mujer que volvía a casa tras recoger setas en el bosque, dos niños con unasocas. Hubiera podido cruzarse con ellos y saludarles sin que nadie le hiciera el menor caso, pero no hubiera podido cruzar el vado y entrar en los huertos de la abadía sin despertar sospechas. Eso hubiera llamado la atención. Además, desde el otro lado de los huertos, aún se oían rumores insólitos, gritos, órdenes y chirridos de carros y arneses. Por si fuera poco, un hombre a caballo recorría los prados algo más abajo como si vigilara la única salida no amurallada de la abadía. Parecía tomarse su misión con bastante calma. Un solo hombre, pero era más que suficiente. Le hubiera bastado con gritar o silbar para que inmediatamente se acercara una docena de flamencos.

Toroldo se agachó entre los arbustos y le vio acercarse. El caballo era grande y musculoso, pero no muy bonito, con manchas entre crema y gris oscuro. El jinete era un joven de cabello negro y tez aceitunada, con el rostro enjuto y un porte extremadamente arrogante. Fue precisamente su gesto altanero y el curioso color de su caballo lo que llamó la atención de Toroldo. Era la misma montura que había visto al amanecer, encabezando la compañía de soldados junto a la orilla del río; y aquel hombre fue el que primero desmontó

para registrar el molino abandonado donde Toroldo se ocultaba. Después aparecieron unos seis hombres a pie para colaborar en la tarea de búsqueda, pero él se alejó al trote y los dejó rezagados. Toroldo estaba seguro de su identidad y tenía sobradas razones para extremar la cautela. Temía que, a pesar de todas sus precauciones, los soldados hubieran descubierto algún detalle que despertara sus sospechas. Eran el mismo caballo y el mismo hombre. Ahora el jinete cabalgaba corriente arriba con aparente negligencia, pero Toroldo no se fiaba. Aquel hombre lo veía todo, a pesar de su mirada displicente y lánguida. Sin embargo, en aquellos momentos se encontraba de espaldas y no había nadie en los campos. Si se alejara un poco más, Toroldo intentaría cruzar el arroyo. Aunque se equivocara en el cálculo y se mojara, no podría ahogarse en tan poca agua, y la noche sería muy templada. Tenía que intentarlo y llegar hasta la cabaña de Godith para asegurarse de que nada le había ocurrido. El oficial del rey siguió adelante hasta el límite del terreno llano sin volver la cabeza ni una sola vez. Ninguna criatura se movió. Toroldo se levantó, atravesó de carrerilla la franja de prado, cruzó el arroyo tanteando instintivamente con

los pies, y emergió a los pálidos campos del otro lado. Después se escondió en el montón de rastrojos como un topo oculto en la tierra. En medio de la agitación de aquel día, no le sorprendió que la barca y el fardo hubieran desaparecido, y tampoco tuvo tiempo de pararse a pensar si aquello

era un buen o un mal presagio. Extendió los tallos secos a su alrededor como si fueran una rígida sábana de color marfil entretejida de sol y calor, y se tendió

temblando sin dejar de atisbar, a través de los rastrojos, el sereno paso de su enemigo al otro lado del arroyo.

De pronto, el hombre se detuvo con su caballo y miró corriente abajo, como si un escozor en los pulgares le hubiera advertido de algún peligro. Permaneció

inmóvil unos minutos y después inició el camino de vuelta con tanta suavidad como el de ida.

Toroldo contuvo la respiración y le vio acercarse. No se daba prisa sino que cabalgaba con ociosa inocencia como si no tuviera nada mejor que hacer, aparte del repetido paseo arriba y abajo para pasar el rato. Sin embargo, al llegar a la altura de los campos de guisantes, se detuvo y miró hacia el otro lado del arroyo, clavando los ojos en el montón de tallos secos. A Toroldo le pareció ver una leve sonrisa en su rostro moreno e incluso un pequeño movimiento de la mano semejante a un saludo. ¡Debían ser figuraciones suyas! El jinete reanudó

su paseo corriente abajo, contemplando el canal del molino y su confluencia con el río. No volvió la mirada hacia atrás ni una sola vez. Toroldo permaneció tendido bajo la ingrátida manta de paja, hundió su cabeza cansada entre los brazos, y las caderas en la suave tierra. Se quedó dormido de puro agotamiento. Cuando despertó, ya estaba oscureciendo y todo seguía tranquilo. El joven prestó atención un buen rato y después se movió a rastras y subió furtivamente por la pálida ladera hasta los huertos de la abadía, avanzando en solitario entre la miríada de soleadas fragancias de las hierbas de Cadfael. Localizó la cabaña con la puerta hospitalariamente abierta de par en par y atisbo casi con temor el tibio silencio y la luz del interior.

—¡Loado sea Dios! —exclamó fray Cadfael, levantándose del banco para saludarle—. Pensé que vendríais y cada media hora más o menos he estado saliendo a mirar. Finalmente, os tengo aquí. Sentaos y desahogad vuestro corazón, ¡hemos salido bastante bien librados!

En tono apremiante, Toroldo hizo la única pregunta que le importaba:
— *¿Dónde está Godith?*

9

Él no lo sabía, pero en aquellos momentos Godith estaba mirándose al espejo en casa de Aline mientras Constanza se apartaba a un lado para permitirle ver mejor su imagen. Lavada, peinada y ataviada con un vestido de Aline, de brocado marrón e hilo de oro, y una diadema dorada alrededor de sus bucles, la joven movía la cabeza a uno y otro lado, alegrándose de volver a ser una mujer. Su rostro ya no era el de un chiquillo travieso sino el de una noble dama, segura de sus encantos. La suave luz de la vela le confería un aire misterioso y extraño a la vez.

—Ojalá él pudiera verme así —dijo en tono nostálgico, olvidando que hasta entonces no había mencionado a ningún hombre que no fuera fray Cadfael. Y

no podía revelarle a nadie, ni siquiera a Aline, nada referente a la persona y la misión de Toroldo. Con respecto a sí misma, lo había dicho casi todo. Era lo menos que podía hacer en agradecimiento por la ayuda.

—¿Hay un «él»? —preguntó Aline con comprensiva curiosidad—. ¿Y él será quien os acompañe a vuestro destino? No, no debo preguntaros nada, sería injusto. Pero ¿por qué no podéis lucir este vestido en su presencia? Una vez fuera de aquí, podréis viajar tanto vestida de mujer como de mozo.

—Lo dudo —dijo Godith tristemente—. De la manera en que viajaremos, no lo creo posible.

—En tal caso, lleváoslo. Podríais guardarlo en ese fardo tan grande que lleváis. Yo tengo muchos y, por otra parte, necesitaréis un vestido cuando lleguéis sana y salva a vuestro destino.

—¡Oh, si supierais cuánto me tentáis! Sois muy amable, pero no puedo aceptar. Además, durante la primera etapa del viaje iremos muy cargados. Pero os lo agradezco mucho y jamás lo olvidaré.

Se probó por simple placer, ayudada por Constanza, todos los vestidos de Aline, y en todos se imaginó presentándose de pronto ante Toroldo y viendo la respetuosa y asombrada mirada del joven. A pesar de no saber dónde estaba ni cómo le habían ido las cosas, la muchacha pasó una tarde muy feliz, libre de toda inquietud. Estaba segura de que él la vería en todo su esplendor, si no con aquel vestido, con otros igualmente hermosos, cubierta de joyas y con el cabello largo trenzado y recogido por una diadema dorada como la que lucía en aquellos momentos. Recordó la

ocasión en que ambos se sentaron a comer ciruelas, arrojando los huesos al Severn a través de las tablas del molino, y se echó a reír. ¿Cómo podría darse humos con Toroldo después de aquello?

Estaba a punto de quitarse la diadema de la cabeza cuando oyeron una súbita pero circumspecta llamada a la puerta. Por un momento, ambas jóvenes

quedaron petrificadas.

—¿Será que, al final, han decidido registrar esta casa? —se preguntó Godith en un angustiado susurro—. ¿Os he puesto en peligro?

—¡No! Esta mañana, cuando vinieron, Adam me aseguró que no sería molestada —Aline se levantó resueltamente—. Quedaos aquí con Constanza, y corred la aldaba. Yo iré. ¿No será fray Cadfael que viene por vos?

—No, no lo creo, aún estarán vigilando.

La llamada parecía muy suave, pero aun así Godith permaneció inmóvil detrás de la puerta, escuchando con atención los retazos de voces que le llegaban desde el otro lado. Aline había franqueado la entrada a su visitante. La voz que se alternaba con la de Aline era masculina, baja y ardientemente cortés.

—¡Adam Courcelle! —susurró Constanza, esbozando una sonrisa comprensiva—. ¡Está tan enamorado que no puede apartarse de ella!

—¿Y ella..., Aline? —preguntó Godith con curiosidad.

—¡Quién sabe! *Ella*... ¡todavía no!

Godith había oído la misma voz aquella mañana, dirigiéndose en un tono muy distinto al portero y a los criados legos de la entrada. Sin embargo, tales misiones no debían de ser muy agradables y podían convertir a un hombre honrado en un ser hosco y arrogante. Tal vez aquel joven atento y solícito que se interesaba por el bienestar de Aline era e) que más correspondía a su verdadero temperamento.

—Espero que toda esta conmoción no os haya disgustado demasiado —le dijo a Aline—. Ya no habrá más molestias, podéis descansar tranquila.

—No me han molestado en absoluto —le aseguró Aline—. No tengo ninguna queja, todos se han portado muy bien conmigo. Pero me compadezco de las personas que se han visto privadas de sus bienes. ¿Sucedre lo mismo en la ciudad?

—Sí —contestó Adam con tristeza—, y mañana seguirán haciendo lo mismo. Pero la abadía ya puede respirar tranquila. Aquí ya hemos

terminado.

—¿Y no la habéis encontrado? Me refiero a la moza a la que buscabais.

—No, no la hemos encontrado.

—¿Qué pensaríais si os dijera que me alegro? —preguntó Aline con intención.

—Pensaría que no esperaba otra cosa de vos y que eso os honra. Sé que no podríais desear ningún daño, dolor o peligro a ninguna criatura, y tanto menos a una inocente doncella. He aprendido demasiadas cosas de vos, Aline —tras una pausa, Courcelle añadió en un susurro—: Aline...

Después, bajó tanto la voz que Godith ya no pudo oír sus palabras. Tampoco lo hubiera querido, porque el tono era demasiado íntimo y apremiante. Al poco rato, se oyó la voz de Aline:

—Esta noche no me exigáis demasiado, ha sido un día agotador para muchos. No puedo evitar sentirme casi tan cansada como deben de sentirse ellos. ¡Y como os debéis de sentir vos! Dejadme que duerma bien esta noche y ya habrá un momento más oportuno para hablar de estas cosas.

—¡Muy cierto! —dijo Courcelle, hablando de nuevo como un soldado a punto de cumplir una orden—. Perdonadme, no era el momento más indicado. A esta hora, casi todos mis hombres ya han salido; me reuniré con ellos y os dejaré descansar. Oiréis rumor de pisadas y chirridos de ruedas durante un cuarto de hora, pero después todo quedará tranquilo.

Las voces se perdieron hacia la puerta. Godith oyó que ésta se abría y se volvía a cerrar tras un breve intercambio de palabras en voz baja. Después se oyó correr la aldaba y, a los pocos momentos, Aline llamó con los nudillos a la puerta del dormitorio.

—Podéis abrir, ya se ha ido —con el ceño fruncido, la joven apareció en el dintel, perpleja y arrebolada—. Me parece —añadió, esbozando una sonrisa que a Adam de Courcelle le hubiera encantado ver— que, al haberos dado cobijo, no le he disgustado. Creo que se alegra de *no* haberos encontrado. Ya se van. Todo ha terminado. Ahora sólo tenemos que esperar que oscurezca y que venga fray Cadfael.

En la cabaña del herbario, fray Cadfael dio de comer, tranquilizó y curó a su paciente. Tras haber obtenido una respuesta satisfactoria a su primera pregunta, Toroldo se tendió sumisamente en la cama de Godith y dejó que le curaran la herida del hombro y le volvieran a vendar la del muslo, pese a que ya estaba cicatrizada.

—Si tenéis que emprender el camino hacia el País de Gales esta noche

—dijo Cadfael—, no quiero que sufráis ningún daño que os obligue a aplazarlo. La herida podría volverse a abrir muy fácilmente.

—¿Esta noche? —preguntó Toroldo con ansiedad—. ¿Ella y yo juntos? ¿Será esta misma noche?

—Debe ser esta noche, y ya es hora. No creo que pudiera soportar mucho tiempo esta situación —contestó Cadfael, aunque, en realidad, parecía muy satisfecho—. Y no es que os haya visto demasiado, la verdad, pero, aun así, estaré más tranquilo cuando estéis en camino hacia el país de Owain de Gwynedd. Incluso os daré un recuerdo mío para el primer galés que encontréis.

Aunque ya tenéis la recomendación de FitzAlan ante Owain, y Owain siempre cumple su palabra.

—Una vez emprendamos el camino —dijo solamente Toroldo—, intentaré por todos los medios cuidar bien de Godith.

—Y ella cuidará de vos. Le daré un tarro del ungüento que he utilizado para curaros, y unas cuantas cosas más que pueda necesitar.

—¡Y Godith se llevó la barca y la carga ella sola! —exclamó Toroldo con afectuoso orgullo—. ¿Cuántas doncellas hubieran salido airoas de semejante prueba? ¡Y esa joven que la protegió y os comunicó tan hábilmente la noticia!

Os digo, fray Cadfael, que aquí, en Salop, criamos unas mujeres extraordinarias

—tras una pausa, el muchacho preguntó, preocupado—: ¿Cómo vamos a sacarla de aquí? Quizá han puesto una guardia. Además, no puedo salir por la caseta de vigilancia porque el portero jamás me ha visto. Y, por si fuera poco, la barca está allí, no aquí.

—Callad un momento y dejadme pensar —dijo Cadfael mientras terminaba de vendarle la herida—. ¿Cómo fue vuestra jornada? Me parece que no tuvisteis el menor contratiempo. Debisteis de salir del molino con toda tranquilidad porque no he oído ningún comentario al respecto. Seguramente en seguida os disteis cuenta de lo que ocurría.

Toroldo le describió todas sus andanzas durante aquel día tan largo, peligroso y terriblemente aburrido en el que se había pasado el rato

corriendo y escondiéndose.

—Vi la compañía en la orilla del río y el molino, seis soldados a pie y un oficial a caballo. Pero ya había procurado no dejar ninguna huella de mi presencia. Primero entró el oficial solo y después lo hicieron sus hombres. Volví

a verle esta tarde —Toroldo se sobresaltó bruscamente ante aquella coincidencia—, cuando crucé el vado y me escondí en los rastros. Paseaba arriba y abajo entre el río y el canal del molino. Le reconocí por su porte y su caballo. Crucé el arroyo aprovechando que estaba de espaldas y, cuando bajó de nuevo, se detuvo y miró hacia donde yo estaba escondido. ¡Juraría que me vio y esbozó una sonrisa! Temí que me hubiera descubierto, pero siguió adelante, lo cual significa que no me vio.

Cadfael apartó los ungüentos con aire pensativo.

—¿Y le reconocisteis por el caballo? —preguntó en un susurro—. ¿Qué tenía de especial?

—El tamaño y el color del pelaje. Era una bestia enorme, no demasiado bonita, pero muy fuerte, con manchas crema en el vientre y gris casi negro en el lomo y los cuartos traseros.

Cadfael se rascó la chata nariz bronceada por el sol y la tonsura todavía más

bronceada.

—¿Y cómo era el hombre?

—Un joven poco mayor que yo. Moreno y bien plantado. Lo único que le vi esta mañana fueron la ropa que vestía y su altiva manera de montar una bestia que no resultaría demasiado fácil. Esta tarde también vi su cara, enjuta, de huesos pronunciados y los ojos y cejas negros. ¡Por cierto, silbaba muy bien! —

añadió Toroldo, recordando el detalle con asombro.

¡Una gran verdad!, recordó a su vez Cadfael. También recordaba el caballo, dejado en los establos de la abadía cuando se llevaron otros dos mucho mejores. Estaría dispuesto a perder dos caballos, dijo su propietario, pero no los cuatro, y tanto menos los más valiosos. Sin embargo, tras la requisa, aún le quedaba uno para montar y seguramente también el otro seguía a su disposición. O sea que había mentido. Su posición ante el rey ya estaba asegurada, e incluso aquel día había cumplido una labor de vigilancia. ¿Una labor especialmente elegida? ¿Y

quién la había elegido?

—¿Y pensáis que os vio cruzar?

—Cuando estaba escondido, me pareció que se volvía a mirarme. Pensé que habría visto mi movimiento por el rabillo del ojo.

Ése, pensó Cadfael, tiene la cabeza llena de ojos y sólo se le escapa lo que no merece la pena. Pero a Toroldo se limitó a preguntarle:

—¿Se detuvo a miraros y después siguió adelante?

—Hasta me pareció que me saludaba con la mano en la que sujetaba la brida —contestó Toroldo, sonriendo como si se burlara de su propia credulidad—. Pero es que yo en mi afán por reunirme con Godith veía visiones en todas partes. Después, dio media vuelta y siguió adelante como si tal cosa. Eso significa que no me vio.

Cadfael se preguntó, admirado, qué significaría todo aquello. Ya casi no había luz, y el crepúsculo estaba dando paso a la noche. Aún no había oscurecido por completo, pero el sol ya se había puesto del todo, dejando únicamente un leve resplandor verdoso por el oeste; como la prometedora confirmación de los primeros rayos solares antes del amanecer.

—Seguramente no me vio, ¿verdad? —preguntó Toroldo, temiendo haber puesto en peligro a Godith.

—No temáis —contestó Cadfael—. Todo va bien, hijo mío, no os preocupéis. Yo me encargo de todo. Y ahora, debo ir a completas. Corred la aldaba cuando yo salga y tendeos a dormir aunque sólo sea una hora en la cama de Godith. Al amanecer, os hará mucha falta. Volveré en cuanto termine el oficio.

Sin embargo, Cadfael perdió unos minutos en acercarse a los establos. No le

sorprendió que ni el caballo gris y crema ni su compañera, la vigorosa jaca parda, estuvieran en las cuadras. Una inocente visita a la hospedería después de completas le confirmó que Hugo Berengario no estaba en los aposentos destinados a la nobleza, y que sus tres criados no se encontraban entre los plebeyos. El portero le comentó que los tres criados se habían marchado poco después de que Berengario regresara de cumplir su misión, hacia el final de vísperas, y que éste había salido sin la menor prisa aproximadamente una hora más tarde.

Conque ésas tenemos, ¿eh?, pensó Cadfael. Ha apostado la mano a que será

esta noche y está dispuesto a impedirlo o a morir en el empeño. Muy bien, pues, ya que es tan audaz y astuto como para leerme el pensamiento,

veamos si puedo leer el suyo y hacer una apuesta tan arriesgada como la suya. Berengario sabía desde un principio que contaba con el favor del rey y que sus caballos estaban a salvo. Por consiguiente, debió de sacarlos de los establos por otro motivo. ¡Y me convirtió en cómplice de su maquinación! ¿Por qué?

Hubiera podido encontrar por sí mismo un refugio para sus caballos si realmente lo hubiera necesitado. No, quería que yo supiera dónde estaban los caballos, disponibles y tentadores. Sabía que tenía que sacar a dos personas de la ciudad y del dominio del rey, y que aprovecharía la ocasión para mis propios fines. Me lanzó el anzuelo de los dos caballos para que yo trasladara el tesoro al mismo lugar, listo para la fuga. Y, finalmente, no tenía que perseguir a los fugitivos sino que le bastaba con esperar a que yo los llevara a la granja en cuanto pudiera. De ese modo, conseguiría todo de golpe. Lo cual significa que esta noche nos aguardará, pero esta vez en compañía de hombres armados.

Quedaban ciertos detalles que todavía le desconcertaban. Si Berengario había hecho de veras la vista gorda la tarde en que descubrió a Toroldo en su escondrijo, ¿cuál fue su propósito? Claro que, tal vez, en aquel momento no sabía dónde estaba Godith y prefería dejar volar un pájaro para capturar también al otro. Sin embargo, teniendo en cuenta lo ocurrido, no se podía pasar por alto la posibilidad de que el joven también hubiera hecho la vista gorda desde un principio ante el disfraz masculino de Godith, y que supiera perfectamente dónde estaba su prometida. En tal caso, de haber sabido que Godric era Godith y que un hombre de FitzAlan se ocultaba en el viejo molino, tras comprobar que Cadfael tenía el tesoro en su poder, hubiera podido presentarse con una partida de hombres armados y conseguir los tres trofeos de una vez para ofrecérselos a un rey presuntamente encantado y agradecido. Puesto que no lo había hecho, eligiendo en su lugar aquel camino más tortuoso, su propósito debía de ser otro. Por ejemplo, capturar a Godith y a Toroldo y entregarlos al rey para recibir la debida recompensa, pero al mismo tiempo enviar el tesoro de FitzAlan, personalmente o a través de sus hombres, no a Shrewsbury sino a su propio castillo. En este caso, habría trasladado los

caballos a la granja no sólo para engañar a un pobre monje sino también para transportar el tesoro secreta y directamente a Maesbury, sin necesidad de acercarse a Shrewsbury.

Eso, suponiendo que Berengario no fuera el asesino de Nicolás Faintree. En tal caso, el plan diferiría en un detalle muy importante: Hugo Berengario hubiera procurado que Godith cayera en la trampa para forzar el regreso de su padre, y que Toroldo Blund fuera apresado, no vivo sino muerto. Muerto, para que no pudiera abrir la boca. Un segundo asesinato para borrar el primero. La cosa tenía muy mal cariz, pensó Cadfael, sorprendentemente tranquilo. A no ser que todo aquello significara algo completamente distinto. ¡Pues, claro que lo significa! ¡Y o yo no me llamo Cadfael o jamás en mi vida volveré a medir fuerzas con un joven inteligente!

El monje regresó al herbario, completamente sereno y dispuesto a pasar otra noche en blanco, Toroldo se despertó de golpe y describió la aldaba en cuanto estuvo seguro de quién era.

—¿Ya es hora? ¿Podremos dar un rodeo a pie para ir a la casa?

Estaría sobre ascuas hasta que no la viera y la tocara y supiera que estaba sana y salva.

—Siempre hay medios. Pero aún no ha oscurecido por completo y no está

todo lo suficientemente tranquilo. Por consiguiente, sentaos a descansar un rato mientras podáis, porque luego tendréis que llevar una parte de la carga hasta donde están los caballos. Tengo que acostarme con los demás en el dormitorio. No os apuréis, volveré. Una vez cada uno está en su celda, salir es muy fácil. Yo duermo al lado de la escalera nocturna y el prior tiene la celda en el otro extremo. Además, duerme como un tronco. ¿Acaso no sabéis que en la iglesia hay una puerta que da directamente a la puerta fortificada de la abadía? Desde allí hasta la casa de la señora Siward la distancia es muy corta y, aunque tengamos que pasar por la caseta de vigilancia, ¿creéis que el portero se fija en todos los hombres que pasan por allí a semejante hora?

—O sea que Aline hubiera podido ir a misa utilizando esa puerta, tal como hacen otras personas —comentó Toroldo, asombrado.

—Hubiera podido hacerlo, pero entonces no hubiera tenido ocasión de hablar conmigo. Además, quiso ejercer el privilegio otorgado por Courcelle y mostrarles a los flamencos que con ella no se juega. ¡Qué lista es esa joven! Pero la vuestra tampoco tiene un pelo de tonta, mi joven Toroldo, y espero que seáis bueno con ella. Lo que hace Aline es utilizar sus poderes para ver lo que vale y hasta dónde puede llegar, y os aseguro que todavía hará tantas proezas como nuestra Godith.

Toroldo sonrió en la cálida penumbra de la cabaña, pensando que no había más que una Godric-Godith.

—Habéis dicho que el portero no se fija demasiado en los hombres que vuelven tarde a casa —le recordó a Cadfael—, pero quizá le sorprenderá ver a alguien con el hábito benedictino.

—¿Quién ha dicho que será un benedictino quien salga de aquí tan tarde?

Seréis vos, mi joven amigo, quien vaya en busca de Godith. La puerta lateral de la iglesia por la que suelen entrar los feligreses nunca está cerrada porque no hace falta, estando tan cerca de la puerta fortificada de la abadía. Os haré salir por allí cuando llegue el momento. Id a la última casa, junto al molino, y bajad con Godith y la barca desde el estanque al lugar en que el agua vuelve al arroyo. Os esperaré allí.

—La tercera casa de las tres que haya a este lado del canal —dijo Toroldo con el rostro resplandeciente de gozo en medio de la oscuridad—. La conozco.

¡Iré! —el calor de su gratitud y alegría llenó toda la cabaña. Las fragancias de las hierbas medicinales se le subieron a la cabeza, pensando que iba a ser él, y no otro, quien fuera en busca de Godith para llevársela consigo de una forma más portentosa que en cualquier vulgar fuga de enamorados—. ¿Y estaréis en la orilla cuando bajemos al arroyo?

—Así es, ¡y no vayáis a ninguna parte sin mí! Y ahora, tendeos a descansar una hora, o algo menos. No corráis la aldaba por si os quedarais dormido. Volveré cuando todo esté tranquilo.

Los planes de fray Cadfael se cumplieron sin ningún contratiempo. Tras una jornada tan agitada, los hombres estaban deseando cerrar los postigos, apagar las luces y retirarse a dormir. Toroldo esperaba despierto cuando llegó

Cadfael. Ambos atravesaron los huertos, el pequeño patio que había entre la hospedería y los aposentos del abad, el claustro y la puerta sur de la iglesia, en un profundo silencio, como si no pertenecieran ni al día ni a la noche sino tan sólo al extraño y retirado mundo que media entre los oficios religiosos. No intercambiaron ni una sola palabra hasta llegar a la iglesia, hombro con hombro bajo el gran campanario, pegados a la puerta oeste. Cadfael abrió la pesada puerta y prestó atención. Atisbando con precaución, vio las puertas cerradas de la abadía, pero el portillo galanamente abierto.

Era una minúscula ojiva de crepúsculo recortándose en la oscuridad de la noche.

—Todo está en calma. ¡Id ahora! Estaré en el arroyo.

El joven se deslizó a través de la angosta abertura y echó a andar por el camino con tanta tranquilidad como si regresara de una feria de caballos. Cadfael cerró cuidadosamente la puerta. Se retiró sin prisa por donde había venido, atravesó el solitario huerto iluminado por las estrellas, bajó al campo y avanzó pegado a la orilla del arroyo hasta que ya no pudo seguir. Entonces se sentó a esperar entre la hierba, las arvejas y los pastizales. La noche de agosto era tibia y serena y sólo soplaba una leve brisa que agitaba los arbustos de vez en cuando, hacía suspirar los árboles y cubría con su ligero susurro los rumores

todavía más ligeros de hombres cautelosos y expertos. Pero aquella noche nadie les seguiría. ¡Ni falta que hacía! El que hubiera podido hacerlo estaba aguardándoles al final del trayecto.

Constanza abrió la puerta y le sobresaltó ver a aquel joven, en lugar del monje que esperaba. Pero Godith estaba allí, aguardando impaciente a su espalda, y en seguida lanzó un grito entrecortado y se arrojó en sus brazos. Volvía a ser Godric, aunque para él ya no sería más que Godith, a quien jamás había visto vestida de mujer. La joven rió y lloró de emoción, le abrazó, le reprendió y le amenazó, le palpó cuidadosamente el hombro vendado, le exigió

explicaciones y canceló todas sus exigencias hasta que, al final, enmudeció de repente y levantó el sosegado rostro para que él la besara. Sorprendido y alborozado, Toroldo la besó.

—Vos debéis de ser Toroldo —dijo Aline desde el fondo de la estancia como si sobre aquellas relaciones ya supiera mucho más de lo que sabía el propio Toroldo—. Cierra la puerta, Constanza, todo va bien —la joven le observó con detenimiento y, a través de sus propias experiencias recientes, adivinó sus cualidades. Inmediatamente sintió aprecio por él—. Sabía que fray Cadfael haría algo. Godith quería regresar cuando llegó esta mañana. Pero se lo impedí. Él dijo que vendría. No sabía que os enviaría a vos. Pero el mensajero de Cadfael es bienvenido a esta casa.

—¿Ella os ha hablado de mí? —preguntó Toroldo, turbándose un poco al pensarlo.

—Sólo lo necesario para mí. Es la discreción personificada, lo mismo que yo

—contestó modestamente Aline. Ella también estaba arrebolada y aturdida a causa de la emoción y la alegría, aunque lamentaba que su participación en el plan acabara allí—. Si fray Cadfael está esperando, no debemos perder el tiempo. Cuanto más lejos estéis al amanecer, tanto mejor. Aquí está el fardo que trajo Godith. Esperad aquí dentro hasta que compruebe que todo está tranquilo en el jardín.

La joven salió a la oscuridad de la noche y permaneció de pie al borde del estanque, escuchando con atención. Estaba segura de que no habría nadie montando guardia. ¿Para qué, si ya lo habían registrado todo y se habían llevado lo que querían? Sin embargo, podía haber alguien en las casas del otro lado. Todo estaba oscuro e incluso le pareció que los postigos estaban cerrados a pesar del calor de la noche. Tal vez por miedo a que algún flamenco solitario regresara para apoderarse de todo lo que pudiera al amparo de los saqueos oficiales del día. Hasta las ramas de los sauces colgaban inmóviles, protegidas de la suave brisa que agitaba la hierba en la orilla del río.

—¡Salid! —dijo Aline en voz baja, abriendo un resquicio de puerta—. No hay nadie. Seguidme por donde yo pise, la ladera es muy pedregosa. Aquella tarde, Aline pensó incluso en cambiarse el vestido de color claro por otro oscuro, para ser una sombra entre las sombras. Toroldo tomó el saco del tesoro por la cuerda que lo sujetaba y apartó a Godith con firmeza cuando intentó compartir el peso con él. Sorprendentemente, la muchacha obedeció y bajó sigilosamente hacia el lugar donde estaba amarrada la barca, medio oculta por las ramas del sauce llorón. Aline se inclinó junto a la orilla para acercar la barca y sujetarla, dado que una franja de tierra rebajada de más de dos palmos se interponía entre ellos y el agua. La joven hasta entonces enclaustrada estaba aprendiendo rápidamente a ser dueña de sus propias decisiones y a aprovechar al máximo sus aptitudes.

Godith bajó a la embarcación y utilizó ambos brazos para colocar el fardo en el centro. La barca estaba hecha para transportar un máximo de dos personas, y se hundió levemente cuando Toroldo bajó hasta ella. Pero era sólida y resistente y los llevaría hasta donde tuvieran que ir, tal como sucediera la primera vez.

Godith se inclinó para abrazar a Aline, que todavía se encontraba de rodillas en la herbosa orilla. Ya era demasiado tarde para dar las gracias con palabras, pero Toroldo besó la mano pequeña y bien cuidada que la muchacha le tendió. Después, Aline soltó la amarra y la arrojó al interior de

la barca mientras ésta se alejaba de la orilla y cortaba los remolinos para dirigirse al arroyo que alimentaba el estanque. El ímpetu de las aguas del canal empujó

levemente la barca y Toroldo no tuvo que utilizar el remo para abandonar el estanque. Cuando Godith miró hacia atrás, sólo pudo ver la silueta del sauce y algo más allá una casa con las luces apagadas.

Fray Cadfael surgió entre las altas hierbas cuando Toroldo remó para acercarse a la orilla.

—¡Bien hecho! —dijo en un susurro—. ¿Ninguna dificultad? ¿Nadie os ha visto?

—Ninguna dificultad. Ahora sois nuestro guía.

Con aire pensativo, Cadfael tanteó la embarcación con una mano.

—Llevad a Godith y la carga a la otra orilla y venid después por mí. No me fío demasiado.

Cuando los tres estuvieron a salvo en la otra orilla, Cadfael arrastró la barca desde el agua hasta tierra, y Godith le ayudó a esconderla entre unos matorrales. Luego se tomaron un respiro para hablar un poco. La noche estaba serena y tranquila, y cinco minutos bien aprovechados allí, dijo Cadfael, les ahorrarían muchas dificultades.

—Podemos hablar, pero en voz baja. Escuchad, no creo que otros ojos vean este fardo hasta que estéis muy lejos, camino del oeste. Sería mejor que lo abriéramos y volviéramos a repartir otra vez la carga. Dos alforjas serán más cómodas de llevar sobre los hombros que un fardo.

—Yo puedo llevar una —dijo Godith.

—Durante un ratito, tal vez —contestó Cadfael con indulgencia. El monje estaba intentando desatar los dos pares de bolsas envueltas en sacos. Las correas eran muy anchas y se podrían colgar fácilmente del hombro. Los pesos estaban muy bien equilibrados—. Pensé que podríamos ahorrarnos un cuarto de legua utilizando el río en la primera etapa del camino —añadió—, pero, en esta cascara de nuez, los tres nos hundiríamos. Además, no tenemos que andar mucho..., algo así como una legua.

Cadfael se echó al hombro un par de alforjas en la posición más cómoda posible. Toroldo tomó el otro par y se lo echó sobre el hombro sano.

—Jamás en mi vida había transportado objetos de tanto valor —dijo Cadfael, poniéndose en marcha—, y ahora ni siquiera podré ver lo que contienen.

—Un tesoro muy amargo para mí —contestó Toroldo a su espalda—. Le costó la vida a Nicolás y ni siquiera podré vengarle.

—Pensad en vuestra propia vida y soportad las cargas que conlleve —contestó Cadfael—. Nicolás será vengado. Pensad en el futuro y dejádmelo a mí.

Su forma de guiar a los jóvenes difería de la que utilizó para acompañar a Berengario. En lugar de cruzar el arroyo y encaminarse directamente hacia la granja situada más allá de Pulley Cadfael se desvió al oeste para que, cuando ya estuvieran tan al sur como la granja, también se encontraran media legua al oeste de ella, más cerca de Gales y en una densa extensión de bosque.

—¿Y si alguien nos siguiera? —preguntó Godith.

—Nadie nos seguirá.

Cadfael estaba tan seguro que la joven aceptó sus palabras y ya no preguntó

nada más. Si fray Cadfael lo decía, así sería. Godith insistió en llevar la carga de Toroldo durante un buen trecho, pero él se la quitó a las primeras señales de respiración afanosa y paso vacilante.

El encaje del cielo empezó a palidecer entre las ramas de los árboles. Los tres amigos emergieron cautelosamente a un ancho camino que se cruzaba con el suyo en ángulo oblicuo. Más adelante, el sendero proseguía a través de una

zona algo menos boscosa que la anterior.

—Ahora, prestad atención —dijo Cadfael, deteniéndose con ellos—. Tendréis que encontrar el camino de vuelta hasta aquí, sin que yo os acompañe. Este camino que se cruza con el nuestro es una excelente vía recta construida por los romanos. Hacia el este, a nuestra izquierda, conduce hasta el puente del Severn en Atcham. Hacia el oeste, a nuestra derecha, lleva directamente hasta Pool y Gales. Si encontrarais algún obstáculo por el camino, dirigíos un poco más al sur y cruzad el río por el vado de Montgomery. Una vez allí, podréis cabalgar más rápido aunque algunos tramos del camino sean escabrosos. Ahora cruzaremos aquí y nos quedará un cuarto de legua hasta el vado del arroyo. Fijaos bien en el camino.

A partir de allí, el camino era más llano y los caballos podrían recorrerlo sin grandes dificultades. Al llegar al vado, comprobaron que era ancho y llano.

—Y aquí —dijo Cadfael— dejaremos las cargas. Un árbol entre otros muchos se podría confundir, pero un árbol junto al único vado que hay en el camino no se puede confundir.

—¿Dejar las cargas? —preguntó Toroldo—. ¿Por qué? ¿Acaso no vamos directamente a la granja donde se encuentran los caballos? Vos mismo dijisteis que de noche no nos seguirían.

—Y no nos seguirán —cuando sabes adonde irá la presa y confías en la noche, puedes aguardarla allí pensó Cadfael—. No, no perdamos el tiempo, confiad en mí y haced lo que os digo.

Cadfael dejó sus alforjas en el suelo y miró a su alrededor en la oscuridad. Junto a unos arbustos cerca del vado había un viejo y nudoso árbol con una mitad ya muerta y una gruesa rama baja hundida entre los arbustos. Cadfael colgó de ella sus alforjas y, sin una palabra, Toroldo hizo lo propio con las suyas, retrocediendo después para cerciorarse de que sólo quienes las hubieran escondido allí podrían encontrarlas más tarde. El follaje las cubría por completo.

—¡Buen chico! —exclamó Cadfael satisfecho—. Ahora, a partir de aquí, nos desviaremos un poco hacia el este, y el camino en el que nos encontramos se unirá con el camino más directo que utilicé la otra vez. Tenemos que acercarnos a la granja desde la dirección correspondiente. Una persona curiosa podría pensar que hemos estado un cuarto de legua más cerca de Gales. Libres de la carga, los jóvenes le siguieron tomados inocentemente de la mano como niños. Ahora que estaban cerca de la huida, no tenían nada que decir. Simplemente creían que todo iría bien.

El camino se cruzó con el otro más recto a escasa distancia del pequeño claro en el que se levantaba la empalizada de la granja. El cielo parecía allí todavía más pálido. Una luz débil se filtraba desde el interior de la casa. A su

alrededor, la noche les envolvía con su plácido silencio. Fray Anselmo abrió la puerta con tanta presteza que a Cadfael no le cupo duda de que algún agraviado viajero de Shrewsbury les había comunicado la noticia de los saqueos, advirtiéndoles de la posible llegada de alguien que pretendiera escapar de peores desgracias. Inmediatamente les franqueó la entrada y miró con curiosidad a los jóvenes que acompañaban a Cadfael mientras cerraba la puerta.

—¡Lo sabía! Me escocían los pulgares. Pensé que sería esta noche. Me han dicho que todo anda muy revuelto por allí.

—Bastante —reconoció Cadfael con un suspiro—. Ojalá pudieran escapar todos nuestros amigos. Y, sobre todo, estos dos. Hijos míos, estos buenos hermanos han custodiado lo que les encomendasteis y lo tienen aquí, a vuestra disposición. Anselmo, ésta es la hija de Adeney y éste es el vasallo de FitzAlan.

¿Dónde está Luis?

—Ensillando los caballos —contestó fray Anselmo—, en cuanto vio quién venía. Hemos pasado el día pensando que os tendríais que dar prisa. Tengo comida preparada. Aquí está la bolsa. Es malo cabalgar en ayunas. Dentro hay un frasco de vino.

—¡Muy bien! —dijo Cadfael, vaciando su propia bolsa—. Aquí están las medicinas. Godith conoce sus aplicaciones.

Godith y Toroldo les escucharon, maravillados.

—Voy a ayudar al hermano a ensillar los caballos —dijo Toroldo, casi sin poder hablar a causa de la emoción. Soltó la mano de Godith y se dirigió a los establos situados al otro lado del pequeño y descuidado patio. Aquellos enredados matorrales pronto volverían a ser bosques y las edificaciones de madera, muy modestas de por sí, se mezclarían con la lujuriosa maleza de muchos veranos sucesivos. En cuestión de tres o cuatro años, el bosque Largo lo devoraría todo sin dejar el menor rastro.

—Fray Anselmo —dijo Godith, mirando al gigantón desde los pies a la cabeza—, os agradezco de todo corazón lo que habéis hecho por nosotros dos...

aunque, en realidad, creo que lo hicisteis por fray Cadfael. Ha sido mi maestro durante ocho días, y lo comprendo. Esto y mucho más haría yo por él, siempre que pudiera. Os prometo que ni Toroldo ni yo lo olvidaremos jamás, y nunca menospreciaremos lo que hicisteis.

—Dios os bendiga, hija mía —contestó fray Anselmo, mirándola con afecto—, habláis como un libro sagrado. ¿Qué debe hacer un hombre honrado cuando una joven está amenazada sino librarla de sus dificultades? Junto con el mozo que la acompaña.

Fray Luis salió de los establos con el ruano que montaba Berengario la noche en que los dos caballos fueron conducidos allí. Le seguía Toroldo con el negro. Estaban preciosos, perfectamente cuidados, alimentados y bien descansados.

—Y el equipaje —dijo fray Anselmo significativamente—. Eso lo tenemos muy bien guardado. Si por mí hubiera sido, lo hubiera repartido en

dos para equilibrarlo mejor sobre la bestia, pero pensé que no tenía derecho a abrirlo y lo dejé como estaba. Yo lo colocaría sobre la grupa con el jinete que pese menos, pero haced lo que creáis conveniente.

Los hermanos legos fueron en busca del fardo envuelto en sacos que fray Cadfael les confiara unas noches antes. Al parecer, no les habían explicado ciertas cosas, de la misma manera que Godith y Toroldo habían aceptado otras sin comprenderlas. Anselmo salió de la casa con el fardo sobre sus anchas espaldas y lo dejó en el suelo, al lado de los caballos ensillados.

—Llevo unas correas para atarlo a la silla.

Los hermanos legos habían pensado en ello con mucho detenimiento, y decidieron acoplar unas anillas a las cuerdas de las ataduras. Mientras estaban pasando las correas por las anillas, una espada cortó las cuerdas que sujetaban la aldaba de la entrada, y una voz clara y autoritaria les ordenó con aspereza:

—¡Deteneos donde estáis! ¡Que nadie se mueva! Volveos todos hacia acá, despacio y con las manos bien visibles. ¡En bien de la dama!

Todos obedecieron como si estuvieran soñando. La puerta de la empalizada estaba abierta de par en par y en la entrada se encontraba de pie Hugo Berengario, espada en mano. Por encima de cada uno de sus hombros, asomaba un arco largo tensado, con un penetrante ojo y una experta mano detrás. Ambos arcos apuntaban hacia Godith. La luz era escasa, pero suficiente. Los que ya estaban acostumbrados a ella hubieran podido disparar con precisión.

—¡Admirable! —exclamó Berengario, satisfecho—. Me habéis entendido muy bien. Ahora quedaos donde estáis, y que nadie se mueva mientras el tercer hombre que me acompaña cierra la puerta.

10

Todos reaccionaron según su propia naturaleza. Fray Anselmo miró

cautelosamente a su alrededor, buscando su garrote, pero estaba demasiado lejos. Fray Luis mantuvo ambas manos a la vista, como le habían mandado, pero la derecha muy cerca de la abertura lateral de su hábito, en cuyo interior guardaba el puñal. Godith, inicialmente aturdida y sin poderlo creer, se llenó

súbitamente de cólera, aunque sólo la palidez del rostro y el brillo de su mirada la traicionaron. Fray Cadfael, con sobresaltada resignación, se sentó sobre el fardo, cubriéndolo con los faldones de su hábito, por si todavía no se hubieran fijado en él. Toroldo, reprimiendo el impulso de sacar el puñal de Cadfael oculto en su cinto, miró con ojos desafiantes a Berengario y se adelantó dos pasos para interponerse entre Godith y los arqueros. Cadfael admiró su gesto y sonrió en secreto. Tal vez, en su alterado estado de ánimo, el joven no se percató

de que, antes de que su cuerpo se interpusiera, ambos arqueros habían tenido tiempo suficiente para disparar contra Godith, de haberlo querido.

—Un gesto conmovedor —reconoció generosamente Berengario—, pero más bien inútil. Dudo que la dama lo sepa apreciar. Y, puesto que somos personas sensatas, sobran los actos de heroísmo. Desde esta distancia Mateo podría atravesaros a los dos con una flecha, cosa que no beneficiaría a nadie, ni siquiera a mí. Será mejor que de momento lo deis por bueno, ya que yo doy las órdenes y llevo la voz cantante.

Así era, en efecto. Aunque sus hombres no se tomaron demasiado al pie de la letra la orden de disparar contra cualquier movimiento, nadie hubiera tenido posibilidad de atacarles y hacerles cambiar de idea. La distancia que les separaba era suficiente como para que una daga no pudiera superar la rapidez de una flecha. Toroldo extendió una mano hacia atrás para atraer a Godith hacia sí, pero ella se apartó bruscamente y, eludiendo su mano, se adelantó para enfrentarse con Hugo Berengario.

—¿Qué clase de voz cantante es la vuestra con respecto a mí? —preguntó—. Si soy lo que queréis, muy bien, aquí estoy, ¿qué deseáis de mí? Supongo que aún tengo tierras que merecen la pena. ¿Queréis hacer valer vuestros derechos y casaros conmigo por ellas? Aunque mi padre hubiera sido desposeído de sus bienes, ¡tal vez el rey quiera ofrecer mis tierras y mi persona a alguno de sus nuevos capitanes! ¿Tanto valgo para vos? ¿O tal vez sólo se trata de ganar el favor de Esteban, entregándome a él como anzuelo para atraer bajo su poder a hombres más importantes?

—Ninguna de las dos cosas —contestó Berengario, admirando su valentía y la altivez de su semblante—. Reconozco, amiga mía, que nunca sentí

demasiados deseos de casarme con vos... Habéis mejorado mucho en comparación con la jovencita gorda que recuerdo. Pero, a juzgar por vuestro rostro, antes os casaríais con el demonio que conmigo; además, tengo otros planes y creo que vos tenéis los vuestros. No, si aquí todos se portan bien, no tendremos que discutir. Y os diré para vuestro consuelo, Godith, que no tengo la menor intención de lanzar a mis perros tras el rastro de vuestro defensor.

¿Por qué debería guardar rencor a un adversario honrado? Sobre todo, ahora que, si no me equivoco, ha alcanzado favor a vuestros ojos. Se estaba burlando y Godith lo sabía. Aunque la sonrisa no era ni siquiera maliciosa, la joven la consideró una ofensa. Era una sonrisa de triunfo, pero también de burla cariñosa. La muchacha retrocedió e incluso dirigió una mirada suplicante a fray Cadfael, pero el monje permanecía sentado con los ojos mirando al suelo, como profundamente abatido. Entonces Godith miró de nuevo a Berengario y observó que sus ojos negros se posaban en ella con desapasionada admiración.

—Creo que habláis en serio —dijo en un tono pausado.

—¡Ponedme a prueba! Vinisteis aquí en busca de unos caballos para vuestro viaje. ¡Y aquí están! Podéis montar y emprender el camino cuando queráis, vos y vuestro joven vasallo. Nadie os seguirá. Nadie sabe que estáis aquí, salvo yo y mis hombres... Pero viajaréis con m{ s rapidez y comodidad si aliger{is la carga y sólo lleváis lo imprescindible —añadió Berengario en tono solícito—. Este fardo sobre el que tan negligentemente se sienta fray Cadfael... me lo quedaré

como recuerdo vuestro cuando os vayáis, Godith.

La muchacha tuvo el suficiente aplomo como para no mirar de nuevo a fray Cadfael cuando escuchó esas palabras, ni revelar, a través de su rostro, la súbita sensación de comprensión, triunfo y júbilo que experimentó y que también debió de experimentar Toroldo, a su espalda.

Conque por eso habían dejado las alforjas en el árbol junto al vado, a un cuarto de legua hacia el oeste y a un cuarto de legua del País de Gales. Cederían aquel trofeo sin la menor resistencia, pero ningún destello de alborozo debería amenazar el feliz resultado de la empresa. A ella le correspondería ahora redondear el golpe, tarea que fray Cadfael quería dejar

enteramente en sus manos. Era la mayor prueba con que jamás se hubiera enfrentado la joven, y tendría que superarla de tal modo que nunca tuviera que avergonzarse. Porque el joven con quien se enfrentaba era algo más que lo que ella suponía. De pronto, le pareció que el hecho de ceder sería un gesto casi tan generoso como el de Berengario, el cual parecía dispuesto a dejarla marchar felizmente con otro hombre para abrazar otra causa, exigiendo, en compensación por sus molestias, el pequeño detalle del oro. ¡A cambio de dos soberbios caballos y un viaje al País de Gales sin ningún impedimento! E incluso con su bendición, profana, pero no por ello menos valiosa.

—Queréis decir que podemos irnos —dijo Godith, no en tono de pregunta sino de afirmación.

—Y cuanto antes mejor, os lo aconsejo. La noche todavía es joven, pero madura muy de prisa. Y os queda un buen trecho de camino.

—Me equivoqué con respecto a vos —dijo magnánimamente Godith—. No os conocía bien. Teníais derecho a conseguir este premio. Espero que comprendáis que nosotros también teníamos derecho a luchar por él. En una justa victoria y una justa derrota, no tiene que haber resquemores. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —contestó Berengario con entusiasmo—. Sois el mejor adversario que podía esperar, y creo que más vale que este joven se os lleve en seguida, antes de que cambie de parecer. Mientras me dejéis el fardo...

—Vuestro es —dijo fray Cadfael, levantándose a regañadientes de su asiento—. Lo habéis ganado en buena lid, ¿qué más puedo decir?

Berengario contempló sin el menor recelo el fardo envuelto en sacos. Conocía muy bien la forma del bulto que Cadfael había transportado hasta allí

desde el río Severn, y no desconfiaba en absoluto.

—¡Id, pues, y que Dios os acompañe! Os quedan todavía unas cuantas horas de oscuridad —Berengario miró por primera vez a Toroldo y lo observó

detenidamente. Toroldo se había mantenido al margen, dejándolo todo en manos de Godith en circunstancias que seguramente no entendía muy bien—. Os pido perdón, no conozco vuestro nombre.

—Soy Toroldo Blund, vasallo de FitzAlan.

—Lamento que no tuviéramos ocasión de conocernos. Pero no lamento no haber tenido que luchar contra vos, porque me temo que hubiera encontrado la horma de mis zapatos —Berengario parecía muy satisfecho de haberse salido con la suya y no temía demasiado a la fuerza y estatura superior de Toroldo—. Cuidad bien de vuestro tesoro, Toroldo, yo cuidaré del mío. Godith le miró, más tranquila y sosegada, y le dijo:

—¡Besadme para desearme buena suerte! ¡Tal como yo os la deseo a vos!

—¡Con todo mi corazón! —dijo Berengario, tomando el rostro de la joven entre sus manos y dándole un beso excesivamente prolongado, tal vez para provocar a Toroldo. Pero éste contempló la escena sin escandalizarse. Hubieran podido ser un hermano y una hermana que se despidieran con cariño—.

¡Ahora, montad, y que Dios os acompañe!

Godith se acercó a Cadfael y le pidió que también la besara con un semblante que nadie vio, pero que tanto hubiera podido ser de tristeza como de alegría o de ambas cosas a la vez. Las gracias que le dio a él y a los hermanos legos fueron necesariamente muy breves a causa de la extraña mezcla de emociones que la embargaba. Tenía que escapar en seguida, antes de que sus sentimientos la traicionaran. Toroldo se acercó para sujetarle el estribo, pero

fray Anselmo la levantó en brazos y la acomodó sobre la silla. Los estribos eran un poco largos para ella. Cuando el lego se inclinó para acortarlos, la joven vio que la miraba furtivamente con una leve sonrisa en los labios y comprendió que él también había adivinado lo ocurrido y compartía en secreto su regocijo. Si él y su compañero hubieran conocido el plan desde un principio, tal vez no hubieran podido actuar con tanto convencimiento, aunque en seguida intuyeron las corrientes subterráneas.

Toroldo montó el ruano de Berengario y contempló a todos los que estaban en el interior de la empalizada. Los arqueros habían aflojado los arcos y miraban a su alrededor con cierto interés no exento de diversión mientras Berengario abría la puerta de par en par para que salieran los viajeros.

—Fray Cadfael, os lo debo todo. No lo olvidaré.

—Si algo me debéis —contestó Cadfael—, pagádselo a Godith. Y procurad cuidarla bien hasta entregarla sana y salva a su padre —añadió

severamente—. La tenéis bajo vuestra protección y es una prenda sagrada, guardaos de aprovecharos de la situación.

Toroldo esbozó una sonrisa radiante y se puso en marcha. Lo mismo hizo Godith, trotando a través de la puerta hasta el luminoso claro y, desde allí, hasta las sombras del bosque. La distancia era muy corta hasta el camino más ancho y el vado del arroyo donde aguardaban las alforjas. Cadfael prestó

atención al suave rumor de los cascos de los caballos sobre la tierra y los ocasionales susurros de las frondosas ramas hasta que todos los ruidos se perdieron en el silencio de la noche. Cuando levantó la cabeza, vio que todos los demás estaban escuchando con tanta atención como él. Por un momento, se miraron unos a otros sin saber qué decir.

—Si regresa virgen junto a su padre —dijo Berengario al final—, nunca volveré a apostar sobre el comportamiento de un hombre o una mujer.

—Yo creo —replicó secamente Cadfael— que regresará junto a su padre convertida en una esposa como Dios manda. Hay muchos sacerdotes desde aquí hasta Normandía. Le costará un poco convencer a Toroldo de que tiene derecho a recibirla sin la aprobación paterna, pero sé que lo conseguirá.

—Vos la conocéis mejor que yo —dijo Berengario—. ¡Yo apenas conocía a esa doncella! ¡Una lástima! —añadió con aire pensativo.

—Sin embargo, creo que la reconocisteis la primera vez que la visteis conmigo en el patio grande.

—De vista, sí... En aquel momento no estuve muy seguro, pero a los dos días, sí. No cambia demasiado de cara, vestida de mozo —el joven miró a Cadfael con una sonrisa—. Sí, vine por ella, pero no para entregarla a otro hombre. Tampoco la quería para mí. Ella era, como vos mismo habéis dicho, una prenda sagrada. Merced a la alianza que otros habían concertado con

respecto a nosotros, me sentía en la obligación de velar por su seguridad.

—Espero que lo hayáis hecho —dijo Cadfael.

—Yo también. ¿No hay rencor por ninguna parte?

—Ninguno. Y tampoco sentimientos de venganza. El juego ha terminado. De pronto, Cadfael se dio cuenta de que hablaba en tono de abatida resignación, aunque en realidad sólo sentía el gozoso cansancio del alivio.

—En tal caso, ¿querréis regresar conmigo a la abadía y hacerme compañía por el camino? Tengo dos caballos aquí, y mis criados se tienen merecido un buen descanso; si los buenos hermanos quisieran darles comida y cobijo esta noche, mañana podrían regresar sin prisas. Para endulzar la bienvenida, en mis alforjas hay dos botellas de vino y una empanada de carne. Temí que la espera fuera más larga, aunque estaba seguro de que vendríais.

—Yo supuse —terció fray Luis, frotándose las manos de satisfacción— que, a pesar de esta repentina alarma, no ocurriría nada malo esta noche. Gracias por las botellas de vino y la empanada. Con mucho gusto os ofreceremos dos camas y una partida de tablas reales si os apetece. Aquí recibimos muy pocas visitas. Uno de los arqueros se acercó con los dos caballos que le quedaban a Berengario, el poderoso tordo y la jaca parda. Tanto los legos como los criados descargaron el vino y la comida y, obedeciendo a Berengario, cargaron el fardo sobre la grupa del tordo y lo ataron bien con las correas de cuero de fray Anselmo.

—No es que no me fíe de que lo llevéis en la jaca —le aseguró Berengario a Cadfael—, pero este animal ni siquiera notará el peso. Además, necesita un jinete con mano dura porque tiene la boca dura y una voluntad muy terca. Yo estoy acostumbrado a él. A decir verdad, le tengo mucho cariño. Me he separado de dos caballos mucho mejores, pero este bribón se parece a mí y no lo cambiaría por nada del mundo.

No hubiera podido expresar mejor lo que Cadfael pensaba de él. ¡Este bribón se parece a mí y no lo cambiaría por nada del mundo! Había espiado por su cuenta, había cedido generosamente dos caballos muy valiosos para pagar la deuda que tenía con una prometida a la que, en realidad, nunca quiso, y se tomó toda clase de pacientes y tortuosas molestias para salvar a la muchacha y ayudarla a emprender la huida, quedándose él con el tesoro, tal como era justo que hiciera. ¡Bien, bien, hay que ver lo que se aprende en el libro de nuestros semejantes!

Ambos regresaron juntos por el mismo camino que la primera vez, más amigos que nunca. Tomaron aquel camino más largo por ser el que mejor se adaptaba a los caballos. La noche tibia estaba tranquila, desafiando aquellos tiempos tan revueltos y alborotados con la serena afirmación de su permanente estabilidad.

—Me temo —dijo Hugo Berengario en tono compungido— que os habéis perdido maitines y laudes por mi culpa. Si yo no hubiera provocado

esta demora, hubierais podido estar de vuelta a medianoche. Tendremos que compartir la penitencia.

—Vos y yo —replicó crípticamente Cadfael— ya compartiremos una penitencia. Bien, no hubiera podido desear una compañía más estimulante. Podemos agravar mi delito, cabalgando despacio. No es frecuente que un hombre pueda disfrutar de un paseo nocturno a caballo con tanta paz y seguridad.

Ambos pasaron un buen rato en silencio, enfrascados en sus propias reflexiones hasta que, en determinado momento, sus hilos se entrecizaron y Berengario dijo con firmeza no exenta de afecto:

—La echaréis de menos.

No en vano se había pasado varios días observando y aprendiendo.

—Como si me hubieran arrancado una fibra del corazón —reconoció fray Cadfael sin ambages—, pero otros ocuparán su lugar. Era una buena chica y también un buen mozo, si me permitís la licencia. Rápida en los estudios y buena trabajadora. Espero que sea una buena esposa. El joven está hecho para ella. ¿Visteis que sólo movía un hombro? Un arquero real estuvo a punto a arrancarle el otro, pero ahora, con los cuidados de Godith, se curará. Llegarán a Francia sanos y salvos —tras una pausa de meditación, Cadfael preguntó con sincera curiosidad—: ¿Qué hubierais hecho si uno de nosotros hubiera desafiado vuestras órdenes y se os hubiera enfrentado?

—Creo que hubiera hecho el peor ridículo de mi vida —contestó

Berengario, soltando una carcajada— porque mis hombres sabían perfectamente que no tenían que disparar. Pero el arco es un buen persuasor y, por otra parte, un sujeto imprevisible como yo *podía* hablar en serio. ¿Por qué?

¿Acaso no me creísteis capaz de hacerle daño a la chica?

Cadfael no consideró oportuno dar una respuesta sincera todavía y procuró

contemporizar:

—Si lo pensé, en seguida me di cuenta de mi error. Los arqueros hubieran podido matarla antes de que Toroldo la protegiera con su cuerpo. No, lo advertí muy pronto.

—¿Y no os sorprende que yo supiera lo que habíais traído a la granja y lo que pensabais recoger allí esta noche?

—Ninguna manifestación de vuestra astucia puede sorprenderme a estas alturas —contestó Cadfael—. Deduzco que la noche en que lo traje debisteis de seguirme desde el río. Y también que me ayudasteis deliberadamente a conducir vuestros caballos allí con dos propósitos: alentarme a trasladar el tesoro desde el lugar donde lo guardaba, y permitir la huida de esos jóvenes, pero sin el tesoro. La mano derecha luchando con la izquierda, eso es muy propio de vos. ¿Por qué estabais tan seguro de que sería esta noche?

—Pues porque, en vuestro lugar, yo me hubiera apresurado a sacarlos de aquí cuanto antes, aprovechando que la búsqueda ya había terminado de manera infructuosa. Hubierais tenido que ser un necio para desaprovechar la ocasión. Y, tal como averigüé hace tiempo, no tenéis un pelo de tonto, fray Cadfael.

—Tenemos muchas cosas en común, vos y yo —convino Cadfael con la cara muy seria—. Pero, una vez supisteis que el fardo estaba oculto en la granja, ¿por qué no os apoderasteis de él? En tal caso, también hubierais podido permitir que los muchachos se fueran sin el tesoro, como han hecho ahora.

—¿Y quedarme durmiendo en la cama mientras ellos se iban? ¿Sin hacer las paces con Godith, dejando que se fuera a Francia convencida de que yo era su enemigo y capaz de semejante vileza? No, no hubiera podido resistirlo. Tengo mi orgullo. Quería que las cosas terminaran bien y sin rencor. También tengo curiosidad. Quería ver al joven que le ha robado el corazón. El tesoro estaba a salvo hasta que vos decidierais el momento de la huida. ¿Por qué inquietarme?

De esta manera, todo resultaba más satisfactorio.

—Eso, sin duda —convino enérgicamente Cadfael.

Ya habían llegado al lindero del bosque y el camino de Sutton, y estaban a punto de girar al norte hacia San Gil, envueltos en una amistosa atmósfera que no parecía sorprender a ninguno de los dos.

—Esta vez —dijo Berengario—, entraremos por la caseta de vigilancia como dos disciplinados moradores de la casa, aunque la hora sea un poco insólita. Y, Si no os parece mal, podríamos llevar esto directamente a vuestra cabaña del huerto, descansar allí el resto de la noche y averiguar lo que contiene. Me gustaría ver cómo ha vivido Godith bajo vuestro cuidado y qué artes ha aprendido. Me pregunto dónde estarán ahora.

—Cerca de Pool o algo más allá. El camino es muy bueno en general. Sí, venid a verlo por vos mismo. Preguntasteis por ella en la ciudad, ¿verdad? En casa de Edric Flesher. Petronila recelaba mucho de vuestros motivos.

—No me extraña —dijo Berengario, riéndose—. Nadie hubiera sido suficiente para su niña, me tuvo antipatía desde el principio. En fin, ahora podréis tranquilizarla.

Llegaron a la silenciosa puerta fortificada de la abadía y avanzaron entre las dos hileras de casas a oscuras mientras los cascos de sus caballos resonaban

siniestramente en la quietud de la noche. Algunos preocupados moradores abrieron un poco los postigos para mirar, pero su apariencia era tan tranquila y pacífica que nadie hubiera podido recelar de ellos. Los cautelosos fisgones regresaron a la cama sin temor. Por encima de los altos muros de la abadía, la iglesia se levantaba hacia la izquierda, y la angosta abertura del portillo destacaba con toda claridad en la oscura puerta.

El portero era un hermano lego y le sorprendió un poco ver a dos jinetes a aquella hora. En cuanto los reconoció, comprendió que debían de regresar de alguna diligencia lícita, cosa nada extraña en los tiempos que corrían. Estaba medio dormido y no se molestó en acompañarlos a los establos, donde ambos atendieron a los caballos antes de dirigirse con su carga a la cabaña del huerto. Berengario hizo una mueca cuando la levantó.

—¿Llevasteis este peso sobre vuestras espaldas? —preguntó, arqueando las cejas.

—Sí —contestó Cadfael con toda sinceridad—, vos mismo lo visteis.

—En tal caso, es lo que llamo un noble esfuerzo. ¿Os importaría cargarlo otra vez estos pocos pasos?

—No estoy muy seguro —dijo Cadfael—. Ahora ya es vuestro.

—¡Me lo temía! —exclamó Berengario.

Pero estaba muy contento porque había actuado según sus principios, se había justificado ante Godith y tenía en su poder el premio que anhelaba. A pesar de su delgadez, era más fuerte de lo que se hubiera pensado pues levantó

y transportó el fardo sin ninguna dificultad hasta el herbario.

—Tengo un pedernal y una mecha por ahí —dijo Cadfael, entrando el primero en la cabaña—. Esperad a que encienda una lámpara. Aquí dentro hay muchas cosas que pueden romperse.

Encontró la caja, hizo chispas junto a la carbonizada mecha enroscada y encendió el pabilo que flotaba en un pequeño cuenco de aceite. La llama prendió y se elevó en silencio, arrojando una suave luz sobre las extrañas formas de los frascos, los morteros, las redomas y los montones de hierbas que perfumaban el aire.

—Sois como un alquimista —dijo Berengario, sorprendido—. No me extrañaría que fuerais brujo —depositó el fardo en el suelo de la cabaña y miró

con interés a su alrededor—. ¿Aquí pasaba ella las noches? —contempló la cama todavía revuelta a causa del inquieto y espasmódico sueño de Toroldo—. Hicisteis todo esto por ella. Debisteis de adivinar su engaño el primer día.

—En efecto. No fue muy difícil. Viví mucho tiempo en el mundo. ¿Queréis saborear mi vino? Está hecho de peras, cuando la cosecha es buena.

—¡Con mucho gusto! Por vuestro triunfo sobre todos los adversarios... menos Hugo Berengario.

El joven se arrodilló y desató la cuerda de su premio. Un saco dio paso a otro, y el segundo a un tercero. No tenía demasiada prisa y no mostraba excesiva avidez, simplemente cierta curiosidad. Del tercer saco, extrajo un hato de ropa oscura que se abrió en cuanto lo libraron de su encierro, extendiendo unas inequívocas mangas sobre el suelo de tierra de la cabaña. Entre las prendas oscuras, sobresalía una camisa blanca que, al abrirse, reveló tres grandes piedras lisas, un cinturón de cuero y una daga corta en una vaina de cuero. Al final, apareció en el centro un objeto pequeño, duro y brillante que despidió destellos amarillos al rodar por el suelo y que adquirió un color entre plateado y dorado cuando se detuvo a los pies de Berengario. Y eso fue todo.

Todavía de rodillas, el joven lo miró una y otra vez en muda perplejidad, arqueando sus cejas oscuras casi hasta el techo mientras sus oscuros ojos observaban a su alrededor con asombro y consternación. No se podía leer nada más en aquel semblante por una vez diáfano. Ni extrañeza, ni alarma ni sentimiento de culpa. Berengario se inclinó hacia adelante y, con un gesto de la mano, separó las misteriosas prendas, las miró boquiabierto y recogió las piedras. Sus cejas se alzaron y descendieron de nuevo a su nivel normal. El fulgor de sus ojos daba a entender que lo había comprendido todo. El joven miró de soslayo a Cadfael y soltó una sincera

carcajada que hizo temblar los montones de hierbas medicinales mientras su cuerpo se estremecía sin poderlo evitar. Viéndolo, Cadfael también rompió a reír.

—Y yo que me compadecía de vos —dijo Berengario, enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano como un niño—, ¡mientras vos me teníais reservada esta sorpresa! Qué necio fui al pensar que podría engañaros, sabiendo cómo erais.

—Tomad, bebed esto —le instó Cadfael, ofreciéndole el bocal que había llenado—. Por vuestro triunfo sobre todos los adversarios... ¡menos Cadfael!

Berengario lo aceptó y bebió de buen grado.

—Os lo merecéis —dijo—. Habéis reído el último, pero, por lo menos, me habéis permitido disfrutar un rato. Jamás en mi vida me divertiré tanto. Pero

¿qué y cómo lo hicisteis? Juro que no os quité los ojos de encima. Vos *sacasteis* lo que aquel joven había ocultado bajo el agua, oí cómo lo levantabais, y el rumor del agua que se escurría sobre la piedra.

—Sí, pero volví a hundirlo muy despacio. Esto ya lo llevaba en la barca. El

verdadero lo sacaron Godith y su enamorado en cuanto vos y yo nos alejamos.

—¿Y ahora lo tienen ellos? —preguntó Berengario, poniéndose momentáneamente muy serio.

—Lo tienen. Pero espero que ya estén en Gales, donde la mano de Owain de Gwynedd les protegerá.

—¿O sea que advertisteis en seguida que os seguía y os vigilaba?

—No teníais más remedio que hacerlo para encontrar vuestro tesoro. Nadie más podía conducirlos hasta él. Cuando uno no puede librarse de la vigilancia

—sentenció juiciosamente Cadfael—, lo mejor que puede hacer es aprovecharla.

—Y vaya si lo hicisteis. ¡Mi tesoro! —repitió Berengario como un eco, contemplándolo una vez más entre risas—. Bien, ahora comprendo mejor a Godith. ¡En una justa victoria y una justa derrota, dijo, no puede haber resquemores! ¡Y no los habrá! —el joven volvió a observar con más detenimiento los objetos esparcidos por el suelo y, tras fruncir el ceño un instante, levantó los ojos y los clavó en Cadfael—. Las piedras y los sacos,

cualquier cosa capaz de engañar, lo comprendo —dijo—. Pero eso, ¿por qué?

¿Qué tienen que ver todas estas cosas conmigo?

—No las reconocéis..., lo sé. No tienen nada que ver con vos, afortunadamente para mí y para vos. Éstas —añadió Cadfael, agachándose para recoger y sacudir la camisa, los calzones y la chaqueta— son las prendas que llevaba Nicolás Faintree la noche en que fue estrangulado en una cabaña de los bosques de Frankwell y arrojado entre los ajusticiados bajo las murallas del castillo para camuflar el asesinato.

—El cadáver de m{s... —dijo Berengario en voz muy alta.

—El mismo. Toroldo Blund iba con él, pero eso ocurrió cuando ambos se habían separado. El asesino iba también a por él, pero la segunda vez falló. Toroldo venció en la pelea y se fue con el tesoro.

—Eso lo sé —dijo Berengario—. Oí lo que os dijo y lo que vos le dijisteis aquella noche en el molino, pero nada más —el joven contempló largo rato el calzón pardo oscuro y la chaqueta de paño bermejo, propios de un joven vasallo, y miró fijamente a Cadfael con la cara muy seria—. Lo comprendo. Lo reunisteis todo para abalanzaros sobre mí cuando estuviera desprevenido... y pensara encontrar otra cosa muy distinta. Para que lo viera y me espantara de mi propio delito.

»Si eso ocurrió la noche de la caída de la ciudad, recuerdo que había salido a cabalgar solo. Aquella misma tarde estuve en la ciudad y, si he de ser sincero, gracias a Petronila averigüé muchas más cosas de las que ella me dijo. Sabía que dos hombres estarían en Frankwell, aguardando la caída de la noche, aunque en realidad yo buscaba alguna clave sobre el paradero de Godith, y también la

conseguí. Sí, comprendo que podría ser sospechoso del asesinato, pero ¿os parezco un hombre capaz de matar de forma tan vil sólo para apoderarme de la basura que esos muchachos se llevan a Gales?

—¿Basura? —repitió Cadfael con expresión pensativa.

—Bueno, no cabe duda de que es útil y agradable tenerlo, pero, una vez satisfechas las propias necesidades, el resto es basura. ¿Os lo podéis comer, podéis vestiros con ello, montarlo como si fuera un caballo, resguardaros de la lluvia y el frío, leerlo como si fuera un libro, tocar música o amarlo como se ama a una persona?

—Puede comprarse el favor de los reyes —apuntó Cadfael.

—Ya cuento con el favor del rey. Muchas veces baila al son que le tocan sus consejeros, pero cuando le dejan en paz sabe apreciar a un hombre en lo que vale. Exige servicios indignos cuando está enfadado o siente deseo de vengarse, pero desprecia a quien se apresura servilmente a cumplirlos sin darle tiempo a arrepentirse de sus decisiones injustas. Estuve con él parte de aquella noche y me ha otorgado la gracia de custodiar mis castillos y defender la frontera en su nombre, reuniendo los hombres y los medios a mi manera, lo cual me complace mucho. Sí, me hubiera gustado ofrecerle el tesoro de FitzAlan, de haber tenido ocasión, pero no me importa demasiado haberlo perdido. Además, fue una noble rivalidad. Por consiguiente, responded a mi pregunta, Cadfael, ¿os parezco un hombre capaz de estrangular por la espalda a un semejante sólo por dinero?

—¡No! Las circunstancias permitían suponerlo, pero hace tiempo que excluí

esta posibilidad. No sois un hombre así. Os tenéis en demasiada estima para atribuir más valor a un puñado de oro que a vuestra propia dignidad. Antes de ponerlos a prueba esta noche —dijo Cadfael—, ya estaba todo lo seguro que puede estar un hombre de que deseabais librar a Godith del peligro y que me alentabais indirectamente a sacarla de aquí. Que, al mismo tiempo, intentarais apoderaros del oro, me parece muy justo. No, no sois mi hombre. Seríais capaz de muchas cosas, pero, ahora que os conozco, no os considero capaz de matar a un hombre a traición. Bueno, ya veo que no podéis ayudarme. Nada de lo que haya aquí os conmueve porque nada podéis reconocer.

—No, no se trata de reconocer —Berengario tomó el topacio engarzado en la garra de plata rota y lo examinó cuidadosamente. Se levantó y se acercó a la lámpara para analizarlo mejor—. Jamás lo he visto. Pero, a pesar de todo, me escuecen los pulgares. Me parece que lo conozco. Estuve con Aline cuando preparaba el cuerpo de su hermano para la sepultura. Reunió todas sus cosas y creo que os las entregó para que las distribuyerais como limosna, todas menos la camisa manchada con el sudor de la muerte. Comentó que faltaba algo..., una daga que era hereditaria en su familia... y siempre pasaba al primogénito que alcanzaba la mayoría de edad. Me la describió y creo que ésta podría ser la
piedra preciosa que remataba la empuñadura. ¿Dónde la encontrasteis?

—

preguntó el joven, frunciendo el ceño—. No la llevaría el muerto, ¿verdad?

—No, eso no. La encontré en el suelo de la cabaña donde Toroldo forcejeó y luchó con el asesino. Tampoco pertenece a una daga de Toroldo. Sólo hay una persona que pudo llevarla.

—¿Estáis diciéndome que fue el hermano de Aline quien asesinó a Faintree?

—preguntó Berengario, horrorizado—. ¿Tendrá ella que soportar también esta deshonra?

—Estáis olvidando, por una vez, la noción del tiempo —contestó fray Cadfael en tono tranquilizador—. Gil Siward murió varias horas antes de que asesinaran a Nicolás Faintree. No, no temáis, ninguna culpa podrá recaer sobre Aline. Creo que el asesino de Nicolás primero robó el cuerpo de Gil y después tendió una emboscada, portando la daga que con tanta ruindad había robado. Berengario se sentó bruscamente sobre la cama de Godith, sosteniéndose la cabeza entre las manos.

—Por el amor de Dios, dadme un poco más de ese vino. La cabeza me da vueltas —Cadfael volvió a llenarle el bocal y el joven bebió con avidez. Luego tomó nuevamente el topacio y lo sopesó en la mano—. Entonces ya tenemos algún indicio sobre el hombre al que buscáis. Sin duda estuvo presente, por lo menos durante una parte, en la horrible matanza perpetrada en el castillo porque fue allí, si no nos equivocamos, donde robó la valiosa arma a la que pertenece esta piedra. Pero se marchó antes de que concluyera la carnicería, ya que ésta se prolongó hasta la noche y parece que, para entonces, él ya estaba aguardando al acecho al otro lado de Frankwell. ¿Cómo averiguó sus planes?

¿No será que alguno de aquellos pobres desdichados trató de salvar la vida, traicionándoles? Vuestro hombre estaba allí cuando comenzó la matanza, pero se fue antes de que terminara. Prestcote sin duda estaba, Ten Heyt y sus flamencos fueron los encargados de cumplir la tarea y tengo entendido que Courcelle se fue en cuanto pudo y se entregó a una misión mucho más limpia, registrar las casas de la ciudad en busca de FitzAlan, cosa que no le reprocho.

—No todos los flamencos hablan inglés —señaló Cadfael.

—Pero algunos, sí. Y entre los noventa y cuatro condenados debía de haber más de uno que hablara francés. Cualquier flamenco pudo quedarse con la daga. Una pieza valiosa que un muerto ya no necesita. Os digo,

Cadfael, que pienso lo mismo que vos y considero que semejante muerte no puede dejarse sin castigo. ¿No os parece, puesto que ya no puede causarle más vergüenza o dolor, que podría mostrarle esta piedra a Aline para averiguar si pertenece o no a la empuñadura que ella conocía?

—Me parece que sí —contestó Cadfael—. Cuando termine el capítulo, volveremos a reunimos aquí, si queréis. Eso si en el capítulo no me imponen

una penitencia que me obligue a apartarme de la vista de los hombres durante una semana.

Las cosas ocurrieron de una forma muy distinta. Si alguien observó su ausencia en maitines y laudes, debió de olvidarlo antes del capítulo porque nadie, ni siquiera el prior Roberto, lo comentó ni exigió penitencia. Tras la congoja y zozobra de la víspera, se anunciaba otro acontecimiento más esperanzados El rey Esteban, con sus nuevos refuerzos, sus caballos de relevo y los víveres confiscados, se desplazaría al sur hacia Worcester para atacar por sorpresa la ciudadela del conde Roberto de Gloucester, hermanastro y leal defensor de la emperatriz Matilde. La vanguardia de su ejército emprendería la marcha al día siguiente y el rey, acompañado de su guardia personal, se trasladaría aquel mismo día al castillo de Shrewsbury, donde pasaría dos noches, con el fin de inspeccionar y asegurar sus defensas antes de seguir a la vanguardia. Estaba satisfecho del resultado de los saqueos y quería olvidar los rencores, para lo cual aquel martes por la noche había invitado a su mesa del castillo tanto al prior Roberto como al abad Heriberto. En medio de las prisas de los preparativos, los pecados veniales no tenían demasiada importancia. Cadfael regresó agradecido a su cabaña y descansó un rato en la cama de Godith hasta que Hugo Berengario le despertó. Hugo sostenía el topacio en la mano, y su rostro parecía cansado pero sereno.

—Es suyo. Lo tomó en sus manos y lo reconoció. Supuse que no podría haber dos iguales. Ahora voy al castillo porque los hombres del rey ya van de camino, y Ten Heyt y sus flamencos estarán allí. Quiero encontrar al hombre, quienquiera que sea, que robó esta daga cuando Gil ya estaba muerto. Entonces sabremos que no estamos lejos del asesino. Cadfael, ¿no podríais conseguir del abad Heriberto que os llevara consigo esta noche al castillo? Necesita a alguien que le sirva, ¿por qué no vos? Siempre os escucha de buen grado; si se lo pedís, os lo concederá. Entonces, si tengo algo que decir, vos estaréis cerca. Fray Cadfael bostezó, soltó un gruñido y

abrió los ojos a regañadientes para contemplar el rostro joven y moreno que se inclinaba hacia él con expresión vehemente y decidida. Acababa de ganar un poderoso aliado.

—Os mataré por despertarme —musitó—, pero iré.

—Es vuestra causa —le recordó Berengario con una sonrisa.

—Es *mi* causa. Pero ahora, por el amor de Dios, marchaos y dejadme dormir durante la hora de la comida y toda la tarde. Ya me habéis hecho perder suficientes horas para acortarme la vida, sois peor que la peste. Hubo Berengario soltó una carcajada no demasiado alegre esta vez, trazó la señal de la cruz sobre la despejada frente morena de Cadfael y se fue.

11

En la cena real hubo un servidor para cada plato. El abad Heriberto no tuvo ninguna dificultad en sugerir que el monje que se había encargado de sepultar a los ajusticiados en fosas comunes, y que incluso había hablado con el rey a propósito del cadáver de más, le acompañara para ser interrogado en caso necesario. El prior Roberto llevó consigo a su consabida sombra aduladora, fray Jerónimo, el cual se mostraría sin duda infatigable con el aguamanil, la servilleta y la jarra, y sin duda sería mucho más servicial que Cadfael, cuya mente estaría ocupada en otros asuntos. Ambos eran viejos enemigos, en la medida en que fray Cadfael pudiera tener enemistades. Aborrecía las tonsuras tan enfermizamente pálidas como la de su hermano en religión. La ciudad deseaba celebrar festejos no tanto en honor del rey cuanto en el de su partida, aunque el efecto fue el mismo. Edric Flesher bajó a la calle mayor desde su tienda para ver pasar a los invitados, y Cadfael le guiñó furtivamente el ojo dándole a entender que más tarde hablaría con él sobre cosas tan satisfactorias que bien podrían aplazarse sin temor. A cambio, recibió una ancha sonrisa y el saludo de una gruesa mano. Petronila lloraría por la partida de su corderita, pero se alegraría de que se hubiera salvado del peligro y tuviera un acompañante tan digno de ella. Tengo que ir a verles, pensó Cadfael, en cuanto termine este último deber.

Junto a la puerta de la ciudad, Cadfael vio al viejo ciego luciendo casi con orgullo los calzones de Gil Siward mientras tendía la mano para pedir limosna. Al llegar a la cruz de piedra, vio a la menuda anciana tomando de la mano a su nieto retrasado mental, el del labio colgante; la preciosa chaqueta marrón le sentaba muy bien al muchacho, que mostraba en su

rostro una radiante expresión de felicidad. ¡Oh, Aline, si vierais lo que hace la caridad, aparte proporcionar comida y ropa con que cubrirse!

Allí donde la calzada empezaba a subir desde la calle hasta la entrada del castillo, los mendigos que seguían al campamento real habían ocupado posiciones sabiendo que el representante real, el obispo Roberto de Salisbury, había llegado para reunirse con su señor, acompañado de un numeroso séquito de clérigos importantes y acaudalados. Osbern el Cojo estaba con su carrito junto a la caseta de entrada para pedir cómodamente limosna sin tener que moverse. Los gastados zuecos de madera que usaba para desplazarse estaban cuidadosamente colocados al lado del carrito encima de la capa negra que no necesitaría hasta la noche. La capa estaba doblada de tal forma que se veía con toda claridad el broche de bronce del cuello destacando orgullosamente sobre el paño negro. Era el dragón de la eternidad, mordándose la cola. Cadfael dejó pasar a los demás y se detuvo para intercambiar unas palabras

con el tullido.

—Bueno, ¿qué tal te ha ido desde la última vez que te vi junto al puesto de guardia real? Aquí el sitio es más ventajoso.

—Os recuerdo —contestó Osbern, mirándole con ojos curiosamente claros e ingenuos en un rostro casi tan deforme como su cuerpo—. Sois el monje que me regaló la capa.

—¿Te ha hecho un buen servicio?

—Sí, y recé por la dama tal como me pedisteis. Pero estoy preocupado, hermano, porque el hombre que la usó antes que yo está muerto, ¿verdad?

—Lo está —contestó Cadfael—, pero eso no debe preocuparte. La dama que te la envió es su hermana y ten por seguro que su generosidad bendice la dádiva. Póntela y no temas.

Estaba a punto de seguir adelante cuando una rápida mano le agarró por los faldones del hábito y Osbern dijo con voz suplicante:

—Pero, hermano, temo ser culpable. Porque vi al hombre vivo, con esta capa...

—¿Le viste? —preguntó Cadfael en un ansioso susurro.

—Sucedió una noche. Yo tenía mucho frío y pensé: ¡ojalá el buen Dios me enviara una capa como ésa para no pasar frío! ¡Hermano, los pensamientos son a veces una oración! Antes de que transcurrieran tres días, Dios me envió la capa. ¡Vos mismo la arrojasteis en mis brazos! ¿Cómo puedo tener paz ahora?

Aquella noche el joven me dio una moneda de plata, y me pidió que por la mañana rezara por él, y así lo hice. Pero ¿cómo es posible que mi primera oración invalidara la segunda? ¿Y si mis oraciones, pidiendo una capa, hubieran llevado a un hombre a la tumba?

Cadfael le miró en silencio mientras un estremecimiento helado le recorría la columna vertebral. Aquel hombre tenía la mente muy clara y sabía muy bien lo que decía. Su angustia era profunda y sincera y merecía ser tenida en cuenta, en cualquier caso.

—Quítate esos pensamientos de la cabeza, amigo —le dijo Cadfael con firmeza—. Sólo el diablo puede habértelos inspirado. Si Dios te concedió lo que anhelas, fue para extraer una pequeña parte de bien de un gran mal del que no eres en absoluto culpable. Sin duda las oraciones que rezaste por el primer propietario de la capa son también ahora una ayuda para su alma. Ese hombre pertenecía a la guarnición de FitzAlan y fue ajusticiado tras la rendición del castillo por orden del rey. No temas, su muerte no recae sobre tu conciencia y ningún sacrificio tuyo hubiera conseguido salvarlo.

El rostro de Osbern se iluminó un poco, pero el mendigo sacudió la cabeza desconcertado.

—¿Era un hombre de FitzAlan? Pero ¿cómo es posible si yo le vi entrar y salir del campamento?

—¿Le viste? ¿Estás seguro? ¿Cómo sabes que ésta es la misma capa?

—Pues, por el cierre del cuello. Lo vi con toda claridad a la luz de las hogueras cuando se detuvo para entregarme la moneda.

En tal caso, no podía equivocarse, pensó Cadfael. Era imposible que hubiera dos diseños exactamente iguales. Además, él mismo había visto la hebilla a juego del cinto de Gil Siward.

—¿Cuándo le viste? —le preguntó al mendigo—. Cuéntame qué ocurrió.

—Fue la víspera del asalto, hacia medianoche. Yo estaba junto al puesto de guardia para calentarme con la hoguera. Le vi acercarse entre los arbustos, no abiertamente sino como una sombra. Se detuvo cuando le pidieron el santo y seña y solicitó ser conducido ante el capitán de la guardia porque tenía que decirle algo muy importante para el rey. Mantenía el rostro oculto, pero era joven. ¡Y tenía miedo! Pero ¿quién no hubiera tenido miedo en aquellos momentos? Lo acompañaron dentro. Más tarde, le vi regresar y le dejaron salir. Dijo que tenía órdenes de volver para que no hubiera sospechas. Eso fue todo lo que oí. Parecía más animado y menos

asustado. Por eso me atreví a pedirle una limosna. Me la dio y me rogó que rezara una oración por él. Reza una oración por mí mañana, me dijo... ¡Y vos decís ahora que murió a la mañana siguiente!

Estoy bien seguro de que, cuando se fue, no esperaba morir.

—No —dijo Cadfael, compadeciéndose de todos los pobres hombres, débiles y asustados—, estoy seguro de que no. Nadie de nosotros conoce el día. Pero puedes rezar por él, tus oraciones serán beneficiosas para su alma. Quítate de la cabeza esa idea de que le hiciste daño, porque no es así. No le deseaste ningún mal, y Dios escucha los sentimientos del corazón. No se lo deseaste y no se lo hiciste.

Cadfael dejó a Osbern tranquilo y reconfortado, pero entró en el castillo con la cara de la angustia y la zozobra que el cojo le había transmitido. Es lo que siempre ocurre, pensó, para aliviar a otro tienes que echarle la carga encima. ¡Y

menuda carga! Recordó que hubiera tenido que hacer otra pregunta y volvió

sobre sus pasos.

—¿Sabes, amigo, quién era el oficial de la guardia aquella noche?

—No le vi —contestó Osbern, sacudiendo enérgicamente la cabeza—, no salió. No, hermano, eso no os lo puedo decir.

—No te preocupes —dijo Cadfael—. Ahora ya lo has dicho todo y sabes que la capa te vino como una bendición, no como un castigo. Disfrútala tal como mereces.

—Padre abad —dijo Cadfael, acercándose a Heriberto en el patio—, si no me necesitáis hasta la hora de la cena, aquí me quedan ciertos asuntos que resolver sobre Nicolás Faintree.

El rey estaba concediendo audiencias en la sala, y el gran patio estaba lleno a rebosar de clérigos, obispos, representantes de la pequeña nobleza del condado y hasta algún conde, por lo que de todos modos no hubiera habido sitio para los servidores, cuyos deberes empezarían cuando se iniciara la fiesta. El abad se tropezó con su amigo el obispo de Salisbury y gustosamente dejó a Cadfael libre de hacer lo que quisiera.

El monje fue en busca de Hugo Berengario, dándole vueltas a la historia que Osbern acababa de contarle. Aunque la última pregunta no había sido contestada, muchos misterios parecían ahora más claros. No fue un aterrorizado prisionero con la soga al cuello quien se vino abajo y reveló los planes secretos de FitzAlan con respecto al tesoro. No, la traición tuvo lugar

la víspera, cuando la batalla aún no estaba decidida. Y todo se hizo con premeditación, para salvar una vida que, al final, no se salvó. Llegó a escondidas y pidió ser conducido ante el capitán de la guardia, ¡porque tenía que decirle algo que sería importante para el rey! Al salir, le dijo al guardia que tenía órdenes de regresar para que no sospecharan, pero entonces ya estaba más tranquilo. ¡No por mucho tiempo, pobrecillo!

¿Por qué medios o con qué pretexto consiguió salir del castillo? ¿Tal vez con la excusa de reconocer las posiciones del enemigo? Sea como fuere, cumplió las instrucciones de regresar para que nadie sospechara, pero, al volver se encontró

con la muerte de la que creía haber escapado.

Hugo Berengario salió y se detuvo en los peldaños de la gran sala, buscando a una persona entre la multitud allí reunida. Los negros hábitos benedictinos contrastaban con las lujosas galas de los señores, pero Cadfael era más bajo que muchos de quienes lo rodeaban y vio al hombre al que buscaba antes de que éste le viera a él. Empezó a abrirse camino hasta que los penetrantes ojos negros le descubrieron y se iluminaron al verle. Berengario bajó para tomarle del brazo y se retiraron a un lugar más apartado.

—Venid conmigo al pasillo de la guardia. Allí sólo habrá un centinela. Aquí

no podemos hablar —cuando ambos subieron a lo alto de la muralla, el joven buscó un rincón al que nadie pudiera acercarse sin ser visto y miró a Cadfael con el rostro muy serio—. Os leo en la cara que tenéis una noticia. Contádmela en seguida y yo os contaré la mía.

Cadfael le refirió la historia con tanta brevedad como se la contaron a él. Berengario se apoyó en un merlón de la muralla, como preparándose para afrontar una amarga defensa.

—¡Su hermano! —exclamó, consternado—. No pudo ser nadie más que su hermano. Salió de noche del castillo, ocultándose el rostro, habló con el oficial del rey y regresó tal como había venido. ¡Para que no hubiera sospechas! ¡Oh, qué gran dolor! ¡Y todo por nada! Su traición le hizo víctima de otra todavía peor. ¡Vos todavía no lo sabéis, Cadfael, vos no lo sabéis todo! ¡Que, entre tantos hombres, tuviera que ser precisamente *su hermano*!

—No cabe duda —dijo Cadfael—, fue él. Temiendo por su vida y arrepintiéndose de una alianza mal calculada, se presentó ante los

asediadores para salvar su vida a cambio... ¿de qué? ¡Algo importante para el rey! Aquella misma noche habían celebrado un consejo en el que se planeó cómo sacar de aquí el oro de FitzAlan. Alguien averiguó a tiempo lo que llevaban Faintree y Toroldo y qué camino seguirían. Alguien que no debió de decírselo al rey ni a nadie, sino que actuó por su cuenta con el fin de quedárselo todo para él. ¿Por qué si no hubiera terminado todo tal como terminó? El joven, dijo Osbern, regresó para cumplir una orden, más tranquilo y menos asustado.

—Habían prometido respetar su vida —dijo amargamente Berengario— y tal vez otorgarle un puesto de favor junto al rey. No me extraña que regresara más contento. Sin embargo, lo que de veras se pretendía era enviarle de nuevo al castillo para que lo mataran junto con los demás y no viviera para contarlo. Escuchad, Cadfael, lo que me ha contado uno de los flamencos que realizó

aquella ingrata labor desde el principio hasta el final. Me ha dicho que, tras haber ahorcado a Arnulfo de Hesdin, Ten Heyt indicó al verdugo a un joven que tenía que ser el siguiente, diciéndole que la orden procedía de arriba. Y así

la cumplieron. Les hizo mucha gracia, cuando le arrastraron a la muerte, que no lo pudiera creer y pensara, al principio, que era una estratagema para sacarle de las filas de los condenados. Hasta que vio que era verdad y les gritó que estaban equivocados, que él no tenía que morir con los demás, que habían prometido respetarle la vida, que fueran a preguntárselo...

—Que fueran a preguntárselo a Adam Courcelle —dijo fray Cadfael, terminando la frase.

—No..., el nombre no lo sé..., mi informante no lo oyó. ¿Qué os induce a pensar en este nombre en particular? Él sólo estuvo allí un momento, según el relato del flamenco, para echar un vistazo a los cuerpos de los ahorcados y como era muy pronto, debía de haber muy pocos. Después se fue a cumplir su misión y no volvieron a verle. Pensaron que le faltaba valor.

—¿Y la daga? ¿La llevaba Gil cuando lo ahorcaron?

—Sí, porque el flamenco tenía intención de quedarse con ella, pero le relevaron, y cuando luego volvió para quitársela ya había desaparecido.

—Aunque alguien espere una gran recompensa —dijo Cadfael con tristeza—, una ganancia adicional nunca está de más.

Ambos hombres se miraron fijamente un buen rato.

—Pero ¿por qué decís con tanta certeza que fue Courcelle?

—Pienso —dijo Cadfael— en el horror que sintió cuando Aline acudió a recoger el cuerpo de su hermano, y él comprendió lo que había hecho. Si lo hubiera sabido, dijo, ¡si lo hubiera sabido, lo hubiera salvado para vos! ¡A cualquier precio! ¡Perdóname, Dios mío!, eso dijo. Pero en realidad quería decir:

¡Perdonadme, Aline! En aquellos momentos lo dijo con todo su corazón, aunque yo no llamaría a eso arrepentimiento. Recordaréis que devolvió la capa. Creo sinceramente que también hubiera devuelto la daga, de haberse atrevido. Pero no pudo porque estaba rota e incompleta. Me pregunto —dijo Cadfael con expresión meditabunda— qué habrá hecho con ella ahora. Un hombre capaz de arrebatarle semejante objeto a un muerto, no es fácil que se desprenda de él así

como así. Sin embargo, nunca ha permitido que ella lo viera y, además, la corteja en serio. ¿Guardará la daga siempre escondida? ¿O se librará de ella?

—Si estáis en lo cierto —dijo Berengario, todavía no muy convencido—, la necesitamos como prueba. Pero ¿cómo vamos a conseguirla ahora, Cadfael?

Bien sabe Dios que no tengo derecho a hablar porque yo también quise comprar así su seguridad, cuando sus compañeros estaban exhalando el último suspiro. Pero ni vos ni yo podemos demostrar lo ocurrido y causar tan grave daño a una dama inocente y honrada. Bastante sufre ya por su muerte. Dejemos, por lo menos, que piense que se mantuvo fiel hasta el final a la causa que erróneamente había abrazado y que dio su vida por ella..., no que murió

rabiando y gritando que habían prometido respetarle la vida a cambio de aquella traición tan vil. Aline no debe saberlo ahora ni nunca. Fray Cadfael no pudo por menos que mostrarse de acuerdo.

—Pero, si le acusamos y eso se menciona en el juicio, no cabe duda de que entonces saldrá toda la verdad. No podemos permitirlo, y en eso estriba nuestra debilidad.

—Y nuestra fuerza —añadió Berengario con ardor—, porque *él* tampoco puede permitirlo. Quiere ganarse el favor del rey, quiere cargos, pero también quiere a Aline... ¿Pensáis que yo no lo sabía? ¿Qué pensaría Aline de él si alguna vez llegara a enterarse? No, él tendrá tanto empeño

como nosotros en mantener la historia enterrada. Si le damos la oportunidad de resolver el asunto en secreto, la aprovechará.

—Comprendo vuestra inquietud y la comparto —dijo Cadfael—. Pero vos también debéis comprender la mía. No quiero que Nicolás Faintree no pueda descansar en su tumba por falta de justicia.

—Confiad en mí y disponeos a respaldar cualquier cosa que yo diga esta noche en la mesa del rey —dijo Hugo Berengario—. Se hará justicia y será

vengado, pero dejad que lo haga a mi manera.

Cadfael ocupó su sitio detrás de la silla del abad bastante perplejo, sin saber muy bien qué se proponía Berengario y sin estar muy seguro de que pudiera acusar a Courcelle sin la prueba del puñal roto. El flamenco no le vio tomarlo, y el sincero dolor que manifestó ante Aline no demostraba nada. Sin embargo, el rostro de Berengario revelaba venganza y dolor tanto por Aline Siward como por Nicolás Faintree. Lo que más le importaba en aquel momento era que Aline no supiera que su hermano había manchado la sangre y el honor de la familia, y, a tal fin, Berengario no tendría el menor reparo en gastar no sólo la vida de Adam Courcelle sino también la suya. En cierto modo, pensó tristemente Cadfael, le he cobrado tanto afecto a este joven, que no me gustaría que le ocurriera algo malo. Preferiría dejar el caso en manos de la ley, aunque nos cueste Dios y ayuda reunir las pruebas, excluyendo todo lo referente a Toroldo Blund y Godith Adeney. Pero, para eso, necesitaríamos pruebas seguras de que el puñal de Gil Siward pasó a posesión de Adam Courcelle y, a ser posible, que el puñal coincide con la pieza que descubrí en el lugar del asesinato. De lo contrario, él mentirá, lo negará todo y dirá que nunca vio el topacio ni el puñal al que pertenecía, y que no tiene más que responder. En la encumbrada posición que goza junto al rey, nadie podrá atacarle.

Aquella noche no asistió ninguna dama a la cena porque se trataba de una ocasión estrictamente política y militar, pero la gran sala estaba adornada con tapices y colgaduras e iluminada con grandes antorchas. El rey parecía de muy buen humor porque los víveres para la guarnición estaban asegurados y los encargados de los saqueos habían hecho un buen trabajo. Desde su lugar detrás de Heriberto en la alta mesa del rey, Cadfael contempló la sala y calculó por lo bajo quinientos invitados. Buscó a Berengario y le localizó elegantemente ataviado en una mesa más baja, conversando animadamente con sus compañeros de mesa como si no

tuviera la menor preocupación. Sabía dominar muy bien la expresión de su rostro y, cuando miró fugazmente a Courcelle, no hubo nada en él que llamara la atención o delatara sus graves propósitos. Courcelle se sentaba a la alta mesa del rey, aunque casi al fondo, detrás de varios personajes encumbrados. Era alto y apuesto, y gozaba de la amistad del rey. ¡Qué extraño que semejante hombre hubiera considerado necesario robar en secreto y hacerlo por medio de un acto tan humillante! Pero, en medio del caos de aquella guerra, ¿de veras era tan extraño? ¡El favor del rey podía perderse junto con el rey, los barones cambiaban de bando según las mudanzas de la fortuna e incluso los condes buscaban su propio provecho en lugar de defender una causa que podía derrumbarse a sus pies y dejarles prisioneros y arruinados! Courcelle era un simple signo de los tiempos; en cuestión de pocos años, los hombres como él se multiplicarían en todos los rincones del reino.

No me gusta el camino que sigue Inglaterra, pensó Cadfael, dominado por un oscuro presentimiento. Y, por encima de todo, no me gusta lo que va a suceder porque, con tanta certeza como que Dios nos mira, Hugo Berengario está a punto de lanzarse a un campo incierto, casi desarmado. El monje estuvo muy nervioso durante la larga cena. El abad Heriberto le pidió muy pocas cosas dado que era abstemio y comía con frugalidad. Cadfael sirvió y escanció, acercó el aguamanil y la servilleta y esperó con sombría resignación.

Cuando retiraran los platos y sólo quedara el vino sobre las mesas mientras los músicos siguieran tocando en honor de los comensales, los criados podrían comer de las sobras que hubiera en las cocinas; los cocineros y los sollastres ya estaban tomando sus raciones y buscando rincones tranquilos donde sentarse a comer. Cadfael tomó un plato, lo llenó de trozos de carne y cruzó con él el gran patio para llevárselo, junto con un bocal de vino, a Osbern el Cojo, que aguardaba en la puerta. ¿Por qué los pobres no iban a disfrutar por una vez a costa del rey, aunque la costa bajara, en realidad, de personaje en personaje hasta recaer finalmente en los propios pobres? Ellos, que siempre pagaban, nunca tenían ocasión de participar del regocijo.

Cadfael estaba a punto de regresar a la sala cuando sus ojos se posaron en un niño de unos doce años, sentado bajo la luz de una antorcha en la parte inferior de la caseta de vigilancia. Con la espalda cómodamente apoyada contra el muro, el niño trinchaba su ración de carne en trozos más

pequeños con la ayuda de un cuchillo de hoja estrecha. Cadfael ya le había visto antes en la cocina, limpiando el pescado con aquel mismo cuchillo, pero entonces no le vio el mango, como tampoco lo hubiera visto en aquel momento si el chiquillo no lo hubiera dejado en el suelo mientras comía.

Cadfael se detuvo a mirarle en silencio. Aquello no era un cuchillo de cocina sino una daga con una redondeada empuñadura de plata adornada con delicadas filigranas y con todo un anillo de refulgentes piedras preciosas alrededor de la base de la hoja. La empuñadura de plata estaba rota en su extremo. Era difícil de creer, pero imposible de no creer. Tal vez, el pensamiento era de veras una oración.

Se dirigió al muchacho con mucho cuidado; no quería alarmar al instrumento inconsciente de la justicia.

—¿De dónde has sacado este cuchillo tan bonito, hijo mío?

El niño levantó los ojos muy tranquilo y esbozó una sonrisa. Cuando terminó de tragarse el bocado que le hinchaba los carrillos, contestó alegremente:

—Lo encontré. No lo robé.

—Dios me libre de pensarlo, hijo. ¿Dónde lo encontraste? ¿Tienes también la funda?

El cuchillo estaba a su lado en las sombras y el niño le dio orgullosamente unas palmadas.

—Lo pesqué en el río. Tuve que zambullirme, pero lo encontré. Es mío de verdad, padre, el dueño no lo quería, lo tiró. Seguramente porque estaba roto. Pero es el mejor cuchillo para cortar pescado que jamás he tenido.

¡Con que lo había tirado! Sin embargo, no sólo porque la empuñadura estuviera rota.

—¿Le viste arrojarlo al río? ¿Cuándo fue y dónde?

—Estaba pescando al pie del castillo y desde la puerta que llaman del agua bajó un hombre solo hasta la orilla del río, arrojó el puñal y regresó al castillo. Cuando se fue, me zambullí donde lo había visto caer y lo encontré. Fue al anochecer, la misma noche que trasladaron todos los cuerpos a la abadía..., mañana se cumplirá una semana. Fue el primer día que se pudo volver a pescar.

Sí, todo encajaba a la perfección. Aquella misma tarde, Aline llevó el cuerpo de Gil a la iglesia de San Alkmundo y dejó a Courcelle destrozado por inútiles remordimientos y en posesión de un objeto que podría apartarla

para siempre de su lado, en caso de que lo viera alguna vez. Entonces hizo lo único que podía hacer, arrojarlo al río, sin pensar que un ángel vengador bajo la apariencia de un niño que pescaba en la orilla, lo recuperaría y lo mostraría cuando más seguro se creyera.

—¿No sabías quién era aquel hombre? ¿Cómo era? ¿Qué edad tendría?

Todavía quedaba un asomo de duda; lo único que tenía para respaldar su sospecha era el recuerdo del rostro horrorizado y la voz entrecortada de Courcelle, suplicando perdón ante el cuerpo sin vida de Gil Siward. El niño se encogió de hombros con indiferencia, incapaz de describir lo que había visto con toda claridad.

—Un hombre. No le conocía. No tan viejo como vos, padre, pero bastante viejo.

Para él, cualquier hombre de la misma generación que su padre hubiera sido viejo, aunque su padre sólo tuviera treinta y uno o treinta y dos años.

—¿Le reconocerías si volvieras a verle? ¿Podrías señalarlo entre muchos?

—¡Pues, claro! —contestó el niño, casi ofendido.

Sus ojos eran jóvenes, brillantes y observadores.

Aunque no tuviera la lengua demasiado suelta, por supuesto que reconocería al hombre si le volviera a ver. —Envaina el cuchillo, hijo mío, y ven conmigo —dijo Cadfael con decisión—. No te asustes, que nadie te quitará el

tesoro. Si más tarde tienes que cederlo, serás generosamente recompensado. Sólo necesito que repitas lo que me has dicho. Te aseguro que no te pesará.

En cuanto entró en la sala con el niño, más emocionado que inquieto, Cadfael comprendió que había llegado tarde. La música había enmudecido y Hugo Berengario se había levantado. En aquellos momentos se estaba acercando al estrado donde se hallaba la alta mesa del rey. Le oyó levantar su voz clara mientras subía y se detenía ante el rey.

—Alteza, antes de vuestra partida a Worcester, hay una cuestión en la que os suplico que me escuchéis y hagáis justicia. Exijo justicia sobre alguien que está presente aquí y que ha abusado de vuestra confianza, robando a un muerto para vergüenza de su noble cuna y cometiendo un asesinato para vergüenza de su hombría de bien. Apuesto mi propia vida en ello. ¡He aquí mi prenda!

Venciendo sus propios recelos, el joven había aceptado las deducciones de Cadfael hasta el extremo de apostar su vida. Acto seguido, se inclinó hacia adelante e hizo rodar sobre la mesa una cosa redonda y brillante que resonó con suavidad al chocar con la copa del rey. Se hizo un profundo silencio. Lóelas las cabezas que rodeaban la mesa siguieron el destello amarillo que osciló

irregularmente sobre la superficie, renqueando en su engarce roto, y volvieron a levantarse para mirar al joven que lo había arrojado. El rey tomó el topacio y lo examinó en sus grandes manos, con el rostro inicialmente perplejo y después cauteloso y meditabundo, mientras miraba a Hugo Berengario sin pestañear. Cadfael, abriéndose paso entre las mesas más bajas, tomó al desconcertado niño de la mano sin apartar los ojos de Adam Courcelle, sentado rígidamente al fondo de la mesa. Sabía controlar sus emociones y no parecía más sorprendido o curioso que los hombres que le rodeaban. Sólo la mano apretada alrededor de la cuerna traicionaba su consternación. ¿O serían tal vez figuraciones nacidas de una idea preconcebida? Cadfael ya no estaba seguro de su propia capacidad de juicio, lo cual le disgustaba y enfurecía a la vez.

—Habéis buscado el momento más oportuno para descargar vuestro trueno

—dijo el rey al final, apartando los ojos de la piedra preciosa que sostenía en la mano y mirando a Berengario.

—Lamento tener que estropear la cena de Vuestra Alteza, pero no quiero demorar lo que no admite demora. Todo hombre de bien tiene derecho a la justicia de Vuestra Alteza.

—Tendréis que dar explicaciones. ¿Qué es esto?

—Es la punta de la empuñadura de una daga. La daga a la que corresponde pertenece ahora por derecho a la señora Aline Siward, la cual ofreció lealmente todos los recursos de su casa en apoyo de Vuestra Alteza. Estaba previamente

en posesión de su hermano Gil, miembro de la guarnición de este castillo que luchaba contra Vuestra Alteza y ya pagó por ello. Digo que la daga fue arrebatada a su cuerpo sin vida cosa muy común entre los soldados, pero indigna de un caballero o un hidalgo. Ése es el primer delito. El segundo es un asesinato..., el asesinato de que os habló fray Cadfael, monje de la abadía benedictina de Shrewsbury tras el recuento de los muertos. Vuestra Alteza y quienes cumplieron las órdenes fueron utilizados

como escudo por alguien que estranguló a un hombre por la espalda, tal como Vuestra Alteza recordará.

—Lo recuerdo —dijo el rey con expresión torva. El monarca se debatía entre el desagrado que le producía tener que escuchar y juzgar, cuando su natural indolencia le inclinaba a disfrutar tranquilamente de la fiesta, y una creciente curiosidad sobre lo que había detrás de todo aquello—. ¿Qué tiene que ver esta piedra con aquella muerte?

—Alteza, fray Cadfael también está presente aquí y atestiguará haber descubierto el lugar donde se cometió el asesinato y haber encontrado allí esta piedra, rota durante la pelea y caída en el suelo. También afirmará bajo juramento, tal como yo lo hago, que el hombre que robó la daga es el mismo que asesinó a Nicolás Faintree, y que después se desprendió de esta prueba en su contra sin que nadie se diera cuenta.

Cadfael ya se encontraba muy cerca, pero todos estaban tan absortos en la escena que nadie reparó en él. Courcelle, reclinado en su asiento, parecía muy tranquilo e interesado, pero ¿qué significado podía tener su actitud?

Simplemente, que se había dado cuenta del defecto de la argumentación. No era necesario rebatir la afirmación de que quien robó la daga era también el asesino puesto que nadie podía atribuirle la posesión del arma. El arma se encontraba en el fondo del Severn, perdida para siempre. La teoría se sostenía en pie, el crimen se podría condenar y deplorar, siempre y cuando nadie lo pudiera vincular a un nombre. ¡Por otra parte, aquella actitud también podía ser la propia de un hombre inocente!

—Por consiguiente —añadió implacablemente Hugo Berengario—, repito las acusaciones que acabo de hacer aquí ante Vuestra Alteza. Acuso a alguien que está presente aquí, en esta sala, de robo y asesinato. Y para demostrarlo ofrezco mi cuerpo en combate contra el cuerpo de Adam Courcelle. Berengario se volvió a mirar al hombre al que acusaba, mientras éste se levantaba de un salto. La sorpresa se trocó inmediatamente en incrédula cólera y en desprecio, tal como hubiera ocurrido en el caso de un inocente enfrentado de pronto a una acusación tan descabellada como ridícula.

—¡Alteza, no sé si esto es una locura o una villanía! ¿Qué significa mi nombre en semejante diatriba? Puede ser cierto que le robaran la daga a un difunto e incluso que el ladrón fuera al mismo tiempo un asesino, y dejara tras de sí esta prueba de su acto. Pero pido a Hugo Berengario que explique qué

papel desempeña mi nombre en esta historia... o si sólo se trata de simples mentiras de un envidioso. ¿Cuándo vi yo esa presunta daga? ¿Cuándo la tuve en mi poder? ¿Dónde está ahora? ¿Me ha visto alguien llevarla? Mandad registrar mis pertenencias de soldado, mi señor, y, si alguien encuentra entre ellas semejante objeto, ¡hacédmelo saber!

—¡Esperad! —dijo el rey en tono autoritario, mirando de uno a otro rostro con el ceño fruncido—. Esta cuestión tiene que examinarse. Y si las acusaciones se han lanzado con malicia, alguien tendrá que pagar por ello. Lo que dice Adam es el meollo de la cuestión. ¿El monje está presente aquí? ¿Confirma el hallazgo de este adorno roto en el lugar donde se cometió el crimen? ¿Asegura que pertenece a aquella daga?

—He traído conmigo a fray Cadfael esta noche —intervino el abad, mirando aturdido a su alrededor.

—Estoy aquí, padre abad —dijo Cadfael junto al estrado de la mesa real, avanzando con los brazos alrededor de los hombros del niño, ahora totalmente fascinado y todo ojos y oídos.

—¿Respaldáis todo lo dicho por Hugo Berengario? —preguntó el rey Esteban—. ¿Encontrasteis esta piedra en el lugar donde fue asesinado aquel hombre?

—Sí, Alteza. Hundida en la tierra donde dos cuerpos lucharon y rodaron por el suelo.

—¿Y quién nos asegura que procede de una daga que perteneció al hermano de la señora Siward? Os confieso que sería muy fácil de reconocer a primera vista.

—La palabra de la propia señora Aline. Le ha sido mostrada y la ha reconocido.

—Es prueba suficiente de que quienquiera que sea el ladrón bien pudo ser el asesino —dijo el rey—. Pero que de ello vos o Berengario deduzcáis que fue Adam, no acabo de verlo claro. No hay ningún nexo que le una a la daga o al asesinato. Podríais lanzar esta misma acusación contra el obispo Roberto de Salisbury o cualquiera de los vasallos presentes. O señalarnos a cualquiera de nosotros con los ojos cerrados. ¿Dónde está la lógica?

—Me alegro —dijo Courcelle, soltando una risa forzada, con el rostro intensamente arrebolado— de que Vuestra Alteza haya puesto el dedo en la esencia de la cuestión. Comprendo el deseo de este buen monje de condenar un despreciable robo y vil asesinato, pero guardaos, Berengario, de relacionarme a mí o a cualquier otro hombre honrado con estos graves

hechos. Seguid el hilo de esta piedra, si es que hay alguno, pero no desafiéis a nadie en mortal combate, porque alguien podría aceptar el reto para vuestra gran consternación.

—La prenda está ahora sobre la mesa —contestó Hugo Berengario con implacable calma—. Podéis tomarla. Yo no la he retirado.

—Mi señor rey —dijo Cadfael, levantando la voz sobre los murmullos que rodeaban la alta mesa real—, no es cierto que no exista un testigo que vincule la daga con una persona. Para demostrar que la piedra pertenece a la daga, he aquí el arma. Pido a Vuestra Alteza que lo compruebe con sus propias manos. Acto seguido, mostró la daga. Berengario, desde el borde del estrado, la tomó, contemplándola como en un sueño, y la entregó al rey en medio de un silencio sobrecogedor. Los ojos del niño la siguieron con posesiva ansiedad y los de Courcelle con increíble horror, como si una víctima ahogada hubiera surgido de pronto para acusarle. Esteban contempló el objeto con admiración, lo desenvainó con creciente curiosidad y acopló el topacio engarzado en la garra de plata al extremo mellado de la empuñadura.

—No cabe duda de que encaja. ¿Lo habéis visto todos? —preguntó el rey, mirando a Cadfael—. ¿Dónde lo encontrasteis?

—Habla, hijo mío —dijo Cadfael, alentando al niño—, y dile al rey lo que me has dicho a mí.

El niño, con el rostro arrebolado a causa de una intensa emoción que había borrado casi por completo su temor, se levantó y contó la historia, dándose mucha importancia, pero con las mismas palabras sencillas que utilizó con Cadfael. Nadie pudo dudar de que decía la verdad.

—... y yo estaba junto a los arbustos a la orilla del río, y él no me vio. Pero yo a él le vi muy bien. En cuanto se fue, me zambullí en donde lo había tirado, y lo encontré. Vivo cerca del río, nací allí. Mi madre dice que aprendí a nadar antes que a caminar. Me quedé con el cuchillo pensando que no hacía nada malo, ya que él no lo quería. Es el mismo cuchillo, mi señor, ¿me lo devolveréis cuando hayáis terminado?

El rey se distrajo por un instante del grave asunto que tenía entre manos y miró al emocionado muchacho con una sonrisa que expresaba toda la benevolencia propia de un carácter que, tras haberse entregado en cuerpo y alma a una enconada lucha por el trono, había adquirido las ásperas maneras que acompañan a semejantes luchas.

—O sea que nuestro pescado de esta noche se limpió con un cuchillo cuajado de pedrería, ¿no es cierto, muchacho? Y a fe mía que estaba muy sabroso. ¿Tú mismo lo pescaste y lo aderezaste?

El niño contestó tímidamente que había contribuido a ello.

—Bueno, pues, cumpliste muy bien tu misión. Y ahora dinos: ¿conoces al hombre que arrojó el cuchillo al río?

—No, mi señor, no sé cómo se llama. Pero lo reconoceré si lo veo.

—¿Ahora lo ves? ¿Está aquí, en esta sala?

—Sí, mi señor —contestó el niño sin vacilar, apuntando directamente con el dedo a Adam Courcelle—. Ése es el hombre.

Todos los ojos se clavaron en Courcelle, los del rey con más dureza y amargura que los demás. A continuación se produjo un silencio que duró lo que un suspiro, pero que pareció sacudir los cimientos de la sala y detener los latidos de todos los corazones. Fue entonces cuando Courcelle se levantó y dijo con enfurecida calma:

—Alteza, todo esto es absolutamente falso. Nunca tuve en mi poder esa daga y jamás pude arrojarla al río. Niego haberla tenido en mi posesión o haberla visto alguna vez hasta ahora.

—¿Queréis decir —preguntó secamente el rey— que este niño no dice la verdad? ¿Por instigación de quién? De Berengario, no... Le veo tan sorprendido por este testimonio como vos o como yo. ¿Debo pensar que la orden benedictina ha utilizado a este niño para inventarse una historia? ¿Con qué propósito?

—Lo que digo, Alteza, es que se trata de un lamentable error. Puede que el niño viera lo que dice y que consiguiera la daga por los medios que ha descrito, pero se equivoca al afirmar que me vio a mí. Yo no soy el hombre. Niego todo lo que se ha dicho contra mí.

—Y yo lo mantengo —replicó Hugo Berengario—.

Y pido que sea sometido a prueba.

El rey descargó un puño sobre la mesa que hizo vibrar las tablas y derramar el vino de las copas.

—Aquí hay algo que tiene que demostrarse y no lo pasaré por alto sin que se demuestre —mirando nuevamente al niño, el soberano refrenó su indignación y le preguntó con dulzura—: Piensa y mira con cuidado, y vuélvelo a decir. ¿Estás seguro de que ése es el hombre que viste? Si tienes alguna duda, dilo. No es pecado equivocarse. A lo mejor, viste a otro

hombre que se le parecía por la complexión de su figura o el color del cabello. Pero, si estás seguro, dilo sin temor.

—Estoy seguro —dijo el niño, tembloroso pero inflexible—. Sé lo que vi. El rey se reclinó en su asiento, se golpeó los brazos con los puños y reflexionó. Después miró a Hugo Berengario con expresión enojada.

—Me habéis colgado alrededor del cuello una piedra de molino, precisamente ahora que necesito estar libre y moverme con rapidez. No puedo borrar lo que se ha dicho sino que debo ahondar en la cuestión. O bien este caso sigue el largo proceso de un juicio ante un tribunal..., pero no, ¡ni por vos ni por nadie pienso demorar mi partida pasado mañana! Ya tengo mis planes y no puedo cambiarlos.

—No hay por qué demorarlos —dijo Berengario— si Vuestra Alteza acepta el juicio a través de un combate. He llamado asesino a Adam Courcelle, y repito la acusación. Si él lo acepta, estoy dispuesto a enfrentarlo sin ninguna ceremonia o preparación. Vuestra Alteza podrá conocer el resultado mañana y emprender la marcha al día siguiente, libre de esta carga. Durante aquel intercambio de palabras, Cadfael no había apartado ni un solo momento los ojos del rostro de Courcelle, el cual estaba recuperando poco a poco la seguridad en sí mismo. El leve sudor que le empapaba el labio superior y la frente se había secado, la desesperación se había transformado en cálculo, y hasta sus labios esbozaban una leve sonrisa. Puesto que ahora ya estaba acorralado y no tenía más que dos salidas, una a través de un prolongado examen e interrogatorio y otra a través de un simple combate, estaba empezando a ver en esta segunda alternativa su única salvación. Cadfael siguió la mirada que midió a Hugo Berengario de la cabeza a los pies, y comprendió las reflexiones que se ocultaban detrás de aquellos ojos. Berengario era más joven, más liviano de peso, más bajo de estatura, excesivamente confiado y mucho más inexperto, lo cual le convertía en una presa muy fácil. Eliminarle de este mundo no sería un problema; y, una vez hecho, Courcelle ya no tendría nada que temer. El cielo ya habría pronunciado su sentencia, nadie podría acusarle con el dedo, y Aline estaría todavía a su alcance, ignorando lo que él le había hecho a su hermano, y apartado definitivamente de un peligroso rival de Courcelle, injustamente acusado de un delito que no había cometido. No, la situación no era en modo alguno desesperada. Todo se resolvería bien. Courcelle extendió el brazo sobre la mesa, tomó el topacio y lo hizo rodar despectivamente hacia Berengario para que éste lo recogiera.

—Que así sea, Alteza. Acepto la lucha mañana sin ninguna formalidad ni preparación. Vuestra Alteza podrá emprender la marcha al día siguiente. Y yo con vos, añadió en silencio la confiada expresión de su rostro.

—¡Que así sea! —repitió el rey con la cara muy seria.— Puesto que los dos os habéis empeñado en despojarme de un hombre valioso, séame concedido quedarme con el mejor de los dos. Mañana a las nueve, después de misa. No aquí en el castillo sino en el prado que se extiende al otro lado de la puerta de la ciudad, entre el camino y el río. Prestcote, vos y Guillermo dirigiréis la liza.

¡Encargaos de ello! No podemos permitirnos el lujo de poner en peligro dos caballos —añadió con mucho sentido común—. ¡A pie y con espadas!

Hugo Berengario se inclinó en señal de aquiescencia.

—¡De acuerdo! —dijo Courcelle con una sonrisa, pensando cuan fuerte era su muñeca y cuan hábil su brazo en el manejo de la espada.

—¡Será a muerte! —dijo el rey dando un golpe sobre la mesa.

12

Al regresar por las calles de la ciudad, oscuras pero no del todo silenciosas, inquieto, como si oyera corretear ratas en una casa abandonada, Hugo Berengario se acercó con su flaco caballo tordo a fray Cadfael y adaptó el paso de su montura al del monje, ignorando la cercanía y los atentos oídos de fray Jerónimo como si no existieran. Delante de ellos, el abad Heriberto y el prior Roberto conversaban en voz baja, preocupados por una vida que peligraba sin que ellos pudieran intervenir. Dos jóvenes gravemente enemistados se habían comprometido a luchar en un combate a muerte. Una vez aceptadas las condiciones, ya no podían echarse atrás. El que perdiera sería juzgado por el cielo. Si sobreviviera a la espada, le esperarían la horca.

—Podéis llamarme insensato, si os tranquiliza —dijo Hugo Berengario. En su voz aún se advertía un leve tono de chanza, pero Cadfael no se llamó a engaño.

—Soy el menos indicado para reprenderos, compadeceros o incluso lamentar lo que habéis hecho —dijo.

—¿Como monje? —preguntó una leve voz en la que un oído atento hubiera percibido el eco de una sonrisa.

—¡Como hombre! ¡Que el diablo os lleve!

—Fray Cadfael —dijo Hugo Berengario en tono extremadamente afectuoso—, os aprecio de veras. Y sabéis muy bien que hubierais hecho lo

mismo en mi lugar.

—¡No es cierto! Jamás hubiera hecho tal cosa, basándome exclusivamente en las conjeturas de un viejo insensato al que apenas conociera! ¿Y si me hubiera equivocado?

—¡Ah, pero no os equivocasteis! Él es el hombre..., asesino por partida doble, ya que entregó a la muerte al pobre hermano de Aline con la misma vileza con que estranguló a Faintree. Recordad que no hay que decirle a Aline ni una sola palabra sobre el asunto hasta que todo haya terminado... de una u otra manera.

—Ni una sola palabra, a menos que ella hable primero. ¿Creéis acaso que la noticia no ha corrido a esta hora por toda la ciudad?

—Lo sé, pero rezo para que ella esté profundamente dormida y no se entere de nada hasta que mañana acuda a misa mayor a las diez. Para entonces, ¿quién sabe?, es posible que ya tengamos la respuesta a todo.

—¿Y vos —preguntó ácidamente fray Cadfael, dando rienda suelta al dolor

que sentía—, os vais a pasar la noche en vela de rodillas, agotándoos antes de salir mañana al campo?

—No soy tan tonto como para eso —contestó Hugo Berengario, agitando un dedo en gesto de amonestación—. ¡Vergüenza, Cadfael! ¿Vos, un monje, no confiáis en que Dios haga justicia? Me iré a la cama, procuraré dormir y mañana me levantaré descansado para el combate. Imagino que insistiréis en ser mi representante y defensor ante el cielo.

—No —reconoció Cadfael a regañadientes—, me iré a dormir y sólo me levantaré cuando toque la campana. ¿Tendría yo menos fe que un desvergonzado pagano como vos?

—¡Así me gusta, mi Cadfael! Aun así —admitió Berengario—, no estaría de más que durante el rezo de maitines y laudes musitaraís una o dos palabras a Dios en mi nombre, si fuerais tan amable. Si a vos os presta oídos sordos, sería inútil que los demás nos estropeáramos las rodillas.

Inclinándose desde su alto caballo para apoyar ligeramente la mano sobre la ancha tonsura de Cadfael a modo de bendición, el joven espoleó su cabalgadura y se adelantó al trote, pasando junto al abad con una respetuosa reverencia hasta que se perdió en el curvado descenso del Wyle.

Fray Cadfael se presentó ante el abad inmediatamente después de prima. Heriberto no pareció muy sorprendido de verle ni de oír la petición que le hizo.

—Padre abad, estoy empeñado con el joven Hugo Berengario en esta causa. Las averiguaciones que llevaron a las pruebas en que se basa la acusación, son obra mía. Y, aunque él haya decidido asumir en solitario la causa y rechazado mi participación en ella, no estoy tranquilo. Pido licencia para someterme a juicio con él de la mejor manera que pueda. Tanto si puedo ayudarle como si no, tengo que estar allí. No puedo volverle la espalda a un amigo que ha hablado en mi nombre.

—Yo también estoy preocupado —reconoció el abad, suspirando—. A pesar de todo lo que ha dicho el rey, pido a Dios que este juicio no termine en muerte

—y yo, pensó tristemente Cadfael, no me atrevo a pedir eso siquiera, dado que el objeto de esta contienda es obligar a una boca a callar para siempre—. Decidme —añadió Heriberto—, ¿es cierto que Courcelle mató al pobre muchacho que enterramos en la iglesia?

—Completamente cierto, padre. Sólo él estaba en posesión de la daga y sólo él pudo dejar la pieza rota a su espalda. Es una clara contienda entre el bien y el mal.

—Id, pues —dijo el abad—. Os dispenso de todas vuestras obligaciones hasta que este asunto haya terminado.

En más de una ocasión, semejantes combates se prolongaban durante todo el día hasta que ninguno de los contendientes podía ver ni sostenerse en pie ni luchar. De tal forma, al final uno de ellos se desplomaba al suelo y moría desangrado. Cuando las armas se rompían, tenían que seguir luchando con las manos, los dientes y los pies hasta que uno de los contendientes se derrumbaba y suplicaba cuartel, aunque muy pocos lo hacían ya que equivalía a una derrota y a una sentencia divina y, por consiguiente, a una muerte todavía más vergonzosa en la horca. Una desdichada situación que no merece ser considerada como el juicio de Dios, pensó Cadfael, levantándose los faldones del hábito mientras salía de la caseta de vigilancia con el corazón en un puño. En aquel caso, sin embargo, la denominación parecía bastante adecuada y bien pudiera ser que al final se escuchara el veredicto del cielo. ¿Y si yo tuviera tanta fe como él?, pensó el monje. ¡No sé si habrá podido dormir bien! Curiosamente, estaba dispuesto a creer que sí. Él, por su parte, tuvo un sueño muy agitado. Se había llevado la daga de Gil Siward a la celda, junto con el topacio, tras prometerle al pequeño pescador que se la devolverían o recibiría una justa recompensa. Todavía no había llegado el momento de hablar con Aline. Eso tendría que

esperar hasta más tarde. En caso de que todo saliera bien, el propio Hugo Berengario se la devolvería. Y, en caso de que no... Pero no quería pensar en semejante posibilidad.

Lo malo que tengo, pensó con tristeza, es que llevo en este mundo el tiempo suficiente como para saber que los planes de Dios con respecto a nosotros, por infaliblemente buenos que sean, no siempre asumen la forma que esperamos y exigimos. En mi viejo corazón hay una inmensa capacidad de rebeldía presta a manifestarse si Dios, por muy perfectos que sean los fines, decide llevarse de este mundo a Hugo Berengario y dejar en él a Adam Courcelle.

Al otro lado de la puerta norte de Shrewsbury, la barbacana del castillo albergaba un pequeño suburbio de casas y tiendas que pronto daba paso a unos prados a ambos lados del camino. El río discurría entre serpenteantes meandros en ambas orillas más allá de los campos de labor, y, en el prado del primer nivel a la izquierda, los mariscales del rey habían delimitado un gran cuadrado de tierra rodeada por sus cuatro lados por una fila de flamencos con las lanzas sostenidas al través para impedir el paso a cualquier espectador que pretendiera acercarse demasiado y también para impedir la huida de cualquiera de los dos contendientes. En una elevación del terreno más allá del cuadrado se había dispuesto una gran silla para el rey en medio de un espacio vacío reservado a la nobleza. Los otros tres lados ya estaban abarrotados de gente. La voz había corrido por Shrewsbury como el viento entre las hojas. Lo más

sorprendente era el silencio. Todos quienes se apiñaban alrededor del cuadrado de lanzas debían de estar hablando, pero en murmullos tan bajos que la suma de las voces no hubiera superado el zumbido de un enjambre de abejas bajo el sol.

La oblicua luz matinal arrojaba sombras alargadas y suaves sobre la hierba, y el cielo estaba velado por una fina bruma. Cadfael se detuvo junto al lugar donde los guardias mantenían un camino abierto para la procesión que ya estaba acercándose desde el castillo. De repente, la arcada de la puerta fortificada del castillo se iluminó con los destellos del acero y el brillo de los vistosos colores de los ropajes. El rey Esteban, alto, rubio como el lino y más apuesto que nunca, ya se había resignado a la circunstancia que amenazaba con privarle de uno de sus mejores oficiales, pese a lo cual no estaba dispuesto a hacer la menor concesión que pudiera prolongar la contienda. A juzgar por la expresión de su rostro, no habría

pausas de descanso ni se impondrían limitaciones a los posibles actos de barbarie. Quería que todo terminara cuanto antes. Los barones, caballeros y clérigos que le acompañaban se comportaban con la mayor discreción, dispuestos a tomar el relevo en cualquier momento. Los contendientes aparecieron inmediatamente después del séquito real. Cadfael observó que no llevaban escudos ni cotas de malla, sólo la simple protección del cuero. Sí, el rey deseaba un final rápido; nada de pasarse todo el día atacando y esquivando hasta que ninguno de los dos pudiera levantar tan siquiera una mano. A primera hora de la mañana del día siguiente, el grueso del ejército se pondría en marcha para reunirse con la vanguardia, sin que en ello influyera para nada el resultado de aquella lucha. Además, Esteban tenía asuntos que resolver antes de la partida. Berengario primero, por ser el acusador, hincó la rodilla ante el rey e hizo una reverencia, levantándose de inmediato para entrar en el cuadrado a través de la hilera de lanzas. Fue entonces cuando vio a Cadfael, un poco apartado. En su rostro severo y tenso, los ojos negros miraron al monje con expresión risueña.

—Sabía que no me fallaríais —dijo el joven.

—Procurad no fallarme vos a mí —replicó Cadfael, enfurruñado.

—No temáis —dijo Hugo—. Estoy tan purificado como un cordero pascual

—su voz sonaba serena y tranquila—. Estoy más preparado que nunca.
Y

vuestro brazo secundará el mío.

En cada uno de los golpes, pensó Cadfael con impotencia, dudando que los tranquilos años pasados en el claustro desde que tomara la cogulla hubieran transformado su espíritu antaño turbulento, insubordinado e incorregiblemente temerario. Sintió que le hervía la sangre como si fuera él quien tuviera que entrar en liza.

Courcelle se levantó tras haberse arrodillado ante el rey y se dirigió hacia el cuadrado. Ambos contendientes se situaron en esquinas contrarias mientras

Prestcote, con su vara de mariscal levantada, se situaba entre ambos, mirando al rey a la espera de su señal. Un heraldo proclamó la acusación, el nombre del retador y la refutación del acusado. La multitud osciló hacia uno y otro lado, emitiendo un rumor semejante a un prolongado suspiro que se propagó a todo el campo. Cadfael vio el rostro de Hugo con toda claridad. Ahora el joven no sonreía sino que mantenía los ojos firmemente clavados

en su adversario. El rey contempló la escena y levantó la mano. La vara descendió y Prestcote se apartó hasta el borde del cuadrado mientras los contendientes avanzaban para enfrentarse.

A primera vista, el contraste era extremadamente marcado. Courcelle era casi el doble de corpulento que su adversario, le doblaba casi la edad, y la estatura y el peso estaban de su lado. Por otra parte, su habilidad y experiencia eran indudables. La rubicundez de su rostro y su impresionante figura hacían que por contraste Berengario pareciera un endeble jovencuelo, cuyo ligero peso tal vez le prestaría más agilidad y velocidad en la lucha. Sin embargo, pronto pudo comprobarse que Courcelle era también muy rápido en el movimiento de pies. Al primer encontronazo de acero contra acero, Cadfael sintió que su propio brazo y su muñeca descargaban el golpe y se movían al compás del gesto que hizo Berengario para esquivar la respuesta del contrincante. El movimiento dejó al joven de cara al arco de la puerta de la ciudad. En aquel hueco negro apareció de pronto una joven corriendo con la velocidad con que la golondrina surca el aire, en un revuelo de blanco y negro, envuelta en una nube de cabello dorado. Corría, sosteniéndose las faldas con las manos casi a la altura de las rodillas, seguida por otra joven casi sin resuello a causa del esfuerzo. Constanza estaba gastando el poco aliento que le quedaba en llamar a gritos a su señora, implorándole que se detuviera y no se acercara más. Pero Aline no le contestó sino que siguió corriendo hacia donde sus dos galanes pretendían matarse mutuamente. No miraba a derecha ni a izquierda, sólo estiraba el cuello para conseguir ver algo por encima de las cabezas de la multitud. Cadfael se acercó inmediatamente a ella. Aline le reconoció y se arrojó

en sus brazos.

—Pero ¿qué es esto, fray Cadfael? ¿Qué ha hecho él? ¡Y vos lo sabíais, lo sabíais y no me advertisteis! Si Constanza no hubiera ido a la ciudad a comprar harina, no me hubiera enterado...

—No deberíais estar aquí —contestó Cadfael, apretándola, temblorosa y jadeante, contra su corazón—. ¿Qué podéis hacer? Prometí no deciros nada, él no lo quería. No debéis contemplar esto.

—¡Pero yo quiero! —replicó ella con vehemencia—. ¿Pensáis que obedeceré

y me iré, dejándole en estas circunstancias? Decidme tan sólo —añadió con voz suplicante—: ¿es cierto lo que dicen..., que él acusó a Adam de

haber matado a aquel joven? ¿Y que la daga de Gil es la prueba?

—Es cierto —contestó Cadfael.

Aline estaba contemplando por encima del hombro de Cadfael el cuadrado de tierra donde las espadas entrechocaban y silbaban en el aire.

—¿Y la acusación... también es cierta? —preguntó, mirando a Cadfael con sus grandes ojos color amatista.

—También.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la joven con temerosa fascinación—. Y él es tan delgado..., ¿cómo podré resistirlo? El otro es el doble de alto... ¿Cómo se atrevió a intentar resolver la cuestión de este modo? Oh, fray Cadfael, ¿cómo pudisteis permitirse lo?

Por lo menos, pensó Cadfael, curiosamente tranquilizado, ahora sé cuál de los dos es «él», sin necesidad de que me diga su nombre. No estuve seguro hasta ahora, y puede que ella tampoco lo estuviera.

—Si alguna vez conseguís evitar que Hugo Berengario haga lo que se ha propuesto hacer, venid a explicarme cómo lo lograsteis. ¡Aunque dudo mucho que yo pudiera utilizar los mismos medios! Ha elegido este camino, hija mía, y tenía sus razones, muy buenas, por cierto. Y vos y yo tenemos que aceptarlas.

—Pero nosotros somos tres —dijo la joven con ardor—. Si le respaldamos con nuestra presencia, le *daremos* fuerza. Puedo rezar y mirar, y pienso hacerlo.

¡Venid conmigo! Quiero acercarme. ¡Necesito verle! —añadió, abriéndose paso hacia los lanceros que rodeaban el cuadrado.

—Creo —dijo Cadfael— que sería mejor que *no* os viera. ¡Ahora, no! Aline soltó una carcajada amarga.

—Ahora no podría verme —dijo—, a no ser que me interpusiera entre las espadas, cosa que haría con sumo gusto si me dejaran... ¡No! No lo haría. Sé

que a él no le gustaría. Sólo puedo mirar.

El destino de las mujeres en un mundo dominado por los hombres, pensó

Cadfael tristemente, aunque en realidad no es un papel tan pasivo como parece. Después la acompañó a una ligera elevación del terreno desde la que podría contemplar, con el rostro enmarcado por el fulgor de su cabello dorado iluminado por el sol, la mortal concentración de Hugo Berengario, cuya espada estaba levemente manchada de sangre en la punta tras haber

arañado ligeramente la mejilla de Courcelle; en su manga izquierda se veía un poco de sangre debajo del cuero.

—Está herido —susurró Aline, cubriéndose la boca con el puño para ahogar un grito y mordiéndose los nudillos para guardar el silencio prometido.

—No es nada —contestó Cadfael, muy tranquilo—. Es más rápido que el otro. ¡Fijaos en ese quite! Aunque parezca frágil, tiene una muñeca de acero.

—Le quiero —dijo Aline en un suave y deliberado susurro, apartándose momentáneamente el puño de la boca—. No lo supe hasta ahora, ¡pero le quiero!

—Y yo también, hija mía —dijo Cadfael—, ¡yo también!

Los contendientes llevaban dos horas en liza sin una sola pausa de descanso. El sol les quemaba con sus rayos y ambos sufrían, pero seguían adelante, conservando sus fuerzas todavía intactas. Ahora, cuando se miraban a los ojos entre las espadas cruzadas, ya no había inquina personal entre ambos sino tan sólo un inflexible propósito; por una parte, el de demostrar la verdad y, por la otra, el de refutarla y, en ambas partes, mediante el único recurso que les quedaba: la muerte del contrincante. Ambos habían averiguado para entonces, por si aún tenían alguna duda, que, a pesar de las visibles ventajas de uno de ellos, estaban muy igualados en la contienda y tenían casi la misma habilidad y la misma velocidad: el peso de la verdad les equilibraba. Ambos sangraban de pequeñas heridas y la hierba aparecía manchada de sangre aquí y allá. Era casi mediodía cuando Berengario, arremetiendo con fuerza, empujó a su adversario y vio que su pie resbalaba sobre la tierra reseca por el caluroso verano. Courcelle trató de esquivar el golpe, cayó y levantó el brazo, cosa que en la siguiente acometida Hugo aprovechó casi para arrancarle la espada de la mano, dejándole tendido de lado sobre la cadera con sólo una empuñadura sin hoja. El ahora inútil acero fue a caer muy lejos.

Berengario retrocedió de inmediato, permitiendo que su enemigo se levantara, apoyó la punta de su arma en el suelo y miró a Prestcote, que estaba atento al rey, en espera de su decisión.

—¡Que siga el combate! —dijo lacónicamente Esteban.

Su cólera no se había disipado.

Berengario clavó oblicuamente la espada en la tierra y se secó el sudor de la frente y los labios. Courcelle se levantó despacio, contempló la

inservible empuñadura que sostenía en la mano y suspiró profundamente antes de arrojarla al suelo con rabia. Berengario miró al rey, frunciendo el ceño, y se apartó dos o tres pasos como para reflexionar. El rey no hizo ningún otro movimiento, aparte un desmañado gesto que expresaba su deseo de que la lucha se reanudara. Berengario se acercó al borde del cuadrado, arrojó su espada entre las lanzas inclinadas de los flamencos y se sacó lentamente la daga que llevaba en el cinto.

Courcelle tardó un poco en comprender el gesto, pero adquirió renovada confianza al darse cuenta del regalo que le ofrecían.

—¡Vaya, vaya! —dijo el rey Esteban por lo bajo—. ¿Quién sabe? Tal vez me equivoqué al juzgar quién era el mejor.

Ahora, armados tan sólo con puñales cortos, los contendientes tendrían que luchar cuerpo a cuerpo. El alcance vale mucho, incluso cuando se combate con puñales, y el que Courcelle se sacó del cinto era más largo que el decorativo juguete que Hugo Berengario sostenía en la mano. El rey Esteban contempló la escena con renovado interés y, poco a poco, se desvaneció la irritación que sentía por el hecho de verse obligado a presenciar aquella contienda.

—¡Está loco! —gimió Aline contra el hombro de Cadfael, inclinándose hacia adelante con los labios fruncidos y las ventanas de la nariz dilatadas, tal como seguramente solían hacer sus belicosos antepasados—. Tenía licencia para matarle a su antojo. Oh, está completamente loco. ¡Y yo le quiero mucho!

La bárbara danza continuó mientras el sol en su cénit acortaba las sombras de los adversarios hasta que ambos avanzaron, retrocedieron y esquivaron los golpes en la negra esfera de sus propios cuerpos mientras el calor ardiente les azotaba implacablemente las cabezas y sudaban a mares en el interior de sus arneses de cuero. Berengario actuaba ahora a la defensiva porque su arma era más corta y ligera. Courcelle le atacaba sin piedad, consciente de su ventaja. Sólo la rapidez de su mano y su vista salvaron a Berengario de los repetidos ataques. Su agilidad aún le permitía retroceder ante cada acometida, pero estaba empezando a fatigarse y sus movimientos ya no eran tan firmes ni sus apreciaciones tan precisas y seguras como al principio. En cambio, Courcelle, quizá porque se había dado cuenta o porque había sacado fuerzas de flaqueza en un desesperado intento de terminar cuanto antes, parecía haber recuperado todo su ímpetu y fogosidad. La sangre bajaba por la mano derecha de Berengario, mojando la

empuñadura de su daga y dejándola resbaladiza en su palma. Los desgarrones de su manga izquierda se agitaban al viento y le impedían concentrarse. Se adelantó varias veces y consiguió herir levemente a su adversario, pero tanto la longitud de la hoja como la de su brazo jugaban en contra suya. Trató obstinadamente de recuperar fuerzas mediante constantes retiradas, hasta que los enfurecidos ataques de Courcelle empezaron a menguar, tal como era previsible.

—¡Oh, Dios mío! —gimió Aline en un débil susurro—. Ha sido demasiado generoso, ha desperdiciado su vida... ¡Ese hombre está jugando con él!

—Ningún hombre puede jugar impunemente con Hugo Berengario —dijo Cadfael—. Está más descansado que el otro. Courcelle no hace más que un vano intento de terminar, pero no podrá mantener el ritmo mucho tiempo. Paso a paso, Hugo Berengario retrocedió, pero justo lo suficiente como para esquivar el puñal de su contrincante. Paso a paso, en una serie de violentas acometidas, Courcelle le persiguió como si quisiera acorralarle en una esquina del cuadrado, pero en el último momento erró en sus apreciaciones, o tal vez

gracias a su agilidad Hugo Berengario consiguió zafar la encerrona. La implacable persecución prosiguió a lo largo de la fila de lanceros, sin que Berengario pudiera escapar hacia el centro del cuadrado y sin que Courcelle pudiera romper su defensa ni evitar el vacilante avance hacia la otra esquina del cuadrado.

Los flamencos permanecían inmóviles como rocas, dejando que el combate, como una lenta marea, fluyera dolorosamente delante de ellos. Cerca del punto medio de uno de los lados del cuadrado, Courcelle retrocedió de repente y, arrojando el puñal sobre la hierba, se inclinó, lanzando un áspero grito de triunfo. Introdujo la mano entre las lanzas de los flamencos y se incorporó

blandiendo la espada que Hugo Berengario había desechado una hora antes, en gesto de gracia hacia él.

Hugo no se había dado cuenta de que se encontraban en aquel preciso lugar y tanto menos de que Courcelle le había conducido deliberadamente hasta allí. Una mujer gritó entre la multitud. Courcelle se estaba incorporando espada en mano y sus ojos miraban exultantes a su adversario. Pero aún no había recuperado totalmente el equilibrio cuando Hugo Berengario se abalanzó sobre él como un tigre. Un segundo más hubiera

sido demasiado tarde. Cuando la espada ya estaba en alto, Berengario se lanzó con todo su peso contra el pecho de Courcelle, y, sin soltar la daga, rodeó con el brazo derecho el cuerpo de su enemigo, y agarró con la mano izquierda la muñeca cuya mano blandía la amenazadora espada. Por un momento, ambos forcejearon afanosamente y al final cayeron juntos al suelo, enzarzados en una encarnizada lucha cuerpo a cuerpo a los pies de los indiferentes flamencos.

Aline apretó los dientes para ahogar un segundo grito y se cubrió los ojos, pero inmediatamente volvió a abrirlos.

—No, quiero verlo todo, debo hacerlo... ¡Lo resistiré! ¡No quiero que se avergüence de mí! Oh, Cadfael..., Cadfael... ¿Qué ocurre?... No veo nada...

—Courcelle ha recuperado la espada, pero no ha tenido tiempo de atacar. Esperad, ahora uno de ellos se levanta...

Ambos habían caído juntos, pero sólo uno se levantó, perplejo y aturdido. El otro estaba inmóvil a sus pies, con los brazos abiertos sobre la hierba, y, en el lugar donde yacía inmóvil con los ojos abiertos al resplandor del sol, una lenta corriente color rojo manaba de su cuerpo y, poco a poco, iba formando un charco oscuro a su alrededor.

Hugo Berengario contempló la sangre, miró la daga que sostenía en la mano y sacudió la cabeza sin comprenderlo. Estaba muy cansado y sorprendido ante aquel brusco e inexplicable final. Apenas si había una gota de sangre fresca en la hoja de su puñal, y la mano derecha de Courcelle sostenía todavía la espada, inocente de su muerte. Y, sin embargo, la vida de su adversario se extinguía poco a poco sobre la tupida hierba. ¿Qué clase de siniestro milagro

era aquél, que mataba sin dejar manchas de sangre en las armas?

Hugo se agachó y levantó el cuerpo inerte por el hombro izquierdo para ver de dónde salía la sangre; y allí, profundamente clavado en el colete de cuero, vio el puñal que Courcelle había arrojado al suelo para recoger la espada. Al parecer, la empuñadura se había alojado en la hierba junto a la bota de uno de los flamencos. La acometida de Hugo empujó a su adversario sobre la hoja del puñal y, en medio del ardor de la lucha, ésta se clavó en la espalda de su dueño. O sea que yo no lo he matado, pensó Berengario. Le han matado sus propias artimañas. Estaba demasiado agotado como para saber si se alegraba o lo lamentaba. Cadfael estaría finalmente satisfecho. Nicolás Faintree había sido vengado y se había hecho

justicia. Su asesino había sido acusado públicamente y el cielo había aprobado públicamente la acusación. El asesino acababa de exhalar el último suspiro.

Berengario se inclinó y recuperó su espada, que abandonó la mano del muerto sin la menor resistencia. Volviéndose despacio, el joven la levantó en gesto de saludo ante el rey y se alejó renqueando hacia uno de los lados del cuadrado de lanzas, las cuales se apartaron en silencio abriéndole paso mientras unos hilillos de sangre se escapaban de los numerosos cortes que tenía en la mano y el antebrazo.

Cuando había avanzado unos pasos sobre el césped en dirección al rey, Aline se arrojó en sus brazos y le estrechó con tanto fervor que repentinamente le devolvió las fuerzas. Mientras su cabello dorado se derramaba por sus hombros y su pecho, la joven levantando hacia él un rostro exultante y tan cansado como el suyo, y le llamó por su nombre:

—Hugo..., Hugo... —dijo, acariciando con ternura las heridas de su mejilla, su mano y su muñeca—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué? ¿Por qué? Ahora ambos estamos vivos otra vez... ¡Bésame!

Berengario la besó mientras ella se estremecía en sus brazos sin dejar de acariciarle con amorosa ternura.

—Ya basta, amor mío —dijo Berengario, algo más tranquilo—, o regáñame si quieres porque, como sigas así, soy hombre perdido. No puedo permitirme el lujo de desmayarme todavía, el rey me espera. Ahora, si de veras eres mi dama, préstame el brazo para que me apoye y acompáñame como una buena esposa, si no quieres que me caiga a sus pies.

—¿De verdad soy tu dama? —preguntó Aline, ansiosa, como todas las mujeres, de garantías en presencia de testigos.

—¡Pues, claro! ¡Ahora es demasiado tarde para que te arrepientas, corazón mío!

Aline estaba a su lado, tomándole firmemente del brazo, cuando Berengario

se presentó ante el rey.

—Alteza —dijo Hugo en medio de una exaltación no empañada por el cansancio ni las heridas—, espero haber demostrado la verdad contra las afirmaciones de un asesino, y espero contar con vuestro apoyo y vuestra aprobación.

—Vuestro adversario —dijo Esteban— la ha demostrado con creces en vuestro nombre. Pero lo que vos me habéis demostrado redundará también

en vuestro beneficio —añadió, contemplando, asombrado y divertido, aquella inesperada aparición de dos enamorados—. Me habéis privado de un valeroso alguacil de este condado, dejando aparte lo que había hecho y lo marrullero que era en el combate. Podría vengarme, obligándoos a ocupar el puesto que él ha dejado vacante. Sin que ello os exija abandonar vuestros castillos y vuestros derechos de guarnición en nuestro nombre. ¿Qué decís a eso?

—Con la venia de Vuestra Alteza —contestó Berengario con la cara muy seria—, primero debo pedir el parecer de mi prometida.

—Lo que complazca a mi señor también me complacerá a mí —contestó

recatadamente Aline.

Vaya, vaya, pensó Cadfael, contemplando la escena con interés, dudo que alguna vez se haya dado una palabra de casamiento con más solemnidad. Así

las cosas, podrían invitar a la boda a toda la ciudad de Shrewsbury.

Fray Cadfael se dirigió a la hospedería después de completas, llevando consigo no sólo un tarro de ungüento de cadillo para las numerosas heridas de Hugo Berengario sino también la daga de Gil Siward con el topacio nuevamente engarzado en la empuñadura.

—Fray Oswaldo es un hábil orfebre, y éste es el regalo que él y yo queremos hacerle a vuestra dama. Entregádselo vos mismo. Pero pedidle, tal como sé que hará, que recompense con generosidad al niño que la pescó en el río. Eso es lo único que deberéis decirle. En cuanto al resto, silencio ahora y siempre. Su hermano fue uno más entre los muchos que eligieron al bando desafortunado y tuvieron que pagar por ello.

Berengario tomó la daga y la contempló largo rato con expresión sombría.

—Y, sin embargo —dijo—, esto no es justicia. Vos y yo hemos sacado a la luz la verdad de los pecados de un hombre, y cubierto la verdad de los de otro

—aquella noche, a pesar de su triunfo, Berengario estaba muy serio y entristecido, no sólo porque las heridas se le estaban endureciendo y los maltratados músculos gruñían a cada movimiento. El triunfo le hacía ver con mirada sincera el rostro del fracaso, y el destino del que había escapado —.

¿Sólo hay que hacer justicia a los inocentes? Si Courcelle no hubiera sucumbido a la tentación, tal vez jamás se habría hundido hasta el cuello en semejante ignominia.

—Hay que aceptar las cosas tal como vienen —contestó fray Cadfael—. Dejad las hipótesis para ojos que puedan verlas mejor. Aceptad lo que leal y honradamente habéis ganado y disfrutadlo. Estáis en vuestro derecho. Aquí estáis, convertido en alguacil de Salop, gozando del favor real y prometido con la mejor doncella que pueda desear un corazón, precisamente aquella de quien os enamorasteis nada más verla. ¡Y conste que me di cuenta en seguida! Y, si mañana os duelen todos los huesos, ¡tened por cierto que os dolerán!, ¿qué es ese pequeño dolor para un joven tan afortunado como vos?

—Me pregunto —dijo Berengario, un poco más animado—, dónde estarán los otros dos a esta hora.

—Muy cerca de la costa galesa, esperando un barco que les lleve a Francia. Todo saldrá bien.

Entre Esteban y Matilde, fray Cadfael no hubiera sabido a quién elegir; en cambio, aquellas jóvenes criaturas, dos de ellas partidarias de Matilde y las otras dos partidarias de Esteban, no cabía duda que pertenecían a un futuro y a una Inglaterra libre de las heridas de una guerra fratricida, más allá de la anarquía reinante en aquellos momentos.

—En cuanto a la justicia —añadió fray Cadfael en tono meditabundo—, no es más que la mitad de la historia.

En completas, rezaría una oración por el eterno descanso de Nicolás Faintree, un joven puro de cuerpo y alma que ahora podría descansar en paz. Pero también rezaría por el alma de Courcelle, muerto sin confesar su culpa, porque cada muerte prematura, cada hombre cuya vida fuera segada en pleno vigor sin tiempo para arrepentirse y hacer las debidas reparaciones, era un cadáver de más.

—No es necesario que volváis la mirada hacia atrás o que sintáis remordimiento —terminó Cadfael—. Cumplisteis con vuestra obligación, y muy bien, por cierto. Dios lo dispone todo. Desde el extremo más alto hasta el más bajo de la conducta de un hombre, dondequiera que puedan alcanzarle la justicia y el castigo, también podrá alcanzarle el perdón.

CONTRAPORTADA

La autora

Ellis Peters, cuyo verdadero nombre es Edith Pargeter, nació en 1913 en la campiña inglesa de Shropshire, escenario de las aventuras de fray Cadfael. Es autora de la célebre trilogía histórica "The heaven tree", pero lo que más fama le ha dado es su serie de intriga medieval protagonizada por fray Cadfael que se originó con "Un dulce sabor a muerte" y que cuenta ya con muchos e inolvidables títulos. Con esta serie, la autora ha deleitado a una nueva generación de lectores que la reconocen como "el nuevo Sherlock Holmes" y como "el único autor de obras de misterio que en los últimos diez años puede compararse con P.D. James"

El personaje:

Tras una existencia aventurera y peligrosa, fray Cadfael ha optado por una tranquila vida monástica como encargado del herbario de la abadía de Shrewsbury. Sin embargo, su capacidad de observación y su inusual inteligencia para resolver los casos más complicados le convierten en un sorprendente detective medieval. Su personalidad firme e irónica, perspicaz y analítica, se gana inmediatamente las simpatías del lector, que le acompaña paso a paso en sus investigaciones.

OceanofPDF.com